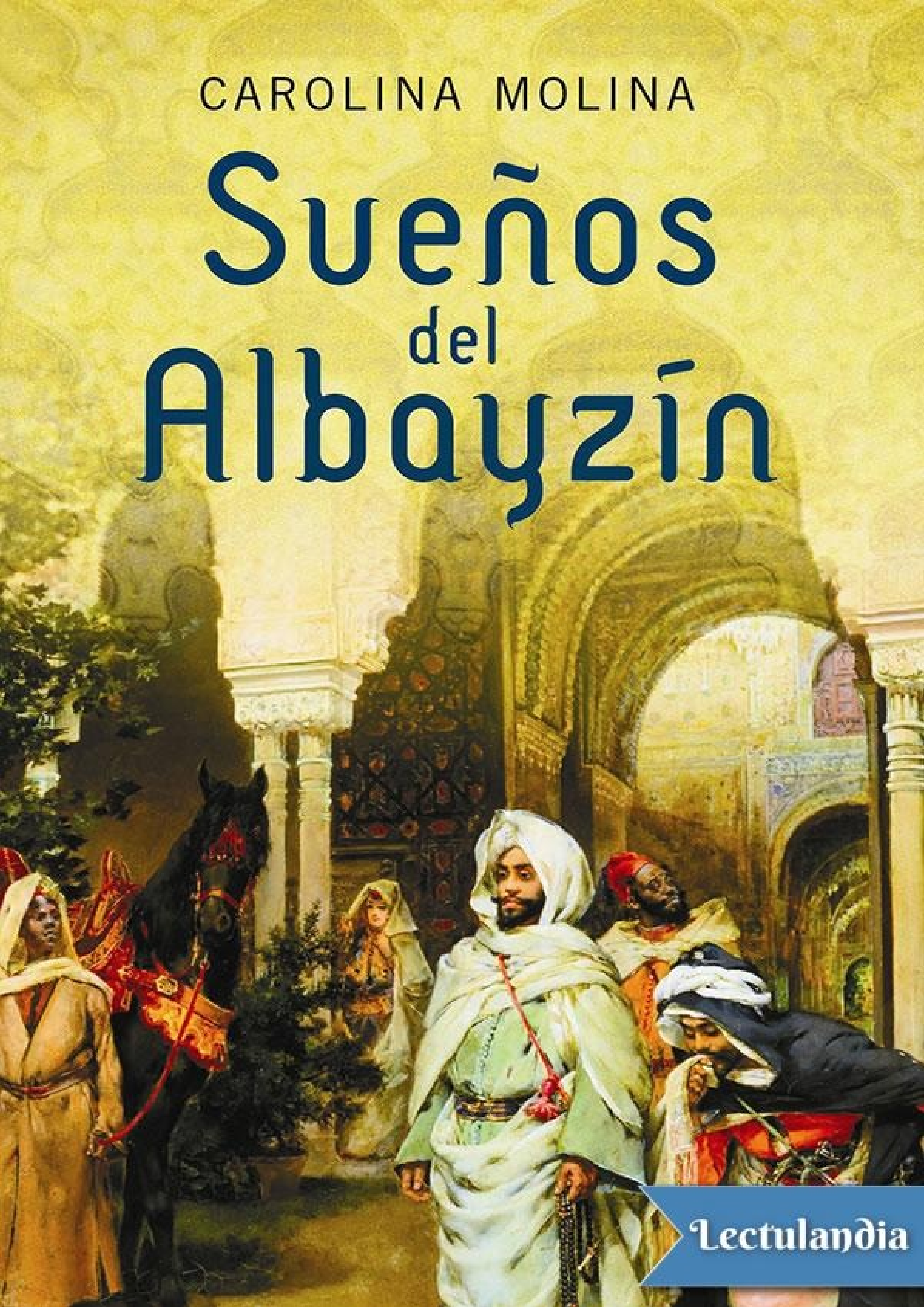

CAROLINA MOLINA
Sueños
del
Albayzín
Lectulandia

Sueños del Alabyzin nos adentra en un mundo de leyenda, de anhelos e intrigas palaciegas en la Alhambra del siglo XIV.

Said Ibn Tammim es un joven indomable que deambula por las solitarias calles del Albayzín, desde donde sueña con los palacios de la Alhambra que el sultán Yusuf I ha ordenado levantar. Un día se aventura hacia lo desconocido, la colina de la Alhambra, donde se ganará la confianza del sultán, conseguirá la amistad del visir poeta Ibn al-Jatib y se casrá con la mujer a la que ama, Asha. Pero Said no es feliz porque su amor está maldito.

Lectulandia

Carolina Molina

Sueños del Albayzín

Trilogía de La Alhambra - 1

ePub r1.0
Titivillus 11.12.15

Título original: *Sueños del Albayzín*
Carolina Molina, 2009
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Por respetar mi deseo de escribir aun cuando, muy de niña, debería haber jugado con muñecas.
Por permitirme escribir sobre una piedra en los días veraniegos de San Rafael.
Por alentarme a seguir escribiendo.

A mis padres

Por compartir mi vocación desde mi tierna infancia.
Por dejarme tener la luz encendida hasta altas horas de la madrugada.
Por leerme la primera y dar una sincera opinión.
Por creer en mí.

A mi hermana

Agradecimientos

El día 25 de noviembre de 2004 acudí a Granada por segunda vez para presentar una de mis novelas. Aunque la presentación no fue precisamente un éxito, recuerdo aquellos días como unos de los más provechosos en mi carrera literaria.

En cuestión de tres días conocí y me relacioné con varias personas que hicieron, de una manera u otra, posible esta novela.

El también novelista y ahora flamante escritor de otra novela histórica sobre Granada, *Azafrán*, José Manuel García Marín, intercambió conmigo sus experiencias y desde aquí le agradezco dos cosas: una, que acudiera a mi presentación a pesar de la distancia; y segunda, que me pusiera en conexión con Toti Martínez de Lezea a quien días después escribí vía *e-mail*. El conocer a esta mujer, encantadora donde las haya, me dio nuevas esperanzas en cuanto a la continuidad de mis publicaciones. Desde aquí le agradezco la ayuda que le solicité y que supo atender con verdadera elegancia.

Asimismo, pude volver a ver a mi estimada Concepción González-Badía —Coqui para los amigos— que me presentó a una fuente inagotable de saber popular, Miguel Ángel Cáliz, autor de *Cómo nacieron las leyendas y tradiciones granadinas*, quien gracias a su libro me ayudó a recrear mi novela como una leyenda tradicional.

A Amalia Zomeño de la Escuela de Estudios Árabes, ubicada en la bellísima Casa del Chapiz de Granada, le agradezco su paciencia con cuantas dudas le planteé a nivel gramatical.

Por aquel entonces, y con motivo de la presentación de mi libro sobre el Madrid musulmán, tuve la buena suerte de conocer a Isabel Gea Ortigas, con quien comparto mi amor por Madrid y a la que debo agradecer su deferencia al contestar con premura a todas mis dudas sobre el Madrid musulmán, algunas necesarias para la finalización de esta novela.

Finalmente, agradezco a mi amiga Ángeles Jiménez Vela que me presentara a una persona clave en la gestación y elaboración de *Sueños del Albayzín*. Esta persona, arqueóloga del Museo Arqueológico de Granada, tuvo la cortesía de hablarme sobre el Albayzín y recorrerlo conmigo dándome datos y enseñándome curiosidades que fueron despertando en mí la gran necesidad de escribir sobre el Albayzín. Esta persona es Inmaculada de la Torre y, de alguna manera, quiero dedicarle especialmente este libro.

Prólogo

Desde la primera vez que visité el Albayzín varios recuerdos se han impregnado en mí de una forma imborrable. Uno de esos recuerdos evoca en mi memoria la maravillosa vista de la Alhambra desde el mirador de San Nicolás. Años después surgieron de ese impacto visual mis dos libros, *La luna sobre la Sabika* y *Mayrit, entre dos murallas*, novelas cuya base es el mundo andalusí.

El segundo de mis recuerdos se lo debo a una tetería. Para mí, bebedora empedernida de ese bien que heredamos de los musulmanes españoles, el aroma del té con cardamomo significó aquel día el descanso del viajero. Su calor, en aquella tarde húmeda de noviembre, activó mi imaginación de escritora. Recuerdo que su nombre era *Sueños del Albayzín* y así he pretendido expresarlo en esta novela, una historia de sueños anhelados y sueños vividos. El sueño placentero de dos colinas.

Nota explicativa

Esta novela no tiene acotaciones. Por ello he tratado de explicar lo más fácilmente posible la historia que transcurrió en Granada hacia la mitad del siglo XIV y que coincidió con el sultanato de Yusuf I. Todas las referencias árabes tienen su explicación y su aclaración en un anexo al final del libro. He de advertir que para facilitar la comprensión de la historia he intercalado los vocablos árabes con su traducción al castellano. En definitiva, para que el lector sea siempre consciente de la veracidad de la historia, he decidido incluir varios anexos al final del libro.

El sueño de Qadam, el santón

Una vez dijo el sabio que no es más rico el que más posee sino el que menos necesita. Aun así, la avaricia está implícita en el deseo de crecer, el rico por conservar su hacienda y el pobre por aumentarla y con esa actitud redundan en la insensatez más absurda.

Qadam, el santón, lo sabía. Sabía que el más rico es siempre esclavo de sus pertenencias y el pobre de aquellas que quisiera tener. Por eso, un buen día cogió su estera de rezos y nada más. Descalzo y con un pañal de sarga ocultando sus partes pudendas, caminó fuera del barrio, pasó el río y subió la colina. Y allí donde el olivo florecía, echaba fruto y maduraba en un mismo día, se sentó. Hizo de aquel lugar su casa, su morabito. Miró hacia el barrio de al-Bayyazin y luego hacia al-Hamra, sobre la Sabika y comprendió que su poder estaba allí, no en el dinar, ni en las sedas, ni en las extrañas especias, sino en su ciudad, en Garnâta.

Esto quiso enseñar Qadam a todo aquel que lo buscara. Con el tiempo, la gente, desconfiada como la gacela, lo ignoraba. Más tarde, cuando el sol hubo salido muchas veces sobre la colina de la Sabika, la desconfianza se apaciguó y hubo quien acudió a él con gran curiosidad. Le preguntaban: «¿Qué haces aquí?» y él respondía: «Vigilo mi tesoro». «¿Qué tesoro es ése, viejo, si no tienes más que una estera y un pañal?» Y el santón contestaba preguntando, como hacen siempre los que saben la respuesta: «¿Es que, acaso, no lo ves? Lo tengo todo».

Como hubo quien consideró que el santón estaba loco y no hacía mal alguno, convinieron en dejarlo vivir allí. Subían a la colina a llevarle pan ácimo y dátiles. A veces queso de oveja. Y a sus pies encontraba siempre el viejo comida que domesticaba sus ganas de comer y agua que amansaba su sed.

Con esto y las aceitunas que el olivo escupía, bien maduras cada día, sobrevivió Qadam. Y con el tiempo lo apodaron el «santón del Aceituno».

Garnâta tenía muchos barrios y cinco colinas. Los barrios, como en cualquier parte, se habían constituido por iniciativa de los alfareros, los tejedores, los aceiteros o ladrilleros… También por rechazo y desprecio, como los aguadores, los chalanes o los leprosos. Pero el arrabal más grande era el llamado al-Bayyazzin. Dicen que en tiempos de luchas cruentas con los cristianos muchos moros buscaron refugio en esta colina y por llegar de Baeza dieron en regalo su nombre, convirtiendo este barrio en el más populoso y dicharachero, quizá también por eso el más temido, pues sus habitantes eran, con mucho, los más rebeldes de toda Granada.

Antes que los de Baeza, en el Albayzín se habían asentado otros hijos de Allah.

Vinieron del norte de África, de Ifriquiya, y cuando su corte en Qurtuba se había desgranado decidieron volver a su tierra de origen. En el camino de vuelta hallaron una maravilla natural sobre una colina, cerca de dos ríos, el Haddarro y el Xenil y decidieron quedarse. El lugar no sólo era de perfecta estrategia por su escarpada situación sino que contaba ya con una muralla que levantaron los dominadores anteriores, los romanos, y cuya construcción podría reutilizarse.

De esta manera, los del norte de África se quedaron aquí. Y como fueron de la dinastía de los Zawi b. Ziri los llamaron los ziríes y así quedaron para la posteridad.

Éstos construyeron una alcazaba y otra muralla, sobre la romana, y con el devenir de las dinastías y de los reinados, otra se construyó, ampliando el corazón del Albayzín hasta llegar al mismo río. Y fue esta línea una frontera natural para todo el barrio pues cuando los ziríes, derrotados y olvidados, marcharon a otras tierras, se instalaron en éstas los nazaríes de los Nasr, que tuvieron a bien atravesar el río y mirar desde la otra colina paralela, la de la Sabika. Y hubo quien debió pensar: «He aquí un buen lugar para construir un castillo desde donde contemplar tan bella vista». Y lo construyó. Y lo llamaron Alhambra, por ser de color rojo, como la sangre.

Los que desde los balcones de la Alhambra se asomaban y contemplaban el Albayzín decían: «No hay en el mundo lugar más bello que este que ven mis ojos» y si, por casualidad, acudían al Albayzín y miraban hacia la Alhambra, decían confundidos: «¡Cuán necio he sido al pensar que el Albayzín es único, pues más bella es aún la Alhambra!».

Así pues, ambas colinas rivalizaron en belleza, convirtiéndose en enemigas y, como la naturaleza es sabia, púsoles un río de por medio, para que ninguna de ellas tuviera la tentación de acercarse. Fueron, de hecho, tan distintas que el Albayzín tuvo su propio órgano de gobierno y su autonomía propia, lo cual la hizo poderosa y temida aún más por la Alhambra, ciudad de sultanes y de cadíes, de visires y de concubinas. Desde entonces siempre se observan, se vigilan y se espían. Y por encima de ellas, Qadam, que las vigila a ambas.

* * *

Qadam conocía cuanto sucedía en las dos colinas. Sobre todo lo que acontecía en el Albayzín, que era su barrio natal. No hubo familia que se resistiera a presentarle a su recién nacido ni casadera que acudiera a él para pedir consejo. Qadam se convirtió en la conciencia de los garnâtinos.

Sólo Tammim al-Hilali tuvo tal osadía. Su primogénito vino a este mundo llevándose a su querida esposa al paraíso de los justos. La joven Amina no duró ni una noche. Parecía que el pequeño, llamado Said Ibn Tammim, había llegado a la vida con intención de retarla. Fue llamado así no el séptimo día después del nacimiento, como se le impone a un musulmán, sino casi una luna después.

A pesar de que Tammim desobedeció el deber divino y paternal de cuidar de su

hijo, pues le negó la fiesta de la circuncisión y lo dejó sin alimento varios días, el niño Said salió adelante, menudo, desnutrido, pero tan arrogante como el mejor de los sultanes.

Cuando pudo valerse solo, Said se acostumbró a vivir en la calle. Deambulaba por las ruinas romanas del Albayzín: edificios enormes sin uso alguno, de columnas de mármol con capiteles de flores de acanto, algunas reutilizadas por los garnâtinos para decorar su hammam, salas imitadas en todo a las romanas.

Desde Bab Ilbira, en la zona noroeste de la muralla, hasta la Bab al-Ziyada, Said recorría todo el Albayzín con la minuciosa observación del espía, a veces del erudito y otras con ojos de traidor, porque con ese juego de escrutinio hacía más suya, si cabía, la colina.

Muy de pequeño ya se conocía su barrio como la palma de la mano. Descubrió las zonas más ricas y las más humildes. Su casa estaba situada en la plaza colindante a la puerta de las Pesas, la más populosa del Albayzín. Allí concurrían vendedores, viajantes, incluso los aguadores y limpiadores de aljibes. Por eso, en las aburridas tardes de verano, tórridas de calor, buscaba la umbría en la calle estrecha a la que daba salida la puerta de las Pesas y allí se quedaba mirándola, viendo tintinear las pesas defectuosas que de ella colgaban los almotacenes tras sus decomisos habituales en los mercados.

Después, cuando la tarde languidecía, caminaba por la larga avenida dejando la muralla a su derecha, saltando los cantos del suelo que hacía muchos años habían depositado allí los romanos.

Aprendió a observar a la gente. Los hombres con turbante eran un buen objetivo. En Granada hacía mucho tiempo que se había desechado tal prenda, así que era conclusión acertada pensar que un hombre con turbante fuera extranjero y por lo tanto rico. A todos cuantos veía los seguía y en un descuido les robaba su bolsa anudada al cinto o de un tirón arrancaba de sus cuellos una cadena de oro.

Robaba por aburrimiento pues en su casa no lo necesitaban para vivir. A Tammim, curtidor de oficio, no le sobraba el dinero pero ganaba lo suficiente para mantenerlo y de hecho debía ganar más de lo esperado, pues parte de su sueldo lo derrochaba en beber rubb en los prostíbulos, a pesar de la prohibición.

Así pues, Said comenzó robando por placer y terminó haciéndolo por necesidad, pues en cuanto su padre se enteró de su pequeño entretenimiento lo echó de casa para siempre.

—¿Quieres deshonrarme, pequeño demonio? ¿No te bastó con matar a tu madre? —preguntaba Tammim al-Hilali con la ira en las pupilas. Y levantaba la mano derecha haciendo amago de abofetearlo para, finalmente, desprender con su otra mano, la izquierda, un tremendo golpe, que hacía saltar la sangre del tierno oído de Said.

Aquel engaño provocó en el niño la desconfianza. En su pecho fue creciendo no sólo la rabia contenida, sino el miedo a los extraños, así que cuando su padre

levantaba una mano seguro estaba de que no iba a recibir una bofetada sino, tal vez, un puntapié. Los adultos se le hicieron demonios, sombras provocadoras. En ninguno llegó jamás a confiar pues ninguno de ellos le había demostrado las bondades del amor.

Así terminó Said, definitivamente, en la calle. No como un vagabundo sino como un indigente. Y por curiosidades de la vida fue a salvarlo Qadam.

El mu'ahdin de la mezquita de los Morabitos o Masyid al-Murabitin contagiaba con su canto la tristeza de la oración. En la hora prevista, todos los almuédanos llamaban al rezo desde distintas partes de la ciudad. Sus ecos elevaban el espíritu, primero los más cercanos y luego los distantes, llegando al oído de los creyentes como una ola que nunca se acaba. El almuédano de la mezquita de los Morabitos juntó sus manos alrededor de la boca para hacer más audible su lamento y gritó: «Allah akbahr, Allah akbahr. Dios es el más grande. Acudid a la oración. Testifico que Dios es la divinidad y que no hay más Dios que Dios y Mohammad es su Profeta. La ilaha illa-lah». Y al momento, el almuédano de Masyid al-Ta'ibin o mezquita de los Conversos lo repitió alejándose el canto hacia la Mezquita Mayor del Albayzín hasta perderse en la Mezquita Mayor de la ciudad, entre el bullicio de la cercana alcaicería.

Por aquel entonces Granada debía de contar con más de ciento treinta y siete mezquitas, algunas de pequeño tamaño, otras ampulosas, pero en todas ellas el mismo ardor por rezar a Dios. Por eso eran de mención los cantos de los almuédanos, llantos que parecían provenir del cielo y que embargaban el corazón.

Qadam no pudo contener las lágrimas. Sus ojos se llenaron de brillantes perlas que no hubo que disimular, porque para un creyente la emoción es parte de su fe.

La mezquita de los Morabitos tenía un alto alminar; y junto a su nave, como era común en todas las mezquitas, un aljibe de donde se extraía agua para las casas y para las abluciones previas al rezo. Por eso, todas las mezquitas tenían su correspondiente aljibe y de esta situación surgía en las comunidades musulmanas un hermanamiento curioso entre la vida cotidiana y el agua, elemento indispensable para la dignidad de un seguidor de Allah.

En el aljibe de la mezquita de los Morabitos fue a posar sus ojos Qadam. Su paciente carácter no se inmutó al ver que de la puerta del aljibe, construcción pequeña y, legalmente, controlada por inspectores, salió un chiquillo, sucio como el más pobre de los pobres, tiritando de frío o de humedad más bien, temeroso de ser descubierto por la muchedumbre que ya se arracimaba alrededor de la mezquita.

—¿Qué haces en ese aljibe, pequeño? —le preguntó el santón.

—¿Qué ha de importarte a ti? ¡Ni se te ocurra utilizarlo tú también porque yo lo vi primero!

El niño era arrogante y Qadam asintió:

—Así que vives en él. ¿No has encontrado un lugar mejor que ése, en donde te dé

la luz del sol?

—No quiero que nadie me vea, ni que piensen que existo; así viviré más tranquilo…

—Y podrás robar mejor, ¿no es cierto?

El niño lo amenazó con la mirada.

—No me asustas, viejo. Si llamas al zalmedina o a la policía, lo negaré todo y además tendré testigos. Al final te arrestarán a ti por hacerles perder el tiempo.

El muchacho se marchó. Y aquella conversación, que podría haber sido la última entre ellos, inundó sus corazones de curiosidad por saber el uno del otro. Así que el pequeño preguntó entre la gente quién era ese viejo y le contestaron que Qadam, el santón del Aceituno, y Qadam preguntó sobre el niño y le dijeron que era Said, hijo de Tammim al-Hilali, a quien habían echado de casa por deshonrar a su padre.

El santón presintió en su espíritu que Said, algún día, lo buscaría. Y así fue. Un día, como muchos, se presentó el zagal a las puertas del morabito de Qadam y se sentó frente a él sin emitir sonido alguno. El viejo parecía dormido. Entre sus piernas descansaba un plato de higos y una torta de harina, regalo de un creyente.

Said no esperó demasiado. Tras observarlo, alargó la mano y le robó el plato de comida. Salió corriendo colina abajo creyendo que el viejo no había despertado de su letargo e ignoraba la maldad de sus actos.

Al día siguiente, Qadam vio regresar a Said y cuando éste se encontraba cerca volvió a cerrar los ojos y hacerse el dormido. Entre sus piernas había dejado el viejo otro plato con frutos secos y un pedazo de pan ácimo. Sin decir nada, el muchacho se acercó y tal cual hubiera hecho el primer día, el pequeño Said robó la comida y se dio a la fuga.

Así transcurrieron tres días más hasta que Said, colérico por la pasividad del viejo, acudió al morabito por primera vez con intención de quedarse.

—Dime, viejo, ¿por qué dejas que te robe lo único que tienes? Eres pobre como yo y no haces nada para defender tu propiedad.

—Está claro que la comida la necesitas tú más que yo. Si no, no subirías todos los días esta alta colina para robarme.

—¿Y no te indigna? ¿Qué clase de santón eres tú que permites que otro repita una acción contra Allah?

—Allah estará contento de saber que no me has robado sino que has cogido lo que es tuyo con mi consentimiento.

—En verdad, no sólo eres un viejo extraño sino que además estás loco.

Qadam sonrió.

—Bien, acude a este loco siempre que lo necesites.

Said se marchó. Su estómago se contrajo de dolor pues recibió un sentimiento totalmente desconocido para él: el remordimiento.

Cuando abandonó el aljibe de la mezquita de los Morabitos como morada y probó la humedad del de Yubb al-Qadim llamado Aljibe Viejo, Said determinó buscarse un alojamiento más seco y amplio. En sus andanzas gustaba de meterse en ruinas romanas, todavía en buen estado, aunque inutilizadas en su mayoría, y fue a dar con los restos de lo que sería un edificio público cerca de la puerta del León, que en árabe viene a decirse Bab al-Asad.

El cambiar de casa y el encontrarse en un lugar más resguardado y beneficioso para la salud hicieron de Said un niño más confiado y alegre, también más sano y con ganas de jugar, como los demás zagales. Así, en sus andanzas, conoció a Ahmed, otro vagabundo, pero con padres reconocidos, con quien comenzó a compartir juegos y a veces parte de sus propios botines.

Frecuentaban los lugares del extrarradio de Granada, acudían al cementerio de la Rauda, el llamado Qabrat al-Rawda, para reírse de los muertos o bajaban hasta la orilla del Haddarro a tirar piedras contra los puentes que lo surcaban. Tiraban a sus aguas, a veces caudalosas, un pequeño tronco de árbol y lo seguían por su orilla, viéndolo pasar bajo la Qantarat Ibn Rashiq o puente del Aljibillo en lo alto, a través de la Qantarat al-Yadida o puente Nuevo, luego por la Qantarat al-Qadi hasta llegar a la Qantarat Hammam al-Tay, ya en la parte baja de la ciudad. En una ocasión, Said incitó a Ahmed a ascender el curso del río. Llegaron hasta el borde de la muralla, en la orilla derecha, y desde allí, en un remonte, pusiéronse a observar la colina paralela, la de la Sabika, con su inmenso castillo de al-Hamra cuyos palacios no cesaban de ampliarse por orden del sultán quien preparaba la construcción de una sala nueva, tal vez la más grande que se había levantado nunca.

—¿Qué bien han hecho los de la otra colina para merecerse vivir en palacios, vestir sedas y oler delicadas esencias? ¿Han soportado la traición de un padre? ¿La soledad o el hambre?

Ahmed respiraba atónito pensando en las palabras de Said.

—Ya hablas como el santón; de tanto visitarlo te has vuelto como él.

—Yo nunca podré ser un santo, Ahmed, soy demasiado listo.

Ahmed se sonreía sin prestarle demasiada atención. Luego, los dos muchachos se marchaban después de soñar con la vida en al-Hamra, vida de lujos y de desenfrenos, pues ellos suponían que cualquier ciudadano de la Sabika debía comer, cuando menos, en platos de oro.

Una tarde, habiendo decidido observar el atardecer que ocultaba el Castillo Rojo, sentáronse en lo más alto de la colina a pesar de la amenaza de lluvia. Era un noviembre frío y húmedo, nada comparable al de otros años, pues la humedad traía consigo enfermedades y hambrunas.

Así fueron a confluir los dos espíritus de ambos jóvenes. La tarde, como un fantasma de grandes manos, fue cubriendo el perfil del castillo, luego de los palacios, luego de las casas… Y cuando la luz se ocultó del todo y las antorchas y qandiles

empezaron a iluminarse para dar vida a la noche, se sintieron invadidos por una soledad tremenda que les hizo volver a la realidad y buscar el amparo de sus guaridas nocturnas.

—Marchémonos —dijo Ahmed—. Muy pronto empezará a llover y el camino será un barrizal imposible de transitar.

—Haré una fogata en mis ruinas romanas —aseveró Said.

Y se marcharon. Caminaban por la más externa de las veredas de la colina, casi bordeando el precipicio. Así les gustaba hacer, tentando a la suerte, nunca temida en los años de adolescencia. Pero Allah conspira, a veces, en contra de nuestra soberbia para demostrarnos que nada es inmutable. Quiso Dios que la tormenta se formara sobre sus cabezas y súbitamente la colina se cubriera toda ella de broza, como bien había profetizado el pequeño Ahmed.

No sólo profetizó la lluvia, ni la cólera del viento, se profetizó a sí mismo, pues con su temor al barro recreó su propia muerte. Con un mal paso Ahmed resbaló y cayó rodando colina abajo. En un saliente, agarrándose a unos matojos elevó sus ojos suplicantes a su amigo, aturdido por la sorpresa.

—Said, ayúdame, dame la mano —rogaba el pequeño.

Said no se movió. A su cabeza llegaron razonamientos que en nada amenazaron al Ángel de la Muerte. Decidió quedarse allí, parado, inmóvil, viendo el sufrimiento de su amigo, su mano entreabrirse y soltarse de la vida hasta resbalar como una hoja sin dirección hacia el cauce del río.

Cerró los ojos. Con la lluvia y el viento rompiendo en su cara decidió que él no había estado allí, que la vida actuaba sin su consentimiento. Así pues, volvió a su casa, a sus ruinas, a encender una fogata.

En la tarde del día siguiente unas mujeres que salían del hammam al-Yawza lanzaron albórbolas de aviso. Habían encontrado el cuerpo de Ahmed prendido entre las rejas de la puerta de los Tableros.

* * *

La puerta de los Tableros era el nexo de unión de las dos alcazabas: la antigua, en el Albayzín, y la nueva, la de la Alhambra. Se había construido no como paso civil sino defensivo, para impedir la entrada por el río en caso de ataque. La gran puerta de hierro solía estar echada sobre el cauce del Haddarro y sus torres poligonales cerraban la vía, como unos inmensos dientes. A veces, Ahmed y Said la utilizaban de remanso, cansados de correr perseguidos por el zalmedina o la guardia callejera. Lugar poco frecuentado por su difícil acceso, se convirtió en hogar de vagabundos. Desde el río, los viandantes observaban la puerta sin pararse a pensar en el mundo que, bajo sus pies, se encerraba. Las aguas, grandes conocedoras del alma humana, habían devuelto a Ahmed a uno de los pocos lugares en donde, en vida, fue feliz.

Para recoger el cadáver hubo que bajar por las escaleras que ocultaban una de las

torres que actuaba de base para la puerta. Said, que no andaba muy lejos en aquel momento, fue avisado por un pergaminero que volvía del trabajo. Sabía que eran amigos, pues todos en la colina les habían visto juntos.

Said llegó a aquel lugar con el temor en los ojos. No quería ver el fruto de su pasividad. Y como no hay más ciego que el que no quiere ver, Said desvió la mirada y buscó en otro sitio, dando con la imagen sorprendente de una niña que, con cara compungida, observaba el macabro espectáculo. No hubo, entonces, otra diana mejor para estrellar sus flechas de curiosidad. Said olvidó el cadáver de Ahmed y desde lejos observó con detenimiento la delicada carita de la niña, que después de suspirar con amargura exclamó: «¡Qué pena que no hubiera nadie cerca para salvarlo de las aguas!».

Y Said permaneció inmóvil, con su descubierta pasividad, lo que le permitió descubrir que la niña, cuyos ojos eran los más negros que nunca había visto, tenía, muy cerca del labio, un lunar.

* * *

—Tú, santón del Aceituno, que conoces a todos cuantos viven en la colina, ¿quién es esa zagala del lunar en el labio?

Lo primero que se le ocurrió después de la muerte de Ahmed fue visitar a Qadam.

—Esa muchacha es Asha, la hija del sillero. Su padre se enriquece con las pieles que tu padre curte en una maloliente tenería.

—¿Te has fijado en que tiene un lunar en el labio?

—Me he fijado en que tú te has fijado. Olvídala. Está maldita.

Said, lejos de tener temor, sintió aún más curiosidad.

—¿A qué te refieres? Parecía una zagala muy sana.

—La maldición cayó sobre su familia desde el momento en que decidieron trasladarse a la casa del Gallo del Viento —contestó el santón.

—¡Ah! La casa del Gallo del Viento… He oído esa leyenda. Dicen que su veleta señala el lugar por donde han de venir los cristianos que conquisten Granada. Pero ¿tú crees en leyendas? Granada nunca será cristiana.

—Allah así lo querrá, pero si puedes no te acerques a la casa del Gallo del Viento. Mejor harías en hermanarte con tu padre. Después de la apostasía, despreciar al que nos dio la vida es lo peor que puede hacer un musulmán.

Said quedó pensativo y sus ojos se iluminaron como una llama de qandil.

—¿Y dices que Asha está maldita? No seré yo quien tema lo prohibido.

El niño se marchó. Qadam confiaba en que volviera a su casa, a la plaza Larga, a ofrecer sus respetos a su padre pero en realidad caminó en otra dirección, en busca de la casa del Gallo del Viento, en pleno corazón del Albayzín.

* * *

En una de las paredes de la casa alguien había garabateado lo siguiente: «En breve tiempo, sobrevendrá una calamidad que destruya al palacio y a su dueño».

Said alzó la cabeza. Sobre lo más alto de la alta casa había una veleta con un jinete de hierro y un gallo indicando la dirección del viento. Se movía libremente pero no paraba en ningún sitio concreto. Todos daban por hecho que la veleta no funcionaba y que la leyenda que había surgido de la casa era simplemente fruto de una ingeniosa imaginación.

Sin embargo, la gente más supersticiosa agarraba los amuletos anudados al cuello al pasar cerca de la puerta. La sabiduría popular era una gran losa sobre los hombros de los seguidores de Allah.

Said abandonó la estrecha y solitaria calle. Dejó atrás el pequeño acueducto que aún llevaba agua a las casas y decidió bajar hacia el río, a perderse entre la multitud del zoco, a activar la sangre de sus venas.

Ismail al-Nuwari, el padre de Asha, había llegado de otras tierras. Tierras lejanas, de elefantes, de guerreros, de hombres rudos de piel oscura. Se estableció en Granada con poco dinero y levantó, en la orilla izquierda del Haddarro, una pequeña tenería que poco a poco fue ampliando. Mandaba curtir las pieles con la palomina, excremento de paloma, material indicado para mejor tratarlas. Y luego se extendían al sol y se transformaban en sillas para montar, en fundas para dagas o jinetas, en jamugas, en botas, etc., ampliándose a un mercado necesario y riquísimo, cuyo destino se encontraba muy cerca, en la alcaicería, pasado el río, en plena medina, junto a la Gran Mezquita.

Siglos antes, este mercado artesanal había comenzado su andadura aprovechando la construcción de un puente que comunicaba las dos orillas del río. Ahora, con la construcción del Funduq al-Yadida, mandado edificar por el actual sultán, la artesanía de la piel acabaría siendo un buen negocio ya que cuantos acudieran al funduq, ya fueran viajantes, comerciantes o extranjeros en viaje de placer, necesitarían de botas de cuero, sillas de montar o alforjas de piel.

El Funduq al-Yadida era llamado también Alhóndiga Nueva. Como todo funduq albergaba a los comerciantes y sus productos, pues necesitaban de un lugar donde conservar sus mercancías y así fueron llamándose a las alhóndigas, dependiendo de su contenido.

Said, deambulando por la orilla del río, acabó adentrándose en el funduq. Atravesó su doble puerta, construida con pilares de ladrillo: la exterior, de gran arco de herradura, estaba labrada con decoración de atauriques. Y encima de ella un friso en el que se podía leer: «Dios es el único, Dios es solo; no engendró ni ha sido engendrado, ni tiene compañero alguno».

¡Cuántas tardes había llegado hasta allí a oír las voces de los comerciantes

mientras esperaba que su padre saliera de la tenería cercana al funduq! «No engendró ni ha sido engendrado, ni tiene compañero alguno», repetían sus ojos ávidos de recuerdos. Se entristeció. Un hombre, al pasar, le tiró unas monedas. Lo creyó un indigente. Said se ocultó entre el alto zaguán de entrada y miró su techumbre llena de mocárabes, como había hecho otras veces, muchas veces, creyéndose bajo la bóveda celestial.

Said no tenía compañero alguno. ¿Era una irreverencia pensar que al igual que Allah? Seguramente un buen musulmán no llegaría a planteárselo, pero Said era un niño, un niño solitario, un niño solitario que no comprendía su mala suerte.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Buscaba, realmente, a su padre?

Qadam le había aconsejado que lo perdonara o que, tal vez, le pidiera perdón; tal cosa venía a ser lo mismo. Y negándose a ablandar su corazón, se había marchado del santuario del Aceituno negando a su padre y su vida anterior. Bajaba por el Albayzín pensando en Asha y no en su padre, pero, súbitamente, el pájaro del desconcierto planeó sobre su corazón. Recordando a Asha, imaginándola junto a su progenitor, en aquella casa maldita, se supuso compartiendo una vida común al resto de los mortales. Añoró el calor del hogar, la monotonía de las conversaciones diarias y las órdenes cumplidas que su padre compensaba, a veces, cuando el alcohol no había enajenado sus sentidos, con una moneda de plata que él guardaba, religiosamente, en una arqueta de piel repujada de la tenería.

¿Qué habría sido de aquella arqueta? ¿Y su dinero? Seguro que el viejo se lo había fundido en bebida o en el prostíbulo. Una buena excusa sería volver a casa e intentar recuperarla.

Desde el interior del funduq las voces de los mercaderes moviendo sacos y alforjas le trasladaron a otro mundo. Miró hacia dentro. Algunas mujeres, bien tapadas con sus velos, limpiaban los restos de comida almacenada. Eran viudas que se ganaban la vida honradamente al verse desprovistas de otro medio de subsistencia al faltarles su esposo. En el centro del gran patio una pila de agua humedecía el ambiente. Al atardecer los mercaderes acudían a sus habitaciones en el piso superior y dormían como bien podían, amontonados, calientes pero sin un humilde jergón, pues las alhóndigas, en su mayoría, sólo daban cobijo pero no comodidades.

Decidió salir de allí. Se acercaría a la tenería. Tal vez encontraría a su padre curtiendo las pieles.

La elaboración de pieles tratadas era muy laboriosa. Primero se exponían al sol y más tarde se maceraban en agua. Pasadas de pileta en pileta, cubiertas de cal, permanecían varias lunas hasta ser expuestas a la corrosiva palomina y al dulzor de la maceración de los higos. Una vez obtenida la piel tratada, se coloreaba, frecuentemente con corteza de granada, si se le quería dar el conocido color amarillento de las pieles andalusíes.

Apenas se aproximó al recinto en donde curtían las pieles, el intenso olor a palomina le hizo recordar el ambiente nauseabundo que se respiraba dentro de las

piletas en donde, siguiendo un proceso muy delicado, las pieles pasaban de su naturaleza áspera y salvaje a otra totalmente distinta, suave y delicada. La metamorfosis debía de ser una decisión meditada de Allah.

—¿Adónde vas, muchacho? —le preguntó un curtidor.

—Busco a mi padre —contestó Said con dificultad.

—¿Eres el muchacho de Tammim al-Hilali? Entonces no podrás encontrarlo. No ha venido a trabajar en todo el día. Se habrá vuelto a emborrachar, sin duda.

Said dio las gracias. Nunca las daba y sin embargo agradeció a aquel hombre su sinceridad. Al salir de la tenería un caballo le cortó el paso. Se trataba del dueño, Ismail al-Nuwari, al que llamaban «el sillero» por haber comenzado su negocio vendiendo sillas de montar. Miró a Said y le obligó a retirarse con una sacudida de su fusta.

—No quiero que vengas por aquí, chico, no consiento que entretengas a los trabajadores —le ordenó.

Said lo miró con ojos de loba herida. «En breve tiempo, sobrevendrá una calamidad que destruya al palacio y a su dueño», murmuró aliviado, «y yo estaré allí para verlo».

Era el primer encuentro con el padre de Asha.

Remontar la colina le pareció más penoso que lunas atrás. Su vida indisciplinada le había acomodado las costumbres. Callejeó y acortó con atajos. El muezzin llamaba a la oración de la noche. «No hay más Dios que Allah», decía.

Llegó jadeante a la plaza Larga buscando ansioso su antigua casa. Cuando empujó ligeramente la puerta, el desorden de su interior lo desconcertó. Mientras él vivía allí se encargaba de la cocina y de la limpieza, faenas en todo femeninas, pero asignadas al joven de la casa cuando éste no trabajaba. «¡Padre!», llamó. Estaba dispuesto a olvidar, a comenzar de nuevo, a ser un hijo humilde, un muchacho normal.

Esperó sentado. Era una casa pequeña, así que no había mucho donde mirar. En la otra estancia una pequeña al-gurfa se destinaba al dormitorio conjunto.

Pasó el tiempo. «Esta vez ha sido una buena borrachera —pensó Said—. ¿Sabrá el camino a casa?» Un pálpito terminó con su paciencia. Se marcharía. Se levantó decidido a abandonar la casa. Una revisión rápida, al menos, le permitiría recordarla mejor en su nueva vida. Si así debía ser, será. Pues el Señor de los Mundos nunca se equivoca.

Entró en la alcoba. La cama revuelta. Olor a alcohol. Un guiñapo tirado sobre unas ropas. El guiñapo no se movía. «¡Padre!», volvió a gritar Said.

Tammim al-Hilali tenía el rostro desfigurado con la expresión de un animal que ha luchado por sobrevivir. Era del color de la violeta. Nunca antes le recordaba de ese modo, tan indefenso.

Con esfuerzo, lo cogió en brazos. No pudo moverlo ni inclinarlo, pues estaba rígido como un palo seco. Tal vez era mejor así. El final ha de venir tarde o temprano para los creyentes.

Lo miró con desilusión. No era como debía suceder. Lo describió con la mirada. Leyó en su alma. Y creyendo que el Señor del Universo se lo ordenaba, levantó la mano derecha sobre su mejilla lentamente para luego… abofetearle brutalmente con la mano izquierda.

—¿Te acuerdas, desgraciado? ¿Te acuerdas cuando me molías a palos? Pues ten, para que sepas lo que es.

El cadáver se resbaló nuevamente hacia al suelo con los ojos abiertos, insensible, mirándolo desde un universo desconocido. Y estuvo a punto de repetir la escena cuando un grito a su espalda lo inmovilizó con la mano en alto.

—¡Al asesino! ¡Al asesino! —gritó una mujer—. ¡Allah sea con nosotros, ha matado a su padre!

Said no pudo explicarse. Antes de que pudiera recapacitar, el jefe de policía se encontraba en la puerta de su casa, junto a un pequeño destacamento de soldados.

—¡Qadam, sálvame!

El viejo permanecía sentado, con las piernas cruzadas. Los ojos cerrados hacia el mundo de los vivos.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué gritas?

—Me persiguen. Mi padre ha muerto y me culpan de su muerte.

—Entonces te quedarás aquí. A mi casa nadie viene a buscar la guerra. Pero si vives en ella tendrás que creer en lo que yo creo.

—Cualquier cosa menos ir ante el cadí. Me ajusticiarían y todavía soy un niño.

—Entonces acepta crecer como hombre. Si Allah lo permite serás mi hijo.

—¿Y tendré que vestir con una sarga y comer de las migajas de los demás?

—Comerás lo que yo coma y vestirás lo que yo vista. Said respiró hondo.

—Tal vez así comprenda qué pretendes de la vida.

—In shaa Allah! —exclamó el santón.

Una alondra de esperanza se posó sobre el corazón de Qadam. Sin embargo, hasta el hombre más puro se deja corromper por sus emociones.

* * *

El tiempo sobrevino sobre Granada. Siendo por entonces verano, el joven Yusuf b. Ismail b. Faray b. Ismail b. Yusuf Ibn Nasr al-Jazrayi al-Nasari se convirtió en sultán.

Con la fórmula ya estipulada entre los reyes de la Alhambra, el pueblo juró obediencia a su sultán. Muchas manos se posaron sobre su espalda diciendo: «Alabo pensando en ti a Allah, único Dios, y reconozco que te demostraré sumisión y

obediencia según la norma de la Sunna de Allah y de su Profeta, en toda la medida de mis fuerzas».

Toda la ciudad se vio envuelta en una transformación. La ciudad teñida del color rojo de los Nasr se engrandeció y sucumbió al sonido de los alarifes. Toda Granada se convirtió en un símbolo, en el de la belleza, entendiendo ésta como la debe entender un andalusí, la serenidad del cuerpo y el alma, situación sólo comparable a la del buen creyente.

Yusuf era joven, agradable y de gran diplomacia. A veces, se le veía cabalgar por las colinas cercanas a la Alhambra con su visir, por entonces Ibrahim b. Abd al-Barr, con quien resolvía sus conflictos políticos por medio de la reflexión más aguda, pues todavía gozaba de los favores del sultán. Su yubba, de la más pura seda que jamás tiraz alguno había elaborado, deslumbraba a la luz de aquel verano, tanto o más que los palacios de la colina de la Sabika, que iban surgiendo entre el arbolado para gratificación de los ojos de Qadam, quien podía controlar visualmente cuanto acontecía, desde su recinto del Aceituno.

El tiempo había pasado serenamente. Un día cerró los ojos y Said preguntó:

—Maestro, ¿cuánto tiempo ha pasado?

Qadam recapacitó.

—En otros lugares lo llamarían cinco años.

—¿Quiere eso decir que ya soy un hombre?

—Yo te triplico la edad y todavía no me considero un hombre. Sólo somos proyectos de hombres hasta que Dios nos encomienda la prueba definitiva.

—Y esa prueba, ¿es el matrimonio?

Qadam sintió ganas de reír pero no lo hizo, pues un santón no debe dejarse llevar por los sentimientos superfluos.

—¡Entre mujeres es mucho más fácil aparentar ser hombre! ¿Cómo conseguirías serlo entre los hombres más rudos de los ejércitos del sultán?

Said recapacitó.

—¿Siendo el más valiente?

Qadam, desilusionado, volvió a cerrar los ojos.

—Es imposible explicar con palabras a un sordo lo que es el mundo. Ha llegado el momento de la prueba.

Y así sucedió. Qadam ordenó a Said que se marchara, que traspasara el río y subiera la Sabika. Su destino iba a ser ahora la Alhambra.

Al principio, Said se negó. No estaba bien desobedecer al maestro pero su espíritu rebelde enajenaba sus sentidos. «¿Qué voy a hacer en la Alhambra? Yo pertenezco a esta colina. No quiero oro ni dinero. Sólo necesito una estera de rezos y un poco de

comida», se lamentaba.

Desde que el santón lo adoptara, Said había sido un buen hijo. Siempre fiel a la palabra de Qadam, lo obedecía en todo. La serenidad había llamado a su corazón de forma total y absoluta, desechando de su memoria cuanto fue malo o desafortunado. Olvidó que alguna vez fue ladrón y asesino, que odió y violentó el espíritu de los demás. Así pues, cualquiera hubiera dicho que Said se había salvado de convertirse en un traidor a su Dios al transformarse en el mejor de los creyentes.

«Para saber si eres un hombre debes vivir entre los hombres —le había dicho Qadam—. Ve a la Colina Roja y mézclate entre ellos. Que el color rojo de su sangre no te corrompa».

Besando la mano de su padre, Said abandonó la colina del Albayzín. Bajó hasta el río y lo atravesó por el puente del Cadí. Subió la Sabika y al penetrar en el recinto de la Alhambra advirtió que se adentraba en lo prohibido, en el pecado. Su débil cuerpo, acostumbrado a la comida frugal del santón, apenas lo sostuvo. Dejó caer su estera de rezos y en medio de la calle, frente a las miradas atónitas de los viandantes, se puso a rezar a Allah.

—¡Sálvame de la corrupción y la maldad, oh, Señor de los Justos! No dejes que caiga en la ira y el libertinaje —rezaba Said.

Consumido por su propio miedo, el joven habíase adentrado en el recinto de la Alhambra sin mirarla, porque la colina, la otra colina que observaba desde el Albayzín, era un sueño inaccesible y temerario para cualquier santón.

—¡Eh, tú! —gritó una voz—. ¿A qué vienes aquí? ¿A sembrar el desconcierto? Mejor harías en irte a rezar a la mezquita, que aquí molestas con tus malos augurios.

Said levantó la cabeza. Era un lisiado que, junto a la puerta de los baños, exhibía sus repugnantes muñones. El joven santón se limpió la cara cubierta de lágrimas, explicación por la cual no pudo ni quiso ver el recinto de la Alhambra, y se acercó al indigente con cautela.

—¿Vives aquí? —Said se preguntaba a sí mismo aunque parecía que hablaba con el lisiado—. ¡Cómo es posible! ¡Aquí hay también pobres y enfermos!

A Said Ibn Tammim se le despertó el corazón. Miró a su alrededor y comprendió el error en el que había incurrido todos estos años. La Alhambra era una colina como otra cualquiera, con sus calles, su mezquita, sus baños, sus ciudadanos, sus pobres y lisiados.

—¡No está hecha la Alhambra de oro! ¡Ni vivís como sultanes! —exclamó.

El lisiado lo tomó por un loco, como en sus tiempos consideraron al santón Qadam. Tal vez aquél fuera un buen recibimiento.

Cogió su estera de rezos y se adentró en la mezquita. La casa de Allah no era grande sino más bien diminuta, comparada con la Gran Mezquita de la medina cuya cúpula divisaba desde el santuario del Aceituno. Descalzo y cubriendo su cuerpo al

frescor de sus paredes con los pocos harapos que vestía, Said observó el interior de la mezquita dividida en tres naves con columnas. Miró al techo y de él vio colgada una hermosa lámpara de bronce que iluminaba la oscuridad de los fieles.

Sobre una larga alfombra rezaban una gran variedad de hombres. Algunos vestían de forma modesta, pobremente los que más, signo inequívoco de la variedad de gentes que poblaban la Alhambra sin que ninguno de ellos fuera o tuviera relación con la camarilla del sultán. Said se sintió complacido. Y reconfortado, visitó el patio de la pequeña mezquita buscando la luz del cielo entre sus naranjos, hasta salir de nuevo a la transitada calle principal.

Su placidez de espíritu no duró mucho. Justo al pisar la calle, mientras se calzaba sus raídas sandalias, un jinete se abalanzó sobre él dándole el tiempo justo para evitar que el caballo lo pateara. Said pudo oler el aliento del animal al que habían fustigado con crueldad pues parecía sudoroso, sin duda, por haber subido la colina de la Sabika a gran velocidad.

—¡Retiraos! —ordenó el jinete—. ¿No veis que tengo prisa?

Said, que fue a parar al suelo polvoriento, levantó su mirada hacia el hombre. Éste, impresionado por aquellos bellos ojos llenos de luz, mandó parar al caballo con un rudo gesto y no cejó hasta que el animal se calmó y dejó que su jinete se apeara.

—¿Quién sois? —preguntó.

—No soy nadie. Sólo un hombre que intenta serlo.

El jinete se sintió intrigado. Era de aquellos varones, frecuentes en el mundo andalusí, cuyo corazón se estremecía al ver unos ojos jóvenes y tiernos, sin importarle en absoluto su género.

—Yo creo que sí eres un hombre. Y hermoso, desde luego. Ven a mi casa, podrás limpiarte los pies del polvo del camino.

Said desconfió. Sin embargo, un santón debe aceptar el sagrado deber de dar posada al viajero.

El jinete se llevó consigo al joven Said. No advirtió que aquel hombre recargaba sus dedos con demasiados anillos ni que pintaba sus labios con un ligero color de raíz de nogal. Por aquel entonces, muchos hombres eran los que teñían su barba con alheña o adornaban sus orejas con ajorcas; todo estaba bien visto si la moda lo permitía y lo protegía su escala social.

Lo llevó a una casa cercana a los palacios del sultán. No era suntuosa pero sí amplia, con su alberca central rodeada de arcadas, como era costumbre en las casas ricas de la época. Entraron en un salón de bellos mosaicos y profusos adornos, que explicaban el misterio oculto en aquel hombre. Un misterio que se dispuso a desvelar justo en el momento en que Said era atendido por varios criados, quienes le limpiaron los pies y le perfumaron con almizcle.

—Mi nombre es Jamal al-Cencid. Soy uno de los alarifes del sultán. Construyo sus palacios y disfruto de su hospitalidad.

—Yo soy Said Ibn Tammim —aseguró humildemente el joven—. No tengo oficio

más que el que me proporciona Allah. Mi maestro me envió a la Alhambra para superar mi prueba. Y ahora me hallo desconcertado, pues creía que este lugar iba a ser un prodigio de corrupción. No obstante, me encuentro con una agradable mezquita y a un hombre que me proporciona calor y comodidad.

Jamal sonrió complacido. Era evidente que sus intenciones no podía preverlas ese joven inocente y dúctil.

—Descansa. Aquí tendrás todo lo que puedas desear. Si quieres rezar, ordenaré que te acompañen a la mezquita; si quieres asearte, que te acompañen a los baños. Todo está a tu disposición, incluso yo mismo —dijo haciendo una pequeña reverencia.

Said se maravilló de la agradable hospitalidad y se lamentó de que no estuviera allí su maestro para poderla compartir con él.

El sueño de Jamal, el alarife

Por la noche, Jamal al-Cencid, el alarife, ordenó a su criado Bibis que preparara la mejor de sus habitaciones. Por sus ventanas podía divisarse parte de los palacios reales, de donde surgían reflejos dorados y rojos, sombras de los qandiles y de las antorchas que daban aliento y luz a los albañiles, trabajadores incansables aun bajo el manto de la noche. De esos reflejos había surgido la leyenda del nombre de la colina, una colina roja, tal vez del color de la arcilla de su tierra, tal vez de la sangre de los que ayudaron a levantarla.

A Said le llegó el aroma de un esenciero. Había muchos diseminados por toda la casa, en los rincones, tras las cortinas. Así se presentían por su olor. Para impedir que el rocío de la mañana se adueñara de la estancia, ofreció a Said calentar su lecho. Y éste se rio porque nunca antes recordaba haber tenido, siquiera, lugar donde dormir tan blando y apetecible. Así pues, se negó, como se negó también a vestir una camisa con sus cómodos calzones sarawil.

—Esto no es para mí —dijo amablemente—. Prefiero vestir un simple albornoz.

Y Jamal consintió, pues en el fondo prefería admirar su aspecto desaliñado, distinto a todo cuanto soportaba en la corte del sultán.

—Mañana llamaré al curtidor para elegir las pieles. Tendrás que calzar botas muy pronto, en cuanto venga el invierno —decía Jamal esperanzado de poder convencer a su invitado para que se quedara.

Y Said se quedó.

Durmió placenteramente: la cama blanda, nada comparable al frío y duro suelo. Cojines de mullido plumón le calentaban el alma.

—¿Quieres que cuelguen más paños en las paredes? La fina lana te protegerá de la humedad —decía Jamal.

Said aceptó vestir como Jamal decía, decorar su habitación como él indicaba.

—Ven, amigo mío, déjame cuidarte. Para mí es un placer poder dar lo que tengo a quien no tiene nada. No debe suponerte un inconveniente, pues es mi deber como buen musulmán —decía engañosamente el alarife.

Said se sentó, nuevamente, entre cojines bordados de hilo de oro. Nunca antes había participado de una comida como aquélla, ni siquiera podía suponer que alimentos así existieran para ser deleite de un paladar. Primero saborearon los frutos secos, pasas dulces de Malaka, dátiles rellenos de puré de castañas, almendras cubiertas de miel. Los criados sacaron codornices con especias y unos buñuelos de queso muyabbanat que se deshacían en la boca.

—¿Has probado alguna vez cosa más delicada?

—Puedo decir que no y te aseguro que no mentiría. ¿Dónde ha estado todo esto

cuando yo vivía en el Albayzín?

—Déjate guiar por mí —susurraba Jamal acariciándole una mano—. Tengo más de lo que necesito. Podrás conocer los palacios reales, al séquito del sultán, incluso al propio Yusuf. ¡Allah tenga a bien darle vida muchos años!

—¿Por qué me tientas, si sabes que no debo hacerlo?

—Vienes buscando la paz y yo te la ofrezco. ¿No se relajan tus músculos cuando te acaricio? ¿No te sientes feliz cuando bebes mi vino? A nadie ofendes sintiéndote bien, muy al contrario. Tu maestro debería estar orgulloso de ti, pues cuidas del cuerpo que Allah tuvo a bien ofrecerte y de esta manera, manteniéndote sano, podrás ayudar a cuantos te rodean.

Said quedó pensativo. Observó el mundo que lo albergaba.

—Sabes convencer, no hay duda. Pero ¿cómo te recompensaré?

—Déjate llevar por el amor, por el placer de los sentidos. Mañana te enseñaré la Alhambra y juzgarás tú mismo si merece la pena vivir en ella.

Jamal dio dos palmadas y de las puertas que se cubrían con cortinas aparecieron dos mujeres, de cuerpos sensuales, que danzaron a ritmo de un arpa cuyas cuerdas sólo se oían, pues estaban detrás de un bastidor labrado en madera de sándalo.

Las bailarinas rodearon a Said y provocaron su rápida respiración. Jamal se excitaba ante tal circunstancia pues había adivinado que aquel joven puro no conocía la transformación que los cuerpos sufren frente al amor. Fue doblegándose ante las mujeres, inquieto primero y vencido después, convencido de que el amor que le ofrecían, tanto ellas como su protector, eran signos inequívocos de que Allah lo bendecía.

El sol caía dulcemente sobre la Alhambra. Una liviana niebla envolvía los edificios transformándolos en materia fantástica, irreal para la vista humana, pues la colina parecía el capricho de un genio convertido en realidad.

Como bien había observado Said, la Colina Roja era como cualquier otra colina. Con su recinto real, sus cuarteles, sus murallas defensivas, sus tiendas y viviendas pobres y ricas, todas ellas diseminadas a lo largo de varias calles que, tímidamente, iban tomando forma mientras el sultán mandaba levantar palacios, baños o mezquitas, allá donde le parecía conveniente.

De hecho, la Alhambra se construía sobre las ruinas de otra Alhambra. Cada sultán ampliaba su ciudad, la destruía para mejorarla y en ese devenir de cascotes y desolación renacían palacios y casas espectaculares que hacían de la colina un gran fruto maduro y exquisito.

Pero si las casas eran muchas, sus habitantes lo debían de ser más. Se calculó que en toda Granada habrían de vivir, por lo menos, 200.000 personas y gran parte de ellas habitaban la colina palaciega. Posiblemente, la exageración es parte indispensable de una leyenda.

Aquella ciudad populosa, lejos de agradar a Said, lo entristecía. Bien sabía él, por haber estudiado con un santón, que las capitales son, con frecuencia, víctimas de epidemias o males de la naturaleza, y en este caso, Granada bien pagaba su deuda frente a la Malaka o la bella Hins al-Monacar que en otros tiempos fue ciudad romana, pues de ellas recibía los bienes de otros mundos y también sus desgracias.

—¿Has oído lo animada que es mi colina? —le preguntaba Jamal—. Nunca antes habrás conocido una ciudad con tantos y diferentes estímulos para los sentidos. Ya al subir la Sabika, disfrutas de su espeso bosque, de sus olmos y álamos, de sus acantos agazapados en los arroyos que riegan nuestra tierra. Y al toparnos con las altas puertas y enormes murallas que protegen, en todo, nuestras casas, parece que lo hacemos con el temor del enamorado que penetra por primera vez en el umbral de la ansiada esposa. Todo lo que llegará después es el más alto placer del amor.

Jamal se había dejado llevar por la poesía, que gustaba de elaborar en sus noches solitarias. Miraba al cielo y sus ojos se acristalaban de ternura.

—Eres todo un poeta, Jamal —aseguraba Said que ya lo tuteaba, como amigo que consideraba era—. Pero no tienes que endulzarme la miel, pues tengo capacidad para saborearla tan bien como cualquier otro, te lo aseguro.

—Lo sé, sé que eres un hombre sensible —se enorgullecía Jamal buscando su mirada—. Escucha, pues, los sonidos de la colina de la Alhambra, que muy pronto conocerás los de la Alhambra palaciega. Oye las botas de los soldados caminando sobre el rudo pavimento de las calles, a los tenderos regatear sus prendas, a los caballos relinchar de cansancio tras subir la Sabika, a los obreros cortar y moldear las piedras y el yeso para edificar los bellos palacios.

—Dime, Jamal, ¿qué es ese ruido que más parece lamento de animal enfermo? Lo oigo repetidamente por la noche y casi no me deja dormir.

—Es la noria. Gracias a ella disfrutamos del agua en la colina. Verás, cuando el sultán Mohammad I, el primero de los Nasr, se estableció en Granada, bien supo que había que dotarla de agua para beber y regar los campos. Así construyó acueductos al estilo de los viejos romanos y por supuesto las norias, que aquéllos desconocían y fueron ideadas por nuestros hermanos de Oriente. Decían los poetas hace muchas lunas que su sonido se asemeja a los gemidos que una madre emite por la muerte de su hijo. Es natural que te moleste, pues se encuentra muy cerca de mi casa, pero sin ella, piénsalo bien, no podríamos subsistir ni disfrutar de los remansos de agua en los jardines.

Como vio Jamal que Said prestaba atención decidió explicarle los misterios de la nâ’ûra.

—Has de saber que nosotros, los andalusíes, dominamos las ciencias. Para edificar palacios grandiosos hemos de aplicar las matemáticas y la física, materias desconocidas para los infieles cristianos; por eso somos los mejores arquitectos y los mejores constructores. ¿Has visto alguna vez que algún cristiano diseñe jardines tan bellos? Hasta el musulmán más lerdo puede sacar agua del desierto. El procedimiento

que se utiliza en las norias es muy sencillo: por medio de grandes ruedas accionadas por la corriente de un río se eleva el agua a la altura deseada. Y en esta sencillez se encuentra la utilidad, aunque, como en todo, siempre existe un lado opuesto, en este caso, el del estridente sonido.

—Me estás enseñando un mundo nuevo que me hace sentir insignificante. Mi maestro se guardó muy mucho de ofrecerme la belleza de la vida. No entiendo por qué hay que ser aburrido si se quiere hacer el bien.

—Lo que dices es muy cierto, amigo mío. Pero todo esto es sólo el principio. ¿Deseas que te enseñe cómo se construye un palacio? El sultán Yusuf I, Dios lo guarde, nos ha mandado edificar un salón para recibir a las embajadas extranjeras. Su perfección y belleza sólo es comparable a su patio de acceso. Prepárate para disfrutar del paraíso, pues nunca, después de hoy, podrás verlo tan de cerca.

Jamal lo cogió de la mano. Los obreros se retiraron a su paso para no mancharlos con el polvo del yeso, ni aturdirlos con el ruido incesante de los cinceles.

Mientras se adentraban en los palacios, cuya puerta estaba siempre abierta para uso de los alarifes del sultán, los garnâtinos se miraban y cuchicheaban con disimulo.

—El arquitecto ya tiene nuevo amigo —se decían.

Said ignoró los rumores, como siempre había hecho. Al entrar en los palacios ya nada pudo recordarle los años que vivió en la calle entre ruinas romanas. Jamal, que lo había cogido de la mano para que no tropezara con los utensilios de los obreros, vio que éstos bajaban la cabeza en señal de respeto, algunos por pura vergüenza de verles así agarrados, otros por humildad.

Como musulmán, a Said no le debía haber asombrado tanto el quehacer de aquellos hombres, ni la bella incongruencia entre el exterior e interior de los palacios. Si bien la Alhambra, desde fuera, daba la imagen de ciudad fortificada por su sobriedad, con sus cubos imponentes, su interior emergía con la más exótica belleza, un símbolo y una realidad en una casa musulmana, pues con sus celosías se guarda la magnificencia de la intimidad del hogar.

Así ocurría también en la Alhambra. A fin de cuentas también era una casa, un hogar para el mejor de los hombres.

Llegaron a un gran patio. Tenía grandes dimensiones, 36,60 por 23,40 metros, y en su centro una alberca, como bien corresponde a un patio andalusí. No una alberca cualquiera, sino una alberca transparente y serena, cuyas aguas límpidas reflejaban la inmensa mole de la torre principal, aún por terminar.

—Hemos querido proveerla de agua desde mucho antes de terminar la torre —aseguró el alarife—, pues su reflejo nos ayuda a completar la obra. ¿Sabrías describirme, amigo Said, qué es lo que ves?

El joven rebosaba de excitación. Sus ojos brillaban como dos perlas.

—Veo un lugar acogedor, un remanso de paz espiritual.

—Bien es cierto. Pero este patio es mucho más. Fue engendrado como ofrenda de amor a quienes lo visitaran. Nuestro sultán quería que fuera no sólo bello como la arquitectura, sino armonioso como la poesía y melodioso como la música. El agua de su alberca, tan límpida, reflejará la gran torre en cuyo interior el gran sultán recibirá a los embajadores, creando una ilusión óptica inmejorable. Esta perspectiva está muy bien estudiada. Los ojos se posan, primero, en el reflejo del agua, más tarde en la fachada de la torre y, por último, en el interior de esta que se abre a la vista con siete arcos semicirculares, cuyo arco central y más grande deja entrever el fondo de la torre y más allá el paisaje que rodea la Alhambra. Es decir, con esto conseguimos una perspectiva infinita.

—Nunca lo hubiera pensado —exclamó Said.

—La función del amante de la poesía no es analizarla sino disfrutar con ella. Así debe ser la del visitante de la Alhambra. A los lados de la alberca pensamos poner unos setos de arrayán, pues su color verde intenso combina muy bien con el rojizo suave de la piedra. Así, cuando atardezca, éste será un encuentro de colores, rojos de tierra, verde de hoja, azul del cielo, todo ello confluyendo directamente en el estanque central, rodeado del sinfín de tonos brillantes de cada uno de los azulejos que recubren las paredes del patio.

—¡No pueden existir más colores que los que estoy viendo aquí! —se maravilló Said.

—Pues los hay. Acompáñame y los verás en el techo del interior de la torre.

Hasta allí acudieron. La gran sala estaba aún por terminar. Aprovechó Jamal para examinar los trabajos que allí se consumaban, advirtiendo sobre la calidad del yeso obtenido para los artesanos.

—Habrá que añadir vinagre a la pasta del yeso —ordenaba a su manera Jamal a los trabajadores—. Así fraguará mejor. Luego decid al calígrafo que venga a verme.

Said preguntó sobre aquella orden. Le explicó que para según qué acabados el yeso debe fraguar rápida o lentamente. Si se desea que lo haga con ligereza, el truco de añadir vinagre o azúcar a la pasta del yeso facilitará el proceso. Si, por el contrario, se desea una transformación lenta, los artesanos utilizaban sal.

—Creías que la sala estaría decorada con oro, ¿no es cierto? —Jamal observaba la cara de asombro de Said. Su inocencia le convertía en objeto de deseo del alarife, quien disfrutaba de poder demostrar sus conocimientos—. Un palacio puede ser tan rico o más sin poseer oro ni incrustaciones de piedras preciosas. El valor del arte no se encuentra en sus materiales sino en su acabado. El yeso, rudimentario y vulgar, se transforma en el más puro encaje ante nuestros ojos gracias a las manos de los artesanos. Con una suave pintura parecerá aún más delicado. Así habremos de hacer en esta sala. Como en un atardecer, los colores se irán difuminando, de más claros a más oscuros, dando la sensación de la más sorprendente luminosidad. Ya lo ves, querido Said. La Alhambra no es el tesoro que pensabas. Hasta la mayoría de los arcos interiores son falsos, no sustentan ningún peso, sólo el de la apariencia.

—¿Cómo será el techo, Jamal? No parece muy sofisticado.

—El techo representará las partes en que se divide el paraíso. Un perfecto artesonado de madera bien trabajada llevará al sultán y sus invitados a la gloria del cielo. Y combinados con la variedad de colorido de las qamariyya, la ilusión será aún más acertada. Tal vez llamemos a la sala sala de Qamariyya o de Comarex.

—Parece como si el sultán tuviera miedo a la belleza simple de las paredes desnudas —argumentó Said—. ¿Por qué no un palacio sencillo y sin ornamentación?

—Las piedras en al-Ándalus hablan, amigo mío. ¿No te has dado cuenta de que a la altura de nuestros ojos lucen esplendorosas las poesías de nuestros más renombrados poetas? Así lo quiso la Alhambra, porque a través de sus paredes nos dice lo que siente y quiere compartirlo con nosotros. Sí, querido Said, la Alhambra nos habla.

Said se había contagiado del entusiasmo del alarife. Su pecho se henchía, pues le parecía que todo aquello, cuanto abarcaban sus ojos, era, un poco, propiedad suya.

—Salgamos, mi pequeño —dijo cariñosamente—. Hay que dejar trabajar a los artesanos. ¡Oh, cuán bello y distinto será nuestro palacio una vez terminado, con sus esencieros, sus lámparas y sus tacas repletas de búcaros con flores!

A Said se le pasó una ingeniosa idea por la cabeza.

—Sin embargo, yo, siendo pobre, tengo algo inaccesible para la Alhambra, algo que nunca podrá tener dentro de sus murallas.

—¿Y qué es aquello, si puede saberse?

—El Albayzín.

A la salida de los palacios, el bullicio de la gente les sobrecogió. Ya no se podía discernir el cálido bucle de agua regando el interior de la fuente. Y en esto iba pensando Said, desilusionado por su gran pérdida, cuando un hombre lo agarró del brazo y le hizo detenerse.

—Vuelve conmigo. No tiene sentido que alargues mi agonía.

Said miró a aquel viejo desharrapado. Era Qadam. Se había olvidado involuntariamente de él.

—¿Qué haces aquí? Me pones en vergüenza delante de mi amigo —le increpó Said.

—¿Llamas amigo a quien te exige tanto? No puedes entregar tu corazón si no lo tienes. Ven conmigo, pues la prueba no la has superado.

—Déjame en paz, viejo. Ahora me siento feliz. Por fin he conocido a alguien que me quiere tal y como soy.

—Yo te quiero y nada te pido.

—Me pides demasiado por amor —se lamentó el joven Said con lágrimas en los ojos—. Mi padre me abandonó porque me quería y tú me abandonaste porque me querías más.

—¿Qué te da ese hombre que no pueda darte yo, salvo ostentación y engaño?

—Me lo da todo.

Qadam respiró profundamente.

—Pero tu corazón sigue vacío…

Jamal, el alarife, que se había quedado rezagado dando unas órdenes, se acercó a Said, intrigado. Agarró su fusta con intención de usarla.

—¿Te está molestando este indigente?

Said denegó con tristeza.

—Sólo me pide algo que no puedo darle.

Qadam, viendo entonces que su hijo no entraba en razón, desató una tormenta de palabras mientras señalaba el cielo con su dedo índice.

—¡Que Allah sea misericorde contigo, estúpido muchacho! El cordón umbilical que hay entre nosotros nunca podrá romperse. ¡Juro por los cielos que no cejaré hasta que vengas a mí y si no puedo salvarte de las aguas de la corrupción, me hundiré contigo!

Jamal descargó sobre Qadam su más fuerte golpe de fusta. Lo dejó tirado en el suelo, ensangrentado y tiritando de dolor.

—¡Déjalo, Jamal! —Said retuvo el fuerte brazo por instinto y arrodillándose junto a Qadam le susurró al oído—. ¡Ahora ya tienes lo que venías buscando!

Luego, con el rencor escrito en la mirada, sonrió seductoramente al alarife.

—Jamal, amigo mío. Deseo que me compres esas botas de cuero que me prometiste. Creo que este invierno será frío en la Alhambra.

Se alejaron disimuladamente unidos, rozando sus dedos ocultos entre sus ropas. Qadam sintió más su fracaso que sus heridas. Quedó allí tirado, llorando de frustración, porque no comprendía por qué Said se alejaba más cuanto él más se acercaba.

El sueño de Asha, la hija del sillero

Al día siguiente, Jamal mandó llamar al zapatero. Lo recibió en la sala principal de su casa al calor de los humeantes esencieros, cuyo olor inundaba su vida desde que apreciara los beneficios de la moda de palacio, una vida regalada y cómoda más propia de sultán que de arquitecto.

—Tómale bien las medidas, viejo Ali —dijo Jamal al zapatero—. De ti depende que te haga un encargo masivo de botas y zapatos para este próximo invierno.

—Señor… —se disculpó el viejo con humildad—. Compraré la mejor piel a la tenería de Ismail al-Nuwari, no obstante el sector de la balga y del corcho nos hacen mucho daño en tiempo caluroso.

—Nada como unas buenas botas, amigo Said —aseveró Jamal—. Te acreditan de una buena clase social…

Said había quedado algo pensativo al oír nombrar la tenería. Sin duda, viejos recuerdos alimentaban su angustia.

—¿Por qué no te provees de la tenería de la Alhambra? Está más cerca que la de la Alhóndiga Nueva. ¿No vives en esta colina?

—Soy vecino de la Alhambra, mi señor, pero las cosas no le van bien al viejo al-Nuwari, que tiene mucha competencia con otros mercados. Se dice por ahí que es un jugador empedernido y que no ha sabido conservar su hacienda o tal vez sea la maldición que pesa sobre su familia. Así pues, me la deja a mejor precio que el de aquí, siendo, la de él, de mejor calidad.

—Ya entiendo… ¿Y su hija? ¿Se ha casado?

Jamal recibió la pregunta con extrañeza. Muy pronto ésta se convirtió en una lanza atravesada en su pecho.

—¿A quién os referís, a la joven Asha? —El zapatero rio burlonamente—. ¿Quién ha de querer casarse con semejante mujer? ¡Ni su padre aguanta su mal genio!

—¿Sigue teniendo… el lunar en el labio?

Los celos se hicieron hueco en el corazón de Jamal. Se levantó con arrogancia e indicó al zapatero que diera por terminada la toma de medidas dándole unas monedas.

—Señor —contestó Ali, mientras recogía sus utensilios de trabajo—, yo no sabría decirle si esa mujer tiene o no tiene lunar en el labio, pues sale poco de esa casa maldita en la que vive y cuando lo hace va siempre con el velo, que para eso es muy recatada y cumple siempre con su condición de mujer.

—Desde luego —se disculpó Said—. Es como debe ser para una buena musulmana.

El zapatero hizo una humilde reverencia y se marchó. Dejó a los dos amigos, frente a frente, con el rencor de uno convertido en la curiosidad del otro.

—¿Por qué quieres saber tanto de esa mujer? ¿No te sientes a gusto en esta casa?

—Me siento muy a gusto, amigo y compañero. Simplemente he dado rienda suelta a mis recuerdos. De todos los de mi infancia la imagen de aquella niña es lo único que merece recordarse.

—¿No has vuelto a verla?

—No, ni lo deseo.

—¿Temes, acaso, enamorarte de ella si la ves?

Jamal sabía bien hacer las preguntas. Con su temor proporcionaba a Said las respuestas que desconocía.

—¿Me puede dar ella lo que me has dado tú?

Jamal se sintió satisfecho. Y, orgulloso, dijo:

—La invitaremos, entonces, a la zambra que pienso dar antes de la llegada del otoño. Si es cierto lo que dices, verás conmigo construir los palacios de la Alhambra…

Said sonrió agradecido, pero su pecho latió más rápido que de costumbre, pues era evidente que había mentido a Jamal.

Asha leía, disfrutando del silencio. Leía poesía, que se había puesto muy de moda, pues hasta los visires de los sultanes describían la belleza de aquella ciudad, y como utilizaban símbolos y comparaciones, todas ellas de rigurosa poesía amorosa, no era extraño que gustara tanto a hombres como a mujeres.

Desde el patio superior de la casa del Gallo del Viento, bien resguardado con sus celosías, Asha leía y luego, pensando en aquello que había atravesado su mente, levantaba la mirada y observaba las murallas que encabalgaban su silueta hacia la colina del Aceituno o se distraía viendo atravesar la Bab Ilbira por los extranjeros o comerciantes que retornaban a la ciudad.

Pero su tranquilidad se vio turbada por la entrada de su padre, quien jadeante se secó su perlada frente de sudor con un pañuelo de fina tela.

—¿Qué haces aquí arriba, hija mía? ¿No prefieres la calidez del patio interior que esta azotea toda expuesta a la intemperie?

—No, padre. Prefiero las vistas del Albayzín.

—Pues a mí me cuestan los años venirte a buscar. Ya no soy joven. ¿No te has dado cuenta? Y las calamidades se apoderan de mis nervios. Déjame que me siente un momento y te cuente lo que vengo a decirte.

Asha no parecía expectante, ni siquiera miraba a su padre esperando conocer la nueva que portaba. De hecho, seguía leyendo su poesía, ensimismada, buscando fugazmente, en la belleza del paisaje, el significado de la poesía.

—Mira, hija. Mira lo que he recibido hace tan sólo un momento.

Ismail al-Nuwari sacó de entre sus ropas una carta. Tenía el formato clásico de una invitación.

—Nos invitan. Y nada menos que a una fiesta.

Asha levantó finalmente la cabeza. Esta vez sí que estaba intrigada.

—¿A nosotros, padre? ¿Una invitación? ¿Quién ha sido el iluso?

—Hija —contestó el padre con resignación—. Tal vez los tiempos malos han pasado. Ésta debe de ser una grata noticia porque tú eres aún casadera y no quisiera verte desprovista de un marido que te protegiera.

—Sabes que no quiero casarme, padre.

—¡Cuando dices esas cosas temo morir de espanto! ¿Para qué sirve una mujer si no es para casarse? Y menos tú, que no pasarías ni por concubina del visir, que dicen que es de buen conformar.

Asha miró a su padre con rencor el tiempo suficiente como para que éste terminara su frase.

—Bien. ¿Y quién nos invita?

—El alarife. Con Jamal al-Cencid tenemos una deuda. Sabes muy bien que me arregló la tenería sin pedirme nada a cambio.

—Pues ahora te lo pide, padre. ¿Y se puede saber qué desea de nosotros ese invertido?

—No debes creer lo que dicen por la Alhambra… La gente tiene la lengua muy suelta.

Asha se levantó molesta de tanta conversación. Guardó su poesía entre sus largas mangas y respiró hondo.

—Bien, dímelo todo padre. ¿Qué desea de nosotros ese hombre?

Ismail bajó la mirada con el temor de un cervatillo.

—Quiere que toques para él.

La sonrisa dibujó los labios de Asha.

—Dile que iremos. Pero tocaré detrás de una cortina. No consentiré que me vea ninguno de sus eunucos. Y ahora me voy al hammam.

—Como desees… —aceptó Ismail agachando su cabeza.

Y Asha bajó por las escaleras, con gesto arrogante, con el corazón brincando en su pecho pétreo, pues muy pronto podría verse reflejada en las pupilas de su enamorado.

En la puerta interior del hammam al-Yawza una bella joven saludó a Asha. Ya la conocía de sus visitas semanales, siempre acompañada de su criada Fátima, su fiel colaboradora, tal y como dice la costumbre que ha de ser quien conoce todo o casi todo de la vida de una dama de buena familia.

Los horarios de los baños eran muy estrictos. Ni hombre ni mujer debían conocerse en lugar público y los baños bien lo eran por su capacidad para acaparar

gente de todo tipo y condición. Pero no existe soborno que no rebase cualquier ordenanza, ni en la sociedad cristiana ni en la musulmana, que aun siendo más rígida en la relación con hombre y mujer, hace por afinar los ingenios.

Asha tenía comprada a una masajista del hammam. No sólo compraba sus cuidados o su hábil forma de depilar con cal. Compraba sus ojos y sus oídos. Ella fue quien le habilitó una pequeña sala, cercana al bayt as-sajun, que por tener atanores y calderas, cuya finalidad era incrementar la temperatura, proporcionaba un vapor relajante y a la vez propicio para el recogimiento.

Fátima ayudó a desvestirse a su señora. No tenía un cuerpo esbelto, como las danzarinas. La mayoría de las mujeres de Granada, como las otras de otros lugares musulmanes, no eran prietas de carnes, redondeces que habían adquirido por su vida sedentaria, alimentada más que por la comida por la tranquilidad del hogar.

Pero a pesar de su cuerpo, Asha era bella. Su rostro, de piel de ébano, reflejaba la herencia de sus antepasados. No por ello resultaba menos atractiva. Como su lunar, delicada peculiaridad de su rostro, quien sólo conocían quienes realmente la respetaban.

—Ve a la puerta —ordenó a Fátima— y avísame cuando llegue…

En aquel lugar se veía con su enamorado. Hacía ya varias lunas que había descubierto en él un amor desconocido que la había amansado el carácter. A pesar de todo, seguía siendo la muchacha rebelde que fatigaba a su padre con sus negativas a contraer matrimonio. Todo era viable si con ello impedía o retrasaba el funesto día de ser entregada a un desconocido.

Desnuda, sudorosa, se introdujo en un abzan de agua caliente. Allí esperó, sofocada por la humedad y el deseo, hasta que Fátima, desde la puerta, le hizo una indicación que provocó la rapidez de sus latidos. Una sombra se adelantó a la puerta y entre el vaho de la sala emergió la silueta de un hombre, envuelto en una toalla, que muy pronto arrebató de sus caderas.

—Has tardado mucho, Jamal —se lamentó Asha—. Cada jornada que pasa se me hace más extraña sin verte. Una semana es demasiado larga. ¿No podríamos vernos con más frecuencia? ¿Y en otro lugar?

Jamal al-Cencid la estrechó entre sus brazos. La besó con un solo beso por cada día de su ausencia, acallando los lamentos de Asha con ardorosa maestría.

—Sabes que he de ser cauto.

—¿Por qué tanto misterio? ¿Y a qué se debe esa invitación que ha llegado a casa de mi padre?

—Quiero presentar a la sociedad a un nuevo amigo.

Asha lo miró con desconfianza.

—¿Quién es ese amigo que tanto merece? ¿Lo presentas en sociedad como tu protegido y a mí me ocultas?

—No preguntes si no quieres que te hiera con mi respuesta. A veces es conveniente hacerse pasar por lo que uno no es para conseguir ciertos propósitos.

Asha sintió que se alejaba, que con sus reproches alentaba la desidia en el pecho de su enamorado. Así que optó por callar, por consentir y esperar a que llegara la noche de la fiesta, pues su curiosidad de conocer al amigo de Jamal era menor que su temor a no volver a tenerlo entre sus brazos.

Entre las celosías de la casa de Jamal al-Cencid las llamas de las velas temblaban al contacto con el viento. Se acompañaban de qandiles y del crepitar de las teas ardiendo, que, clavadas en la tierra, iluminaban el camino que debían seguir los invitados.

Jamal al-Cencid sabía cómo animar una fiesta. Muchas eran las que se celebraban a lo largo del año en casas principales o en los propios palacios del sultán, así que cada anfitrión debía trabajar para superarse. Y el día siguiente de la fiesta era, con mucho, mejor, pues en él se hablaba de lo experimentado, criticando o ensalzando aquello que había quedado para la posteridad de la aburrida sociedad garnâtina.

En la misma puerta de su casa se apostaron dos criados. Eran nubios de anchas espaldas que vestían capas de color blanco. A cada invitado le indicaban la dirección a seguir y éstos se orientaban por las teas ardiendo hasta que llegaban al amplio patio, copia exacta pero reducida de lo que iba a ser el que construía para el sultán. Un patio de estanque cristalino en cuyas aguas nadaban cisnes blancos y negros, acostumbrados ya a la expectación humana y con quien se mezclaban, sin pudor ninguno, esperando ser alimentados por sus manos.

Hasan Ibn al-Muradi, el almotacén, llegó con prontitud. Era costumbre en él, pues cuando inspeccionaba el zoco lo hacía con la rectitud de una obligación divina. Sin embargo, fuera de su habitual trabajo, al-Muradi se relajaba y frecuentaba las fiestas nocturnas de la Alhambra, olvidándose de las normas que hacía cumplir durante el día. Al-Cencid lo recibió con un vaso de xarabe de granada, en señal de bienvenida, pero rápidamente se disculpó, pues entraba el katib del sultán, hombre poderoso cuyo dominio se hallaba sólo por debajo del visir.

—No te preocupes, amigo Cencid —dijo el almotacén—. Acabo de ver que entre tus invitados se encuentra un amigo mío. Iré a saludarlo.

Al-Muradi se refería al Genovés. Lo llamaban así porque lo era; había venido de otras tierras afincándose en la Granada floreciente del cultivo del azúcar, y de Génova importaba sedas y otras especias que en nada favorecían el negocio de los ya viejos granadinos con su competencia. Así pues, al genovés Pietro Ghinassi no le abrían las puertas de sus casas con frecuencia, por lo cual no pudo ni quiso rechazar aquella invitación tan imprevista del alarife.

—Espero que disfrutes de la noche, estimado Ghinassi —afirmó al-Muradi paladeando su xarabe de granada—. La curiosidad nos ha iluminado el camino hasta esta casa.

—Veo que tú también te extrañas de la invitación. Sin embargo, otros disfrutan de

la circunstancia, pues están acostumbrados a codearse con al-Cencid.

—No tiene ningún mérito por parte de quien te refieres, pues ellos son de su calaña, quiero decir de su… misma desviación… —respondió socarronamente el almotacén.

En el lado opuesto del patio conversaban los adeptos al sultán. Al-Cencid, que frecuentaba los palacios, había hecho amistad con algunos de ellos. Muchos parecían seres inaccesibles y distantes, cualidades nunca duraderas ante un buen vaso de vino prohibido.

Al-Cencid, para impedir el embarazo al que se veían expuestos algunos invitados, pues muchos de ellos procedían de clases y ocupaciones distintas, había hecho cuidar la cortesía, de manera que varios criados, excelentemente vestidos y de buen aspecto, se ocupaban de presentarlos entre sí. De esa manera se conocieron Said y los más altos cargos de la colina, distinguidos por sus funciones en el gobierno o en la sociedad. Fue presentado al sáhib al-medina, el zalmedina, que esa noche había autorizado beber vino siempre que se hiciera con la precaución y discreción aconsejadas. También fue presentado a Mohammad Yuyus y Abu Ali Musa, kuttab de la Chancillería, cuyo jefe, el arráez, como funcionarios que eran, no había podido asistir a la fiesta.

—¿Qué oficio tiene el protegido de al-Cencid? —preguntó Mohammad Yuyus una vez se hubiera alejado Said de su círculo de amigos—. ¿O es simplemente «protegido»?

Yuyus era famoso por su lengua viperina. Nunca dejaba una palabra en el tintero.

—Por lo menos tiene buena planta. Hay que reconocer que el alarife elige con esmero. Como sus fiestas, que son del todo interesantes.

El hombre que había contestado era su compañero, el funcionario llamado Ali Musa. Era un hombre entrado en años, que se había merecido el sobrenombre de Abu Ali por sus canas plateadas. Algunos considerábanle de gran influencia en la Chancillería y, por lo tanto, con el sultán y el jatib al-Hamra.

—No entiendo cómo puede permitirse este arquitecto una casa como ésta, ni cómo puede costearse fiestas tan… tan…

—¿Tan extravagantes?

—Digámoslo así. Ni yo mismo puedo permitírmelo.

En el grupo permanecía callado, pero observador, uno de los ayudantes del ámil, el gobernador de la provincia. Suspiró apesadumbrado.

—Por lo menos en las fiestas de al-Cencid se puede hablar de cualquier cosa, incluido de su protegido, sin que tengamos que sonrojarnos.

—También podemos hablar de política —inquirió sarcásticamente Yuyus—. El arráez no ha venido, ni tampoco el háchib Ridwan, así que no irán con los chismes a la corte.

Los tres hombres rieron con precaución. Nunca se conocía, lo suficientemente, a los espías.

Los primeros entremeses circularon en bandejas de plata labrada. Eran bawarid fríos, muy de moda entre los musulmanes desde la época omeya. El vino se sirvió en vasos de vidrio, aunque para no violentar al zalmedina se utilizaron los circunloquios.

—Este «zumo de uva» merece un buen poema. Tal vez si invitamos a acercarse al distinguido Abd Allah Ibn Said, que hoy, curiosamente, nos honra con su presencia… nos improvisaría uno. Él siempre es bien recibido en cualquier fiesta y empieza a serlo su hijo, Mohammad, al que empiezan a llamar Ibn al-Jatib. Tal vez él pueda deleitarnos con algún verso de su diwan.

—Deja en paz al poeta, mi buen amigo Yuyus —intervino Abu Ali—. Estoy harto de las lenguas refinadas. Siempre te miran por encima del hombro. Se creen observados por el ojo de Allah en todo momento. Deja su locuacidad para los maylis que se celebren en la colina el próximo invierno.

—Entonces llamemos al castellano —solucionó Yuyus—. Nos contará su opinión sobre los tratados de paz que pretende cumplir el sultán.

Los funcionarios requirieron la ayuda de uno de los criados para ser presentados. Aunque conocían a Ghinassi, nunca habían entablado conversación. Se saludaron con la cortesía esperada, pero el Genovés, que había viajado mucho y muy lejos, presintió un camino difícil de atravesar.

—Así que eres Pietro Ghinassi, el castellano —exclamó Yuyus con su habitual ironía.

El italiano respondió:

—No soy castellano, señor Yuyus. Soy genovés.

Mohammad Yuyus bebió de su vaso de vino y sonrió esbozando en sus labios una mueca de sorpresa.

—Pues ¿qué diferencia hay si rezan al mismo Dios?

Ghinassi miró con suspicacia al almotacén.

—Veréis… —el Genovés hablaba con acento y utilizando las normas de cortesía de su idioma—… algunos musulmanes tienen la osadía de confundir a los cristianos entre sí. Y lo mismo podría decirse de vos, pues entre los de mi religión os denominan árabes a todos los que creéis en Allah, sin darse cuenta de que los andalusíes no sois árabes pero sí musulmanes.

Yuyus levantó su copa hacia el Genovés indicando su disculpa.

—En eso tienes razón, amigo mío. Los andalusíes somos una gran mezcla de razas…

—Incluida la castellana… —inquirió con cierta malicia el Genovés—, pues muchas de las madres que os engendraron fueron de Castilla…

Abu Ali Musa rectificó la teoría de Yuyus haciendo honor a su ocupación como funcionario.

—Es evidente que desconoces nuestras costumbres. Los musulmanes nos regimos por la línea agnaticia, así pues de cualquier matrimonio mixto entre musulmán y cristiana sólo derivarán vástagos musulmanes. La mujer no es más que un mero

instrumento. Está ligada al hombre en las circunstancias que se estipulen en el contrato de matrimonio y éste siempre tiene la prioridad de todas las cosas.

—No me parece que entiendan eso las altas familias. —Ghinassi acababa de pisar suelo resbaladizo—. Fijaos en los sultanes a lo largo de la historia. Algunos fueron rubios, como sus madres vasconas. El matrimonio ennoblece a los hijos, nunca ha de ser al contrario. Aunque ésa sea unión de personas de distinta clase y condición.

—¿Sois defensor de la mujer?

—Digamos que… sólo defiendo lo defendible. No todas las mujeres son reprobables. Por ejemplo, nuestro actual sultán, Yusuf I…

—¡Allah le dé vida muchos años…! —interrumpió Yuyus con mucho énfasis.

—… sí, nuestro actual sultán a quien Dios dé vida muchos años se ha dejado guiar durante su reinado por su abuela, una horra de gran perspicacia e inteligencia…

Al-Muradi, el almotacén, viendo que ganaba su amigo la batalla, incidió:

—Es del todo acertado decir que la unión con otros pueblos nos ha mejorado en demasía. Fijaos si no la ventaja de tener a un visir como Abu-l-Nuaym Ridwan, que en otros tiempos fue cristiano…

Los funcionarios de la Chancillería se miraron atónitos. La hipocresía no era flor prematura en aquellas fiestas y con frecuencia desaparecía al contacto con los efluvios del alcohol; por eso fue recibido el comentario con tanta suspicacia, pues a aquellas horas de la fiesta se esperaba de los invitados un poco más de compromiso.

—El háchib Ridwan tiene mucho poder, desde luego. Y lo sabe utilizar con precaución. ¿No lo crees así, Ghinassi? Nos gustaría, a Ali Musa y a mí, conocer tu opinión sobre los intentos de paz con los castellanos.

A Ghinassi se le erizó el vello de la nuca. Cuando un funcionario hacía una pregunta así, nunca se sabía si era con doble intención. Bebió y comió unos entremeses y luego, con toda la diplomacia de la que pudo hacer gala, respondió.

—Es función de la política estar a bien con los estados colindantes. Si el sultán llega a un acuerdo con Castilla y Aragón, será siempre para bien de los contratantes, y como súbdito de los dos reinos, pues ya saben que vivo indistintamente en ambos por motivo de negocios, agradeceré la paz.

—Otra cosa es que nuestro sultán consiga convencer al rey cristiano… —se lamentó el almotacén—. Pues en eso me darás la razón, mi buen amigo Ghinassi, ya que dicen que es muy concienzudo y arrojado y no creo que nos perdone los impuestos.

—No conozco al sultán, evidentemente —se excusó el Genovés—, pero me parece que ha de ser un joven con gran disposición de conseguir lo que se propone.

Abu Ali, distraído por la llegada de un nuevo invitado, sintió en la intimidad de su sorpresa la flecha del aturdimiento. Un ligero codazo a su amigo Yuyus y la inclinación de una ceja indicaron al otro funcionario que mirase en dirección a la entrada. Ambos, con una mirada de complicidad, abandonaron sus copas de vino con disimulo.

—¿Y dices, amigo Ghinassi, que no conoces al sultán? Pues esta noche vas a tener la oportunidad de conocerlo, pues en estos momentos está entrando en este patio.

Momentos antes de empezar la fiesta, los invitados se agolpaban en la entrada de la casa. Aunque los criados de al-Cencid eran veloces en atenderlos y guiarlos, los caballos y los palanquines formaban una viva hilera en la calle, nada desprestigiada por un anfitrión, pues el barullo de sus invitados acredita el éxito de la reunión.

Así pues, pocos fueron los que vieron a un viejo esquelético que se mezclaba entre la gente. Observaba, prudentemente, con ojos llorosos hasta que, de repente, decidía dirigirse a uno de los invitados e interrumpirle el camino.

El más rico comerciante de sedas de la alcaicería lo empujó hasta verlo caer. El padre de Asha, aún conociéndolo, lo ignoró. Abu Ali Musa ordenó: «¡Vete de aquí, insolente!» y su amigo, el funcionario de la Chancillería Mohammad Yuyus, con su frecuente sarcasmo, dijo: «¡Oh, espero que este ser inmundo no esté invitado a la fiesta!».

Todos cuantos atravesaron el umbral de la casa de al-Cencid despreciaron al indigente. Ninguno llegó a mirarlo a la cara. Todos salvo uno, un joven apuesto y de exquisita elegancia. Iba acompañado de dos hombres más, uno de ellos negro de gran corpulencia. Cuando el viejo se arrodilló ante él y lo cogió de la mano, el negro hizo intención de fustigarlo.

—¡No! —exclamó el apuesto joven—. Este hombre no pretende hacerme daño. ¿Quién eres?

Antes de que el viejo se explicara, contestó por él su acompañante.

—Lo llaman el santón del Aceituno. Toda Granada lo conoce.

—¡Oh! —se asombró el muchacho—. ¿Y qué quiere de mí un hombre santo?

Entonces, Qadam, con perlas de tristeza en los ojos, dijo:

—No soy un hombre santo, señor. Sólo un padre que pide ayuda para su hijo. Ahí dentro, en esa casa, reside mi única esperanza. Allah no me dio ningún hijo de mi sangre, pero como sólo Él puede contradecirse a sí mismo me ofreció la oportunidad de conocer a un niño que yo adopté. Los padres no podemos elegir a los hijos salvo si nos los ofrece la providencia y yo lo amo más que a mi vida.

—Veo mucho sufrimiento en ti, buen hombre.

—Sufro porque nadie quiere ayudarme a liberar a mi hijo de esta casa. Él es bueno, yo le enseñé el Corán y la palabra de nuestro Profeta. Si tú quieres, puedes sacarle de esa vida de pecado.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Said. Said Ibn Tammim.

El muchacho asintió pensativo. Puso su mano sobre el hombro del viejo y luego miró a su acompañante.

—Bien, Ridwan, tenemos un cometido esta noche. Tal vez no haya sido tan mala idea venir a esta fiesta.

Los tres hombres se alejaron. Qadam respiró complacido de haber sido, finalmente, escuchado.

Un criado se acercó al alarife y le musitó algo al oído. Su semblante se tornó granate. Con la celeridad que ordena la prudencia ordenó retirar el vino. Aunque el zalmedina había aceptado beber alcohol, no era correcto ofrecérselo al sultán si éste no lo había sugerido previamente, así que el rubb volvió a distribuirse.

A cada grupo al-Cencid aconsejó cautela. Los que ya conocían al sultán sabían de aquella faceta suya, la de acudir a fiestas vestido de muchacho del pueblo, pues así no sólo daba rienda suelta a sus necesidades como hombre, sino que conocía la opinión de aquellos que por razones obvias nunca hubieran emitido sus quejas ante el sultán. Sus allegados lo recibían con disimulo, evitando el contacto con él, dejando la parte más inquietante para los que, bajo ningún concepto, hubieran sospechado de la identidad del joven más atractivo de la fiesta.

Yusuf al-Nasr era de tez morena. Delgado y de buena figura. Muy joven para desempeñar cargo tan arriesgado, pero la vida le había sorprendido cuando aún era un muchacho con la muerte de su hermano, el anterior sultán. Fueron sus propios asesinos los que lo coronaron, y esa circunstancia había dejado honda huella en su espíritu.

Ayudado por un buen número de excelentes gobernadores, entre los que destacaba su propia abuela, Fátima, hija del sultán Mohammad III, Yusuf fue controlando su vida, su trono y su ciudad. Y aquella sabiduría que se acrecentaba despertaba en su curiosidad un nuevo aliciente, que era el de conocerlo todo de cuanto había, lo cual sólo conocería de esa manera, en el anonimato de los mediocres.

Aquella noche, Yusuf se alegró de llevar un cometido. El encuentro con Qadam había iluminado su corazón. Por fin tenía algo que realizar fuera de su palacio, por fin podía ayudar directamente a uno de sus súbditos. Ridwan, su visir, lo vio acelerarse hacia el interior de la casa de al-Cencid y buscarlo con los ojos. El alarife no se inclinó, pues bien sabía que debía tratarlo como a uno más de sus invitados, pero se humilló con la mirada.

—Señor, me siento muy honrado de…

—Sí, sí, ya sé. Pero vengo a cumplir un cometido. Deseo que me traigas a Said Ibn Tammim.

Jamal al-Cencid quedó boquiabierto. ¿Cómo era posible que el sultán conociera a su protegido?

No fue posible presentar a Said al sultán. Al menos en aquel momento. Porque la

fiesta transcurría y se había producido una inesperada representación. Como era habitual en todas las fiestas, se preparaban actuaciones y siendo los asistentes todos del sexo masculino las distracciones se realizaban para contemplación del sexo contrario, bien contratando a danzarinas experimentadas o consiguiendo esclavas expertas en la declamación. En aquella ocasión no disfrutaban del erotismo de una voz o de un movimiento sensual, sino de los acordes de un laúd. Un instrumento casto pero delicado que se había puesto de moda hacía algunos años porque de Qurtuba comenzaban a llegar los prodigios de las escuelas del renombrado Ziryab.

Todos los asistentes permanecían en silencio. Sus oídos se agudizaban como los de un cervatillo en pleno campo. Todos, menos los de Said.

Decepcionado, se había acercado a Jamal, que terminaba la conversación con un apuesto joven, muy cercano a su edad, y que ahora se deleitaba observando el refinamiento de la decoración del patio.

Desde hacía algunos días Said se encontraba intranquilo. Apenas dormía y con dificultad probaba la comida. Jamal se había dado cuenta. Quería suponer que se debía al nerviosismo de ser presentado en sociedad. Pero, aunque el joven lo ignoraba, su comportamiento se debía a otras razones, las razones del corazón.

—Jamal —musitó Said al oído del alarife—, ¿no decías que ibas a invitar a Ismail al-Nuwari y… a su hija?

Al-Cencid miró a Said con grave sospecha. Luego sonrió. El río siempre discurre por el mismo cauce. Así debe ser.

—Disfruta del laúd y observa la cortina que nos impide ver las manos de quien lo ejecuta, pues son de la hija de Nuwari. Ha sido invitada para deleitarnos, pues es mujer hacendosa y nunca se ofrecería a interpretar el laúd frente a los ojos de tantos hombres. Yo cumplí con la palabra de invitarla pero creo que no podrás cerciorarte de si tiene aún el lunar en el labio.

A Said le faltó la respiración. Le dio la impresión de que cuantos allí había sabían más de él que él mismo.

Nada en al-Ándalus ocurre de forma gratuita. Ni siquiera la música. Como en la arquitectura, que adquiere el volumen y la perspectiva de colores y materias que nos transportan a un paraíso, la música nos envuelve en un todo.

Cuando el laúd tenía sólo cuatro cuerdas, zîr, maznâ, mazlâz y bamm, cada una de ellas representaba los humores humanos. Si la zîr es la cuerda amarilla, podría ser el fuego, y con su calor se activa el fluir de la sangre. Si la maznâ es roja, sentir es lo adecuado; la frescura del aire simboliza. Blanca es la mazlâz, dulce, cuyo reposo completo conseguirá la bamm, la cuerda entre todas ellas más grave y respetable, negra como es la paz del sueño.

Aquella noche, Asha rescataba de las cuerdas del laúd la voz del universo. Quienes la oían se transportaban en espíritu, pues nada mejor que la música para

volar. Nadie quiso beber vino ni fumar haxix porque el laúd los sobrecogió a todos y hubo quien lloró amargamente de felicidad.

Desde muy pequeña, Asha llamaba a la música desde cualquier parte de su casa. No sabía, por entonces, que un instrumento pudiera desprender tan especiales lamentos, pero así era en verdad. Aquella niña, desafortunada por tener un lunar en la boca, podía hablar con el cielo si tenía un laúd entre las manos.

—¿Quién toca semejante melodía? —preguntó el sultán.

—Es Asha, la hija del sillero —le decían.

—Pues en verdad que la han mirado los ángeles.

Asha tocó con su laúd preferido. Y lo hizo también con el de cinco cuerdas, invención del sabio Ziryab. Ninguno de los dos dejó a los invitados indiferentes. Y cuando hubo terminado, se produjo un silencio tan espectral que hasta los cisnes del aljibe ahuecaron sus plumas, incómodos por haber regresado al reino de los vivos.

Este aturdimiento fue aprovechado por Said, porque Said Ibn Tammim no había oído la música. Sus sentidos lo habían abandonado para bien de su pecho, que se agitaba de ansiedad adolescente.

Buscó la manera de burlar la cortina que tan candorosamente había ocultado a Asha mientras tocaba, y fue en el instante de recoger el laúd de cuatro cuerdas cuando la muchacha se sobresaltó al creer apreciar la sombra de un fantasma, alargada y siniestra manifestación de los qandiles de la noche.

—¿Quién eres? ¿No sabes que hay que respetar una cortina cuando al otro lado permanece una mujer?

Said, el espectro, permanecía mudo. Miraba sin ver.

—Yo te conozco… —musitó.

—¿Quién eres? —preguntó temerosa Asha—. Salvo a Jamal al-Cencid y a mi padre, a nadie más conozco en esta fiesta.

—Soy de la colina, de la otra colina, la del Albayzín. Desde que una vez te vi, quedaste impregnada en mi memoria.

Se sintió debilitar por la fuerza que emanaba la mirada de aquel hombre. Said se agachó a recoger el segundo laúd, el de las cinco cuerdas, y se lo acercó a Asha, mirándola sin pestañear. Nunca antes la música del laúd había tenido efecto tan peligroso.

Dejó que Said se aproximara a ella hasta que le invadió la vergüenza, hasta que su jimar, que guardaba candorosamente su cara, tembló al contacto de su aliento.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Asha, tan sorprendida.

—Quiero averiguar si aún tienes el lunar en el labio.

—No puedes quitarme el velo, sería una violación… Said sonrió seductoramente.

—Entonces habré de averiguarlo de otro modo.

Sobre el jimar, Said depositó unos labios tibios que tomaron el calor de una llama al sentirse rozados por los de una mujer. En el velo quedó la huella de un beso.

Por fortuna, Jamal al-Cencid los encontró separados. Con el pecho jadeante pero

en silencio. El jimar no desveló el secreto de sus labios.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, prevenido por su silencio, el alarife.

—Nada —contestó serenamente Asha cuyo genio habíase apaciguado, ciertamente—. ¿No ves que sigo protegida por el velo?

Jamal se venció a la evidencia.

—Bien, entonces acompáñame Said, que un invitado muy distinguido quiere conocerte.

Said se despidió de Asha con una inclinación de cabeza. Dejaron la sala. La muchacha permaneció impasible mientras pensaba:

«¿Cuánto calor puede haber en un beso?».

El sueño de Yusuf, el sultán de Granada

Said fue advertido de dos cosas: no hablaría del sultán ante aquel elegante invitado y le trataría con la cortesía propia de un príncipe. Salvando aquellas objeciones, se le aconsejó que fuera sincero si el invitado le preguntaba. Y así fue, realmente, muy sincero, aunque a su sinceridad no hay que encontrarle méritos, pues su espíritu, aplacado por el ardor del amor, le había vuelto desconocidamente humilde.

—¿Sois al que llaman Said Ibn Tammim? —preguntó Yusuf Ibn Nasr.

—Lo soy, mi señor. ¿Quién os ha hablado de mí?

—Alguien que os conoce muy bien y os ama.

Said arqueó extrañado las cejas.

—¿Quién puede amarme si me conoce? Sólo soy un pobre hombre que trata de hacer el bien y siempre realiza el mal. Allah debió reírse mucho conmigo dándome el despropósito en mis actos.

Al sultán le pareció divertido el comentario.

—Tenéis un padre adoptivo que os quiere más que a su vida. Muchos padres de sangre no darían tanto.

—En eso tenéis razón, lo puedo asegurar.

—Algo habréis hecho para que os ame. Una persona tan querida no puede ser mala del todo.

Said humilló la cabeza.

—Si vos lo pensáis así…

Yusuf sonrió complacido.

—Lo pienso. Y quiero ayudaros a vos y a vuestro humilde padre. Muy pronto os haré llamar.

Con un gesto arrogante, justificación de su inesperada decisión, el joven Yusuf salió de la sala. Dejó a Said inexplicablemente confuso.

—Pero ¿quién sois? ¿A quién le deberé el favor?

Nadie le contestó. Ni siquiera el nubio con capa blanca que hacía guardia junto a la puerta.

Aquella madrugada, cuando los invitados se hubieron recluido en sus propias casas, Jamal al-Cencid y Said Ibn Tammim quedáronse solos, oyendo el chapoteo de los cisnes que habían desvelado su sueño con el barullo de la fiesta. Era una noche extrañamente hermosa pero húmeda. Se presentía la llegada del frío de otoño.

—¿Has disfrutado de la fiesta? —preguntó al-Cencid. Su rostro reflejaba la

tensión de la envidia—. ¿Qué te ha dicho el invitado de la realeza?

—No lo sé muy bien. No lo he comprendido. Quiere ayudarme.

Jamal apretó sus mandíbulas con rabia.

—Suerte tienes, muchacho. Muchos años llevo en esta colina y nunca se me ha mostrado tan accesible… ese invitado real.

—No me importa su ayuda. Mis pensamientos están en otro lugar. No puedo dejar de pensar en Asha.

El alarife tiró su vaso de vidrio contra el suelo provocando con su ira el revoloteo de los cisnes.

—¿Te presta su ayuda el invitado y sólo piensas en esa mujer? ¡Eres un hombre realmente extraño! Te imaginaba más ambicioso.

—¿Me hablas de ambición cuando mis labios han estado a punto de rozar los labios de Asha?

Al-Cencid se paralizó de incredulidad.

—¡Conque la has besado! ¿En mi casa y en mi fiesta? ¿Así me pagas lo que he hecho por ti? ¿Crees que todo lo que tengo lo he obtenido con la suerte? He trabajado mucho y he agradecido mucho a otros que fueron más que yo, como deberías hacer tú ahora conmigo. Sin embargo, me abandonas por una mujer, me desprecias por un invitado del que desconoces su identidad…

—No entiendo por qué te enojas. No he hecho nada para agraviarte —se disculpó Said. Pero era demasiado tarde porque en los ojos de al-Cencid se divisaba el horizonte de los celos.

—Mañana mismo dejarás esta casa. Me he equivocado contigo.

—Espera, al menos, a que recoja mis cosas y busque una casa donde…

—¿Tus cosas? —interrumpió al-Cencid con sarcasmo—. Viniste con unos harapos y con harapos te irás.

Desconcertado, Said denegó.

—Y no te esfuerces en perseguir a Asha —dijo hábilmente el alarife—, pues sólo sale el primer día de la semana para ir al hammam y es entonces, al atardecer, cuando se encuentra conmigo.

Las palabras de al-Cencid brotaban de su boca como las olas que preceden a la marea. No daba tregua al desprecio de Said, que lentamente iba despertándose en su pecho. Y creció tanto y tan fuertemente, que lo dominó por completo. Se vio a sí mismo golpeando a al-Cencid hasta dejarlo inconsciente, entre un charco de estancada agua color amapola.

Huyó de la casa envuelto en una capa de al-Cencid. Bajo la holgura de la capa de seda bordada agarraba una botella de vino, el mejor vino, que se había ofrecido en la fiesta. No robó nada más. Ni siquiera dinero para poder comprar una mirqas en algún puesto callejero. Sólo pensó en marchar, volver al Albayzín.

Entre la oscuridad de la noche, resguardado por la soledad, Said, con las pupilas dilatadas por la ira y el alcohol, parábase en cada esquina y bebía grandes tragos de vino. Se miraba la capa y pensaba que podía haber sido como Jamal, rico, popular, seductor. Pero no era ni sería más que un vagabundo. Sus sentimientos le ahogaban el corazón.

Volvería a robar, volvería a pasar frío, tal vez a rogar a Qadam que lo recogiera, como un perrillo de la calle sin dueño ni comida. En una sola noche había conocido la fama y la había perdido.

En las calles del Albayzín todo se oye. Se oye la noche y se oye el día. La vida y la muerte. Y muy cerca de él oyó Said unas pisadas ágiles, tal vez cautelosas. Ese sonido es para el Albayzín un lenguaje sin palabras. Quien nace en la colina puede descifrarlo. Said entendió la pregunta y halló la respuesta.

Entre su faja de fina tela de al-Mariya guardaba siempre una daga. La sacó. La apretó tan fuertemente que creyó hacerse una herida en los dedos crispados. El alcohol lo aturdía.

Esperó a que las pisadas se acercaran. Se acercaron.

Un hombre, tocado con turbante, tapada la cara con un embozo que mantenía su anonimato, se topó con Said. Era extranjero. No conocía las costumbres del Albayzín ni su lenguaje.

Said sacó la daga y la presionó contra el pecho del extranjero. Vio sus ojos sorprendidos y luego horrorizados.

—¡Dame dinero! Lo que tengas.

El hombre, con claro acento, contestó.

—¡Por Allah, sé misericordioso! No tengo nada que pueda darte. Ni dinero ni comida…

—¿Qué llevas bajo la camisa? ¿Una bolsa?

Said detectó los ojos de espanto del extranjero.

—No son más que dátiles. No me mates, soy un honrado comerciante.

—¿Dátiles? —Said mostró una sonrisa—. Está bien, dámelos. Tendré algo que comer mañana…

—¡No! Por el Señor del Universo…, los dátiles no.

Said se enojó de inmediato.

—¿Arriesgas la vida por unos dátiles? ¡Vete de mi vista, malcriado! Y da gracias a Allah porque hoy es tu día de suerte…

De un tirón arrancó la bolsa de dátiles y el hombre, sudando perlas de temor, se marchó calle arriba.

Mientras, Said, mareado por el alcohol, se sentó en un aljibe. Aquello le traía recuerdos, así que sacando fuerzas de donde no las tenía buscó sus ruinas, las que fueron una vez su propia casa. Entre las columnas romanas se desplomó y durmió toda la noche inconsciente.

Al despertar, recordó que había robado. Tal vez que incluso había matado en la misma jornada. Unos espasmos de llanto le conmocionaron. Y como buscó la botella de vino para humedecer su garganta seca y la halló vacía, decidió mordisquear los dátiles que habían pagado la vida de aquel extraño, de aquel estúpido que se hubiera dejado matar por una bolsa de comida.

Fue escupiendo los huesos hasta dar con un dátil que le cortó el labio. Se había manchado la boca de sangre. Su dolor compensó la resaca. ¿Qué clase de dátil era aquel cuyo interior escondía tal misterio?

Lo deshuesó y observó con detenimiento. Era un dátil común en apariencia pero con un contenido muy extraño. De él sacó una piedra. Era una piedra pequeña, transparente, de afilados bordes. No hubo más que levantarla hacia un rayo de luz que entraba en la soledad de las ruinas para darse cuenta de que no era una piedra cualquiera.

Miró en los otros dátiles. Todos o la mayoría tenían en su interior una piedra como ésa. No era de colores, así que no serían gemas, ni nada que pudiera atraer la codicia de la alta sociedad granadina. Pero Said era perspicaz. Lo tenías que ser si vivías en la calle. Y pensó que enseñándoselos a un joyero podría dilucidar su duda.

En lo alto del Albayzín, junto a la puerta de las Pesas, lo que fuera hacía muchos años su hogar, se había instalado el taller de un joyero. Las familias ricas de la colina lo mantenían porque era más accesible que los joyeros de la colina de la Alhambra, quienes surtían a los príncipes y al sultán.

Aslam Aziz no era un joyero cualquiera. En el interior de su taller había instalado un alambique y practicaba la alquimia. Su afición por los experimentos le hacía ser distinto a otros del oficio, pues permanentemente buscaba piezas distintas para sus clientes y, como para él era más importante el simbolismo de la joya que su valor en sí, realizaba composiciones tan variadas y asequibles que nunca llegaba a faltarle la clientela. De hecho, frecuentaba las orillas del río Haddarro a la altura del puente del Cadí, en donde decían que el dahab era abundante, un oro que podía extraerse en finas capas y posteriormente purificarse con técnicas sólo asequibles para un alquimista como él.

Said no era uno de los asiduos, desde luego. Pero Aslam Aziz lo conocía. Lo recordaba vagabundeando por la colina. Y ahora, frente a él tuvo que hacer un esfuerzo para reconocerlo porque lo veía vestido con una capa de tela riquísima y su aspecto había mutado, con un corte de pelo muy al estilo de los príncipes.

—¿En qué puedo servirte, mi señor? —preguntó adulador el joyero—. Veo que te van bien las cosas en la Alhambra.

Las noticias corrían por toda Granada. Said se mostró cauteloso.

—Tengo unas piedras que quiero regalar al sultán. Dicen que es un coleccionista agradecido. Tal vez con ellas pueda ganarme su confianza.

—¿Quieres que te las tase? ¡Será un honor para mí!

Said le tendió una de ellas pero muy pronto se arrepintió y cerró su mano

ocultando la piedra.

—Mira que, si me mientes y quedo mal ante el sultán, vendré y te cerraré el negocio. No sé cómo lo haré pero ya sabes que empiezo a tener relaciones…

Aziz miró con incredulidad a Said.

—Señor, si digo la verdad sé que me vais a recompensar…

El joyero sabía mucho más que Said, desde luego. Al muchacho le temblaron las piernas al verse en semejante circunstancia. Pero cuando no se tiene nada, nada hay que perder.

—Bien, ten y tómate tu tiempo.

El joyero tomó la piedra entre sus dedos. La movía con delicadeza. Acercó un qandil a pesar de ser un día luminoso porque quería ver la intensidad de sus reflejos.

—¿De dónde has sacado esta piedra, mi señor? —preguntó excitado.

—De… la costa. Un conocido desembarcó en Hisn al-Monacar hace siete días… —mintió Said.

Aziz sonrió.

—¡Lo sabía! Tenía que venir de fuera. Sólo vi una igual en la India, cuando yo era muy joven. Allah ha recompensado mis esfuerzos enseñándome un diamante.

—¿Un diamante? ¿Qué es eso?

El joyero le hizo adentrarse en las profundidades de su taller. Allí tenía otros como aquél pero con reflejos apagados y, desde luego, mucho más pequeños.

—Mira, mi señor. Los griegos lo llamaron así, «invencible». Allí en la India, los califican de amuleto. Se cree que con uno sólo de ellos puedes protegerte de las serpientes, del veneno, de todas las enfermedades…

Said preguntó, reflexionando, con temor:

—Entonces… ¿no tiene más valor que el de un amuleto?

—Desde luego que no. Los príncipes de Occidente los tratan como si fueran piedras preciosas. Son unos incultos pagando por esta piedra tantas monedas de oro.

Los ojos de Said se desplegaron como amplias cortinas.

—¿De cuántas monedas de oro estamos hablando?

El joyero quedó pensativo. Disfrutaba más de la transparencia del diamante que de su conversación.

—Bueno, no lo sé muy bien…

—¿Podría comprar una casa con ese diamante?

Aziz rio a carcajadas.

—Mi señor, las casas que puedes regalarle al sultán no se pagan con diamantes. Pero si fuera para ti, tal vez con dos como éste podrías conseguir una almunia muy cómoda a las afueras de la ciudad. Y si tuvieras una bolsa repleta de éstos serías rico para toda la vida.

La respiración de Said se entrecortó hasta que casi no le llegó el fresco aire a los pulmones. Su pecho se volvió rígido y sus ojos se empañaron. Colgada de su faja continuaba la bolsa que había robado al extranjero, una bolsa cuyo peso indicaba su

equivalencia en diamantes.

—¿Te encuentras bien, mi señor?

Said asintió.

—Ten, para que veas que soy generoso. Quédate uno. Y con esto también estoy comprando tu silencio.

Aziz, el joyero, se humilló como un buen comerciante.

—Señor, mi boca estará sellada hasta el fin de mis días.

—Que así sea. Porque como no lo esté, el fin de tus días estará muy cerca.

Said se marchó. El Albayzín se había vuelto brillante y tan bullicioso que anheló estar en la colina del Aceituno, junto a su padre Qadam. Así que decidió ir allí, a revelarle que, finalmente, el Señor de los Justos se había fijado en él.

—¡Qadam! ¡Qadam, padre mío! No puedes imaginar lo que ha sucedido…

El santón tenía los ojos cerrados. Los había cerrado en cuanto presintió que Said Ibn Tammim, su hijo querido, se acercaba. Su sangre recorría el cauce de sus venas con la velocidad de una cascada, pero el santón aparentaba estar tan impasible, que Said se impacientó.

—¿No quieres saber qué me ha pasado?

—¿Has abandonado la casa del invertido? —preguntó a modo de réplica—. ¡Mal lleve siempre en su alma!

Said cogió una mano de Qadam y depositó en ella un diamante.

—Ten. Es tuyo. Ya nunca más serás pobre. Con este diamante podrás vivir como quieras, caliente en invierno y fresco en verano. No vestirás más un pañal.

El viejo miró a Said con ojos inexpresivos.

—¿Puede hacerme un diamante más alto o más bello? ¿Puede hacer que mis ojos sean verdes o que mi pelo no tenga nunca canas? ¿Puede hacer que el sol salga de noche? ¿Puede hacerme más feliz?

Said no podía creer lo que estaba oyendo.

—No te entiendo, viejo. Te traigo la libertad y la rechazas.

—¿Quieres que, por tener una piedra entre mis manos, cambie toda una vida elegida por mí?

—Si no quieres cambiar, ayuda a los demás. Podrías construir un maristán para enfermos…

Qadam denegó despacio.

—No lo comprendes…

Entonces arañó la tierra hasta hacer un surco en donde introdujo el diamante. Lo tapó con cuidado y luego plegó, nuevamente, los ojos.

—Siémbralo, Said, que quien siembra recoge.

El muchacho explotó de cólera. ¿Cómo era posible? ¿Acaso le estaba tomando el pelo?

—¡No entiendo por qué vuelvo a ti, loco desagradecido!

—¡Al que comete fasiq, por ser pecado grave, se le considera entre el infiel y el creyente! Piénsalo bien, Said.

—¡Ojalá te pudras en esta colina…!

Dejó solo al santón. Éste, con los ojos llorosos, dijo con convicción:

—In sha Allah!

Lejos de sentirse liberado por la opresión de la pobreza, Said reflexionaba concienzudamente sobre la finalidad de conservar los diamantes. Era peligroso quedarse en el Albayzín, pues no confiaba en el joyero ni en que el dueño de los diamantes, al que suponía tan ladrón como él, no tomara venganza por lo sucedido. Así que decidió volver a la Alhambra.

Apenas pasó el puente del Cadí y subió la empinada cuesta de la ladera, fue abordado por un grupo de jinetes a caballo. No eran fugitivos, ni ladrones. Said echó mano a la daga y guardó, precipitadamente, la bolsa de diamantes.

—¿Eres tú el que dicen llamar Said Ibn Tammim? —preguntó el jefe de los de a caballo.

—¿Quién quiere saberlo?

—Si lo eres, tienes que venir con nosotros.

Los jinetes lo rodearon y uno de ellos le tendió la mano para subirlo a su corcel.

—¿Quiénes sois? ¡No tenéis ningún derecho a…!

—Sube y calla. Que nadie le replica a la guardia del sultán…

Entonces, Said calló. Y no lo hizo por obediencia sino por pánico, porque, si la guardia lo arrestaba ahora, sería acusado de un robo al llevar las pruebas de los diamantes en su poder.

La guardia palatina estaba compuesta, en su mayoría, por cristianos renegados. En al-Ándalus los llamaban mamálik, aunque entre los suyos, los castellanos, los denominaban elches.

Con el miedo de ser descubierto, Said había ignorado las muestras de cierta cortesía que le había demostrado la guardia del sultán. Si lo hubieran llevado a prisión, sus modales habrían sido otros. Pero Said soportaba el mismo miedo, pues acabar en los palacios de Yusuf I nunca traía la buena suerte a los humildes.

Fue trasladado a una de las salas del palacio residencial. En otras circunstancias habría disfrutado de la decoración, en la que reconocía la huella de los alarifes, arquitectos a los que había sido presentado por medio de al-Cencid.

—No mires al sultán a la cara —le advirtió un eunuco de gran corpulencia que desconocía que el rey no practicaba la hayba—. ¡Y guarda respeto!

Así lo hizo. No podía ser de otro modo. El tiempo pareció alargarse en su contra y

creyó verse envejecer mientras esperaba. Sintió que sus músculos se endurecían. Finalmente, el sultán salió.

—Me alegra volver a verte, amigo Ibn Tammim.

Said cayó de rodillas ante Yusuf. No supo muy bien la razón pero quiso humillarse, quiso reconocer todas sus faltas anteriores, pues convencido estaba de que su presencia se debía más a sus errores que a sus aciertos.

—Señor, no sé qué queréis de mí pero os pido humildemente perdón por lo que haya hecho…

Yusuf se sentó en un cojín de plumas. Bebió de una copa de plata.

—Este vino —comenzó sin prestar atención a las palabras de Said— me lo regaló al-Cencid en su pasada zambra. En verdad me gusta mucho.

Al oír el comentario sobre la fiesta, Said no pudo remediar levantar la mirada. De inmediato reconoció al sultán. Era aquel invitado ilustre que le había prometido ayuda.

—Señor…

—No te preocupes, Said. Guarda tus remilgos para otro momento. No soy sultán que guste de zalamerías.

La sala se volvió del color del ámbar. Tal fue la luz dorada que entró por una elegante ventana geminada. Dicen que la Alhambra es como un gran reloj de sol. Sus habitaciones se iluminan a la misma hora del día. Verdaderamente a la Alhambra sólo le falta hablar.

—Te he mandado llamar porque eres el ejemplo de mis actos. Si voy a las fiestas y entre ellas me mezclo entre la gente es porque necesito conocer a mi pueblo. Mis visires, mis secretarios, mis consejeros…, a ninguno puedo creer como al pueblo. Pero ninguno sería capaz de serme sincero viéndome como sultán. Tu padre, ese santo viejo, fue sincero conmigo. Y yo quiero demostrarle que puedo ayudarle como a tantos otros.

Yusuf se levantó. Caminó por la gran sala y luego, taciturno, se dirigió a las ventanas donde se asomó para contemplar el paisaje mientras hablaba.

—¿Ves lo que veo yo? Esto es Granada. ¿Crees que es una ciudad floreciente? ¿Que es la mejor de las ciudades? Yo no lo creo así. La mejor ciudad es la que nunca tendremos. Así pues, necesito cambiar Granada. Levantar casas, ampliar mis palacios, edificar calles y lugares públicos… Quiero contribuir a engrandecerla y todo eso se consigue con mucho trabajo, mucho dinero y… teniendo paz.

Said miraba al sultán con desconfianza. Sus manos se movían nerviosas intentando ocultar el bulto que producía bajo su capa la bolsa de diamantes.

—Señor, ¿en qué puedo serviros yo?

—¡Oh, no, Said! Soy yo quien quiere servir a Granada. Tú quizá no lo entiendas. Pero necesito servirla ahora más que nunca y sólo veo el medio dedicándome a ella en cuerpo y alma. Para ello es necesaria la paz y conseguir liberarme de unas parias que hacen mucho daño a mi hacienda. ¿Te preguntas por qué te cuento todo esto?

Said afirmó delicadamente.

—Quiero que trabajes para mí. Que me digas qué quiere Granada, qué quiere tu colina, qué quiere la Alhambra…, serás mis oídos…

—¿Queréis que espíe para vos…?

Yusuf sonrió complaciente.

—¿Es espía quien cuenta la verdad? No, Said, con tus confidencias ayudarás mucho a tu pueblo. Sólo así sabré lo que necesita.

El muchacho se excusó pero tuvo que sentarse para no desplomarse en el suelo. Yusuf le permitió tal licencia.

—Ahora pasarás a hablar con el nuevo visir. Ridwan es un buen hombre y muy efectivo. Te dirá lo que debes hacer. ¿Te produce miedo lo que te propongo?

Said asintió lentamente.

—Pues no lo tengas, que sólo tienen miedo los mediocres.

A un gesto del monarca, Said fue conducido a la sala contigua. Ahora era el visir el que le miraba frente a frente.

El sueño de Ridwan, el visir

El día 3 del glorioso mes de muharram la alta nobleza granadina obligó al sultán a cesar al visir. Eran gajes del oficio. Mientras que el honorable Ibrahim b. Abd al-Barr caía en desgracia, el nombre de Abu-l-Nuaym Ridwan se perfilaba como el mejor de los ministros. Así que en el mes de octubre, año de 1338, el que fuera una vez cristiano, se convirtió en el hombre de confianza de Yusuf I y lo haría así durante dos años más con un dominio total de su hacienda y diplomacia, pues su iniciativa y deseo innovador placían mucho a los deseos del sultán.

Ya desde el inicio de su visirato Yusuf le dio total y plena confianza. Y como Ridwan no era inexperto, sino al contrario, pues había ejercido tal cargo con el anterior sultán, hermano de Yusuf, sabía dirigirse con destreza en los difíciles tiempos que corrían.

A él fue presentado Said oficialmente, pues la fiesta ya se había borrado de sus recuerdos y no convenía hacer alarde de lo que se conocía en otro momento y condición. Así y entonces, Said se inclinó ante él. Ridwan imponía más terror que el propio sultán.

Lo hizo sentarse y el visir empezó a hablar con calma. Parecía contar una historia ajena, extranjera, tal vez inexistente, pues hablaba de muerte, de asedios, de guerras y a Said todo aquello se le suponía de otra ciudad y otro reino, tal era la paz de la que disfrutaban en Granada.

—No os dejéis influir por lo que veis —advirtió Ridwan—, el sultán ama, por encima de todo, la paz. Pero la paz es una preciada flor que brilla al amanecer y se marchita por la noche. La paz es efímera y tan exigente que apenas da tiempo a conservarla.

»Habréis de saber, señor Ibn Tammim, que hace unas lunas ratificamos el tratado de paz entre Castilla y Marruecos. Muchos dirán del sultán que se ha vendido a los castellanos, pero las razones de Yusuf, ¡honrado sea por Dios!, no son mezquinas ni cobardes, sino a bien seguro, honorables, pues le ha pedido a Alfonso que nos retire el compromiso de pagar las parias a Castilla. Sólo así, disfrutando de paz y de arcas repletas, podremos emprender la difícil tarea de engrandecer Granada, de convertirla en el reino más fastuoso jamás visto. Y en esa tarea tiene mi humilde persona una gran responsabilidad. La de hacer cumplir las órdenes que el sultán crea conveniente decretar, mandar al ejército, nombrar a los valíes y gobernadores, proponer cuantas iniciativas sean beneficiosas para el reino y velar por el buen gobierno de los súbditos. El sultán vela por las ideas y yo velo por los actos. Si el sultán dice «querría» yo digo «quiero». Y sólo así puede funcionar el buen gobierno, como la playa no existiría sin la roca que recibe la suavidad de la ola.

»Cuando el sultán os vio en esa fiesta creyó convertir su sueño en realidad. Yusuf es un filósofo, un optimista, un creador. Sueña con hacer feliz a sus súbditos, ayudarlos a cada uno de ellos. Se empecinó en ayudar al viejo Qadam y en ayudaros a vos. No podéis defraudarle, pues sería como si todos los granadinos lo defraudaran. Ésa es, a partir de ahora, vuestra carga. Y la mía es convertiros en un ser útil para Granada.

Said respiró entrecortadamente. Seguía palpando su saco de diamantes, que ahora parecían pesarle en demasía, tanto como la carga que Ridwan había puesto sobre sus hombros.

—A pesar del tratado de paz, no confío ni en castellanos ni en africanos. El rey Alfonso, el undécimo, está siempre en pie de guerra. No permitirá un error. Y los africanos siguen soñando con dominar la Península. Cualquier día atravesarán el estrecho y entonces habremos de preguntarnos con quién nos aliaremos. ¿Con nuestros hermanos de religión, fantasmas de muerte, deseosos de poseer al-Ándalus, o con Castilla, los infieles, contrarios a todo lo que nos ha dado la grandeza?

»Desde el verano pasado el ejército de Abu-l-Hasan ha venido ocupando las aguas del estrecho. Su hijo, Abú Málik, capitaneando las tropas de los meriníes destacados en la Península, ha ayudado a reforzar la costa. Muy pronto nuevos contingentes meriníes vendrán a nuestras tierras. El propósito del rey meriní es la invasión. Alfonso de Castilla no se quedará quieto. De hecho, hemos estado soportando el hostigamiento todo el verano con sus cabalgadas descabelladas que arruinan nuestras tierras y cosechas. No sabemos cuánto tiempo podremos aguantar así. Finalmente, Yusuf tendrá que romper la paz. Por eso debemos aprovechar el poco tiempo que tenemos. No es fácil, porque también hemos de luchar contra los enemigos internos. Esos que quieren derrocarlo, o peor aún, matarlo, como hicieron con su hermano. Desde el momento en que los enemigos de su hermano lo coronaron empezaron a ser sus propios enemigos.

El desconcierto se hizo dueño del corazón de Said. Preguntó:

—¿En qué puedo ayudar al sultán… yo, un humilde hijo del Albayzín?

Ridwan contestó:

—El Gobierno debe estar siempre alerta de cuanto sucede en sus dominios. Si los súbditos lloran, debe consolarles. Si ríen, debe reír con ellos. La única forma de sentir lo que ellos sienten es convertirse en parte de ellos. Tenemos muchos hombres que son nuestros ojos y nuestros oídos. Os sorprendería saber cuántos son. Y se mezclan y camuflan tan acertadamente que son irreconocibles. Pueden ser ricos y pobres, altos o bajos, niños o viejos. Hay mujeres y judíos. Hasta cristianos trabajando para nosotros. Porque, finalmente, han comprendido que Granada será algo más que un simple reino, permanecerá aquí cuando todos nos hayamos ido y hablará de nosotros a los hijos de nuestros hijos.

»En vuestra relación con el alarife, Jamal al-Cencid, estuviste a muy poco de la traición. Jamal era un buen hombre, pero con amistades equivocadas y muy

ambicioso; la ambición es un camino con direcciones opuestas.

—Ya no veré nunca más a al-Cencid —se disculpó Said.

—Lo sé. Pero deberías recuperar sus relaciones. Las que a él le favorecían podrían favorecernos a nosotros. ¿Comprendéis lo que os estoy pidiendo? Quiero que seáis nuestro traidor al sultán.

Said tomó la apariencia de la nieve, tal era su asombro.

—¿Queréis que traicione al sultán? —preguntó.

—El sultán pretende que parezcáis traidor al sultán.

Ibn Tammim pudo respirar finalmente.

—Volved al Albayzín. Asentaos en él. Recibiréis ayuda nuestra para manteneros. Volved a las fiestas, a los amigos de al-Cencid. Hablad con su confidente el zapatero Ali. Apareced despreocupado e irreverente. Sólo así os ganaréis las confianzas de quienes se las dieron antes al alarife.

—¿Ali, el zapatero, es un confidente? Nunca lo hubiera creído.

Ridwan le había dirigido hacia la puerta y, poniéndole una mano en el hombro, terminó por decir:

—Muy pronto recibiréis noticias nuestras. Y haced ver que no os ha importado la muerte de al-Cencid. Así pareceréis mucho más atractivo a los enemigos del sultán.

—Pero… ¡cómo! ¿Ha muerto al-Cencid…? —preguntó con un hilo de voz el muchacho—. ¿Acaso ha sido víctima de un asesinato?

—La muerte está presente en la casa de los traidores.

Said salió de la sala y más tarde del palacio sin dominio de su persona. Las palabras de Ridwan se habían convertido en una droga y tanto efecto habían causado en su alma que la noticia de la muerte de al-Cencid la había recibido sin inmutarse. No recordaba haber oído su corazón palpitar en toda la jornada, tal vez ni siquiera lo poseía; sin embargo, su insensibilidad tomó forma y afloró inesperadamente cuando al poco de alejarse de los palacios se topó con Ismail al-Nuwari, el sillero. Y comprendió que Allah no había forzado aquel encuentro gratuitamente.

—Señor Ibn Tammim —se reverenció humildemente al-Nuwari. El sillero sabía que Said no era un personaje influyente pero sí un recomendado con buenas relaciones, así que creyó acertada la idea de tratarle como hubiera tratado al propio sultán—. ¿Cómo te encuentras? Veo que sales de los dominios palaciegos. ¿Algún encargo para el alarife?

Su pregunta era malintencionada. Tal vez no sabía que Jamal había muerto.

—He ido a saludar a un amigo, nada más. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí…?

La cara de al-Nuwari cambió de color. Estaba sudoroso y afligido.

—Señor, no sabes qué desdichado soy. Necesito irremediablemente ayuda. Mi negocio va a la quiebra. No puedo pagar a mis obreros, ni a mis artesanos… En muy poco tendré que cerrar la tenería. Sólo tengo mi casa y nadie la quiere comprar

porque está maldita. ¡Qué será de mí y de mi hija!

Al-Nuwari sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Luego se sonó la nariz con indiferencia.

—Fui a pedir ayuda a al-Cencid pero no me abrieron la puerta. Parecía su casa más maldita que la mía. Cerrada a cal y canto. Y sin sirvientes que pudieran orientarme. Así que vengo al sultán; tal vez él me ayude comprándome la tenería.

Said empezaba a despertar de su letargo. Los efectos de la voz de Ridwan se esfumaban con el viento de otoño. Se tocó la bolsa de diamantes y preguntó.

—¿Qué te parecería si yo mismo te ayudara?

—¿Tú, mi señor? ¿Me comprarías la tenería?

—No, mejor aún. Te compraré la casa.

Al-Nuwari tosió de nerviosismo. Volvió a secarse las perlas de sudor.

—Pero si mi casa tiene una maldición…

—Nunca me han dado miedo las maldiciones. Sólo hay una condición.

—Lo que quieras, mi señor —volvió a reverenciarse el sillero.

Said sonrió de placer. Comenzaba a sentirse poderoso.

—Compro la casa, no escatimaré el precio. Pero la quiero para vivir en ella con tu hija.

Como si fuera una flecha envenenada, la proposición atravesó el pecho del sillero, que tuvo que agarrarse al brazo de Said para no caer. Por un momento creyó que le proponía la deshonra de su hija.

—Te estoy pidiendo a Asha en matrimonio.

Aclaradas las intenciones de Said Ibn Tammim, los dos hombres se miraron frente a frente. Era el momento de tomar una dura decisión.

—Por mí, de acuerdo —aceptó el sillero—. Pero te aviso que mi hija no es mujer convencional…

—De tu hija me ocuparé yo, pero por si acaso, te contaré un suceso acaecido en Granada la pasada noche. Jamal al-Cencid murió en su casa, víctima de un robo. No lo cuentes a tu hija, será nuestro secreto, un secreto muy nimio para el favor que te hago.

—Desde luego, Said Ibn Tammim…, desde luego, futuro yerno.

Ismail al-Nuwari durmió placenteramente aquella noche. Pensaba en la suerte que había tenido al conocer a aquel hombre.

El primer día de la semana llegó anhelante para Asha. Desde la fiesta no había vuelto a ver a su enamorado a quien recordaba en sus poesías para mantener frescas sus facciones y el sonido de su voz.

Acudió al hammam como era habitual en ella. Con el pecho floreciente, las pupilas dilatadas de ansiedad, su vientre vivo… Todo le recordaba a Jamal. Cuando oía unos pasos pensaba que era él y Fátima denegaba dulcemente con la cabeza para

hacerla ver que no lo era, que podría ser cualquiera, eso tenía de inconveniente el estar enamorada, que los sentidos se volvían propiedad de la locura.

Como acordaron, Asha esperó al alarife en la sala caliente. El bayt as-sajun parecía más caliente que otras veces, pues de los atanores se desprendía no sólo el calor del cielo sino el fuego del infierno.

Así y todo, Asha sólo se quejaba de que su amante no venía. Pues ya pasaba la hora estipulada y Fátima no aparecía en la puerta para indicarle que podía colocarse el cabello y rociar sobre sus hombros un poco de agua de rosas para oler mejor.

A las afueras del hammam nada parecía distinto a otros días. El criado de Asha, Suleyman, aguardaba en la puerta de los baños para adentrar a Jamal por un pasadizo secreto. Muchas casas en Granada se construían con puertas traseras, con túneles que facilitaban las traiciones y los adulterios. Nada era suficiente para la imaginación del garnâtino.

Suleyman vio llegar a un hombre con la capa de Jamal. Su misma altura y compostura. Una capa así no podía confundirse. No se le veía la cara, pero a Suleyman nada se le escapaba, pues a pesar de ser mudo, porque su antiguo señor le cortó la lengua en castigo a una venganza, poseía una buena mirada para discernir lo que era verdad de lo que era mentira.

Así que saludó a Jamal con un sonido gutural y le indicó que lo siguiera. Así lo hizo aquel hombre. Rápidamente, se desnudó, pero dejó su cara cubierta por un pañuelo y luego se adentró en la sala caliente, resguardado por el vapor de agua, que lo ocultaba a las miradas de Fátima.

La criada, como mujer que era, observó con desconfianza al hombre que parecía Jamal pero que, Allah la protegiera, parecía más alto y más gallardo, pero podía ser que el calor sofocante de los baños le hacía turbar su entendimiento.

Lo dejó pasar. En la puerta de la sala caliente indicó a su señora que Jamal acudía.

Y Asha se roció el pecho con agua de rosas. Y sintió que su vientre se abría como una flor a la que le llega, precipitadamente, la primavera.

—Has tardado mucho, amado mío… —susurró Asha—. Ven a mis brazos, deseo tocarte…

La mujer alargó sus finos dedos y acarició el pecho de aquel hombre. Lo sintió más joven, más terso. Buscó su cara. No podía verla con el vapor del agua. El amor le hacía turbar su entendimiento, pues aunque todo parecía igual se le figuraba distinto, y en esa novedad surgía la pasión de lo desconocido.

—¿No me dices nada? ¿No quieres hablar?

El hombre tapó sus labios con sus delicados dedos para hacerla callar y acarició, involuntariamente, su suave lunar. Un suspiro de placer exhaló el hombre enamorado. Nunca antes había recordado Asha que Jamal fuera tan sensible.

Besó todo su cuerpo, acarició partes hasta ahora intocables. El enamorado comenzó siendo Jamal para terminar siendo Said. Y como él lo sabía todo del alarife, de su sensibilidad y refinamiento, de su osadía y fortaleza, Said lo fue doblemente

hasta convencer a Asha de que estaba amando al mismo hombre.

Cuando todo hubo cesado, Said aprovechó la oscuridad del baño para marcharse. Tapó su cara, recogió su toalla y desapareció, dejando a Asha extasiada y casi moribunda de placer.

El sueño de al-Nuwari, el sillero

Si el primer día de la semana fue para Asha el mejor de su vida, la jornada siguiente se convirtió en la peor de sus pesadillas. Todavía sentía el sabor de los labios de su amado cuando su padre, extrañamente contento, le dijo:

—Tengo buenas noticias para nosotros. Por fin Allah me ha escuchado. Todo se ha resuelto gracias a un hombre. Said Ibn Tammim nos ha salvado la vida.

Asha perfiló sus cejas de felina.

—¿Ibn Tammim? ¿Ese necio?

—No debes pensar eso de él, hija. Es bien parecido, joven y fuerte. Y debe de tener una hacienda oculta porque me ha comprado la casa.

La muchacha se levantó de su jamuga acalorada de rabia.

—¿Qué has dicho? ¿Ha comprado nuestra casa?

—Sí… y eso no es lo mejor. —Al-Nuwari no sabía cómo encauzar la conversación sin herir los sentimientos de la joven. Empezó a sudar, lo que le delató de inmediato.

—Algo me ocultas, padre. Tus ojos me dicen que el dolor de ver mi casa en manos de un extraño va a ser insignificante al lado de lo que me reservas.

—No tendrás que irte de esta casa, si no es lo que quieres, hija; Ibn Tammim me lo prometió.

—¿Compra la casa y deja que viva en ella? Pero cómo…

Asha segó de golpe sus palabras. Había comprendido. Su padre, entonces, no tuvo ni que explicarle cómo sucedió.

—Vendrá a vernos y fijaremos una fecha.

Asha, acongojada de impotencia, denegaba.

—Pídeme que me arroje desde lo alto del tejado, que me hunda en las aguas del Haddarro. Cualquier cosa mejor que casarme.

—Hija, si no lo haces perderé la tenería, perderé la casa y te perderé a ti. Tendríamos que irnos de Granada.

Una única idea era para Asha peor que la muerte. Y ésta era alejarse de Jamal. Así que respiró hondo y accedió.

Más tarde, después de que sus ojos hubieran derramado un mar de lágrimas, llamó a su criada Fátima y le agarró firmemente una mano.

—Ve, amiga mía, encuentra a Jamal al-Cencid y cuéntale mi desdicha. No se quedará impasible ante esto.

Fátima, desconcertada, se excusaba.

—Señora, es posible que al señor Cencid no le guste que irrumpa en su casa. No quiere verse comprometido contigo, ni con ninguna mujer.

—¡Calla, loca! —gritaba Asha entrecortadamente por los sollozos—. No conoces bien a mi amado. Si esperamos a la próxima semana será demasiado tarde.

Fátima acudió a la casa de Jamal. Y como era de esperar la encontró vacía, pues los criados se repartieron el botín de su hacienda con la premura del delincuente.

La criada volvió con la cara compungida, pues no sabía cómo explicarle a su ama que al-Cencid, su bien amado, había muerto. Si la mentía no la perdonaría jamás. Una mujer herida es peor que una leona, pues atiende más a su venganza que a su propio consuelo. Así pues, no había alternativa. Se acercó a Asha y le dijo:

—Señora, lamento tener que herir tu corazón pero la pasada noche de la fiesta, al-Cencid, Jamal, el alarife, el hombre que te ha descubierto el amor, fue asesinado en su propia casa a manos de un ladrón.

Asha, gélida como la nieve de la cercana sierra, pudo hallar un cojín para dejarse caer.

—No puede ser. Te han mentido. Yo estuve con él ayer mismo.

Fátima bajó los ojos mostrando su convencimiento del error.

—¿Qué es esto, Fátima, amiga mía? ¿Qué irónica broma me ha gastado el Todopoderoso, dándome a mi amado después de muerto?

La criada, convencida de que el disgusto había mermado el razonamiento de su señora, la acarició con sus palabras.

—Mira bien, mi niña. Mira, que la noticia ha sido como una pedrada en tu corazón. Tal impacto te ha conmocionado. Y a poco perderías el seso si no fuera porque yo estoy aquí para hacerte ver que lo de ayer no fue otra cosa que un espejismo, como el del desierto cuando el sol escupe vilmente sus rayos. El calor del hammam debió de trastornarte y confundir a al-Cencid con otro.

—¿Qué dices, insensata? ¿Dices que no sé reconocer a mi enamorado? ¿O que tal vez, aun sabiéndolo, disfruté con otro hombre? ¡Vete, necia, vete de mi lado!

La criada se arrodilló en el suelo y besó los pies de su señora.

—No, mi señora, mi niña. No escuches mis torpes palabras. Si crees que al-Cencid te poseyó ayer noche, por Allah que lo defenderé hasta mi muerte.

Asha lloraba desconsoladamente.

—No, Fátima, ¿sabes lo que realmente creo? Que el de ayer no fue Jamal, sino un yinn reencarnado en mi amado. Pues si no fuera así no me habría dado tanto placer.

—¿Acudirás, entonces, la próxima semana?

La joven se secó las lágrimas con el borde de su jimar.

—La próxima y siempre que su espectro me busque para amarme. Pues si el Señor de los Mundos lo ha querido así, sólo seré un instrumento para sus actos.

Fátima volvió a besar los pies de su señora. Lloraba con ella pero convencida estaba de que el espectro del hammam no era tal, y rápidamente se encomendó a sí misma encontrar la verdad de su identidad.

No se solicitó la opinión de un astrólogo que fijara el mejor día para la boda. La luna era propicia para Said en cualquier momento y estado. Así se lo hizo ver al asombrado al-Nuwari, que lo miraba receloso, palpando su amuleto colgado del cuello.

Aunque la costumbre dice que es la novia la que debe desplazarse para adentrarse en la casa del marido con el fin del desposorio, en esta ocasión fue distinto. Said, el nuevo propietario de la casa del Gallo del Viento, entraría en la próxima luna por la puerta principal para no irse jamás.

Aquella tarde, lluviosa y húmeda, había sido la más desgraciada para la joven Asha. Desde su alcoba oía a su padre hablar con Ibn Tammim sin que para ello hubieran requerido de su opinión. Ambos charlaban amigablemente del contenido del contrato matrimonial. Las risas nerviosas de su padre traspasaban la pared contigua. En el silencio del Albayzín, la voz de la traición era un eco interminable.

Era ya de noche cuando al-Nuwari llamó a la puerta de la alcoba de su hija. Asha había sido bien embellecida, según se encargó a Fátima, para agradar a su futuro esposo. Se la trasladó al salón principal y el sillero, con una reverencia, los dejó solos, aun sabiendo que aquella decisión no habría sido tomada por un padre honrado.

—Tu padre me ha permitido hablar contigo a solas unos minutos —exclamó Said —. No debes temer nada.

Asha se protegía con su jimar transparente. No miró a Said. Sus ojos humillados resultaban amenazantes.

—Hemos fijado la fecha para dentro de una luna. Tienes tiempo para preparar el ajuar y despedirte de tus amistades. También haré llamar al joyero para encargarle las joyas que prefieras.

Asha miró, finalmente, a Said.

—¿Sabes que mi corazón pertenece a otro hombre?

Ibn Tammim, desconcertado, le preguntó:

—¿A un hombre muerto?

—No está muerto.

—Eso es imposible… —tartamudeó el joven—. Jamal murió en su propia casa.

—Pero se desplaza al hammam para verme. Y quiero que sepas que ni tú ni nadie lo va a poder impedir.

La conversación se terminó precipitadamente. Al-Nuwari había entrado en la estancia. Said hizo una reverencia ante su futura esposa y abandonó la casa. Iba cabizbajo, de dolor hubiera supuesto Fátima cuando le acompañó a la salida, pero en realidad ocultaba una mueca de placer que expresaba satisfacción por su triunfo.

No había mucho tiempo que perder en adelante, pues una luna pasaba con premura y un matrimonio era difícil y costoso de preparar. Avisó a Ridwan de su buena nueva y

éste le respondió proporcionándole una casa humilde pero agradable en el corazón del Albayzín hasta que ocupara, definitivamente, su ansiada casa del Gallo del Viento. Desde allí, Said fue haciendo sus primeras amistades y conectando con aquellas que serían provechosas para sus negocios.

Planificando concienzudamente su vida, solicitó a Ali, el zapatero, que acudiera a su casa para hablar de un encargo. Por la proximidad de la boda era de suponer que necesitarían chapines de suela de madera para la novia o botas de fino cuero para él. Y habiendo acordado el negocio, Said se dirigió cauteloso al zapatero y le preguntó:

—Amigo Ali, tú que trabajas el cuero, ¿serías capaz de hacerme una máscara? ¿Una careta que oculte el rostro pero permita ver con claridad?

A la petición de Said, el zapatero mostró reconocida sorpresa.

—Es para un familiar que desea acudir a la boda, y como sufrió de viruelas tan cruentamente no se atreve a salir a la calle aun sabiendo que me haría desgraciado su decisión de no asistir a mi casamiento. Deseo con ello aliviar su carga y evitar que mi prometida se horrorice de su cara. ¡No vayamos a darle un disgusto el día de la boda!

El zapatero acabó por comprender. Afirmó animadamente por tener una ocupación distinta que le evadiera de sus aburridos zapatos.

—La tendrás dentro de dos días, si te place.

A Said le complació, pues con la máscara podría poner en práctica un plan al que se había visto avocado y cuyas consecuencias aún desconocía.

—¡Ay, Fátima! —se lamentaba Asha camino del hammam—, qué desdichada soy cuando debía estar contenta por ir a encontrarme con mi amado. Un yinn me ha dado la dicha y un iblis, encarnado en mi pretendiente, me la ha robado. Yo, que pensaba que la maldición de mi casa me protegería de las imprudencias de mi padre y de la lujuria de los hombres, ha resultado ser mi perdición. Por ella se fijó en mí ese espantapájaros de Ibn Tammim, pues así me lo dijo en una ocasión, que él nunca ha creído en maldiciones ni en cosas semejantes. Hoy he visto la veleta más inquieta que de costumbre. ¿Será que se presiente la invasión de los extranjeros o que simplemente me aconseja cautela en mi nueva vida?

»No te cases nunca, Fátima. No te enamores. Cuando tu corazón pertenece a la poesía nada hay que marchite la flor de tu esperanza. Pero los hombres pisotean tu vida con sus negras botazas sin preguntar, siquiera, si te han hecho daño. Ya ves, mi padre sentado frente a Ibn Tammim, hablando del contrato matrimonial. Del mahr que yo recibiré. Nada ha de ser, pues nada tiene ese Said salvo la ambición de desposarse conmigo.

»También hablaron de lo que yo deberé darle, pues no creas querida Fátima que el tal Tammim se conforma con la casa y conmigo, sino que además se ha establecido un ajuar digno de una reina.

—Y… ¿qué sucederá con la cláusula sobre la virginidad? Es apartado fijado en

todo contrato —preguntaba preocupada la sirvienta.

A lo que Asha, con sonrisa burlona, contestaba algo así:

—Las mujeres, con la hipocresía que les da esta sociedad de hombres, dicen que perdieron la virginidad. No ha de perderse lo que no es susceptible de encontrarse. Así pues, yo no la perdí sino que la entregué. Si la quiere que vaya a pedírsela al yinn, que es ahora quien guarda mi tesoro.

Con esas reflexiones, Asha y Fátima llegaron al hammam subidas en un palanquín. Ordenaron a Suleyman que guardara la puerta y, como cada semana, introdujera a Jamal hasta la sala caliente.

Apenas presintió su cuerpo, Asha se oyó las palpitaciones en sus sienes. Tal era su excitación que sus palabras se embarullaron en su boca y sólo al contacto de los fríos dedos del yinn sobre sus labios recuperó su compostura.

—Me casan —dijo—. ¿Cómo podré soportarlo? ¿Y si me impide volver a verte?

El yinn, con un susurro para que no reconociera su voz, le contestaba que no temiera, que todo saldría bien, que un yinn conocía cuanto sucedía en la mente de los hombres. Asha protestaba. Incitaba al espectro, que creía de Jamal, a que se manifestara y la protegiera.

—No debemos hacer nada que altere el destino —sentenció finalmente Said—. Te aseguro que tu prometido aceptará esta situación.

Asha, que palpó las facciones del yinn, observó su careta. Aquel contacto parecíale el contacto con la muerte.

—¿Por qué te ocultas? —le preguntaba.

—¿Acaso quieres ver lo que nunca conoció nadie? Jamal me encargó que te amara. Y eso haré.

Con las palabras amorosas de Said, Asha perdía el juicio. No advertía que esas manos eran manos de hombre y no de espectro, que su cuerpo tenía la textura de la carne joven y su aliento el sabor de la vida. Se dejaba querer porque lo necesitaba y así fue nuevamente semana tras semana sin que, en adelante, le preocupara más que el retraso de su amado sobre la hora prevista.

El sueño de Aslam Aziz, el joyero

Una mañana mandaron a Suleyman a avisar al joyero. Aslam Aziz tocó su amuleto al entrar en la casa del Gallo del Viento. En lo alto de la terraza le esperaba Asha. Era tiempo de recogimiento pero en aquel lugar no sólo disfrutaba Asha recuperando un paisaje que creía suyo, sino que se aseguraba de hablar sin que la escucharan los demás miembros de la casa. Said le había dicho que eligiera el anillo que mejor le pareciera y ella se había negado, pero finalmente la testarudez de él había conectado con el ingenio de ella, quien aceptó el regalo a condición de poder elaborar su propio diseño.

—Haré lo que mandéis, mi señora —se humillaba el joyero previendo ya el alto coste económico que suponía realizar una pieza por encargo—. ¿Qué modelo queréis? ¿El clásico de gema? ¿El novedoso de diamantes?… Curiosamente tengo una piedra que podría dar salida con vuestro anillo, si así lo deseáis…

Asha miró a lo alto del tejado.

—¿Habéis visto con detenimiento la veleta de esta casa?

—Señora, todo el Albayzín conoce la historia de esa veleta.

—Entonces hacedme una. Que quiero llevar siempre encima el destino de mi casa.

Aziz miró el famoso gallo y el jinete con su afilada lanza; luego, despreocupadamente, exclamó:

—¿Queréis llevar en un anillo a un gallo y un jinete?

Asha contestó:

—Me conformo con el jinete. Y que su lanza esté muy afilada.

—Pero, señora, si la afilo demasiado es muy posible que os arañéis sin querer. Incluso que hiráis a alguien sin quererlo.

Asha sonrió complacida.

—Lo sé.

El joyero abandonó la casa desconcertado.

Aslam Aziz tenía un hermano. Ahmed era comerciante de piedras preciosas y por su ocupación viajaba con frecuencia. De todas las piedras y metales que un joyero pudiera soñar, Ahmed elegía las mejores y se las traía a su hermano. No importaba la distancia ni el coste de la expedición. Los Aziz habían sido siempre una familia de arrogantes viajeros.

Cuando Aslam regresó a su taller pensando en el encargo de Asha ben al-Nuwari, no podía suponer que la desdicha llamara a la puerta de su casa.

Por las calles del Albayzín se propagó la noticia de que unos comerciantes granadinos habían vuelto de un viaje tempestuoso. Su encuentro con los temidos cristianos les había costado muy caro. Salvaron sus vidas por deseo expreso de Allah, pues ninguna otra cosa podría haber sido posible conociendo a los ejércitos del rey Alfonso.

—¡Corre, Aslam! —le indicó un vecino al joyero—. Que tu hermano llega medio moribundo. ¡Loado sea el Altísimo que lo defendió ante los infieles!

Y Aslam corrió colina abajo, pues alguien gritaba que los comerciantes habían entrado por Bab Ilbira y antes de subir al Albayzín, para hacer conocer a todos cuanto les aconteció, se habían acercado a la Bib al-Ramla, la más populosa de la medina, para gritar a voz en cuello que las algaras eran cada vez más crueles y frecuentes y que, según sabían por otros comerciantes, se acercaban preocupantemente a la frontera con el Reino de Granada.

Mientras corría Aslam, no fueron pocos los que gritaban: «¡Muerte a los cristianos!». Otros, más afectados, proclamaban: «¡Venganza!». Y así fue escuchando de boca en boca y de vecino en vecino las expresiones más amargas y violentas que jamás garnâtino hubiérase atrevido a nombrar, sabiendo del deseo de paz que el sultán manifestaba.

Aslam Aziz llegó a la plaza y nada fue lo que le indicó prudencia. Entre la multitud allí concurrida, el joyero reconoció a todos los comerciantes de la cercana qaysariyya y a los otros del suq al-qarraquin, incluso hasta los creyentes que asistían a los oficios de la mezquita y los obreros y albañiles que levantaban una puerta en la parte sur de la plaza a la que llamarían Bab Ramla.

Tuvo que hacerse un hueco entre todos los puños levantados y saltear los escupitajos de quienes dedicaban sus enojos a los extranjeros hasta dar con su hermano Ahmed y su sufrido acompañante, un joven aprendiz, cuyas ropas hechas jirones indicaban las penurias que habían soportado.

—¡Hermano Ahmed! ¡Que Allah sea contigo! —se lamentaba el joyero besando las sucias manos de su hermano menor—. Pero ¿qué ha acontecido? ¿Qué me dicen las buenas gentes del Albayzín? ¿Que has sido atacado por los cristianos?

Ahmed no tenía resuello. Mucho había tenido que caminar hasta llegar a Granada, pero aun así sacó fuerzas de flaqueza para insultar a sus perseguidores.

—Temí no ver Granada, ni estas colinas, ni estos edificios más que en mi otra vida. Quien piense que no estamos en guerra está equivocado. Los cristianos saquean pueblos y queman cosechas. Nuestros hermanos del otro lado del mar se adentran en nuestros dominios como si fueran suyos y nosotros seguimos aquí, comiendo y durmiendo, ausentes de todo cuanto sucede más allá de nuestras fronteras. Dicen que no hay guerra —se lamentaba Ahmed—, pero yo he visto la sangre de los que son como nosotros, las armas de los que luchan para defendernos. He visto el miedo en sus ojos y el fuego consumiendo sus casas. Y yo me siento dichoso de haber podido salir con vida de las manos de los infieles porque en cuanto vieron que nuestro

cargamento era de piedras preciosas nos las decomisaron y nos dejaron marchar, aunque sin mulas ni caballos, que traemos los pies en carne viva y la garganta más seca que el Haddarro cuando baja sin crecida. Prometí que si salía con vida de ésta daría la mitad de mi hacienda a los pobres.

Ahmed se arrodilló en el suelo y lo besó. Puso sus manos sobre su frente y proclamó: «Allah es el más grande». La frase, como si tuviera vida, fue pasando de labio a labio, de boca a boca, de garganta en garganta y todos cuantos allí había repetían: «Allah es el más grande» y el otro recalcaba «El más grande, no hay duda». Sólo la voz del almuédano les hizo callar, pues con ella se arrodillaron y quedaron en un solo abrazo mirando hacia La Meca.

En una esquina de la plaza, Said miraba sorprendido la escena. No podía ser reconocido porque ocultaba su rostro. Se había acostumbrado a la intimidad tras sus visitas al hammam y esta curiosa vestimenta le proporcionaba la oportunidad de mezclarse entre la gente.

—¿No rezas, hermano, por la venganza de nuestro pueblo? —le preguntó Husein, el carnicero. Said no supo qué contestar. Después de unos momentos de indecisión resolvió dirigirse a la Alhambra. Había comenzado a ser los ojos y los oídos del sultán.

El visir Ridwan le hizo esperar en una sala contigua a la que utilizaba para recibir a sus secretarios y asesores. Cuando salió de ella portaba en sus manos docenas de documentos. Era un hombre atareado y, consecuentemente, Said pensó que su interrupción le causaría enojo, por lo que se arrepintió muy pronto de haberse fiado de su primer impulso.

—Escucho tus palabras, joven Said —le dijo el visir tuteándolo—. Eres bien recibido, aunque la salud de Granada me preocupa y tengo que ocuparme de ella como si fuera su fiel hakim. Di con premura lo que has visto y ve a seguir trabajando, que la historia no se paraliza por nosotros.

Said, temblándole la voz, describió cuanto sus ojos habían abarcado en la Bib al-Ramla y así lo escuchó el visir:

—Poco antes de la oración del mediodía, las voces de alarma de unos comerciantes ocuparon mi atención. Se trataba de dos mercaderes recién llegados a Granada, muy conocidos y estimados en el Albayzín, que habían vuelto de un viaje en busca de mercancías. Ambos trabajan para un joyero a quien he solicitado alhajas. Es un buen creyente, puedo asegurarlo. Así bien, su hermano y su ayudante regresaron del viaje maltrechos e indignados pues, cercanos a la frontera norte del Reino, los castellanos les asaltaron y robaron. No fue eso sólo lo que vieron, pues aseguran que en tierras de nuestros dominios los infieles quemaban cosechas, arrasaban pueblos, violaban y raptaban a cuantos pudieran darles buen provecho, haciendo cautivos a diestro y siniestro. A ellos, dijeron, les soltaron a cambio de sus

mercancías de piedras preciosas, aunque en muchos momentos creyeron que iban a ser muertos. Esta noticia ha causado gran consternación en la ciudad, puedo asegurarlo. Sólo la oración del almuédano acalló los gritos de venganza. Se preguntaban: «¿Por qué el sultán no va a la guerra?». Y gritaban: «¡Ay, Señor de los Mundos, qué haremos los hijos del Albayzín sin murallas que nos protejan!». Y las mujeres clamaban: «¿Me quedaré sin esposo y sin hijos? ¿Qué haremos si los cristianos queman nuestras cosechas? ¿De qué comeremos?». Todo eso se decía y mucho más. Y temo que la gente más pacífica se transforme en el demonio de la violencia, pues, por propia experiencia, sé que un débil cervatillo se ve, a veces, inmerso en situaciones tan desproporcionadas que puede volverse el más fiero de los leones.

Ridwan reflexionó sobre el contenido de aquellas palabras. Era una preocupación más para su pesada carga.

—Has de saber, estimado Said, que nada de lo que me cuentas me resulta extraño. Desgraciadamente para nosotros, los que dirigimos un reino, somos los primeros en saber de las desgracias que lo aquejan. Por ahora, el sultán prefiere esperar. Esta espera pacífica nos permite engrandecer nuestro ejército. No estamos preparados para una guerra. Sin embargo, es mi deber eliminar el miedo de cuantos lloran sus desgracias. No puedo aliviar a la madre que ha perdido a un hijo en la guerra, pero aún tengo maneras de protegerla. Propondré al sultán que agrande la muralla del Albayzín, haciéndola poderosa, aunque esto pueda volverse contra nosotros en caso de que el Albayzín se rebele.

—Sólo se rebelarán si se sienten olvidados, podéis creerme.

Ridwan puso su mano sobre el hombro de Said. Se le veía cansado, muy desmejorado en los últimos tiempos.

—Escucha bien, joven Said: corren tiempos difíciles. El odio nubla la vista y hoy más que nunca debemos ver claro el horizonte. Oirás que llaman traidor a tu sultán o que me lo llaman a mí porque a él no le perdonan su paciencia con el enemigo y a mí que llevo sangre cristiana en mis venas. Pero por eso mismo comprendo a la madre que perderá a su hijo en la batalla, pues antes que ella me perdió a mí la mía, cuando fui cautivo en Calzada de Calatrava, cuando aún era yo muy niño. Me trajeron a palacio y aquí me educaron y me convertí al Islam. Lo que aquí recibí no podría haberlo recibido entre los cristianos, así que estoy más que agradecido a la corte. He conocido a dos sultanes, a Mohammad, el cuarto de su nombre, y ahora a Yusuf, el primero, y tal vez, no quiera Allah que me vaya al otro mundo sin conocer otro más. Pero la gracia que me conceden ahora puede verse trastornada mañana, así que hay que trabajar mientras Granada nos ame.

Una vez dicho esto, Ridwan ordenó que lo acompañaran a la puerta. Y solicitó de Said cautela.

—Muy pronto recibirás un regalo de bodas. Espero que lo utilices como se merece.

Said hizo una reverencia. Bajó por la calle mayor de la Alhambra y antes de salir del recinto, tras atravesar la puerta del Arrabal, que comunicaba la ciudad con el valle del río Haddarro, una sombra le cortó el paso.

Era Qadam, a quien casi no reconoció por haberse mudado sucio y desaliñado.

—¿Ya has puesto en práctica tu traición, pequeño demonio? —le preguntó.

Said observó a su padre con desprecio.

—Vuelve a tu colina, viejo loco. Éste no es tu territorio.

—Mi territorio eres tú, hijo de Satán. Y te vigilaré hasta volverte bueno y respetable.

—A veces hay que ser malo para volverse bueno.

Qadam escupió a los pies de Said.

—Esto hago yo con los espías del sultán.

Said se marchó a toda prisa, no por miedo ni vergüenza, sino por precaución. No quería llamar la atención de los que los miraban. Aun así no pudo evitar que una mujer con un cesto de mimbre en la mano se ocultara entre las sombras que proporcionaban los adarves. Acababa de comprar tela para el nuevo vestuario de casada de su señora y corría colina abajo, con premura, para contar cuanto había visto.

* * *

—¡Asha, niña mía, no vas a creer lo que he visto! ¡Tu futuro esposo ha visitado el palacio del sultán!

Asha peinaba su larga cabellera negra. Vio entrar a su criada como una exhalación en su cuarto y se arrodilló con el pecho agitado.

—¡Déjame contarte lo que me abrasa la garganta, que si no lo suelto moriré de frustración!

Asha, indiferente a los chismorreos de su sirvienta, continuó aseándose en silencio.

—Verás —continuó Fátima sin esperar a que Asha la incitara a hablar—: Subía yo por la colina de la Alhambra a recoger tus encargos cuando vi, con estos ojos, salir de los palacios al mismo señor Ibn Tammim. Iba con gran sigilo, sin duda para no ser reconocido. Pero bien que lo hizo un viejo, el loco Qadam, que acercándose con gran violencia le escupió a los pies y lo llamó traidor.

A Asha aquella palabra le había resultado interesante.

—¿Traidor?

—Bueno… —titubeó Fátima consciente de haber soliviantado innecesariamente a su señora—, tal vez no utilizó, precisamente, esa palabra. Pero yo di por hecho que así lo llamaba.

—¿Y crees en la palabra de un loco como Qadam?

—En algunos sectores todavía lo siguen escuchando. De vez en cuando asiste a

las clases que dan los maestros en el patio de los Naranjos de la Gran Mezquita.

Asha se puso en pie. Sus ojos reflejaban inquietud.

—¿A qué habrá acudido Ibn Tammim a los palacios? ¿Crees que pedirá al sultán algo para la boda?

—También puede ser…

—Cuando vivía Jamal lo conoció mucha gente. Tal vez ha aprovechado sus recomendaciones con la gente de poder…

Fátima recobraba el color de sus mejillas.

—Puede que busque para ti una posición más destacada.

—O puede que nuestro Tammim sea un hombre muy distinto a quien pensamos que es. Fátima, escucha, escucha detenidamente. Ve a la antigua casa de Jamal. Busca a Bibis, su criado. Si no está en la casa, pregunta por él. Y ruégale que te diga todo lo que sepa de Ibn Tammim, todo cuanto vio y oyó mientras compartía el techo con el alarife. Es preciso que sepa con quién me caso.

—Pero señora… —se lamentó Fátima—, ¿será conveniente saberlo ahora, antes de la boda?

—Si no puedo evitar casarme, al menos sabré con quién lo hago.

Fátima se colocó el velo y salió de la casa del Gallo del Viento. La veleta señalaba el norte, por donde decían que llegaban los cristianos.

El sueño de Muley Abd Allah, el meriní

Según se acercaba la fecha de la boda, Asha se veía violentada por una fuerza irreprimible. Ni siquiera los regalos, que diariamente llegaban a la casa en muestra de cortesía y buenos deseos, le hacían sentirse bien.

Un gran paquete llegó de manos de un criado de palacio, una caja de madera envuelta en rica tela de seda. Los zureos que de ella se desprendían no dejaban lugar a dudas. Se trataba de una jaula con dos palomas a las que días después se les unirían dos más con sus jaulas de madera labrada. Eran palomas mensajeras. Un regalo cuando menos curioso, que a Asha entristeció por considerarlas animales sucios y malolientes y no quería tenerlas desperdigadas en la azotea de su bella casa, lugar que solía elegir para leer sus poemas.

Viendo invadir primero su casa y luego su vida, Asha reprimía sus sollozos de día para entregarse a ellos de noche. Sus sueños habían empezado a ausentarse dejando paso a un estado de añoranza y miedo.

Así se lo demostró a su amante, en la oscuridad del hammam. Sus cuerpos se habían acostumbrado a olvidar la amenaza de los otros, de los que no entenderían que su amor era más poderoso que cualquier fuerza de la naturaleza, que la ventisca en lo alto de Yabal al-Talch.

—¿Podremos seguir viéndonos después del casamiento? —preguntaba en voz alta la enamorada—. ¿Y si mi marido nos descubre?

—Nadie puede hacernos daño y mucho menos tu marido —aseveraba Said convertido en espectro—. Ten fe en mí, querida. No existe en el mundo nadie que quiera enfrentarse a una sombra ni a un fantasma.

—Muchas veces me pregunto… —seguía murmurando Asha—, ¿qué hago entre tus brazos? ¿Cómo puedo quererte si no te conozco?

—Sabes que te quiero y eso es suficiente.

Las palabras del espectro la tranquilizaban. Tenían el efecto de una tisana caliente. Se dejaba mecer por sus brazos, fuertes y sensuales.

—¿Qué tienes en esa mano? ¿Qué sortija es ésa? —preguntó Said.

Asha extendió sus finos dedos. Le enseñó la sortija que su marido le había encargado al joyero, Aslam Aziz, como regalo de bodas.

—Es mi seguro de vida —acertó a decir Asha—. ¿Ves este jinete? Me defenderá si Said Ibn Tammim se acerca demasiado. Si pretende hacer valer sus derechos de esposo, el jinete acabará por herirle un ojo, tal vez su sexo, así no deseará nunca más lo que es de otro.

Said se estremecía. Asha creía que de placer, pero no era así. Entre las convulsiones del amor Said empezaba a conocer el novedoso sentimiento del miedo.

A las puertas de la casa del Gallo del Viento un considerable número de invitados esperaba la firma del contrato de matrimonio y la posterior celebración, que aunque discreta, se celebraría sin ahorro de gastos.

Alrededor de una mesa baja de madera de sándalo, rodeada por cojines de mullida pluma, se sentaron los comparecientes. A un lado Ismail al-Nuwari, el padre de la novia, el representante legal de Asha. Al otro lado Said Ibn Tammim, el novio, quien, como hombre, se representaba a sí mismo. Junto a ellos, los ‘udul, los testigos, que firmaban y corroboraban el contrato, pues aunque matrimonio, contrato legal era y así decía:

«Se establece de dote a Said Ibn Tammim, casado con Asha Ben al-Nuwari, la cantidad de… dinares, con la acuñación actual de Granada. El pago de estos dinares es de parte de su padre Ismail al-Nuwari, quien habiendo protegido y vigilado la virginidad de su hija la entrega para que se despose quedando liberado de culpa».

Asha, retirada y con el jimar ocultando su rostro, oía serena las palabras del testigo instrumental que, con voz categórica, declamaba el contenido del contrato. Observó que su padre levantaba avergonzado la mirada para posar sus ojos inquietos en los de su hija. Asha se percató de que su padre conocía su oculta vida amorosa y con la ignorancia sobre su virginidad estipulada en el contrato se hacía partícipe de una mentira.

«Said Ibn Tammim, ante su esposa, Asha ben al-Nuwari, voluntariamente y de forma espontánea, se compromete a ganar su amor y lograr su felicidad y a no tomar otra esposa, ni umm walad. En caso de que él hiciera algo de esto, la vida de la concubina quedaría en manos de su actual esposa para lo que ella deseara, tanto para contratarla como para retenerla o liberarla de él. Se compromete a no abandonarla más de seis meses a excepción de la peregrinación para sí mismo, siempre que tal alejamiento no se cuente en más de tres años contados desde el día de la partida. En caso de que esto se produjere, deberá dejarla en situación completa de abastecimiento para dinero, vivienda y ropa. Se compromete a ofrecerle sirvienta que la cuide, pues así lo disfrutó de soltera. Se compromete a cuidar de su descendencia, si la hubiere, y a establecer los plazos de amamantamiento y cuidados del pequeño. Y así la desposa, mediante la palabra de Dios Todopoderoso, el año de su profeta Mohammad. ¡Que Dios le conceda la paz! Para que vivan felizmente. Así fue notificado. ¡Que el mismo Dios sea testigo!»

Said inclinó la cabeza dando su consentimiento. Así lo hizo también al-Nuwari y posteriormente los ‘udul.

A Asha no se le pidió consentimiento, pues era mujer. Ninguno fue capaz de felicitarla o de agasajarla. Tampoco apreciaron el brillo de una lágrima.

La mayoría de los invitados pertenecían a la familia de la novia. Said, por su condición de abandonado, de niño callejero, no tenía a nadie con quien compartir su felicidad.

No quisieron, ni por una ni otra parte, que hubiera walima, es decir, celebración. Fue una fiesta de la boda modesta, íntima, casi inexistente. No se invitó a nadie de la realeza, ni a ningún personaje relevante de la sociedad garnâtina. Así pues, sólo hubo que esperar que los escasos invitados se marcharan para que Said fuera a hacer valer su derecho como esposo.

En la habitación, que antes había pertenecido a su padre, esperaba Asha. Fátima la peinaba y perfumaba. Retocaba su cara con raíz de nogal y le hacía masticar ramas de romero para el aliento. Pero Asha lloraba. Los espasmos del llanto no permitían que Fátima terminara su trabajo.

—Mi niña, mi señora… No debes llorar que muy pronto vendrá tu esposo y se enfadará al verte así, con los ojos irritados. Ya verás que no será para tanto. Todas antes que tú soportaron tal humillación.

—No puedo dejar de pensar en él, Fátima querida. Desearía que llegara ya mañana, y estar entre sus brazos.

—No debes pensar así. Ya estás casada y ése no es buen principio para tu matrimonio.

—¿Sabes ya algo del criado de Jamal?

Fátima denegaba pacientemente.

—No te preocupes, que yo sabré encontrarlo, aunque tenga que pisar suelo cristiano. Dicen que viajó a Hins al-Monacar y todavía no ha regresado, que lo hará para el año nuevo.

La puerta de la alcoba se abrió lentamente. Said no quería asustar, en demasía, el cuerpo tembloroso de su reciente esposa. Fátima hizo una reverencia y dejó a su señora, que, inmediatamente, tapó su rostro con el jimar.

—¡No quiero más velos en esta casa! —exclamó Said—. Descúbrete.

Asha miraba a Said sin verlo. Si realmente hubiera mirado habría visto el espectro del hammam frente a ella. Pero no lo vio. Sus grandes ojos negros, abiertos a la inmensidad de la habitación, no podían reconocer ningún rostro. De forma compulsiva, Asha retiró el velo de su cara y aunque Said bien conocía las zonas más ocultas del cuerpo de su amada, descubrió por vez primera sus bellas facciones, su minúsculo lunar junto al labio.

—¡Es curioso, imaginaba que tu lunar sería más grande!

La sangre de Said brotó dentro de sus venas. La nieve que ahora caía sobre la ciudad y cubría el Yabal al-Talch, lo que los cristianos habían bautizado como Sierra Nevada, no habría enfriado su contacto, pues tan ardiendo estaba. Se acercó a Asha, como lo hiciera aquella vez primera en la zambra. En un primer momento esperó que

ella recibiera su beso con sumisión. Todo en él anhelaba que lo reconociera, que diferenciara el sabor de su aliento, como hacen los enamorados que no pueden olvidar el olor del cuerpo del amado aun después de la separación. Said se excitaba de verse descubierto. Cualquier reproche en los labios de Asha habría sido suficiente. Cualquier reacción, cualquier reacción menos la que tuvo, pues Asha puso sobre sus labios una mano y con gesto arrogante dijo:

—¡No!

No fue una súplica sino una orden. Una orden que heló las ardientes venas de Said. Él recapacitó, suspiró volviendo al mundo de los vivos y optó por marcharse, dejando a Asha consternada por su propia negativa, creyendo que había ganado la primera batalla de una larga guerra que ocuparía, en lo sucesivo, toda su vida de casada.

A la noche siguiente, Asha volvió a decir ¡No! Y ¡No! dijo a la siguiente y a la siguiente. Tras su reiterada negativa, Said, en silencio, salía de la habitación sin pronunciar palabra, dejando a Asha confundida e intrigada por su paciencia.

—¿Has visto lo que hace, Fátima querida? ¿Has visto algún marido que no reclame el derecho de consumación?

—Tal vez sea algo invertido. Ya sabes que fue el protegido de Jamal.

Asha se enfurecía cuando Fátima aludía a la condición sexual del alarife.

—No quiero volver a oír ese comentario. Jamal era un buen amante.

—Entonces, mi niña, ¿qué es lo que quieres? ¿Quieres que tu esposo te fuerce? Él respeta tu deseo. ¿No te halaga tanta comprensión?

Asha suspiraba porque no sabía qué pensar.

—Búscame al criado de Jamal, Fátima, que quiero saber con quién me he casado.

—Lo haré, mi niña, lo haré.

Fátima peinaba amorosamente los negros cabellos de su señora y ésta dormía en su alcoba, sola, sin miedo a ser atropellada por un hombre al que debía llamar marido.

* * *

Aquel año, cercana la fiesta de Yannayr en el año que los cristianos hubieran llamado de 1339, resultó el más helador de cuantos viviera Granada. El frío se apoderó de todas las colinas, sin excepción de ninguna. El Haddarro se congeló y los animales, que diariamente nadaban o se alimentaban de sus aguas, tuvieron que emigrar para no correr igual suerte. Los muchos indigentes que vivían en las calles murieron amoratados en los rincones de la ciudad.

Las bajas temperaturas se apoderaron de las casas más humildes y de las más pudientes, y todo quedó devastado como si el propio enemigo cristiano hubiera

puesto sus sucias zarpas sobre Granada. Las plazas quedaron desiertas, los trabajos al aire libre cesaron y, finalmente, los hammams cerraron, pues el frío intenso había helado los atanores y el agua no podía circular por los conductos.

Asha no escuchó las recomendaciones de Fátima sobre la desolación que había invadido la ciudad. Díjole que se quedara en casa, que no fuera al hammam, que estaba cerrado, que esperase una semana más, pues no dependía de ello su vida… Pero Asha era demasiado testaruda y mandó a Suleyman que preparara los caballos. Los animales bajaron por las empinadas calles del Albayzín con gran dificultad, pues sus herraduras resbalaban. Pero aun así consiguió Asha llegar a la misma puerta del hammam que, como bien había dicho Fátima, se encontraba cerrado.

En el espejo de las aguas del Haddarro vio Asha reflejada su cara llorosa e impotente. Sus pies a punto de amoratarse no la sostenían, a pesar de lo cual se mantuvo derecha y erguida esperando un milagro que no se produjo, que podría haber sido que la puerta del hammam se abriera y diera paso a su amante. Pero, muy contrariamente, la puerta de los baños no se abrió. Después de aquello, Asha, recuperando la cordura, se volvió para indicar a Suleyman que regresaban. Allí lo encontró hablando, mejor dicho, gesticulando, con Bibis, el antiguo criado de Jamal. La felicidad coloreó las mejillas heladas de Asha, que al reconocer a Bibis le ofreció comida y guarecerse en su casa.

Como era de esperar en un hombre sensato, Bibis lo agradeció y así fuéronse los tres. Les esperaba un duro retorno camino arriba, aunque la suerte guió sus pasos, pues apenas llegaron a la casa del Gallo del Viento la nieve comenzó a cubrir copiosamente la ciudad.

Frente al calor del anafre, en la cocina, rodeado de ataifores, redomas y tinajas de barro, Bibis tomó una harira humeante. Después del fallecimiento de Jamal al-Cencid, la casa del alarife se desmembró, pues nadie vino a ocuparla en herencia ni cosa similar. Cada criado tuvo que buscarse nuevo trabajo, algo difícil en la Granada amenazante. Algunos se marcharon de la ciudad, otros buscaron refugio en casas de familiares, otros, por descontado, se alimentaban del robo, práctica muy frecuente en las calles de la esplendorosa ciudad de al-Hamra.

Asha se mordía las uñas descontrolada. El frío y la ansiedad sacaban a la joven de su estado habitual de comedimiento. Con miradas vergonzosas indicaba a Fátima que preguntara al criado, que lo interrogara, que siendo ella criada también sabría sonsacarle más y mejor, que le hiciera ese favor pues era su amiga de la infancia.

Así que Fátima preguntó a Bibis y éste, entre sorbo y sorbo, les contó, con toda complacencia, su vida en la antigua casa de su señor.

—Jamal al-Cencid no era un hombre común. Y no lo digo por su trabajo, que bien pueden suponer con quién tenía que tratar, todo el día inspirándose para crear la casa del sultán, que se dice rápido, el sultán nada menos. Que por cosa más ridícula te

quedas sin cuello, digo yo, pues si la construyes mal o la adornas con colores no complacientes, bien harías en marcharte de Granada, pues tu fama habría de volverse ceniza.

»Pero el señor Jamal no era de los ufanos, sino más bien comprensivo. A todo hacía por gustarle. Si le servías la sopa caliente la soplaba, si al limpiar se resbalaba una redoma y añicos se hacía, tampoco se enojaba. Sólo había algo que le descomponía el semblante y no era otra cosa que las fiestas que celebraba en su casa, pues quería que todo invitado pudiera disfrutarlas. Unos días antes todos los criados bruñíamos las bandejas y perfumábamos los rincones. Había que darle al señor tisanas bien calientes pues tan nervioso se ponía. Y mucho más al final parecía que antes de morirse presentía él ya su fin, pues poco tiempo antes lo encontraba yo como fugado de sí mismo, siempre mirando hacia atrás cuando caminaba, como si otros quisieran robarle o matarle.

Asha inhibió un torrente de lágrimas que súbitamente asomó a sus pestañas.

—¿Y dices que lo perseguían? —preguntó Fátima.

—¡Allah me perdone! —seguía diciendo el criado—. No hago más que pensar que su muerte no fue fortuita, que alguien lo asesinó sabiendo bien lo que hacía. Pues si no a qué viene matarlo tras una fiesta y no llevarse nada de la casa con todo lo que tenía el señor de valor. Muchos dicen que lo mataron los africanos, los meriníes, que de esos hay muchos por Granada aunque algunos no quieran verlos o se camuflen como las ratas. Dicen que son hermanos nuestros pero… —Bibis bajó la voz cautelosamente—. Verás, mi señora, los meriníes son de otra calaña. Cuando aquí se dice paz, ellos dicen guerra. Y si no estás de acuerdo pruebas muy pronto su espada. El señor al-Cencid andaba mucho con uno de ellos, un tal Muley Abd Allah, tan hermético y sin fisuras como el huevo de una gallina. Él no hacía más que decirle al señor que Granada se había vendido a manos cristianas, que muy pronto habríamos de saber el error de la política que estábamos sufriendo… Le ponía al pobre señor la cabeza tan embarullada que alguna vez tuve que llamar al hakim para que se la desenredara con alguna pócima.

Asha descubría nuevos horizontes en su pasado. Nada le había indicado antes que Jamal tuviera relación con los meriníes.

—¿Y por qué no rompía con ese tal Muley Abd Allah? ¿Qué lazo tan sagrado era ése?

Bibis miró a Asha convencido de que a esa pregunta sólo cabría una fatal respuesta.

—Los lazos que se crean con un hombre de la jihad no pueden romperse nunca.

El silencio invadió la garganta de Bibis después de plantear tan desagradable circunstancia. Fátima miró a su señora que, aunque preocupada por lo que venía oyendo de su amante, se mostraba dignamente valiente.

—¿Y dices, amigo mío, que Muley Abd Allah defiende la jihad en al-Ándalus? Entonces… supondrá enemigos a todos cuantos defiendan lo contrario. Es interesante

contar con un hombre así para que cuide de tu casa.

Todos recapacitaron pero sólo Fátima sabía el poder de sus palabras. En aquel momento Asha había decidido matar a su marido.

Tal decisión no podía tomarse ligeramente. Durante todo el invierno tuvo a Fátima como una sombra indicándole lo erróneo de sus cavilaciones. Pero Asha se explicaba siempre del mismo modo, justificaba su más despreciable acción como fruto del amor que profesaba a Jamal, que nada, finalmente decía, que fuera producto del afecto entre un hombre y una mujer podría ser condenado por Allah.

—Mira que lo que haces no es algo bueno —le replicaba la criada—. Que aunque malo, es tu marido y hombre al fin. No vas a matar a un cerdo cristiano sino a un hombre cumplido y buen creyente, pues al menos visita la mezquita una vez al día y reza como el que más mirando hacia La Meca, que no te pega y te regala todo cuanto quieres y más, que no te violó el primer día y respeta tu deseo de acudir al hammam todas las semanas. Mira bien, mi niña, que éste es un desatino muy grande que puede llevarte ante el cadí si no se consuma para bien de tu dicha y que si te tratan de asesina te lapidarán como a la más humilde de las prostitutas y yo tendré que llorarte con estos ojos que te vieron nacer.

Asha no atendía a consejos. Con la idea fija en su cabeza despertaba cada mañana y dormía por la noche. Cuando Said entraba en su aposento con la intención de hacer valer su derecho de esposo y Asha le decía no, como cada noche, tomaba el orgullo de quien se sabe poseedor de un enigma a quien le ha hallado respuesta.

Sin que Fátima pudiera controlar sus idas y venidas y aún menos su marido, Asha se escapaba frecuentemente a lugares desconocidos y preguntaba por Muley Abd Allah. El amor le impulsaba a hacer cosas impensables en otros momentos de su vida, pues nunca antes hubiera consentido mezclarse en solitario con gentes de tan distinta condición, en tabernas o en mercados, preguntando por un tal Muley Abd Allah, hombre de tez morena y acento extranjero. Y tanto preguntó que halló la respuesta y, una vez oída, la encontró tan evidente que hasta se arrepintió de su inocencia, pues le dijeron que todos los días acudía cinco veces a la mezquita, como mejor creyente que los guerreros de Dios buscan a Dios en la guerra y, si hay paz, en las mezquitas.

—¿Eres tú el que llaman Mulay Abd Allah, el meriní? La voz le temblaba. Se oía como si ella no fuera Asha. La sangre hervía en su vientre y ascendía por la garganta como un torrente de fuego que abrasaba, finalmente, sus mejillas.

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó el meriní.

Abd Allah no era un hombre, era un laberinto. Sus ojos respondían a una única mirada, fiera y penetrante, y cuantos a ellos se asomaban notaban desorientar su camino. No fue coincidencia que Asha se sintiera violada por aquella mirada, pues le pareció que Abd Allah conocía de sus intenciones mucho antes de que ella las hiciera públicas y notorias.

—Me llamo Asha ben al-Nuwari y soy la esposa de…

—De Ibn Tammim, lo sé.

El asombro debió de palidecer el rostro de Asha.

—¿Cómo sabes quién es mi esposo?

—Yo sé muchas cosas. Cosas que nadie sabe.

Asha había encontrado a Muley Abd Allah muy cerca de la puerta de la mezquita del Albayzín. A ella sabía que acudía el meriní a la oración diaria. Sólo hubo que esperar para verlo salir y comprendió que la descripción que diera Bibis del meriní era tan acertada que sólo hubo que dirigirse a él y preguntarle.

—Tengo que hablar contigo. Sé lo que defiendes y vengo a entregarte un pequeño botín de guerra.

Abd Allah sonrió; sus facciones se arrugaron como un higo seco.

—Vienes a traicionar a alguien, no te confundas. No, no te escandalices. Yo prefiero llamar a cada cosa por su nombre.

—Bien, llama, entonces, a lo que te propongo jihad.

Asha se explicó. Dijo cosas hasta ahora nunca dichas y cuando hubo terminado, Abd Allah se introdujo en la mente de Asha como un vino caliente, hasta turbarla.

Fue el momento de la verdad:

—Vienes a mí pensando en tu provecho. Y eso me desconcierta porque desde muy joven la idea de luchar por otros y de morir por otros siempre me ha complacido. Vengo de un lugar en donde la fe es suficiente para ser feliz, pero veo que tú no lo eres y por eso te corrompes hasta convertirte en una asesina. Sé lo que me vas a decir y no creas que por ello te desprecio, aún mejor, te admiro, porque tienes la osadía de luchar por ello. Dices que tu marido es mi enemigo y no me das pruebas de que sea cierto. Dices que los traidores a la jihad caminan por donde camina Ibn Tammim, que se relacionan con quien se relaciona Ibn Tammim y, finalmente, hablan con quien habla Ibn Tammim. Dices que tu marido entra sin impedimentos en los palacios del sultán y que muchos de sus ayudantes y ministros lo saludan como si lo conocieran. Dices que sabe más de lo que aparenta. Y yo te pregunto: ¿pensabas que no me había dado cuenta?

Asha se sintió el corazón estallar dentro de su pecho. Gracias al velo que le cubría la cara pudo disimular la felicidad que le proporcionaba la venganza.

—¿Quiere eso decir que me ayudarás?

—Eso quiere decir que lo vigilaré durante un tiempo y si después de entonces encuentro razones para considerarlo mi enemigo, lo mataré. Y disfrutaré con ello formulando mi xahada, testificando que soy un buen musulmán y así me ganaré el paraíso.

Asha acudió al hammam, como cada semana, pero más ardorosa e impaciente. Abrazó al espectro de Jamal con fuerza y deseo y acercándose a su oído le susurró:

—No tengas cuidado, amor mío, muy pronto estaremos tú y yo juntos, pues me temo que mi marido será asesinado y sólo entonces seré verdaderamente libre.

Said, faltándole el aliento, murmuró:

—In shaa Allah!

El sueño de Fátima, la criada

Desde que Said fuera consciente de ser la víctima de su amada mostró un cambio en su carácter. Todos en la casa del Gallo del Viento lo advirtieron y mucho más Asha, que observó su indiferencia por mostrarse esposo al inicio de cada noche.

Más excitado que de costumbre, se ausentaba con frecuencia. Daba grandes paseos por la ciudad y quien lo veía caminar sabía que sufría de algún mal, pues a cada paso miraba su sombra y a veces se ocultaba en portales o tiendas creyendo con ello defenderse de algún enemigo.

Sólo se encontraba a salvo en la mezquita. Allí acudía, por lo menos, cuatro veces al día. Y lo hacía no por creencia sino por miedo, pues suponía estar defendido por Allah dentro de las amplias paredes de la sagrada casa, aunque, sin saberlo, fuera ésta el único sitio que compartía con su asesino.

A la mezquita del Albayzín acudían Said y el meriní Muley Abd Allah. Said no lo conocía, ni siquiera de vista, a pesar de haber frecuentado las fiestas de al-Cencid. El extranjero corría con ventaja pues sabía quién era Said y dónde vivía y, por supuesto, con quién se veía cada día y cada semana.

Las nieves habían quedado muy atrás y muy pronto llegaría el tiempo de germinar las flores. Esa circunstancia alegraba la vida de los granadinos, pues, como sucedía en todas las ciudades de al-Ándalus, los árboles frutales despertaban y sus olores y frutos inundaban las calles de aromas y colores maravillosos.

En el patio de la mezquita, mezquita que nada tenía que envidiar a la grande de la medina, crecían, entre otros, naranjos. Así, por su variedad, que a veces era amarga como la propia toronja, se había llamado el patio, es decir, de los Naranjos. En el centro, el aljibe para las abluciones refrescaba el suelo volviéndolo mullido bajo las botas de Said. Allí tuvo que descalzarse para entrar en la mezquita, como cada uno de los creyentes, y arrodillarse sobre las ricas alfombras y mirar hacia el mihrab.

Rezando recobró la compostura. Se sintió avergonzado de tener miedo, pues no hay nada más honroso que morir por amor. Si su esposa quería matarlo no era más que porque lo adoraba como amante y esa circunstancia, tan incongruente, lo desconcertaba aunque lo henchía de orgullo varonil.

Ignorando que tras él rezaba también Muley Abd Allah, salió de la mezquita. Junto a la fuente de abluciones un grupo de estudiantes discutían sobre el sentido de la vida. Eran jóvenes sufíes, pobremente vestidos, de cuerpos débiles y mente despierta. Said les oyó bendecir a Allah varias veces hasta que de entre ellos apareció un viejo, huesudo y barbado, que gritó:

—¡Loado sea el Señor de los Mundos, el Misericordioso, por habernos permitido

hablar de la vida que nos ha ofrecido! ¡Loado sea también su Profeta que tan sabiamente nos ha guiado! ¡Loado sea en verdad!

Said prefirió desviarse de su camino para que Qadam no lo viera, pero el viejo, cuyos ojos penetraban hasta en el más opaco de los muros, volvió a gritar:

—¡Y dijo Mohammad: «Consulta tu corazón. La virtud es lo que tranquiliza el alma y el corazón de uno. Y el pecado es lo que se remueve dentro del alma. ¿Qué se agita en tu alma, hermano?»! —preguntó Qadam dirigiéndose a Said.

Los estudiantes miraron hacia el otro lado del patio y la duda quebrantó el espíritu de los jóvenes creyentes. Ibn Tammim, avergonzado por encontrarse en la mirada ajena, huyó como huye el león arrogante ante la incapacidad de su fortaleza.

—¡Ciertamente Dios ha puesto límite a las obligaciones, no las descuidéis. Ha fijado límites, no los traspaséis, ha prohibido cosas, no las violéis… Tened cuidado con las novedades pues, como innovaciones que son, son también desviación y toda desviación acabará en el infierno!

Jadeante, Said salió de la mezquita y fue a reposar su agitado pecho contra la fachada. Había pasado mucho tiempo desde que Said obedeciera fielmente la obstinada opinión de Qadam. Pero su pecho se hería por la punzada del desconsuelo, aún en su madurez, pues la cercanía del santón le devolvía a una vida que él había rechazado desde el momento de conocer la Alhambra.

No hizo más que tranquilizar sus músculos, sus sentimientos torcidos por los remordimientos, y volvió a la vida, para convertirse en los oídos del sultán. Desde su situación observó a los estudiantes, que acudían al patio para aprender la palabra de los viejos maestros cuyos discursos florecían al tiempo que los naranjos del patio.

Decían así: «Es una pena no tener una madrasa donde estudiar la palabra de Dios, pues las mezquitas no deben ser lugar de aprendizaje sino de culto y adoración. Y así viene siendo en muchas ciudades, que yo he podido comprobarlo en mis viajes de rilah por el extranjero. ¿Hasta cuándo habremos de esperar una madrasa en Granada?».

Said, pensativo, amenazado aún por el pesimismo de Qadam y descorazonado por su situación amorosa, decidió acudir a la Alhambra.

* * *

—El visir Ridwan no puede recibirte —le explicó un guardia de palacio—. Ven más tarde, ahora está ocupado.

Said reflexionó. Su frente sudorosa reflejaba el debatir de su espíritu.

—Dile a tu señor que he venido a decirle que no trabajaré más para él.

Con un seco movimiento de cabeza, el guardia dio a entender que recibía la orden. No pasó mucho tiempo hasta que, nuevamente, apareció delante de él un hombre ataviado al estilo palaciego. Said lo miró y supo de quién se trataba. Era Mohammad Ibn Abd Allah, al que llamaban Ibn al-Jatib y pertenecía a la Secretaría

de Estado, al Diwan alinsa’. Compartía sus funciones con el renombrado y querido maestro al-Yayyab, a quien debía mucho, pero su actual situación como discípulo no le impedía ser considerado por muchos en la corte, al tiempo que temido por todos y por todos ellos admirado.

Said enmudeció de inquietud al verse frente a él.

—Soy Ibn al-Jatib —dijo el poeta—, el visir me ha mandado que venga a hablar contigo. Dice que te será más fácil explicar tu problema a una persona más joven que él.

Said humedeció sus labios, se habían quedado secos.

—Sólo vengo a decir que no volveré a palacio. Mis servicios no son beneficiosos ni para mí ni para el sultán.

—¿Cómo puedes valorar tú eso? —preguntó al-Jatib—. ¿Conoces los entresijos del Gobierno? ¿Has visto, alguna vez, las pruebas por las que tienen que pasar los hombres que trabajan aquí? Me han encargado que te convenza de continuar con tus pesquisas. Y veo que mi labor va a ser muy nimia porque no hay nada más concluyente que el decidir por el progreso de Granada.

Al-Jatib indicó a Said que lo acompañara. Lo llevó a una de las salas de palacio cuyas ventanas geminadas ofrecían una bella panorámica del Albayzín.

—Me han dicho que vives allí. Y si lo haces en la casa que dicen, espero de ti algo más que temor. ¿Sabes? Yo llegué a estos palacios siendo aún un niño. Mi infancia se redujo a las piedras, al yeso, a los estucos, a los azulejos de estos palacios. Y estoy seguro de que también moriré aquí, aunque tal vez, por otros motivos, mi cuerpo se desvanezca muy lejos porque mi huella ha quedado impresa en estas paredes. ¿Sabes por qué te necesita el sultán? Porque él vive dentro y tú vives fuera. Y la vida es muy distinta dependiendo de qué lado fluya. Como con un río cuya misma agua riega sus dos orillas. La misma agua para orillas distintas.

Said sacudió tristemente la cabeza.

—Eso ya me lo explicó el visir pero yo no llego a ver mi utilidad. Algunos me ven como un espía, otros como un traidor. No quiero ser más que un hombre.

Al-Jatib sonrió cínicamente.

—¡Un hombre puede ser muchos hombres! Mírame a mí, soy político, soy poeta, practico la medicina… Todo va bien si sólo tienes un corazón.

A Said se le anegaron los ojos de lágrimas pero supo disimular a tiempo.

—Ése es mi problema, que creo tener dos corazones.

Al-Jatib se sentó sobre una cómoda jamuga e invitó a sentarse al derrotado Said.

—Bien, también soy un hombre que sabe escuchar. Háblame sobre eso. ¿Qué circunstancia puede provocar en un hombre que tenga dos corazones?

—Prefiero vivir con mi secreto, si no te importa. Sin embargo es público poder decirte que dentro de poco seré víctima de un verdugo. Mi lecho de muerte se ha habilitado para mí en mi propia ciudad, en mi propia colina y nada puedo hacer para negarme a ocuparlo.

El poeta mostró sorpresa.

—¿Estás amenazado de muerte? ¿A causa de tu trabajo?

—Mi trabajo es sólo una excusa, pero… ¡Vivo en un laberinto que yo mismo he creado! Me lo tengo bien merecido.

Said se derrumbó ante los pies del poeta y violentado por el llanto exclamó:

—Tengo miedo. No puedo evitarlo. Me gustaría ser un hombre ejemplar pero ya desde niño, con mi indiferencia, con mi odio, hice de mí un hombre aprovechado y cruel. Sólo hay una cosa que me vuelve bueno, que me hace valioso y es el amor que tengo por una mujer. Así que acudo a la mezquita y rezo buscando una solución a mi problema pero sólo encuentro amargura. Veo a otros como yo, felices, mientras hablan a Allah que, sin duda, les ilumina en su soledad. Veo a estudiantes discutir sus razones en los patios, a los maestros enseñar el sagrado Corán. Veo la vida de Granada y me aterroriza no poder disfrutarla nunca más. Y lo peor de todo es que ese miedo no me impide seguir escuchando, seguir valorando las necesidades de los otros. Hoy, unos estudiantes anhelaban tener una madrasa donde estudiar, donde aprender el Corán, donde conocer la medicina y las matemáticas. ¡Los encontré tan vivos deseando! Y yo sólo puedo desear no conocer a mi verdugo.

Al-Jatib reconoció en el otro la rendición. Le tomó de un brazo y le ayudó a levantarse del suelo.

—Si tu muerte es un hecho, disfruta de la vida mientras puedas. Haz pública tu valentía con fiestas y celebraciones. No hay nada que ofenda más a los asesinos que la arrogancia de sus víctimas. Si no tienes dinero, pediré al visir que financie tus próximas zambras, a fin de cuentas en ellas disfrutamos todos.

Said Ibn Tammim se secó las lágrimas recuperando su orgullo. Y a su memoria llegó un recuerdo casi olvidado: el de los diamantes.

—No, no me hace falta dinero. A decir verdad tengo más de lo que puedo desear.

—Pues adelante. En las fiestas se desatan las lenguas de los traidores y se divierten los corazones de los honrados. Invítame a tu próxima fiesta y juntos sabremos sacar partido de ello.

Said se humilló. Un gran peso le oprimía aún la conciencia.

—¡Ah, mi joven amigo! —exclamó al-Jatib—. Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué, mi señor?

—Por hacerme ver que Granada necesita cuanto antes una madrasa. Se lo haré ver al visir. Creo que Ridwan podrá tomar la iniciativa en ese campo. Como ves, no eres tan nocivo como piensas; por ahora le sirves bien a Granada.

Said abandonó la Alhambra con esperanzas renovadas.

Muley Abd Allah se tomó muy en serio su persecución. Seguía a Said Ibn Tammim como si fuera su sombra. Muy pronto supo reconocer sus gestos y sus costumbres, que se repetían diariamente. Por la mañana cuidaba de alimentar a sus

palomas mensajeras, con su zureo dentro de sus jaulas, en lo alto de la terraza de la casa del Gallo del Viento. Algunas veces, preparaba a una y la incitaba a volar en dirección a la Alhambra. Aquel hecho tan transparente para el meriní había pasado indiferente para los ocupantes de la casa y aún más para los vecinos del Albayzín. Muley Abd Allah observaba a Said cuando caminaba entre los mercaderes de la puerta de Elvira, entre los sederos del Zacatín, entre los aguadores de los aljibes. Y era tanta su implicación que el meriní llegó a descubrir que Said Ibn Tammim acudía al hammam una vez a la semana, oculto en una túnica que no dejaba ver su rostro. Todo eso y más descubrió el bereber que fue anotando en su memoria los detalles de la vida de Said.

Mientras esto sucedía, la bella Asha enflaquecía de impaciencia. Desde que solicitara su ayuda al africano habían pasado más de tres lunas. La primavera se acercaba y con desilusión rechazaba cada noche la insistencia de su esposo en su propio lecho. No había vuelto a hablar de este tema al espectro de Jamal pero su habitual entusiasmo por acudir a los baños se debilitaba.

«¿Qué te pasa, mi niña?», preguntaba Fátima. Y Asha respondía casi siempre: «Nada». Pero en su rostro se vislumbraba la tristeza y la preocupación que minaban su espíritu jornada tras jornada.

Finalmente, una mañana, más excitada que de costumbre, suplicó a Fátima con estas palabras:

—Ve a buscar al meriní. Hazlo por mí, mi vieja amiga. Pregúntale si puedo confiar en él. Y si dice que sí me quedaré más tranquila. Que últimamente mi corazón se encuentra desviado por la inquietud.

Tanto insistió la señora, que la criada no tuvo más que acudir a la mezquita del Albayzín y buscar al meriní, quien ya sabía, por su perspicaz conocimiento de la conducta humana, a qué venía la sirvienta.

—Mi señora me manda preguntaros…

—Dile a tu señora que no podré trabajar si me oculta pruebas.

—¿Qué ha de ocultarte mi señora? —preguntó ofendida Fátima.

—¿Por qué no me ha dicho que se encuentra todas las semanas con Said en los baños del Nogal?

Fátima soltó una irónica carcajada.

—¿Todas las semanas? ¿Con su esposo? Estáis muy confundido, con quien se encuentra es…

Muy rápidamente reaccionó la sirvienta, pues también a ella le funcionaba en demasía la perspicacia. Espontáneamente disimuló una despedida y corrió enloquecida entre las calles estrechas.

La sorpresa le estrangulaba la garganta cuando llegó a la casa del Gallo del Viento y se tiró a los pies de su ama. Pero algo le devolvió la lucidez. Vio la cara ojerosa de Asha y no pudo más que decir:

—No te preocupes, mi niña, que Fátima sabrá ayudarte.

Dentro del palanquín que les transportaba a los baños, Asha suspiraba con tristeza. Muchos eran los momentos que ama y criada habían vivido juntas, a veces como hermanas, a veces como amigas, por lo cual nada podían ocultarse una a la otra, pues así era el lazo de amor que las unía.

Fátima sólo vivía para Asha. Aunque pocos años las diferenciaban era evidente que la necesidad proporcionó a Fátima la madurez que Asha desconocía. Y así, con la confianza del amor correspondido, Asha se sentía protegida.

—Fátima, amiga mía —suspiraba la dueña—, llevo en mi pecho una duda que me abrasa. Y aún me hiere más el fuego de no poder contarlo, pues si así hiciera te perdería a ti también con mis pecados.

La criada sabía que los silencios son a veces poderosos, así que no asintió ni exclamó sonido alguno, pues tan preocupada estaba como su ama y tanto o más vislumbraba el peligro.

Finalmente, como Asha no encontraba réplica a sus suspiros volvió a decir:

—Fátima, amiga mía, creo que el espectro de Jamal no es un espectro sino un hombre.

La criada no replicó. Mostrando indiferencia, salió del palanquín y ayudó a su señora a bajar.

—Ve al baño, mi niña, y déjame a mí los problemas.

El ritual se realizó como de costumbre. Suleyman vigilaba la puerta y Fátima avisaba a su señora de la llegada del amante. Como las aguas de una noria, que vuelven al cauce de donde manan, las aguas de los sentimientos de Asha fluyeron mansamente. Después de tantos días de espera, de tantos encuentros amorosos, la costumbre había dado paso a la repetición, a la desidia, y no sólo por eso el pecho anhelante de otras veces suspiraba ahora, tanto o más inquieto. En cada cita, buscaba los reflejos del agua serena de un abzan y allí se peinaba, atusaba su rebelde cabello para mostrarse bella y seductora. No fue a suceder así esta vez. Asha era un animal lloroso, dañado, y sus suspiros inundaban la sala hasta alcanzar las más altas lumbreras que con sus reflejos de vidrios de colores devolvían su tristeza con la esperanza de la policromía.

Cuando el espectro entró en la sala, los candelabros se habían apagado así como el vaho alentado en las mismas chimeneas internas del hammam. Así había sido desde siempre, desde que Jamal acudía con el esplendor de su vida y así era ahora, cuando todos creían que regresaba de otros mundos.

Asha no se abalanzó hacia Said, como había sido siempre su deseo, ni abrazó su pecho desnudo averiguando el contacto de sus músculos. Su amante la presintió llorosa y preocupada y preguntó:

—¿Qué tienes, amada mía?

Asha, secando su rostro con un pañuelo, respondió:

—Tengo en el corazón un secreto que no puedo contar. Es el único secreto de la vida que no puede ocultarse.

—Me asustas, Asha. ¿No puedes contármelo a mí, que no tengo contacto con los humanos, que nunca podría dañarte?

Asha lo miró y miró con tanto rencor que sus ojos brillaron en la oscuridad del bayt al-sajun.

—¡No me engañes más! ¡Bien merecido me lo tengo por ser una idiota! ¡Allah me confundió con tu amor! ¿No ves que soy desgraciada? ¿Por qué no me dijiste que no eras un espectro sino un hombre?

Said tuvo que sentarse. No era momento de mentir, sino de enfrentarse a sí mismo.

—Asha, tienes que perdonarme, sólo lo hice por preservar tu amor…

La muchacha se arrodilló a su lado y con lágrimas en los ojos suplicó:

—¿Por qué no puedo ver tu cara? ¿Por qué hablas siempre en un susurro para que no pueda reconocer tu voz?

Acariciando el pelo de Asha, el amante sintió la punzada del miedo. Deseó desvelar su historia, sus razones. Elevó una mano y tomó su máscara. Pero la cobardía es más poderosa que la verdad.

—No puedo decirte quién soy. Tienes que confiar en mí.

—Pero ¿y mi marido? Antes, cuando mi inocencia me indicaba que eras un fantasma, mi conciencia estaba limpia. Pero ahora me he convertido en una adúltera.

—No pienses en eso, amada mía. Allah será benévolo con tus acciones, créeme.

Said se puso en pie. Besando tiernamente a Asha en la frente salió de la sala. Y dejó tras de sí las huellas de sus pisadas, pisadas que nunca antes Asha había advertido.

«¡Qué ironía! ¿Por qué no pensé antes que un espectro no podía dejar huellas?», se preguntó.

En el bayt al-maslaj, Said buscó sus ropas. Hacia esas horas todo el hammam había quedado desierto, sin cliente alguno que buscara en sus delicias la perfección de la vida. El alfoliero del hammam al-Yawza se llevaba una buena comisión por permitir citas contrarias a la ley y a la costumbre, por eso era un lugar tan idóneo para los encuentros y tan solitario y propicio para los secretos.

Tras de Said, quien se suponía a solas, una sombra femenina se introdujo en la sala. El hombre se encontraba demasiado preocupado como para advertir aquella presencia y fue su debilidad tan grande que su agresor pudo arrebatarle mucho más de lo que esperaba.

Fátima, que con pie silencioso habíase acercado a Said, dio un zarpazo de felina y se apropió de la máscara. Said, desnudo ante ella, vio reflejarse en sus ojos

sorprendidos.

—¡Tú, mi señor! El hombre más aborrecido de mi niña es su verdadero amante —musitaba Fátima intentando comprender el significado de sus propias palabras—. ¿Qué he de hacer yo ahora, Señor de los Mundos?

—¡No digas nada, te lo suplico! —rogaba Said—. Deja que yo se lo explique, deja que encuentre alguna manera…

—¡Cuán loco es el amor que nos muta el entendimiento! ¡Os meceréis el infierno, a ti por embustero y a ella por ignorante! ¡Mil veces seáis ambos malditos!

Fátima escupió dos veces a cada lado de los pies de Said. Y luego, como si por primera vez en su vida hubiera descubierto la luz de la verdad divina, se tiró al suelo y gimoteó.

—¡Oh, mi señor! ¿Qué he de hacer ahora? ¿Por qué me has puesto tan dura carga sobre mis hombros? Sólo soy una pobre criada.

—Una criada que ha servido bien a su señora y que la quiere. No le hagas tanto daño como le estoy haciendo yo.

—¿Es que no sabes que te quiere matar, insensato?

Said asintió con pleno convencimiento de lo que decía.

—Lo sé, Fátima. Pero a quien quiere matar es a su marido, no a mí.

El silencio rompió el eco de las palabras. Las tuberías goteaban pausadamente entre los pasillos del hammam.

—¿Prometes no decir nada, Fátima?

—¡Que Allah me proteja! Y desde luego que os proteja a vosotros dos porque de esto no ha de salir nada bueno.

—¿Me lo prometes? —volvió a preguntar Said con inquietud.

Fátima respondió.

—Lo prometo.

El sueño de Rodiq al-Majriti, el cocinero

La Bib al-Ramla era la plaza más populosa de la medina. A aquellas horas los comerciantes de al-qaysariyya y del cercano suq al-qarraquin guardaban sus mercancías expuestas en la vía pública, sus sedas, sus especias, sus platos y bandejas de plata, sus babuchas, sus puestos ambulantes de té caliente, sus ábacos en los que confiaban las cuentas de sus negocios.

El almotacén paseaba con sus guardias dispuesto a cerrar las puertas del zoco. Primero sería la plaza y más tarde, cuando la luna bailara sobre la Sabika, serían las cancelas de los barrios las que se cerraran para controlar los robos. Era el momento, entonces, de dar paso a guardias armados, protegidos por perros, que seguían la pequeña dirección de un qandil, y las puertas de las murallas se cerrarían en previsión de un ataque, en defensa de un enemigo que tal vez nunca llegara a pisar Granada.

Mientras la noche caía, los barberos hacían sus últimos trabajos en las esquinas de la plaza y los pergamineros estiraban sus espaldas arqueadas que habíanse pasado toda la tarde sobre la piel tratada, estirándola mimosamente. Los aguadores subían sus odres sobre mulas y ordenaban a éstas salir de la plaza hacia el campo, hacia la vega, hacia el verde paisaje que Granada había olvidado al convertirse en una cómoda ciudad.

Las bestias se retiraban a sus cuadras. Imponentes búfalas indias, cuya leche se vendía para fabricar ricos quesos, pisaban la tierra embarrada con sus negras pezuñas. Camellos llegados del desierto de Ifriquiya en cuyas jorobas bamboleaba la mercancía que había atravesado la Bab Ilbira y se dirigía al Funduq al-Yadida. Perros adiestrados que acabaran con la amenaza del lobo en los verdes bosques de la Sabika. Hasta el oso amaestrado, traído de tierras madrileñas, tierras que llegaron a llamar «la osera» por su abundancia y que en otros tiempos fue también musulmana y se llamaba Mayrit.

A pesar del ruido que todo aquello provocaba, Said todavía percibía las albórbolas de Fátima en el interior de sus oídos. Huyó como un delincuente del hammam y se adentró en la ciudad que comenzaba a dormir. Deseó mezclarse entre la gente, buscar la solución de sus preguntas, quiso ser uno más de todos aquellos hombres tan variados, tan vivos, en el fondo tan felices.

No se preocupó de ocultarse. Si habían de matarlo que lo hicieran cuanto antes, y allí, en esa plaza llena de gente en movimiento, sería la mejor ocasión.

«Si vuelvo a casa —se decía—, todo ha de ser de otra manera. Hablaré con Asha, le explicaré, habrá de comprender. Encauzaré mi vida. Iré al visir y le ofreceré mi ayuda, espiaré si es necesario para sacar a Granada adelante. Decoraré la casa. La transformaré en un pequeño palacio al gusto de los nuevos arquitectos. La convertiré

en una Alhambra diminuta, con su fuente en el patio, sus arcadas, sus salones con artesonados. Nada será suficiente para convencer a Asha de que su nueva vida es superior a la que tuvo con Jamal. Se sentirá poderosa y yo podré presentarla en sociedad, cuando me convierta en un asiduo del sultán. Todo eso he de conseguirlo y cuanto antes».

Mientras esto pensaba, un fuerte empujón lo desestabilizó. Un hombre, de rudo aspecto, de tez oscura, con capa blanca, había chocado con él. Lo miró a la cara, sin miedo alguno, sin disculpa, y sus ojos penetraron en Said como una daga cuyo filo hiciera sangrar las partes más internas de su cuerpo. Supo que era él, que era su asesino. Pero esta vez no lo había querido Allah. El hombre de tez oscura se marchó hacia la recién construida Bab al-Ramla, la que llamaban puerta del Arenal por llegar hacia la zona arenisca que se extendía hacia el cauce del Haddarro.

Said quedó paralizado, sintiendo desbocado su corazón. Decidió volver a casa. Tal vez le quedaría muy poco tiempo para empezar a realizar su pretendida decisión.

Cuando llegó, caída ya la noche, Fátima esperaba en la cocina. Auque la primavera dulcificaba la casa, a veces era necesario buscar el calor de la marmita, pues la humedad del patio impregnaba las paredes de las habitaciones colindantes. Vio entrar a Said e hizo una reverencia sin demasiada humildad; todavía le duraba la impresión de lo descubierto en el hammam.

—¿Dónde está tu señora? —preguntó Said.

—En su alcoba, esperándote.

Miró a la criada, dolida y cansada. Tenía pocos años más que Asha y parecía una madre preocupada, con su cara pálida y su cuello transparente de venas azules.

—Vete a dormir —le aconsejó Said Ibn Tammim—. Mañana será un día largo. Habré de decidir qué reformas realizaremos en la casa. En cuanto amanezca manda venir al primer arquitecto de la Alhambra.

—¿Podrás pagar sus trabajos, mi señor? Mira que los alarifes del sultán son muy caros.

—Tú mándale llamar, que lo demás es cosa mía.

—In shaa Allah! —dijo la mujer.

Cuando Said se encaminó hacia la alcoba de Asha, Fátima no pudo evitar pensar en la razón de aquellos cambios. Si su señor podía costearse el valor de un alarife real, ¿no sería que, en efecto, espiaba para el gran Yusuf I?

Tomó su amuleto entre las manos. La mano de su otra tocaya, la Fátima del Profeta, la ayudaría. Tal vez Muley Abd Allah no llegara a advertir la osadía de su señor, la de convertir su casa en un palacio, pues si esto se sabía podría interpretarse como una prueba más de su culpabilidad. A un benimerí defensor de la jihad tendría que ofenderle que Said imitara en todo al sultán de la paz, el sultán que defendía la amistad con los cristianos.

Said golpeó la puerta de la alcoba de Asha. «Pasa, mi señor», dijo la voz de la mujer. A las luces de unas velas moribundas Asha esperaba el momento de encontrarse con su marido. Era el mismo momento de todas las noches desde que el contrato de matrimonio se firmara. Un ritual obligado para ambos.

Said observó la estancia. Algo había variado. El potente olor a almizcle de los esencieros proporcionaba calidez a un ambiente que siempre había encontrado frío y distante. Asha tenía el velo puesto, como era su costumbre. Pero su vestido, su túnica, era transparente y dejaba perfilar su cuerpo, un cuerpo que Said desconocía como esposo y podía descifrar como amante. Sintió en las yemas de sus dedos el contacto aterciopelado de su piel.

A su recuerdo acudió la mirada terrible de su asesino, del hombre de tez oscura de la Bab al-Ramla, así que la urgencia de dormir y despertar cuanto antes para emprender las primeras reformas en la casa le invadió el espíritu. Se acercó a Asha para besarla esperando encontrar el rechazo de todas las noches y cuando retiró el velo para depositar sus labios sobre los de ella observó a Asha, sonriente, complaciente y deseosa, anhelante de una situación que en nada se parecía a la que día tras día había dedicado a su esposo.

—¿Qué tienes? —preguntó Said sorprendido.

—¿No puede una esposa desear el contacto de su esposo?

A Said se le paralizó la respiración. ¿A qué se debía ese giro precipitado en su ánimo?

El esposo sintió miedo. El lunar que siempre le había excitado le causaba ahora un respeto impensable en un hombre.

Salió mareado de la habitación dejando a Asha llorando. Comprendió que estaba siendo objeto de una infidelidad, la de su amante con su verdadero esposo.

Muy de mañana Asha hizo llamar a Fátima. Había pasado la noche en vela recordando el rechazo de Said y su pecho se doblegaba ante la impaciencia.

—Fátima, dispón el abzan para un baño caliente con flores aromáticas. Lávame el pelo y úntalo de alheña para que parezca más sedoso, pinta también mis uñas. Luego, dame un masaje con aceite de romero y depila mis partes más íntimas con la cal más resistente, que quiero que mi cuerpo tenga el tacto de la seda. Hazme pastillas de tomillo para el aliento y roza mi tez con polvo de arroz para que parezca más blanca y pura. Quiero que todo sea perfecto esta noche y que me desee como nunca antes hubiera deseado a otra mujer.

Fátima observaba las embarulladas maneras de su señora con cierta indiferencia.

—¿Vas a ver a tu amante en el hammam? ¿Otra vez esta semana?

—¡No seas necia! —le gritó Asha fuera de sí—. ¡Te estoy hablando de mi marido! Es necesario que esta noche comparta mi lecho. ¿Es que no lo comprendes?

—¡No! No lo comprendo… —replicó la criada—. ¿A qué viene ahora tanta

pasión hacia el hombre que has despreciado durante estas últimas lunas? Te recuerdo que aún hay un asesino que pretende darle muerte obedeciendo una orden tuya.

A Asha le asaltaron las lágrimas a los grandes ojos negros.

—¿Es que no te das cuenta? ¡Estoy perdida! Si no consigo que Said me ame, todos pensarán que mi hijo es de otro y me considerarán adúltera. ¡Allah me ha abandonado! ¡Allah me ha abandonado!

Fátima se tiró a los pies de su señora. Le besó las manos y las mejillas.

—¡Mi pequeña! ¡Cómo no he advertido este cambio en tu cuerpo, yo que te conozco como si te hubiera cincelado en piedra! No temas. Si es ése todo tu problema no has de temer. Díselo a tu esposo y él comprenderá, ya verás que aceptará ese hijo como si fuera suyo.

Asha no entraba en razón, tal era su llanto desesperado.

—Said es muy orgulloso. Nunca aceptaría tal cosa. ¿Es que no sabes que no he compartido su lecho? ¿Que nunca he dejado que me amara? Después de la humillación que ha soportado como hombre negándome a que me posea, ¿iba a soportar también la humillación del adulterio? Si esto se sabe sería peor que una jarayiyyat. No, Fátima, no. No puede saberlo y no lo sabrá nunca ¿me oyes? Pero tiene que creer que es el padre de mi hijo.

Fátima denegaba, se daba golpes en el pecho. ¡Cuán imprudente era la condición humana! Si confundido estaba el hombre más lo estaba la mujer.

—Andando sobre el filo de una navaja no se tarda mucho tiempo en ver la sangre —sentenció la criada—. Yo sólo soy una mandada. Si dices que no hable, no hablo. Pero si esto no es una tremenda equivocación por parte de dos amantes, que venga Allah y lo vea.

Salió de la alcoba en busca de las vejigas en donde guardaba los ungüentos y los frascos que contenían los perfumes. Debía empezar a acicalar a su señora y mientras caminaba por las pasillos de la casa y subía los empinados escalones iba diciendo:

—¿Por qué volver difícil lo que es fácil? ¿Es esto el mundo al revés?

Umar al-Garnati era considerado un buen alarife. Conocía a Jamal al-Cencid desde hacía muchos años, cuando intentaba hacerse un hueco en la corte. Seguía sus modelos y sus diseños, su teoría arquitectónica, todo aquello que Said había conocido de labios de Jamal una mañana en los palacios del sultán mientras iban tomando forma.

Fue avisado por uno de los criados de la casa del Gallo del Viento. Ridwan, el visir, autorizó que Umar al-Garnati pudiera dejar, momentáneamente, su labor en los palacios y acudir a la casa de Said. Tan pronto entró en su hogar pudo comprobar que necesitaba una amplia reforma, y después de hablarlo con el dueño de la casa sacó la siguiente conclusión:

—Pondremos una fuente, es imprescindible una fuente en una casa adinerada.

Tengo precisamente una, que proviene de una casa abandonada de la Bib al-Ramla. Dicen que pertenecía a un hombre que tuvo que ausentarse de Granada por amar apasionadamente a la concubina del cadí. Era un cocinero muy conocido por entonces que hizo fortuna entre la nobleza. La casa se llamaba la casa de los Fuegos de Amor, y en su patio central pusieron una fuente a imitación de las que luego decoraron los palacios de los sultanes. Bajo el agua que brota de la boca de los leones que sustentan su taza hay una inscripción que, si mi memoria no me engaña, dice así: «Las estrellas en la noche son el símbolo de los fuegos de amor encendidos en la tiniebla de mi mente».

Said quedó pensativo. Cualquier historia de amor le hubiera resultado indiferente unos años atrás, pero con la edad se había convertido en otro hombre, uno capaz de reflexionar sobre el valor que tiene, a veces, un beso.

Le complació que en su casa hubiera una fuente así, que alentara el amor, pues con sus tribulaciones necesitaba reconocerse tan parecido a los demás hombres como cualquier humano y ésa sería la forma de saber que lo era.

Mientras, las noches se hicieron interminables para Asha. Con cada nueva luna apareciendo sobre el Albayzín se arrepentía más de haber obedecido a su corazón enamorándose de un hombre que no conocía. Said no volvió a visitarla. Se hablaban educadamente cada mañana pero se huían al anochecer. A pesar de ello, la mujer se adornaba con sus mejores galas y joyas para su marido y llorosa, consumida por la impaciencia, rezaba a Allah en un rincón de su al-gurfa, confiando en que, a pesar de todo, no estuviera tan desamparada por el Dios de sus padres. En sus sueños se veía sobre un burro, tocada por un capirote cosido de jirones de tela y rematado por cascabeles, anunciando a cada paso la osadía del ajusticiado por desafiar la ley y la costumbre. No sería decapitada, ni estrangulada, ni degollada sino lapidada en vida. El dolor de una piedra destrozando su cara le hacía despertar de un sueño profundo, sudorosa y temblando. Gritaba «¡Fátima!» y ésta acudía como un perrillo fiel hasta el punto de encontrarla tan alterada que decidía dormir a los pies de su ama, enrollada en una manta.

Los sueños y su significado eran tan importantes para Fátima como para el resto del pueblo llano. Estos sueños minaban la robusta voluntad de la criada de no decir al marido que la esposa lo amaba, ni a la esposa que la amaba el marido, pues tal juego de palabras se había convertido en un laberinto sin puerta ninguna. Con todo, Fátima confió en la providencia, ya que, a fin de cuentas, si el embarazo se hacía evidente, Said tendría forzosamente que reconocer a su hijo.

Pasada la fiesta del equinoccio de primavera, la fiesta del Nayruz, y ultimados los retoques finales de la casa del Gallo del Viento, Said recibió una carta en la pata de una paloma. Regresaba del palacio de la Alhambra y parecía escrita de puño y letra por el visir Ridwan. Decía así:

«Sería apreciada fiesta sorpresa en vuestra casa. Invitad a Hussein Ibn Hud y a su hermano menor, Sudun».

Said rompió la carta; no quería dejar pruebas de su relación con el sultán. La proposición de incluir entre los invitados esos dos nombres no era fortuita, pues todos en Granada conocían las tendencias de la familia Hud, en origen, tan benimerines como los Banu Marin de donde procedía el término benimerin o meriníes.

Said entendió. Sería una fiesta comprometida, tal vez hasta dependería de ella la conservación de la paz en Granada; así pues, tendría que actuar rápidamente. Llamó a sus criados, ordenó limpiar la casa desde las letrinas hasta las terrazas cubiertas. Y luego, salió a la calle, bien ocultos unos pequeños diamantes bajo los pliegues de su taylasan que llevaba enrollado en uno de sus hombros. Era necesario canjearlos por oro o monedas, que bien le serían de utilidad para la celebración de la fiesta.

Ibn al-Jatib había recibido a Said en su sala de trabajo. Trabajaba bajo las órdenes de al-Yayyab, el secretario de Estado de la Chancillería. Con el tiempo y la frecuencia de las entrevistas en palacio, Said y al-Jatib habían congeniado con facilidad. Y esto era porque ambos tenían cosas muy en común. Una de ellas era la ambición, gesto que les alentaba a seguir hacia delante a pesar de las amenazas con que contaban en sus vidas.

No solían hablar de trabajo, ni de política. Al-Jatib, a pesar de su cabeza bien asentada y su sentido de la responsabilidad, era un gran poeta. Hablaba del amor y de las buenas cualidades con tanta soltura como despreciaba los vicios ajenos y esto le hacía elocuente y divertido para cualquiera que tuviera el honor de hablar con él.

Como fuera que estaba al tanto de la extraña vida de Said, al-Jatib le preguntaba y le aconsejaba. Y la actitud que tomaba su nuevo amigo le servía al poeta de inspiración para escribir sus elaborados poemas.

—Dime, Said, ¿por qué es tan difícil decir la verdad? ¿A qué tienes miedo?

—Tengo miedo a perder su amor muy por encima de perder la vida. Y esto que te digo debes tomarlo como es, pues el inmenso miedo que tengo a la muerte sólo es comparable al inmenso amor que tengo a Asha.

—Permíteme que no comprenda esta situación y bien que me atrae, sin embargo.

Y Said, por primera vez en mucho tiempo, se sintió a gusto sincerándose. Seguido lo cual dijo así:

—Es bien sabido la superstición que tenemos los musulmanes por los números pares. Nuestra vida transcurre guiada por los cinco rezos diarios o los cinco pilares de nuestra religión. Al séptimo día de la vida de un niño se le pone un nombre y a los siete años se le circuncida. Hasta Sherezade contó mil y un cuentos a su terrible sultán a riesgo de quedarse en mil. Sin embargo, yo me debato en la dualidad. Tal vez por eso me haya castigado Allah. Mi vida se reparte entre dos colinas y me he convertido en dos hombres. Hasta Granada me parece dos Granadas. ¿Es Granada la de la paz o Granada la de la guerra? Ya ves en qué situación me encuentro: mi esposa me es infiel conmigo mismo y son mis celos tan grandes que a veces pienso en

destruir al otro que soy yo. Últimamente, veo con otros ojos a mi amada, ya no me rechaza sino que me busca y eso me desconcierta porque si desea al Said esposo será infiel al Said amante. ¿No piensas que es una locura?

—Locura es, en efecto, la locura del amor. No pienses más en eso… —musitaba al-Jatib palpando el hombro de su amigo—. Ve a casa y prepara la fiesta. Grandes decisiones saldrán de ella. Siéntete orgulloso de participar del evento. Tal vez tengas que colgar de tu veleta una bandera roja, símbolo de los Nasr.

—¿Crees que, finalmente, irán a la guerra contra Castilla?

Ibn al-Jatib sacudió los hombros con indiferencia.

—Las decisiones del sultán sólo las conoce Yusuf.

—Entonces vuelvo a mi casa, iré a preparar las invitaciones.

Días antes de la fiesta, Said acudió al hammam oculto tras su máscara. El deseo era su único motivo para seguir manteniendo la mentira. Asha lo esperaba. La encontró indiferente a su amor. Y ante la extrañeza de su amante la mujer se rebeló:

—¿Cómo quieres que vuelva a ti con la misma pasión que antes? Algo ha pasado que nos habla de nuestros errores. ¡Si al menos supiera quién eres! Pero sin tu ayuda estaré perdida. Y ahora me planteo si verdaderamente me amas, pues no eres capaz de hablarme con franqueza.

—No digas eso, mi corazón llora a cada momento por no poder estar contigo.

—Entonces es que eres un hombre casado o, peor aún, un hombre importante y no puedes hacer público nuestro amor. A veces hasta pienso que eres un proscrito y que te busca la policía, todo me viene a la cabeza, menos el comprenderte.

—Quiero que sepas que no estás sola. Estoy más cerca de lo que tú te crees. Pero tal vez habremos de vernos más distanciadamente pues yo, como hombre y no como el yinn que tú creías, tengo ocupaciones irrenunciables a las que acudir. Si alguna vez no vengo al hammam no supongas que te he abandonado.

Asha comenzó a llorar pues esas palabras eran la herramienta de los hombres, la excusa ante una despedida.

«¡Si pudiera echar marcha atrás! —se decía Asha—. ¿Dónde han estado durante todo este tiempo mis dos ángeles guardianes?»

Sin que Fátima advirtiera que salía del hammam por la puerta falsa, la mujer, dolida y angustiada, se dirigió a la mezquita del Albayzín. Allí pretendía encontrar al meriní, Muley Abd Allah, pero la suerte no la acompañó, al menos en ese momento de la tarde, pues deambuló por calles desiertas, expuesta a los comentarios de los hombres que la confundían, por ir sola, con una meretriz y, ya a punto de romper en un llanto histérico, un hombre de tez morena se acercó a ella y le dijo:

—¿Me buscabas? Te he estado observando toda la tarde. ¿Por qué no me mandaste llamar como hacen las mujeres honradas?

—No tengo tiempo de ser cauta. Necesito tu ayuda. Debes matar a mi marido sea

como sea, pues de ello depende mi existencia.

Abd Allah se mesó la larga barba.

—Veo que no has comprendido nada. No soy un asesino. Y tu marido tampoco es un demonio sino un hombre que lucha por sus ideales, tal vez equivocados, pero justos a su entender.

—Dentro de dos semanas se celebrará una fiesta en mi casa. Te haré llegar una invitación. Debes hacerlo allí, pues nadie sabrá nunca quién ha sido entre tanta gente.

—No necesito invitación para tu fiesta pues ya estoy invitado.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida Asha.

—Acudiré con otros hermanos míos. De lo que allí se decida no sólo dependerá la vida de tu marido sino la de toda Granada, así que no pienses en ti misma y piensa más en tu religión que buena falta te hace.

Asha quedó perdida en medio de la calle. Ya no tenía llanto que derramar.

A la hora prevista los criados esperaban en la puerta de la casa del Gallo del Viento. Unos sostenían aguamaniles con agua de rosas. Otros ambientaban el aire con esencias. Los que más mullían el suelo con pétalos de rosas rojas, pues con este recibimiento se consagraba la gratitud a la casa Nasr cuyo color había sido el rojo desde que apodaran al primer emir de Granada con aquel nombre.

Junto a los invitados se permitió entrar también a sus esposas o concubinas. Se habilitó una gran sala para las mujeres que no querían tener contacto con los hombres. Allí se quedó Asha aunque intranquila, pues suponía que aquella noche sería la que decidiría sobre el fin de sus problemas.

Fueron invitados igualmente Hasan Ibn al-Muradi, el almotacén, y Amin Ibn Utman, el zalmedina. De la Chancillería acudieron el intrigante Mohammad Yuyus y Abu Ali Musa, que ya eran asiduos a las grandes fiestas de la corte.

El padre de Ibn al-Jatib, Abd Allah Ibn Said, hombre reputado, de excelentes cualidades, acompañó al poeta. El secretario de Estado, al-Yayyab y maestro de al-Jatib desde hacía años, llegó tarde a la fiesta aunque disculpó su tardanza.

De todos los invitados del Gobierno, aceptaron la invitación los de rango más inferior. Said no conocía a ninguno, pero de la alcurnia de sus invitados dependía el éxito de una fiesta, así pues aparecieron miembros del Diwan al-jarach que tenían a su cargo el erario público, del Diwan al-azimma que revisaba las cuentas del Gobierno, del Diwan al-nafaqat que controlaba los gastos de palacio, del Diwan al-barid, responsable de las comunicaciones oficiales o el Diwan al-jatam en cuyo seno trabajaban los mejores escribientes para redactar la correspondencia oficial. Por supuesto, de la parte jurídica no faltaron los más afamados cadíes, de la colina de la Alhambra y otros menos afamados del Albayzín, que daban a la fiesta un carácter sobrio y en nada sofisticado.

Para solaz de los asistentes de renta más moderada, se eligieron representantes

variados de la sociedad garnâtina, tales como poetas, orfebres, comerciantes, médicos o cocineros, sin que faltaran los muftíes que moderarían, con sus sentencias morales, el ambiente frívolo, si hubiera de llegar.

Repartidos ya los entremeses y comenzada la música, los invitados se acomodaron sobre diwanes o sentados en alfombras de rica lana de Oriente. Un criado se acercó a Said y le habló al oído. Le advertía de que acababa de llegar un grupo de hombres del Gobierno, entre ellos el propio visir, acompañado de otros cuyas identidades desconocía. Said autorizó introducirlos en una gran sala ricamente decorada en donde aguardarían la visita de otro grupo de hombres. Puntualmente llegaron a la cita. Eran extranjeros. Sus rostros les delataban. Y cuando Said hizo una reverencia ante ellos para saludarles e indicarles el camino que debían tomar hasta la sala ocupada por el visir, reconoció entre ellos los ojos de presa de Muley Abd Allah.

—Estoy muy preocupada, mi niña —se lamentaba Fátima—. He visto entrar a Muley Abd Allah en compañía de otros hombres. ¡Allah, el más grande, tenga misericordia de nosotros! ¡Quiera el Señor de los Mundos que no tengamos que salir de esta fiesta con la cara manchada de hollín! No me gustaría tener que visitar la tumba del señor y ponerle cuencos de agua para que se la beban los pájaros.

—Tú calla, criada enredona… —le respondía Asha—. Lo que tenga que ser será y espero que sea para nuestro bien, pues ¿a qué vienen tantos remordimientos si siempre has dicho que vives para verme feliz?

—No soy una asesina, por mucho que te quiera —recriminaba la criada—. Y no veo bien que mandes asesinar a quien te ama y te ha cuidado.

Asha se reprimió una explosión de enojo, pues muy cerca de ellas hablaban y comían otras mujeres.

—Por mucho que te empeñes no tendré este hijo como mujer adúltera. ¿Me has oído? Antes prefiero ser viuda. Así que ve a ver si te enteras de lo que acontece en la sala de autoridades, que si Abd Allah no me responde, seré yo misma la que termine su trabajo.

Fátima salió despavorida bufando como un camello, de lo enojada y sorprendida que estaba. Como era de esperar no pudo ni acercarse a la puerta de la sala, custodiada por guardias de palacio, así que sólo pudo acelerar su paso y guarecerse detrás de unas cortinas desde donde creyó podría ser más útil a su señora.

Poco a poco, los invitados formaron grupos independientes. Todos evitaban hablar de política y los más audaces utilizaban hábiles circunloquios; no fue así con al-Jatib, que con una copa de vidrio tallado repleta de vino se acercó a Said.

—¿No tomas vino en tu propia fiesta?

—Ordené que no se sirviera, pero ya veo que los hombres del Gobierno deciden en todas partes, aunque no sea su propia casa.

—No te lamentes de tu impotencia. Estás prestando un gran servicio a Granada.

Said Ibn Tammim tenía la cara pálida. Escudriñaba cada una de las miradas de los asistentes a la fiesta pues todas ellas le parecían insidiosas.

—Cálmate, disfruta del día de hoy. ¿No ves qué felices son esos insensatos? Ninguno presiente que se acercan tiempos difíciles, sólo piensan en tener repleta su despensa de haxix y carne de erizo. Todavía hay quien teme más a la mediocridad que a la guerra.

Los ojos cristalinos de Said interrogaron a su amigo.

—¿Va a haber guerra?

—Hemos llegado a un punto en que la vía diplomática no es posible. El rey Alfonso está defendiendo muy bien sus plazas, pero el meriní Abu-l-Hasan cree firmemente que puede controlar el estrecho. Su amor por la jihad nos arrastra. Pero si vamos, será hasta el más profundo territorio del dar al-harb, como nunca antes haya hecho ningún sultán andalusí. Ya no es posible utilizar el ataque y la huida, ese alkarr wa-l-farr que nos era práctico en otros tiempos, cuando las escaramuzas contra los cristianos eran meros juegos de ataque. Esta vez será distinto pues nos jugamos la permanencia en los territorios hispánicos.

Ibn al-Jatib percibió la inquietud en Said; así pues, bebió pausadamente de su vino, restándole importancia a sus palabras.

—Ya ves que me gusta precipitar las cosas. Así que mejor será que me presentes a tu agradable esposa. No todos los días se conoce a una esposa y a una amante al mismo tiempo.

—¡Oh, amigo mío! —se lamentó Said—. Te ruego que no enfermes más mi cabeza. Bajo el techo de mi propia casa se han reunido dirigentes que pueden decidir la guerra y mi esposa planea asesinarme; no es momento de ironías.

—Lo lamento, en verdad. Aun así sería un placer conocerla, pero presiento que será en otro momento porque veo acercarse a un grupo de hombres que creo te será útil conocer o cuando menos interesante…

Ibn al-Jatib volvió a ser el poeta por unos momentos y con su apasionada verborrea soliviantó el espíritu complaciente de los recién llegados.

* * *

Ibrahim al-Abbas Ibn Kaysan era un viajero indomable. Todo cuanto existía y era conocido por la gente civilizada era dominio de su diario, un diario que se había convertido en un libro de viajes cuyo género se denominaba rihla. No hacía mucho había vuelto a Granada después de una ausencia de tres años, de manera que su felicidad por el regreso se hacía palpable en su cara sólo como podía ser para un garnâtino ausente de su casa por necesidad. Y es que no se conoce aún a quien habiendo nacido en tierras de la Alhambra desee o se conforme con vivir en lugar extraño.

Eso mismo le ocurría a Rodiq al-Majriti. Por su juventud no había podido viajar

tanto como Ibrahim al-Abbas aunque nadie discutía su alto talento y abundantes conocimientos en su ocupación, una labor que le ocupaba la totalidad de la jornada, bien realizándola, bien enseñándola, bien degustándola, pues a lo que se dedicaba al-Majriti era, por supuesto, a la cocina.

Ibn al-Jatib les dio la bienvenida.

—Al-salamu alaykum! —exclamó el poeta con excesivo dramatismo.

—Sallam! —contestó Ibrahim Abbas.

—¡Que la paz sea contigo, Ibn Jatib! —exclamó menos pretencioso al-Majriti.

Los cuatro hombres inclinaron sus cabezas y así demostraron su respeto.

—Creo que no conoces a Abbas y a Rodiq al-Majriti. Otros le llaman «el Madrileño», tal vez hayas oído hablar de él en la corte pues sus platos son apreciados en toda al-Ándalus.

Said tuvo que disculparse, el boato de la corte había llegado a su vida hacía muy poco tiempo.

—Espero que perdonéis mi ignorancia. Sé que es deber del anfitrión conocer a todos sus invitados, pero soy nuevo en la vida social de Granada y muchos me ayudan a relacionarme. No obstante, espero que esta fiesta me sirva para corregir tal circunstancia.

—Sois muy joven aún —acertó a decir Ibrahim Abbas—, la juventud es la disculpa en sí misma. No tenéis ni podéis abarcar más que lo que aciertan a saber vuestros años. Yo a vuestra edad era igual de afortunado, aunque mis arcas estaban menos favorecidas.

Los tres hombres sonrieron al entender la intención de Abbas.

—¿A qué os dedicáis?

—A…

Ibn al-Jatib, viendo la indecisión de su amigo, tomó la determinación de ayudarlo.

—¿Se pregunta al pájaro cómo consigue su comida? La providencia es generosa con los buenos creyentes, siempre ha sido así.

—O con los emprendedores… —Rodiq parecía hablar de sí mismo—. Nunca vi a un hombre que no trabajara y fuera correspondido por la fortuna.

—Eso es bien cierto, amigo cocinero. Aunque a veces Allah, con una decisión que los humildes hombres nunca llegaríamos a comprender, permite que el ocioso se complazca de su holganza llegando a ocupar cargos políticos distinguidos.

—¿Lo dices por alguien en particular, elocuente al-Jatib?

Con la ironía del poeta todos consiguieron relajarse y entregarse a una conversación distendida.

—Decidme, estimado Abbas, ¿dónde habéis estado tanto tiempo ausente de Granada?

—¡Interesante pregunta! A veces hasta yo mismo pierdo el sentido de la orientación y tardo en recordar el último país que he visitado. Mis viajes no son de un solo país sino de muchos, pues en ellos ocurre como con las personas, ya que no

existe un solo día en que no conozcas a alguien nuevo y que este nuevo conocido no te presente a un segundo…

—Ibrahim Abbas escribe en la actualidad una interesante rihla que espero me haga el honor de dejarme leer cuando la acabe.

—No tengo tu elocuencia, ni tu capacidad de síntesis, amigo al-Jatib, sin embargo no dudes de que te la dejaré leer.

Said había perdido el hilo de la conversación distraído por la impaciencia. A pesar de sus modales pausados, su corazón hervía al ritmo de las velas, consumiéndose por el tiempo transcurrido en el interior de la gran sala.

—Habladnos de vuestros viajes, ¿habéis encontrado algún impedimento últimamente fuera de la dar al-Islam?

—Mentiría si os dijera que no, pero mis muchos años de ausencia me han hecho más sabio y cauteloso. No hay nada que no se pueda conseguir con un buen soborno. No obstante, mi regreso ha sido triste, pues las tierras que dejé en otro tiempo floridas y fértiles se han convertido ahora en yermos campos, que es la estela que surge de los ejércitos castellanos.

—Los castellanos no son los únicos que incitan a la guerra. No hace mucho, regresando de la recogida de las aceitunas, fiesta muy popular en la localidad de Guadix, unos musulmanes, olvidando la licencia que los mozárabes tienen en territorio islámico de practicar sus fiestas, fueron atropellados y requisada toda la cosecha de aceitunas, producto muy apreciado tanto en la cocina como para alimentar las lámparas de sus venerados santos.

—Veo que defendéis a los cristianos. Es lógico… —musitó Abbas con grandilocuencia—. Vuestra sangre castellana os delata.

—¿Sois castellano?

La insinuación de Abbas había intrigado a Said. Olvidada la curiosidad de saber sobre el desarrollo de las conversaciones de paz, prefirió preguntar a Rodiq al-Majriti, quien a bien seguro habría de contarle una historia fascinante. Y esto fue lo que contó Rodiq.

—Mi nombre completo es Rodiq Ibn Rodiq Ibn Hamid Ibn Sellam. Cuando me encuentro en Granada a mi nombre le añaden al-Majriti, que significa «el madrileño». Pero cuando vivo en Madrid, ciudad fortificada que en otros tiempos fue musulmana, me llaman al-Garnati por considerarme granadino. Yo nací en Madrid cuando ya se habían hecho sus dueños los castellanos, así pues soy madrileño; pero mi padre Rodiq Ibn Hamid nació en Granada y antes que él su padre, mi abuelo, llamado Hamid Ibn Sellam, el más famoso de los cocineros del por entonces cadí Hassam al-Muzaffar. Por razones que ahora no vienen a cuento, tuvo que ausentarse de Granada y cuando se dirigía a Burgos paró en Madrid, en la corte del rey castellano Alfonso X, que apodaban «el Sabio» por dedicar su hacienda y su tiempo a traducir otras lenguas. Allí se quedó mi padre siendo aún un niño, ayudando a traducir obras de los más prestigiosos científicos andalusíes pues en él había prendido la llama de la medicina,

y con el tiempo se convirtió en un afamado hakim. Tuvo la dicha de casar con una madrileña de origen no musulmán y tener con ella ocho hijas, pero en su vejez, sin duda en agradecimiento por todo lo que había conseguido para bien de la ciencia musulmana, Allah tuvo a bien entregarle un vástago que llevara su nombre y así me pusieron a mí Rodiq, como mi padre, por lo que soy Rodiq Ibn Rodiq, que en castellano significa Rodrigo hijo de Rodrigo. De esta manera, amigo Said, me he convertido en un doble hombre, musulmán para los madrileños y castellano para los garnâtinos, sin que ninguno de ellos acierte por completo, pues venero al mismo Dios que es el único que existe, llámese como se llame, y de estas dos culturas he sabido extraer lo mejor de cada una y así lo plasmo en mi cocina y en mi escuela que establecí ha ya muchos años.

—¡Es una historia encantadora, sin duda! —exclamó Abbas disfrutando de las palabras de Rodiq—. ¿Dónde se encuentra vuestra escuela?

—En cualquier parte que un hombre o una mujer necesite saber sobre cocina.

—Pero ¿tendrá un nombre, al menos?

—Es una escuela sin nombre, como tampoco tiene nombre la escuela que, generación tras generación, levantan en nuestros hogares nuestros padres y madres. Y sin embargo de ellos aprendemos lo mejor de la vida, pues ninguna iyata podría superarla en prestigio.

—¡Fascinante! —gritó enérgicamente al-Jatib—. ¡Por fin alguien que no conoce lo que es la sandez! No creo haber oído nada semejante desde hace años. Tu sagacidad me extasía. Es una verdadera pena que la asignatura de cocina no sea reconocida como ciencia; de haber sido así podrías impartirla en la próxima madrasa que el sultán pretende construir en la medina.

—Que exista una madrasa es ya una ventaja en sí misma, aunque sus enseñanzas continúen siendo limitadas y muy del gusto de la escuela malikí.

Said había vuelto a distraerse. De la gran sala en donde se hallaban reunidos los invitados reales se distinguieron algunas voces. Una de las ocupaciones de al-Jatib en la fiesta era la de desviar la atención de los demás, preservando el secreto de una reunión que en todo momento debía parecer rutinaria e insignificante. Pero como veía que el anfitrión Said, con su impaciencia, alarmaba a los demás contertulios, decidió, nuevamente, tomar las riendas de la conversación.

—Cambiando de tema, amigos míos, y a riesgo de ser algo indiscreto, estoy seguro de que a mi amigo Ibn Tammim le interesará lo que dijiste al entrar en esta casa, eminente cocinero al-Majriti.

Las cejas fruncidas de Rodiq, *el Madrileño*, no hicieron más que indicar su desconcierto.

—Me refiero a la fuente, la de los leones.

Finalmente, Rodiq sonrió. En sus ojos se vieron reflejados los bellos recuerdos de otros tiempos.

—A lo que se refiere nuestro amigo el poeta no es otra cosa que a una historia que

enlaza con la que previamente os he contado. La fuente que tenéis en vuestro patio, en cuya piedra reza cincelada la siguiente inscripción: «Las estrellas en la noche son el símbolo de los fuegos de amor encendidos en la tiniebla de mi mente» no es otra que la fuente que en otros tiempos adornó la casa de mi abuelo, Hamid Ibn Sellam, cuando vivía en la plaza Bab al-Ramla de la medina. Cuando huyeron de Granada abandonaron la casa a su suerte y así continuó, deshabitada durante años hasta que, sin duda, alguien se apropió de ella y aprovechó lo que aún quedaba de sus ajados muros. Alguna vez, muy de niño, cuando regresaba a Granada con mi padre, me introducía en aquella casa y disfrutaba de su silencio y su abandono y leía su inscripción con la curiosidad del inocente. Cuando hoy, al entrar en esta casa, la he visto, mi corazón ha saltado de alegría, pues esa fuente es un símbolo para mi familia, ya que representa el amor que en su tiempo se tuvieron mi abuelo y mi abuela y por el que lucharon por encima de costumbres y leyes, por encima de los propios hombres. De no haber sido por la valentía de ambos yo no estaría hoy aquí.

Said suspiró afectado visiblemente.

—Si esa fuente significa tanto para vuestra familia mañana mismo ordenaré desmontarla y devolverla a vuestra propiedad.

—No lo hagáis, pues ahora es vuestra. Tomadla como un regalo que expresa el sentido de esa escuela de la que antes os hablaba. Con esta historia ya habéis sabido algo más de la vida y del amor.

—Pero aún no me habéis contado lo que sucedió con vuestros abuelos.

Rodiq sonrió elegantemente.

—En otra ocasión, amigo mío. La historia de mis abuelos es una entre las mil que cualquier escritor puede crear con su pluma. Ahora es conveniente dejar paso a otras muchas, como sin duda será la vuestra y la de vuestra esposa.

Said miró a los ojos de Rodiq, *el Madrileño,* el granadino, cuya expresión penetró en su espíritu como un bálsamo relajante. Pero su bienestar se vio afectado por la apertura de la puerta de la gran sala, de la cual salieron, precipitadamente, todos los miembros del Gobierno y, tras ellos, los delegados de la familia Banu Marin.

Muy cerca de la gran sala donde dialogaron los representantes de la dinastía meriní y los delegados del sultán se encontraba la sala de las mujeres. El bullicio que embargaba la pieza explicaba la animosidad de las invitadas, algunas de ellas concubinas que no tenían vergüenza de parecer libertinas y otras menos, esposas de altos dignatarios poco acostumbradas a aquellos eventos y, por lo tanto, más cautelosas en mostrarse divertidas.

Asha, por ser la anfitriona entre todas ellas, había elegido la zona más cercana a la puerta. Custodiándolas, Suleyman hacía guardia en el pasillo tal y como lo hubiera hecho un eunuco en su serrallo. De esta suerte, Asha, con el corazón anhelante de inquietud y habiendo sospechado que la conversación entre los poderosos había

acabado, salió de la sala cubriéndose el rostro, perdiendo la compostura y tal vez la decencia. Dirigiose al meriní Muley Abd Allah, que había quedado rezagado de sus hermanos africanos, y con la voz entrecortada consiguió preguntar:

—Dime, ¿qué ha acontecido? ¿Vas a ayudarme, finalmente?

Muley Abd Allah, con el rostro indiferente, contestó así:

—Eres una mujer sin escrúpulos al pensar en tu provecho antes que en el de tu tierra. Si quieres saber si voy a ayudarte, mi respuesta es que sí. Pero no como tú quisieras. Te ayudaré evitando que los infieles cristianos arrasen tus cosechas y violen tu casa. Te ayudaré considerando a tu esposo un amigo del pueblo meriní, pues desde hoy somos aliados en la guerra contra Castilla y procuraré, dentro de mis posibilidades, que vuelva sano y salvo y con los honores de un soldado, si decide acudir a la batalla. Así pues, ve a tu alcoba, duerme en paz esta noche y mañana olvida los problemas de hoy, que es muy posible que Granada se levante proclamando el grito de la jihad.

Muley Abd Allah desapareció entre los demás invitados sin hacer apenas ruido, como sólo saben hacer los soldados experimentados en emboscadas.

La mujer observó su huida, que se produjo dignamente. Y Asha se sintió débil e indefensa; temblando la descubrió Said. Los dos esposos se miraron. Él pensó, deduciendo de la partida del meriní, que su vida ya no corría peligro. Ella pensó que estaba perdida y abandonada a su suerte. Said le tendió la mano pero Asha no respondió, no podía responderle, sus rodillas se aflojaron como un junco flexible al viento y se desplomó en el suelo.

El sueño de Ibn al-Jatib, el poeta

Bajo las enseñanzas del hakim Ibn Hudayl, Ibn al-Jatib conoció lo más esencial de la medicina. Por aquel entonces ignoraba que en el futuro dedicaría gran parte de su tiempo a escribir tratados sobre distintas áreas de la medicina y que sus obras serían leídas y admiradas por muchos. Sin embargo, ya mostraba al-Jatib capacidad para muchas de las ciencias que dominaban al-Ándalus y todas ellas las ampliaba con gran devoción pues se entregaba a ellas como un estudiante plenamente dedicado.

Cuando supo del desmayo de Asha, se ofreció a examinarla y como no tenía título de médico complació su ofrecimiento a las mujeres, es decir, a Fátima y a su señora, que no querían llamar la atención sobre el suceso y mucho menos que de él dieran cuenta las demás mujeres de la sala de invitadas.

Asha fue llevada a sus aposentos y con autorización de Said, que observaba muy de cerca al aprendiz de hakim, se realizó todo cuanto es costumbre entre el médico y el paciente y más considerando que ésta era mujer, examen cuando menos distante y rápido pero elemental para una decisión acertada.

Viendo al-Jatib que Asha reflejaba palidez y nerviosismo mandó unas tisanas relajantes y mucha tranquilidad.

—No debes asustarte… —declaró al esposo—. Dadas las circunstancias el estado de Asha es el normal. Debería guardar cama, si es necesario, y comer abundante carne. Cuando se recupere que dé largos paseos por el campo, que nunca han hecho mal a ningún paciente los cantos de los pájaros.

—Gracias, amigo mío. Desconocía tu faceta de hakim.

—Tengo muchas facetas, ya sabes que soy muchos hombres.

Said miró lánguidamente al poeta, con escasa esperanza.

—¿Cuál serás mañana? —preguntó. A lo que al-Jatib tuvo que asentir con cierta tristeza.

—Tal vez el guerrero.

Con la xahada del muezzin se levantaron los garnâtinos al día siguiente. Desde la Mezquita Mayor del Albayzín y de la medina, llamaron a la jihad. Así se enteraron de que Yusuf I había decidido defender la religión del Islam junto a sus hermanos del otro lado del estrecho frente a la amenaza cristiana.

Los granadinos, lejos de tomarse tal novedad como una desgracia, se prepararon alegremente para la lucha. Los padres regalaban a sus hijos la espada que a ellos, anteriormente, les había regalado su padre y antes de ellos su abuelo, la que les había

defendido de los castellanos años atrás, en batallas ya olvidadas y a veces engrandecidas por la imaginación del perdedor.

Como Asha permanecía tranquila en su aposento, Said salió de la casa del Gallo del Viento y se dirigió a la Alhambra. La veleta, que tradicionalmente decían que presentía a los cristianos, se dirigía ahora hacia el norte y no era de extrañar, pues aunque la guerra discurría hacia el sur, los ejércitos de Alfonso el undécimo no paraban de llegar a territorio andalusí, ampliándose con tropas de otros reinos, como el portugués, que ya ofrecía su ayuda fiel al castellano.

Al-Jatib, lejos de estar afectado como poeta, se encontraba exacerbado como militar. Recibió a Said con alegría y optimismo y sus palabras fueron más diplomáticas que reales, pues ya empezaba a surgir en él su espíritu político.

—Ha llegado la hora, mi amigo Said. No podemos volvernos atrás. Allah está con nosotros y en nuestra causa. Nuestros ejércitos partirán muy pronto en ayuda de nuestros hermanos de religión. Abu-l-Hasan, mucho más ahora que quiere vengar la sangrienta muerte de su hijo a manos castellanas, está reorganizando su ejército por tierra y mar. Esta mañana nos ha llegado la noticia de que pretenden atravesar el estrecho y adentrarse nuevamente en la Península. Será una dura batalla, estoy seguro, pero presiento el momento de la victoria. Si ésta sucede será la llave para abrir la puerta a los meriníes y entonces, todos juntos venceremos definitivamente al ejército de Alfonso. ¿Te imaginas recuperar nuestras tierras? ¿Recuperar nuestras pertenencias, hasta ahora manipuladas por el infiel? ¡No pagar nunca más las humillantes parias! Sería el momento de dedicarnos a reconstruir Granada, de construir las puertas y los palacios, las mezquitas, la madrasa y el maristán que estábamos esperando tan ansiosamente.

Said parecía no oír las palabras de al-Jatib. Sólo advertía su entusiasmo, su excitación, que se traducía en una verborrea realmente elocuente.

—Mi hermano Abd Allah me acompañará en la contienda. Y mi padre, ¡honrado sea por siempre su nombre!, acudirá al lado del sultán para aconsejarle si es necesario. ¡Ya ves, Said, mi padre, que tiene cerca de setenta años y podría librarse de la guerra por edad y condición, ha decidido luchar!

Seguramente, si al-Jatib hubiérase parado a reflexionar habría comprendido la desilusión de Said. El joven, cabizbajo, miraba con tristeza el paisaje blanco del Albayzín que, desde las ventanas geminadas de una de las salas de la al-Hamra, se percibía.

—Hablas sólo de lucha… —comenzó a explicarse Said— pero para mí la lucha no significa victoria sino ausencia. Tendré que separarme de Asha y eso es lo peor que puede pasarme.

—¿Supeditas la guerra santa a una mujer? —preguntó, más que sorprendido, indignado el poeta—. ¡Nunca oí tal barbaridad! ¿Acaso te querría esa mujer si le demostraras tu cobardía? Vuelve victorioso y entonces podrás mirarla a la cara con orgullo.

Said denegaba.

—No has debido nunca amar como amo yo, al-Jatib. Si no, no te importaría tanto la guerra.

Como era día de acudir al hammam, Said se vistió con la capa que en sus tiempos pertenecía a Jamal al-Cencid y se dirigió camino abajo, hacia el río. Muy cerca de la puerta de los Tableros un hombre le hizo parar en seco. Su corazón palpitó en sus sienes al verse reconocido a pesar de su cuidado en ocultar el rostro. Se trataba de Rodiq *el Madrileño*. De manera que no pudo escabullirse; Said tuvo que hacer frente al encuentro a pesar de que aquel madrileño o granadino o lo que fuera realmente, le resultaba un tanto inquietante, pues parecía que veía en su interior mejor que él mismo.

—Supongo que sabréis ya la noticia; como todo granadino hoy camináis desorientado por las calles de Granada…

Said hizo una reverencia ligeramente.

—Sallam! No os había reconocido. Voy demasiado… distraído. Pero no es por la inminente guerra sino por motivos personales. Decidme, ¿vais a tomar partido?

Rodiq al-Majriti mostró una tristeza incontenible en sus ojos castaños.

—Mi duda me sobrepasa. No puedo luchar contra los castellanos porque soy madrileño, pero tampoco contra los meriníes porque soy musulmán. Es el sino de quien se va de su tierra y se desarraiga de generación en generación.

—Dicen que quien nace en la ciudad de la Alhambra, vaya donde vaya, siempre será granadino.

—Eso es bien cierto. Mi corazón se ha quebrado y decida lo que decida, igualmente sangrará.

Said sonrió irónicamente.

—Entonces estamos en la misma situación.

Rodiq al-Majriti presintió el dolor en el pecho de Ibn Tammim. Le puso la mano en el hombro.

—Has de saber —dijo entonces hablándole con la familiaridad de un amigo— que, aunque nos conocimos hace unas horas, veo en ti algo que en otros tiempos fue mío. Creo entender lo que te pasa porque yo también soy hombre de grandes pasiones. Mi abuelo pasó por una de ellas y sólo la distancia le hizo recuperar la cordura.

—¿Me hablas de huir?

—Te hablo de perspectiva. Pues desde dónde es más fácil ver el Albayzín, ¿desde la colina del Aceituno o desde el corazón de tu casa?

Aquellas palabras le sonaron propias de Qadam. ¡Qadam! ¿Qué habría sido de aquel viejo?

—Te agradezco tu ayuda. Espero que decidas acertadamente —se despidió Said.

—Lo mismo espero de ti, amigo mío.

Al-Majriti cruzó el río Haddarro y desapareció hacia la colina de la Sabika. Supuso que nunca más vería a aquel hombre extraño y sabio.

Atardecía cuando se adentró en el hammam. Fátima esperaba pensativa en el vestuario. Al verla Said, un calambre de preocupación cruzó su pecho.

—¿Estás sola? ¿Dónde está tu ama?

—No ha venido, mi señor.

Era la primera vez que Asha se ausentaba. El hombre, percibiendo la desgracia, se destapó la cara y se sentó en una jamuga. Se frotó los ojos y se balanceó acunando su desafortunada existencia. Finalmente, miró con valentía a Fátima.

—Cuéntame lo que sucede. No volverá más, ¿verdad?

Fátima ahogó un sollozo, expresión de espera contenida y deseo frustrado.

—Con tu gran mentira has destrozado la vida de muchas personas —comenzó a decir la criada—. Has destrozado la vida de tu esposa porque se cree una adúltera. La tuya, porque te odias por no ser capaz de decir la verdad. La mía, por impedirme contar a mi niña que podría ser la mujer más feliz del mundo, pues casó con su amado. ¿A qué viene mantener esta circunstancia que puede parecer un aya'ib? ¿Hasta cuándo vas a mantener esta mentira que cada vez es más grande y más osada? La sombra que produce esta gran mentira es tan grande como la de una montaña y tú no me permites encenderle una mísera vela a mi pequeña niña, mi Asha querida, para iluminarle la esperanza en el corazón.

Said no dijo nada. Volvió a taparse la cara y salió del hammam. Fátima creyó que había horadado su espíritu hasta convencerlo, minado su rudo convencimiento, pero la realidad fue muy distinta; Said se dirigió hacia el Diwan al-hays en donde admitían las solicitudes de los voluntarios de la fe, la oficina de registro militar que iba a servirle de refugio para su cobardía.

El sueño de Abu-l-Hasan, rey de Marruecos

—¡Mirad! —gritaban los granadinos reclutados del Albayzín—. ¡La veleta de la casa del Gallo del Viento! ¡Señala hacia los cristianos!

La osada alegría con la que habían despedido a sus mujeres los jóvenes que iban a la guerra sólo era reflejo de un espejismo.

Las palomas mensajeras trajeron a palacio la noticia de que las tropas musulmanas habían vencido en glorioso ataque a las de Alfonso de Castilla. El afamado jefe de la flota castellana, Jofre Tenorio, había muerto en el enfrentamiento. Así pues, el paso por el estrecho quedaba a merced del ejército meriní para comenzar la gran invasión.

A los pies de la Bab al-Unaydar, la que los castellanos hubieran llamado puerta de la Erilla o puerta Monaita, esperaba Said Ibn Tammim. No se había despedido de Asha, sólo de su criada Fátima, a quien rogándole le dijo que cuidara de ella, que no la dejara nunca sola, que no la hablara de su amante para que a su vuelta, si es que los cristianos no lo mataban antes, tuviera la oportunidad de enamorarla como lo había hecho cuando acudía al hammam al-Yawza. Entre lágrimas de la criada, le entregó un cofre repleto de monedas de oro y díjole también que con eso habría de llegarle hasta su vuelta y si no era así podrían escribirle demandándole más, que siempre habrían de estar en comunicación. Aquel cofre se llevaba una buena parte de los diamantes, que en otro tiempo eran su única hacienda y ahora se encontraban ya invertidos en la mejora de la casa y en su incorporación a la vida social de Granada, pues ambas cosas habían requerido más de lo que esperaba.

Muchos granadinos bajaban paralelamente a la antigua muralla, en dirección a la Bab Ilbira, la puerta más concurrida de toda Granada. Desde allí se alejaban de sus casas y se perdían en la inmensidad del campo, terrenos indómitos para muchos garnâtinos que habían nacido y vivido en Granada sin salir de ella, ni necesitarlo, pues era una ciudad autosuficiente como la que más.

Allí se encontró Said con el poeta Ibn al-Jatib, su hermano Abd Allah y su anciano padre. Detrás de ellos otros muchos asesores, ayudantes, escribientes, funcionarios y muchos más de los que componían el cerebro de la Alhambra, ocupaciones todas ellas dignas por su importancia pero innecesarias en palacio cuando la jihad llamaba a los corazones de los musulmanes.

—No tengas pena, Ibn Tammim —le dijo el poeta con entusiasmo—, que si morimos aún nos queda el paraíso. ¿No ves cómo se han dejado el pelo largo los garnâtinos? Es para que el ángel les sujete por los cabellos impidiéndoles que caigan en el infierno.

Said ya conocía la fórmula de todo musulmán frente a la muerte. Como los

cristianos, también creían en un más allá, un mundo en donde Allah toma parte de un ritual necesario pues la boca del que va a morir ha de rezar: «No hay más Dios que Allah y Mohammad es su enviado». Entonces, los ángeles Mutar y Nakir despiertan al difunto y le preguntan qué religión profesa y, si no es la musulmana, Allah dispone que se le apalee hasta considerarlo necesario.

—¿Crees que, realmente, nuestras acciones serán bien pesadas en la balanza cuando nos llegue la hora? —preguntó Said con la desesperanza del desarraigado—. Yo no creo que llegue a pasar por encima del puente del infierno, ni siquiera ayudado por los ángeles que me sujeten por el cabello. Mis acciones no han sido, ni de cerca, buenas para nadie.

—Entonces la guerra te servirá de purga para tus malas acciones. Y cuando vuelvas, tu hijo será ya un buen musulmán. Confía en que al menos estarás presente en la fiesta de su circuncisión.

Said no entendió las palabras del poeta. Y éste, conociéndole como le conocía, se hizo rápidamente eco de sus advertencias.

—¿Acaso desconoces que Asha está embarazada?

La expresión de Said lo dijo todo.

—Lo supe al reconocerla en tu casa, cuando se desmayó en la fiesta. ¡Sin duda ambos sois igualmente tercos! Prometo que si vuelvo de la guerra contaré vuestra historia en un poema.

A Said, desde la montura de su caballo, le fue imposible volver el rostro para buscar la última imagen del Albayzín y de su casa, que por estar en un alto se podía distinguir entre las otras. Se dejó arrastrar por los cientos de garnâtinos que salían de sus hogares, de sus barrios, por el ejército, miscelánea de razas bajo vestimentas de diferentes colores. Mujeres y ancianos, niños de todas las edades, les despedían en las orillas de los caminos, en lo alto de las colinas. Albórbolas de alegría que rebotaban en sus confundidos oídos. Y como ya había decidido años antes y en momentos distintos, Said dejó que la vida transcurriera. Se encerró en sí mismo quedando en su memoria una imagen impresa, la de la bandera roja de los Nasr ondeando al contacto con el viento.

El ejército partió dejando a Granada sumida en el silencio. En el ánimo de las mujeres casadas, de las prometidas en matrimonio, de las madres y madres de las madres, sólo quedaba la esperanza de la alegría, que habíales contagiado la algarabía del desfile militar que Yusuf I había ofrecido a la ciudad de Granada. Con aquel buruz el sultán compensaba la osadía de llevarse a sus hombres y las garnâtinas, inocentes, saludaban al paso del ejército convencidas de que su sacrificio habría de ser bueno para el Islam.

De alguna manera, también ellas combatían y era un combate tan auténtico que podría decirse que ya habían ganado la guerra, pues ninguna de ellas fracasaba en

imponer orden en su casa, en alimentar a sus hijos o cuidar de sus mayores.

De camino al campo de batalla, al sur de la Península, veíanse las caras todos cuantos luchaban por Granada. Para los ahl al-ribat, cuyos corazones se habían formado en la lucha por la verdadera fe, la muerte no significaba más que una recompensa. Muchos habían dejado sus hogares, castillos o fortalezas, para entregarse a la pasión de la guerra. Otros, los zenetas, venidos de más allá del estrecho, mercenarios a sueldo de los sultanes, deseaban poner a prueba su espada. Junto a la guardia personal de Yusuf, muchos de ellos renegados cristianos, mamálik, caminaban con sus caballos y escuderos los otros garnâtinos, los que por su posición social podían pagar a un ayudante para transportar su equipaje, su tienda de campaña y sus armas. Camellos para el transporte pesado, caballos y mulos, que previamente a la batalla había que requisar o comprar, según la conveniencia de los ejércitos. Tras éstos, el grueso de la infantería, gente de la calle, voluntarios ignorantes unos, forzados voluntarios otros, que componían entera una ciudad móvil, que en estos momentos se arrastraba por los caminos polvorientos del reino de al-Ándalus.

De todos los soldados, Said debía de ser el menos orgulloso. Junto a su caballo trotaba descompasadamente su zamila. Los castellanos, por copiar la organización andalusí, habían adoptado el nombre de zamila hasta convertirlo en acémila y así había pasado con muchos otros nombres que los musulmanes utilizaban en la guerra, como el migfar, casco que los cristianos habían denominado almófar, porque la guerra había sido siempre ocupación deseada de los musulmanes, gente de arraigado sentido de la conquista, y en eso muy distintos a los andalusíes, establecidos en la Península Hispánica ya desde sus comienzos por desear la paz y nada más que la paz.

El ejército islámico se dividía en cinco. Cada cinco mil hombres se dejaba conducir por un amur o general, orgulloso de portar la gran bandera. Éstos se dividían en cinco grupos de mil hombres, cada uno de ellos bajo las órdenes de un oficial o qa'id, que llevaba una bandera más pequeña. Cada mil hombres se subdividían en cinco grupos de doscientos hombres que dependían del capitán o naqib quien caminaba con su estandarte. Cada doscientos hombres se dividía en cinco secciones de cuarenta hombres, cuyo oficial, arif, portaba un pendón. Éstos se fragmentaban en cinco escuadras de ocho soldados bajo las órdenes de un sargento o nazir que prendía a su lanza un banderín. Así, con el orden y la obediencia, con la disciplina y la organización, el ejército musulmán había subsistido durante siglos, conquistando sin pudor y haciéndose temido.

Desde la salida de una ciudad y hasta llegar al campamento, el tiempo se alargaba para el soldado. Se creaban vínculos, se reía bajo el olvido de la lucha, se lloraba al añorar la comodidad de una casa. Said tuvo tiempo de reflexionar en el viaje, de arrepentirse, de mirar en el interior de su corazón. Su amigo Ibn al-Jatib lo convencía de la necesidad de rectificar y Said afirmaba, pues la distancia es el peor castigo para un enamorado.

Días antes de partir se había conocido una noticia que en toda Granada había

llamado a la cautela. Ridwan, el visir admirado y respetado de Yusuf I, había caído en desgracia. Ésta era la práctica habitual en una corte, igual daba entre musulmanes o castellanos, pues quien una vez se alza con el poder de la confianza es susceptible de perderlo.

Esta decisión había servido de ejemplo entre los que anhelaban el ascenso y los que con Ridwan se nutrieron de dádivas y prebendas vieron éstas desaparecer. Muy contrario a lo que sucedió con los ahora favorecidos, que, olvidados antes, se lisonjeaban de su buena suerte.

Así le ocurrió al poeta al-Jatib, pues su maestro, Ibn al-Yayyab, ostentaría a partir de entonces los dos ministerios, el visirato y la jefatura de la Chancillería, el Diwan al-insa. Al-Jatib, funcionario de la Chancillería bajo las órdenes de Yayyab, veía florecer los frutos de su arduo trabajo. Nadie había en la corte que no admirara a Yayyab y consecuentemente a su discípulo al-Jatib, como tampoco había quien los envidiara. Así pues, el orgullo del ascenso siempre va unido al desaliento del desprecio.

Said, que no veía en el cambio ningún aliciente para su situación personal, se felicitaba de estar a bien tanto con el caído como con el encumbrado. Ibn al-Jatib se presentaba ahora como el protegido del sultán y aunque él no lo decía, muy pronto sería katib al-sirr, es decir, secretario personal del gran Yusuf.

—No hay nada seguro en la tradición política, salvo que cuanto más poder detentas, más cruel será tu final. ¿Quién iba a decirle a Ridwan que a estas alturas no sería ya visir?

Al-Jatib se encontraba reposando la comida sobre una alfombra, en el interior de su tienda de campaña. La suya era de cuero, no por ello más calurosa que las de seda, pues cuando el sol desprendía sus valerosos rayos en las horas centrales del día la piel producía un agradecido aislamiento.

Muy pronto el campamento se vio repleto de tiendas. Se volvió una ciudad poblada, no sólo por soldados deseosos de entrar en batalla, sino de armeros que celosamente guardaban y realizaban artesanalmente las armas más pequeñas. Las grandes, por ser de difícil movimiento, las construían allí mismo, talando árboles, arrasando el campo verde, si era necesario. Y junto a los armeros, obreros de todo tipo, médicos para curar las enfermedades causadas por la guerra, cocineros que alimentaran los estómagos hambrientos, oradores que los exhortaran con sus palabras a la auténtica jihad, músicos que amansaran su espíritu violento e incluso mujeres de vida desairada que proporcionaran placer al hombre y no al guerrero.

—¿A quién escribes, mi amigo Said? —le preguntó al-Jatib viendo a Ibn Tammim tan concienzudamente distraído sobre su pequeño pergamino.

—Le escribo a Fátima, la criada de Asha.

—¿Escribes a la criada y no a la señora?

—Así es. Lo que le pregunto a Fátima no puedo preguntárselo a mi mujer.

Al-Jatib miró a Said con recelo. A veces le parecía un loco irresponsable.

—Pregunto a Fátima sobre mi hijo. Quiero saber si Asha se encuentra bien y cuándo nacerá.

—¡Pregúntale a Asha! No conocí nunca antes a un hombre tan sabio y lerdo a la vez.

Said dejaba entrever una débil sonrisa.

—Si ella no quiso contárselo a su marido no voy a ser yo quien la ponga en entredicho. Habré de mantenerme al margen y, cuando vuelva, entonces Allah dirá.

—Espero que no sea demasiado tarde para esta carta tan bien escrita, amigo mío. Sería una gran pena que tu magnífica letra se malogre por la tardanza.

—¿Crees que no volveré vivo?

No hubo respuesta a la pregunta. La música de los poetas cantores cruzó el campamento. Al instante, otra música, la que producía el canto del muezzin llamando a la oración de la tarde, les hizo salir de las tiendas para dirigirse a La Meca.

Pasaban los días y los soldados se preguntaban: «¿Dónde están los castellanos? ¿A esto hemos venido? ¿A esperar bajo una tienda? ¿Por qué no atacamos?».

El espíritu violento de los primeros días se fue calmando hasta convertirse en impaciencia. No hubo soldado alguno que no se lamentara de su inactividad.

Oyendo estos comentarios, Yusuf I llamó a sus ayudantes y asesores, a sus generales y oficiales, a sus secretarios y demás hombres de confianza, entre los que se encontraba al-Jatib, como era propio entre sus protegidos. Éste, sabiéndose su poder, solicitó a Said que lo acompañara. Y de no haber sido porque Ibn Tammim fue engañado con las artimañas propias de un demagogo, hubiérase negado a participar de tan importante encuentro. Allí, introduciéndoles el sultán en su amplia tienda de campaña, les ofreció vino y dátiles.

—No frunzáis el ceño por el vino ni os asustéis de esta reunión sorpresa. La guerra no se hace sólo con la lucha sino con la palabra y la meditación —explicó el sultán—. Sentaos y hablemos. Tiempo tenemos de poder reflexionar sobre nuestra misión en esta lucha. Los soldados se preguntan: ¿A qué hemos venido? ¿Cuándo tendremos el honor de matar a un cristiano? Pero las preguntas que hemos de realizarnos no son ésas, sino: ¿A qué hemos venido? ¿Servirá para algo nuestra participación en esta guerra?

—Somos musulmanes, mi señor —recalcó Zakur al-Hulla, amur de los ejércitos —. Nuestra misión es luchar defendiendo nuestra religión.

—No nos confundamos, señores, esta guerra es entre los cristianos y los meriníes. Y pase lo que pase saldremos dañados de ella.

—No puede ser así ¡loado sultán! —intervino uno de los oficiales—. Los meriníes son nuestros hermanos. Nos agradecerán la ayuda. Si en adelante sentimos la necesidad de arremeter contra los infieles o de defendernos de ellos en alguna de sus algaradas, nos compensarán con sus fuerzas. Así debe ser entre caballeros.

Yusuf tenía la mirada triste. Era un joven apuesto y de regia presencia.

—Mis temores van más allá de una deuda implícita en un musulmán. La victoria en la batalla del estrecho no ha hecho más que engrandecer las ansias de victoria de los marroquíes. Mi reino es tan apetecible para ellos como para los cristianos. Y nos encontramos en medio de sus envidias y traiciones. Muy pronto, tal vez la semana próxima, llegará Abu-l-Hasan a la Península. Y no habrá vuelta atrás. Será luchar o morir.

—¿Con cuánta ayuda cuentan los castellanos? —preguntó al-Jatib.

—Nuestros contactos hablan de quince galeras de parte de los genoveses, otras doce de parte del Reino de Aragón. No sabemos en cuántas consisten las portuguesas… —contestó al-Hulla.

—Ni con la ayuda de los hafsíes reunirían tantas los de Abu-l-Hasan —sentenció uno de los oficiales.

—Si supiéramos sobre las intenciones de los castellanos… ¿Cuánto hace que no tenemos noticias de nuestros espías?

—Al menos dos lunas, mi señor —contestó al-Jatib—. Lo cual sólo responde a dos cosas: o los hemos perdido o protegen grandes noticias que no quieren arriesgar a perder con sus movimientos.

—Bien, iremos al encuentro de Abu-l-Hasan y nos hermanaremos con ellos. Si no lo conozco mal, su intención será conquistar, primeramente, Tarifa. ¡Mohammad Abd Allah! —exclamó el sultán dirigiéndose a al-Jatib—. Ordena a tus subordinados que escriban una misiva al visir, que le adviertan que iremos al encuentro de Abu-l-Hasan y sólo entonces decidiremos una estrategia. Luego, ven con tu mejor escribiente que tengo otras muchas cartas que mandar, no quiero quedarme aislado en esta parte de la contienda.

—No tengo que buscar a mi mejor escribiente, mi señor —respondió al-Jatib—, pues ya vine con él. Se trata de Said Ibn Tammim a quien vos conocéis.

Said miró con sorpresa al elocuente al-Jatib. Todo estaba decidido en su mente aun antes de que sucediera, así pues, comprendió la insistencia en convencerle de asistir a la reunión; ya desde entonces se había decidido que el sultán empezara a contar con Tammim como uno más de sus protegidos.

—¡Ah, Tammim! El joven que salvamos de la depravación de la Alhambra… —Yusuf recordaba las palabras de Qadam, la preocupación de un viejo dispuesto a darlo todo por la virtud de un hijo—. ¿Tienes cuidada la letra?

—La tiene —respondió al Jatib—. No en vano se educó con un sufí, practicando con el mismo Corán.

—Bien, entonces serás el ayudante de Mohammad Abd Allah, que él será el mío.

Finalmente pudo Said alegrarse de haber sido hijo de un santón, de un viejo insensato, de un loco.

Un día, la monotonía se rompió. Al campamento llegó un destacamento con un grupo de rehenes. De entre ellos había castellanos de muy distinto origen, algunos humildes y otros no tanto, pero todos con el miedo reflejado en la cara.

Desde sus tiendas, los ayudantes del sultán oyeron los gritos apagados de una discusión. Yusuf, que quería paz de espíritu, ordenó a al-Jatib que investigara, y estando éste terminando de redactar un diario sobre la contienda rogó a Said Ibn Tammim fuera a ver qué sucedía y si era menester volviera a decírselo, pues los problemas con que se enfrentaban en el campamento no eran de índole importante.

Así fue como Said encontró a un hombre arrodillado frente al grupo de rehenes, con las manos atadas a la espalda, el rostro adusto y suplicante.

—No soy castellano, sino mudéjar. Vivo en Madrid y desde allí vengo a unirme a las filas del Gran Yusuf.

—¡Calla, perro! Podría oler a un cristiano aun escondido bajo una cueva horadada bajo una montaña.

—¡Señor, preguntad al honorable al-Jatib! Él me conoce…

—¿El secretario? ¡Estás loco si piensas que voy a molestarle por ti! No pierdas el tiempo suplicando y gástalo en rezar por tu alma.

Viendo Said el interés y la rogativa del cautivo, se acercó con precaución y tras el lloroso caballero arrodillado preguntó al soldado:

—¿Qué ha sucedido con este hombre para que se rompa la paz del campamento?

—Lo encontramos por un camino solitario, vestido de esta guisa, al estilo castellano y llevando un caballo de pura raza. Todo me dice que es un espía, pues habla también nuestra lengua y dice que reza a Allah.

Dándose la vuelta, Said Ibn Tammim descubrió el rostro de aquel hombre. A pesar de que su pelo tapaba parte de sus facciones y éstas se encontraban sucias del polvo del camino, Said pudo reconocer a Rodiq Ibn Rodiq, *el Madrileño*.

—¡Mi señor! —gritó exacerbado el cautivo al hallar frente a sí a un amigo—. ¡Soy Rodiq al Majriti! Tenéis que reconocerme. Salí de Madrid vestido de castellano para no levantar sospechas porque quería alistarme en el ejército del sultán. Este buen soldado me encontró de camino y, como me vio así vestido y con acento, creyó que espiaba para el rey Alfonso, pero nada más lejos de mi intención, pues yo soy musulmán y a Allah le debo la vida.

La reflexión se mostró en el rostro de Said. Era cierto que al-Majriti era un mudéjar y que, siendo amigo de al-Jatib, no suponía ninguna amenaza para el campamento. Así que se volvió hacia el soldado y dijo:

—Soltad a este hombre pues dice la verdad. Queda a mi recaudo.

Las muestras de agradecimiento de Rodiq Ibn Rodiq fueron extremas. Besó las manos de Said y luego sus pies, pero no era momento de alabanzas, pues Yusuf llamaba a un nuevo consejo.

—Dadle de beber y aseadlo. Llevadle a mi tienda —ordenó Said.

—¡Mi señor! —se adelantó el Madrileño—. Sabré recompensaros por vuestra ayuda.

Said sonrió con ingenuidad.

—¿No decíais que no os gustaba la guerra?

—Y no me gusta. Pero cuando mis hermanos llaman, yo acudo.

Rodiq Ibn Rodiq y Said Ibn Tammim se vieron a menudo en el campamento. El Madrileño cocinó para la camarilla del sultán durante todo el tiempo que duró la contienda y, por lo menos, pudieron saborear los exquisitos platos de la cocina andalusí, haciendo de este placer el único allí disponible.

Pensativo, Said preguntó:

—Una duda asalta mi curiosidad… ¿Por qué el sultán no te llama como todos, Ibn al-Jatib?

La pregunta de Said era habitual entre los que lo desconocían todo de la vida de al-Jatib. El poeta sonrió complacido de volver a contar su vida una vez más, pues para ser político y poeta se ha de tener una gran estima de sí mismo.

—Mi nombre completo es Mohammad b. Abd Allah b. Mohammad b. Abd Alla b. Sa'id d. Ahmad al-Salmani. Mi tatarabuelo fue predicador en la mezquita de Loja, en donde yo nací. Después lo fue mi abuelo y fue por eso que adoptamos el sobrenombre de «el Predicador», quedando en nuestro apellido de generación en generación. Yo soy, pues al-jatib.

—Veo que tu nombre no es sólo circunstancial sino que ya empiezas a predicar como un futuro visir. El sultán te aprecia con diferencia.

Al-Jatib sacudió los hombros con disimulo.

—Soy consciente de que, como Ridwan, subirán otros que caerán igualmente de su pedestal. Si alguna vez llegara a ser visir, tengo muy presente que disfrutaré de mi poder mientras me sea dado.

—Así te lo aconsejo, mi buen amigo —se lamentó Said—, que yo no supe aprovechar mi tiempo cuando debí hacerlo y ahora me arrepiento de todo cuanto hice en el pasado.

—¿De todo?

—De todo, menos de enamorarme.

A Said le temblaron los párpados de los ojos. No era el cansancio sino la tristeza de ver sus cartas sin respuesta.

Con todo, llegó el 12 de rabi I de aquel año, la fiesta del nacimiento del Profeta. Y todos, incluidos los benimerines del otro lado del estrecho, aceptaron celebrarla conjuntamente con sus hermanos de religión. Así fue como Yusuf I abrazó a Abu-l-

Hasan y le prometió su ayuda incondicional. Con esta decisión, el rey de Marruecos, henchido de felicidad y arrogancia, decidió no hacer uso de las galeras hafsíes y ordenó su retirada hacia Ceuta. La flota de los meriníes, compuesta de tan sólo doce galeras, se enfrentaría a la inmensa flota castellana. Y sólo era el principio de una larga guerra.

Muy cerca del río Salado, en lo alto de una colina, los ejércitos de Abu-l-Hasan y Yusuf I tomaron posiciones. Desde allí, con gran visibilidad, esperaron la llegada de los hombres de Alfonso XI. Los castellanos, que bien probada dejaron su pericia, decidieron dividirse. Y sólo hubieron de atravesar el río para arremeter contra los granadinos la mitad de ellos y la otra mitad contra los meriníes, para que los musulmanes vieran mermada su osadía de menospreciar a los cristianos, pues, como ellos, también luchaban por su religión.

Ni las pesadas bolas de hierro, que los cristianos llamaron pellas de fierro, lanzadas con los almajaneques ni las certeras flechas, ni el naft enviado sobre las cabezas de los castellanos, como si fuera el mismo fuego del infierno, hicieron retroceder al ejército de Alfonso.

Los gritos de los combatientes ahogaban los aullidos de auxilio de los cuerpos aplastados bajo los pesados broqueles. Hombres espantados por el hedor del naft, que dejaba a su paso campos arrasados, caballos agonizantes que no habían podido buscar refugio para respirar, cuerpos reducidos a negras cenizas…

La guerra llegó hasta Yusuf, hasta sus mismos hombres de confianza. Y en la batalla se quedaron los al-Jatib, el padre y el hermano, decidiendo Allah que sólo uno de ellos, el más joven y prometedor de los predicadores, subsistiera a la batalla.

Said, que en aquel momento caminaba con ellos, no perdió la vida pero sufrió graves heridas en un brazo. Lo entablillaron y socorrieron moviéndolo sobre un gran escudo de piel de onagro, resistente y firme y de él no pudo saber más el poeta al-Jatib hasta que se reunieron, finalmente, todos los granadinos, huyendo del ejército cristiano en las inmediaciones de la soleada ciudad de Marbella.

La derrota causó un completo desánimo entre los hombres del sultán granadino. Muchos de ellos, orgullosos antes de mostrar su sacrificio, se lamentaban ahora de haber emprendido una causa imposible.

Se decidió separar a los enfermos, que eran muchos, y atenderlos debidamente. Otros tantos habían caído en manos de los castellanos como rehenes, lo que en su totalidad explicaba las bajas del ejército, mermado y frustrado.

Al-Jatib, haciendo uso de sus conocimientos de medicina, visitó a cada uno de los heridos. Entre ellos encontró a Said, cubierto de sangre, envuelto el brazo derecho hasta el hombro con una gruesa tela blanca, despojo de algún cadáver.

—Déjame ver… —se mostró solícito al-Jatib descubriendo el brazo—. Necesitaría agua para limpiar la herida y extraer luego las astillas y piezas pequeñas que se han adherido a tu piel. Al menos no has perdido mucha sangre…

—Ahora no podré escribir tus cartas —se lamentó Said.

El poeta miró a Ibn Tammim sin apreciar sus ojos febriles. Pensaba en su padre y en su hermano, que nunca más podrían llegar a lamentarse como lo estaba haciendo ahora su amigo.

—Descansa, tal vez sea esto lo mejor que pudiera haberte sucedido.

—¿Perderé el brazo? —preguntó con entereza Said.

Al-Jatib no respondió, indicó a un camillero que lo trasladara a la única tienda levantada en la inmensidad del campo, la que habían levantado a toda prisa para curar a los heridos.

El sueño de Alfonso XI, el castellano

Divisándose ya el tejado de la casa del Gallo del Viento, Said sintió un inmenso miedo que superó, con mucho, el dolor que cicatrizaba la abierta herida del brazo. Se preguntó qué haría al atravesar el umbral, qué miraría, qué verían sus ojos.

Habían transcurrido cerca de cinco lunas desde que abandonara Granada, era otra luz la que iluminaba los tejados de las casas, las puertas de entrada a la ciudad. Era otra Granada la que veían ahora sus ojos, pues cada nuevo día Granada se renovaba.

Desde Bab Ilbira, mezclándose entre los mercaderes y los heridos que retornaban a sus hogares, cuerpos mutilados pero felices de reconocer en otros las caras de sus familiares, Said sintió el miedo que no había conocido en la batalla y huyó de las proximidades de su casa. Acobardado, se vio dirigido por sus pies hacia la colina del Aceituno. Pero Qadam no se encontraba allí, ni rastro de él siquiera, así que retrocedió sobre sus pasos y se adentró en la medina.

En la Bab al-Ramla lo encontró, sentado en una alfombra raída, contando cuentos a los niños, a quienes asustaba con sus concepciones negativas de la vida, izando su dedo índice hacia el cielo, como si con ello indicara el lugar justo donde se encontraba Allah.

—¿Te dedicas ahora a la chiquillería? ¿No te bastó con educarme a mí?

Qadam, cuyos ojos habían perdido parte de su visión con los años, presintió más que vio a su hijo adoptivo.

—Pruebo con ellos el bien que no supe inculcarte. Ellos, al menos, no han corrido a matar y destruir como has hecho tú.

Said respiró profundamente.

—Temía que me regañaras por alistarme. Pero no creas que es lo que más temo hoy.

—¿Has pasado ya por tu casa?

Said denegó compungido.

—Pues ve. Que lo que abandonaste tú lo he cuidado yo como si fuera mío. Vigilé tus pertenencias estrechamente.

El pecho de Said respiró agitado hasta presionar la venda que cubría su herida.

—¿Cómo está el pequeño? ¿Ha nacido ya?

El santón se incorporó con dificultad y enrolló su alfombra.

—Siempre has hecho lo mismo: preocuparte de una hoja cuando tienes el árbol. Ve a tu casa y no vuelvas a irte, que tu mujer yace en la cama gravemente enferma desde hace varios días.

—¿Enferma? ¿Qué tiene?

—¿Quién me lo pregunta? ¿El esposo o el amante?

Las mejillas de Said recibieron el fuego de la soberbia. Tuvo que contenerse para no derramar sobre el viejo toda la furia contenida que no empleó contra los cristianos.

Qadam se marchó. Después de tanto tiempo, el viejo había aprendido de Said la manera de acabar una conversación provocando la ira. Con los años, el santón se había vuelto más humano y, por lo tanto, más dañino.

Entró en la casa causando sorpresa entre los criados. Fátima salió de la alcoba de su señora avisada por Suleyman y como previendo lo que sucedería, le interrumpió el paso evitando que entrara en la intimidad del cuarto.

—¿Has vuelto ya, mi señor? —preguntó la criada con cierta osadía.

—Veo que no te sorprendes. Tampoco me sorprendí yo de no recibir ninguna respuesta a mis cartas —respondió Said con rencor.

—Debías haber supuesto que como criada que soy no sé leer ni escribir.

Said recapacitó. El furor que había hervido en sus entrañas se volvió agua tibia. Miró las facciones de la mujer, su arrogancia impropia de una criada, pero la halló hermosa a pesar de sus marcadas ojeras, lo que alertaba a Said de que la muerte había atravesado las puertas de la casa.

—Dime, Fátima. ¿Ha nacido ya el niño? ¿Por qué no se me dijo nada?

La mujer, arrogante al principio, tuvo que ocultar el brillo de sus ojos llorosos.

—Mi señor, si mi señora dice que no hable, no hablo. Todo esto me desborda. Es demasiado dolor para una sirvienta.

Said no repitió la pregunta. Deseaba saber pero le daba miedo, pues las respuestas, a veces, son dardos envenenados.

—Era un niño, mi señor —dijo severamente la criada—, pero nació muerto.

—¿Y Asha? —tartamudeó.

—Desde entonces se encuentra al borde de la muerte.

Said alargó un brazo. Su brazo enfermo. No sentía dolor, ni siquiera se dio cuenta de que empujaba delicadamente a la criada para entrar en la alcoba de su esposa. Fátima no opuso resistencia. Se retiró cabizbaja y llorosa, diciéndose a sí misma que nunca más volverían a exigir de ella tanta responsabilidad.

En la cama de su algurfa encontró Said a Asha. Pálida como una muerta, tan pálida como los cuerpos que había contemplado asqueado en el campo de batalla. Su lunar se había vuelto negro negrísimo, del negro del sabay, como su pelo, que lejos de encanecer se había tornado de un ébano violento.

Se sentó en el lecho. El movimiento de las sábanas indicó a Asha que alguien la acompañaba. Entreabrió los ojos y lejos de causarle sorpresa la presencia de su marido ausente, sonrió levemente y dijo:

—Siento no poder levantarme para recibirte, pero una extraña enfermedad se ha apropiado de mi cuerpo desde que te fuiste. Tendrás que perdonarme.

Said cogió su mano cuajada de venas azules y sintió fluir su espesa sangre bajo

ellas. Pensó en acabar con toda su miseria, con toda su mentira. Se sintió satisfecho de ser merecedor de palabras dulces de una esposa que le negaba el cariño noche tras noche. Pero como Qadam decía, pues bien lo conocía, no podía dejar de anhelar la hoja aun poseyendo el árbol. Así que se doblegó a sí mismo, rendido ante su propia cobardía. Y decidió mantener la mentira.

—No te apures, querida Asha. Mandaré venir a los mejores médicos. Te curarás muy pronto y ¡quién sabe! Tal vez antes del yannayr puedas salir a oír la oración en la mezquita o bañarte en el hammam.

El pecho de Asha se inundó de aire y de esperanza contenida.

—¿Han vuelto ya todos los soldados? —preguntó enardecida.

Said calló. Sabía que le estaba preguntando por su amante.

Llegadas las primeras heladas, Granada conoció la noticia de la continuación de la contienda. Cada día, con el nuevo sol, un rumor inundaba la medina haciéndose vivo, traspasando los corazones de los temerosos. Comenzaba siendo un hecho insólito para convertirse en el más depravado acto cristiano, lo que encolerizaba pero atemorizaba al tiempo.

Los garnâtinos, cualquiera que fuera, hacían del rumor un hecho indiscutible y con ello contribuían a engrandecer el poder castellano, convirtiéndoles en héroes, a veces en dioses, y su fama pasaba de boca en boca de la qaysariyya hasta la medina y más tarde a los arrabales. Y de esta forma el castellano vencía no sólo en el campo de batalla, con armas y artilugios de guerra, sino en el corazón de los habitantes de al-Ándalus.

Mientras esto sucedía, Said paseaba por las calles y a él llegaban los rumores falsos de que los cristianos habían atravesado esta o aquella frontera del reino. Pero esta vez hacía oídos sordos porque Said no buscaba noticias, ni traiciones, sino médicos que pudieran aliviar el mal estado de Asha.

Con muchos habló dándoles parte de su ya reducida hacienda. Sin al-Jatib a su lado, no sólo le faltaba un amigo sino un gran médico que pusiera en marcha nuevos métodos aún desconocidos en la Península.

Sus agasajos tampoco le faltaron. Tanto cuidó Said el cuerpo de Asha como su espíritu y en todo ello ponía un entusiasmo desconocido en él. Ordenaba limpieza absoluta en el cuarto de Asha, airearlo a pesar de la próxima llegada del invierno, decorarlo con paños de seda que dieran calidez y perfumarlo con azhar, flores de distintos colores y aromas intensos, como el del ’abir, pues dicen que el azafrán es bueno para mejorar el alimento y la recuperación del cuerpo enfermo.

Una mañana, viendo que el día amanecía gratamente, Said invitó a Asha a pasear por la orilla derecha del Xenil, aquella que los enamorados llamaban Hawr mu’ammal, lugar romántico donde los haya, pues decíase que de la sombría humedad de los sauces y chopos, los corazones tomaban el aliento del amor correspondido. Por

la senda del amor caminaron los esposos pero Asha no mostró mejoría alguna, bien en contra, pareció languidecer como una adolescente, suspirando intermitentemente bajo su velo.

Días más tarde, Said decidió llevarla a otra orilla, esta vez a la del Haddarro, donde había una fuente, decían los santones, que curaba el mal de ánimo. Tenía su agua sabor amargo y por eso habíanla puesto fuente Agrilla. De ella bebió Asha y luego, como si el hecho de intentar curarla hubiera supuesto un gran esfuerzo, se desplomó en el suelo y hubo de retornarla a casa sobre un palanquín.

Said se sumió en la desesperación.

—Fátima, amiga, habla con ella. Pregúntale qué tiene, pues me temo que su enfermedad no es de este mundo.

—Claro que no lo es. Como tampoco lo era el espectro que la enamoró. De él se acuerda como una niña anhela su juguete cuando éste se ha roto ya en mil pedazos —se lamentaba la criada.

—¿Qué he de hacer entonces? ¿Contarle la verdad?

La criada denegaba con fuerza.

—¿Quieres humillarla con la verdad? ¡Deja que ignore que es una perfecta estúpida! Es la única manera de salvarla.

—Dime cómo puedo entonces hacer que olvide ese amor enfermizo para que me ame a mí…

Fátima omitió una crítica cruel.

—Tú enredaste el ovillo y ¿quieres, ahora, que haga un tejido de él? Déjame, que tengo muchas cosas de que ocuparme.

La mujer se había convertido en la dueña de la casa; en ausencia de la señora, manipulaba y decidía. Era el precio que tenía que pagar Said en sus dominios.

El sueño de Said Ibn Tammim, el enamorado

En medio de tanta desolación, Said Ibn Tammim vio un halo de luz. A su casa le llegó una carta indicándole que acudiera a los palacios del sultán. La misiva iba sin firma pero con el sello personal del visir, lo que le causó desasosiego. Con Ibn Yayyab no había tenido tiempo de relacionarse, pues a poco de asumir su cargo habían marchado a la guerra. Así que el recuerdo impreso en su mente continuaba refiriéndolo al antiguo visir Ridwan, a quien había admirado por su valía.

Los palacios del sultán habíanse sumido en un silencio pavoroso. Las mujeres, sin ocupación ni distracción, no oían música, ni bailaban, ni se presentía nada de ello a través de las gruesas puertas de madera de pino y ciprés. Los criados deambulaban de una sala a otra como perdidos, ausentes de ocupaciones, que los tawasiya de la corte, en su función de fatas, sabían resolver poniendo orden.

Asomado al balcón de palacio, un saryab de amplias vistas, Said aguardó a que Yayyab se presentara. La inactividad que le había dado el regreso de la guerra no había sido buena para su salud mental. La ambición que en otros momentos hubiera henchido su pecho de arrogancia ya no le interesaba. Tan sólo era el humo de la llama de un qandil.

La pesada puerta, de bella taracea de hueso blanco, se abrió y tras un eunuco entró en la sala un hombre vestido con una yubba ribeteada de oro. Si no hubiera conocido al propio sultán le habría confundido con él, pues también era joven y elegante y tan bien parecido que tuvo que esforzarse por reconocer en él al que fuera su amigo y ahora ocupaba el cargo de katib al-sirr.

—¡Bienvenido seas Mohammad Ibn al-Jatib! ¿Cuándo has regresado?

Ibn Tammim hizo una reverencia con la mano en el pecho. Le mostraba con ello su respeto.

—Sólo hace unas horas que piso el suelo de la Alhambra. ¡Y parece que no me haya ido nunca! Es curiosa la actitud de la memoria, que rechaza todo cuanto le ha dañado. Hace unas lunas yo también me asomaba por este balcón orgulloso de ayudar a mi padre y él ahora ya no está para socorrerme en mis relaciones palaciegas; a partir de ahora seré un huérfano entre tanta hiena.

—Tienes a tu maestro al-Yayyab.

—Eso es bien cierto. Para mí es un segundo padre. De él he aprendido todo cuanto sé como katib. Es bueno tener cerca a un anciano para que te advierta sobre el suelo en que él resbaló.

—Los jóvenes somos demasiado petulantes y desoímos. No nos sirve con saber que resbalaremos, pues si fuera así cada generación corregiría los errores de sus padres y éstos de sus abuelos. El fracaso es innato en el ser humano. Puedo

asegurarlo.

—Eso quiere decir que continúas con tus problemas familiares… ¿Cómo se encuentra tu esposa?

Said no pudo contener las lágrimas. La vergüenza de verse humillado ante el secretario particular del sultán le provocaba más angustia.

—¿Qué puedo hacer sino lamentarme? Mi hijo ha muerto y mi esposa se postra moribunda en su lecho. No sé a quién acudir, salvo a algún santero, pues Asha no se muestra con enfermedad humana y es su estado anímico de tal desidia que parece mejor querer la muerte que la vida.

Al-Jatib, que ya por aquel entonces había decidido escribir algún tratado de medicina, entendió la súplica de Said como una invitación para su análisis. El secretario asintió con pesadumbre.

—Déjame que organice mis escritos, pues el sultán me ha provisto de trabajo en su ausencia. Cuando mi presencia aquí no sea imprescindible visitaré a tu esposa y te daré mi opinión como hakim, aun sin serlo, pues a veces para un médico es más importante la impresión del enfermo que el propio análisis de la enfermedad.

—¡Todo esto me causa tanta inseguridad! —se lamentaba Said.

—Has de acostumbrarte a que nada es seguro en esta vida. Ni el mar, ni el sultán, ni el destino. Mi inseguridad se la debo al sultán. El ejemplo de Ridwan nos debe servir de aviso. Pero tú sólo debes preocuparte del destino…

—¿Y no es poca cosa? —dijo Said con ironía.

—No debe preocuparte lo que sólo está en manos de Allah, pues él hará, te vea o no preocupado. Vuelve a tu casa, junto a tu esposa.

Said volvió a hacer una reverencia.

—In shaa Allah!

El joven salió por la misma puerta de pino y ciprés. Ahora no le parecía tan grande y elevada, pues su corazón se había recogido con las dulces palabras de ánimo de al-Jatib, palabras que hacían honor a su apodo de «el Predicador».

Sin que Said lo advirtiera, por el lado opuesto de la sala atravesaba el palacio el katib Mohammad Yuyus. Saludó a Mohammad Abd Allah con deferencia a pesar de que su curiosa mirada perseguía los lejanos pasos de Said.

—¡Hacía mucho que no veía al protegido del arquitecto! ¿A qué ha venido, si puede saberse?

Al-Jatib sonrió sin contestar. Y viendo Yuyus que no obtenía respuesta a su curiosidad decidió hablar consigo mismo en la seguridad de que al-Jatib atendería sus palabras.

—¡Nunca vi a un hombre con tan buena suerte! De la misma calle llegó a la casa de al-Cencid y ahora a la propia al-Hamra. Tiene poder y riqueza y una esposa recatada que apenas sale a la calle. Y todo ello lo ha obtenido de la noche a la mañana y sin merecerlo.

—Pues él se considera el hombre más desdichado del mundo —recalcó al-Jatib

—. Eso prueba que la felicidad es relativa.

—Sí —asintió Yuyus—, pero también causa envidia. Y algunos en la corte no pueden soportar ver a protegidos, sin oficio ninguno, ensanchando sus arcas personales. No me gustaría estar en el pellejo de Ibn Tammim.

Mohammad Abd Allah miró a los ojos de Yuyus. Asintió cortésmente. Sabía que sus insinuaciones eran, por encima de todo, una advertencia.

Tapada con una manta salía Asha al patio de la alberca desde donde oía el rumor del agua de la fuente que sostenía los leones. Ordenaba salir igualmente a Fátima, que se quejaba de quedarse helada a la intemperie y al verla tan desenvuelta le rogaba que le contara historias, leyendas de las que ella sabía muchas, para aplacarle el dolor de la ausencia. Fátima, que siempre hacía suplicar a su señora, terminaba por ceder y contábale todo cuanto sabía del Albayzín.

Hablaba de historias lejanas que aún permanecían en el recuerdo del barrio, de casas abandonadas tras cuyas paredes habíanse encontrado cadáveres, rincones nunca antes visitados más que por fantasmas, lámparas con genios malignos, pozos y aljibes que guardaban el espectro de una enamorada, tesoros escondidos por moros de otras dinastías distintas a las de los Nasr que antes de dejar Granada olvidaron su riqueza dentro de cuevas.

Asha temblaba al oír estas leyendas y cuando Fátima narraba los amores de los incomprendidos amantes, que siempre los había en todas las historias, todos ellos amenazados por el poder de un padre justiciero o de un marido celoso, dejábase invadir por el llanto y la criada comprendía que lejos de haberle aliviado el corazón le había infligido un mal peor.

Cuando Fátima terminaba, Asha suspiraba y decía a la criada que no había derecho a que todas las leyendas e historias tristes fueran a causa de los enamorados, que los enamorados debían ser siempre dichosos y provocar dicha en quien los mirase. Pero la historia de la vida nunca había sido así y menos la de Granada, que parecía que era ciudad fun-dada para los amantes incomprendidos.

Luego, como hacía cada día, preguntaba a Fátima si habían regresado todos los soldados de la guerra y la criada decía que no sabía pero que todas las madres y esposas seguían anhelantes. Parecía la señora no enterarse de la respuesta porque en el fondo la conocía y antes de que la criada pudiera dar su punto y final, se preguntaba:

—No sé si he hecho bien eligiendo ser mujer antes que madre.

A lo que Fátima sentenciaba.

—Tú ordenaste y yo obedecí. No remuevas más el fango.

Esta monotonía a la que les había acostumbrado Asha se rompió como redoma contra el suelo. Siendo el primer día de la semana ya atardecido, Asha ben al-Nuwari decidió salir por primera vez sola a la calle. Fátima se lo desaconsejó pues el viento soplaba de la Alhambra y ella decía que traía todos los malos espíritus de los sultanes muertos. Pero Asha no dejó de amilanarse, aún peor, aparentó total cordura y sensatez y convenció a la criada de que lo que tenía que hacer lo haría sola, pues nadie podría ayudarla en ese viaje.

Fátima, que al principio montó en cólera por su señora, recapacitó y encontró en el hecho de ver a su niña enferma frente a un espejo bien bruñido peinarse el negro cabello y darse azafrán en las mejillas que su recuperación era evidente.

Con la buena nueva fue a buscar a Ibn Tammim para decirle que Asha había vuelto a la vida y el deseo del amor la había curado, pues con su reacción adivinaba que se dirigiría al hammam, como antes había hecho cuando la esperaban.

—Quiera Allah que esto sólo signifique que se ha curado —decía Fátima frente a Said, llorando de alegría—. Mi señor…, ve a buscarla al hammam y muéstrale de nuevo el amor que no ha tenido en tantas lunas, que yo creo que, aunque mentira, esta vez le hará bien, pues recuperará con ello la felicidad que tuvo antes.

Recibió Said las palabras de Fátima como un caudal de agua cálida. Rebuscó entre sus antiguas ropas y aunque halló la capa de al-Cencid inservible, porque el tiempo se había cuidado de agujerearla y ser alimento de las polillas, decidió ir vestido con sus propias prendas y, bajo ellas, guardada celosamente la máscara que le hiciera el zapatero para ocultar su rostro.

Camino hacia el hammam, Said iba sintiendo las caricias de Asha, su perfume corporal, su sensualidad femenina. Soñó despierto con un espejismo, el de hallar a Asha dispuesta, llamándole, con una verdad reveladora de su amor. Se preguntaba: «¿Por qué no he de tener yo lo que otros tienen? ¿No es el amor un regalo divino para todos los humanos?»; aquellas preguntas reiteradas en su cerebro se volvían dueñas de su confianza, ahora mucho más, pues, si nunca había solicitado ser el protegido de nadie y lo fue de santones, de arquitectos y funcionarios, deseaba serlo, por vez primera, del propio Allah.

La luna, que ya asomaba sobre la Sabika, le fue guardando los pasos, ligeros y silenciosos, hacia la misma puerta del hammam al-Yawza, en cuyo interior esperaba el tablegero para cobrar su comisión.

—La señora espera en la sala, como bien antes convinimos —dijo con ironía el tablegero, arqueando la palma de la mano mientras abría la puerta, para que Said tuviera a bien depositar en ella su parte del trato.

Said, rebuscando entre sus ropas, temblándole las manos por la excitación de verse de nuevo entre los brazos de su amada, dejaba caer diez monedas, sonoras, pesadas, que rompían el silencio del hammam, deshabitado a esas horas de la noche.

Corrió a despojarse de su ropa. Corrió a taparse con la toalla sus partes más íntimas y cuando a punto estaba de entrar en la sala en donde esperaba Asha, se tapó

la cara con su mentira, con la máscara que tapaba su vergüenza.

Traspasó la puerta de la sala y Asha no estaba sentada, como siempre lo hacía. Sus ropas, embarulladas en una esquina, indicaban que habían desnudado a su propietaria y el hecho de imaginársela desposeída de todo excitó a Said hasta dejarle sin aliento.

Una ráfaga fugaz de un viento imposible hizo temblar las llamas de los qandiles. Miró sus pies descalzos y los vio granates, como la berenjena. Luego, el color fue difuminándose hasta parecer amarillo, mezclado con el agua del hammam, un amarillo visceral y viscoso, como el que da el tinte de la granada.

Su corazón palpitó de súbito y no por el amor. Sobre uno de los abzan encontró Said el cuerpo de Asha, desnudo, flotando, envuelto en un haz de agua roja que se había teñido con su propia sangre. De su cuello caía a borbotones su vida a través de una herida abierta en la vena con el filo de la lanza de un jinete, mandado reproducir en una sortija.

El sueño de Yuyus, el funcionario

El almuédano lanzó un grito de lamento a las puertas de la mezquita del Albayzín. No llamaba a la oración sino a los familiares y amigos de la difunta Asha ben al-Nuwari, esposa de Said Ibn Tammim.

El sepelio se hizo en una estricta intimidad familiar. A todos se ocultó que se había suicidado y como se temía que el tablegero no fuera prudente, se le pagó una gran cantidad en concepto de silencio y de reforma del hammam, que había quedado cerrado durante unos días para sanear los atanores que pudieran haberse infectado con la sangre de un cadáver.

La noticia de un suicidio no era buena para nadie. Para el dueño del hammam significaba perder la confianza de los clientes, pues nadie en su sano juicio frecuentaría un lugar que incitara a la muerte.

Tampoco era una buena noticia para el barrio del Albayzín, pues un hecho tan triste sólo acrecentaba los temores de los garnâtinos sobre la maldición recaída en la casa del Gallo del Viento.

La conmoción que había causado en Said se apreciaba en su rostro, en su negativa a comer y a salir a la calle. La primera vez que apareció en público fue para el entierro. Su amigo, el poeta, el funcionario, el médico Ibn al-Jatib, le tendió un pergamino cerrado y lacrado con su sello personal.

—Es mi ta'bin. Lo último que pude hacer por ella es ofrecerme a escribir su epitafio —dijo.

Se trasladó el cadáver en un na's sobre los hombros de dos criados. Fátima, de luto riguroso, con su cara descubierta pero teñida de hollín, lanzaba lamentos de plañidera. Con ramas de laurel y romero agitadas al viento sahumaba el cuerpo sin vida de su amiga, de su hermana, de su señora.

Tras ella, Said, insolentemente triste, vestía de hidad, pues ya por aquel entonces el luto se representaba así con el color de la muerte, de la oscuridad más absoluta.

La enterraron en el cementerio de Bab Ilbira, entre olivos. Mirando hacia La Meca. Con una pequeña lápida en que sólo ponía su nombre. Fátima colocó un cuenco con agua para que siempre estuviera acompañada por los pájaros y sus cantos de esperanza.

Después, Said volvió a la casa del Gallo del Viento y ordenó que limpiaran las pintadas de las paredes, las que recordaban la maldición.

Con la tristeza adueñada de su corazón, Said sobrevivió al invierno. Aunque Ibn al-Jatib le mantenía entretenido escribiendo cartas y redactando tratados sobre historia,

sobre medicina o sobre política, Said se había transformado. Podía haber buscado alivio en el viejo Qadam, que lo esperaba con sus ojos cerrados en la colina del Aceituno, pero Said no quería aliviarse ya que quería purgar su pecado con el dolor.

Aquel año comenzó con intensas nevadas. Las cosechas se helaron y de ellas nada pudieron aprovechar los campesinos. Los productos de primera necesidad se encarecieron y el Gobierno, más atento a su endeudamiento por mantenerse en la guerra, hizo oídos sordos a las quejas de los garnâtinos. Para colmo de sus desdichas, el invierno dejó paso a una primavera sin lluvias que secó todos los cultivos ya arraigados. Eran tiempos difíciles para el reino.

Said no estaba ausente de todo esto. Seguía dando sus largos paseos por la medina, bebiendo en los cafés, usando los hammams, con la certeza de que sus oídos podían serles útiles a los granadinos. Y viendo que todos decían: «Allah nos ha abandonado. Ya no quiere que comamos de los frutos de su tierra, ni que bebamos del agua de sus manantiales. Será preciso huir de Granada y establecernos en otro lugar. ¿Será que Allah ha dejado de proteger a Granada?», Said recapacitó, volvió a su casa y buscó su arqueta, dentro de la cual escondía con celo los últimos diamantes que le quedaban.

De todos ellos dejó sólo uno y los demás los introdujo en una pequeña bolsa de piel. Con la bolsa oculta entre sus ropas se encaminó a la Alhambra.

—Granada se muere de hambre —dijo a Ibn al-Jatib—. Granada se queja de que no la protegen. Yo, que he sido un protegido toda la vida, deseo proteger ahora. Deja que el protegido proteja. Con estos diamantes devolverás a muchas familias la esperanza de una nueva vida, en la nueva Granada.

Mohammad Abd Allah quedó boquiabierto al comprobar el contenido de la bolsa. No preguntó de dónde los había sacado, no preguntó nada, pues su garganta, siempre fértil de palabras, no encontraba la manera de agradecer sin ofender el honrado corazón de Said.

En las lunas próximas, los campesinos y comerciantes que iban a la quiebra recibieron del Gobierno una pequeña ayuda que les alivió el tiempo justo para comenzar una nueva cosecha o un nuevo negocio. Era, más que un dinero, una nueva oportunidad para seguir la vida. Aunque el Gobierno no lo dijo expresamente, el rumor de que la ayuda provenía de Said Ibn Tammim corrió por toda la Alhambra y más tarde por todo el Albayzín, que se sintió orgulloso de tenerlo como hijo.

Pero el orgullo de los campesinos y de los comerciantes se volvió mezquindad en los corazones de los más poderosos. Los que ya envidiaban a Said por haberse convertido en el protegido del secretario del sultán lo odiaban ahora por ser admirado.

«¿Ves qué fácil es hacerse famoso en Granada? —se decían unos a otros entre los funcionarios de la corte—. Sólo tienes que tomar una pequeña cantidad y repartirla entre los pobres. Nosotros estamos siendo respetuosos con la costumbre, pero ahora viene ese Ibn Tammim y convierte el deber de limosna de todo musulmán en una

excepción. Hoy por hoy es más famoso que el propio sultán».

Y así era en verdad. Oyendo los comentarios de la gente del pueblo, comentarios que se agrandaban en sus bocas y se expandían en sus oídos, tomando la consistencia de leyenda, Qadam decidió bajar de la colina del Aceituno, la que no abandonaba desde hacía meses por ver mermada su salud. Y a pesar de ello bajó y buscó a Said entre la gente del Suq alqarraquin y lo encontró extrañamente alegre, conversando con ellos, compartiendo su tiempo de holgazán de corte, como algunos empezaban a llamarle por envidia.

—¿Has visto quién está aquí? —le preguntaban a Qadam los sederos, merceros y plateros—. ¡Ha venido a vernos nada menos que el honorable Ibn Tammim! ¡Dios lo bendiga!

Qadam se henchía de orgullo y cariño, pues era la primera vez que podía confiar en que su árbol había dado frutos. Sin embargo, la terquedad de Said Ibn Tammim parecía haberla heredado del santón y éste, impertérrito, evitando que alguien pudiera descubrir su debilidad, cambiaba la mirada con desdén.

—Será honorable cuando se quite esas ropas de palacio y se ponga un pañal. Cualquiera es honorable con un jubba de seda —decía, engreído, el santón.

* * *

Una mañana, Said fue requerido a la presencia del que llamaban el Predicador y a él acudió como siempre que su amigo se lo pedía. Le hizo sentarse y le ofreció vino.

—Eres famoso en toda Granada —exclamó Ibn al-Jatib—. ¡Enhorabuena!

—No esperaba un agradecimiento. Si soy los oídos del sultán no podré mostrarme sordo a sus quejas.

—Serías un buen gobernante pero un mal administrador. ¿Qué harás cuando llegue la próxima nevada y te vuelvan a pedir ayuda esos campesinos?

—No les he dado dinero sino esperanza. Ahora verán la vida de otra forma. Sabrán que siempre hay una persona que puede ayudarles y comprometerse.

Al-Jatib suspiró después de saborear el vino en su copa.

—No me pidas que te entienda, aunque supongo que razones tendrás para actuar así. Sin embargo, no era mi intención hablar de este tema cuando te pedí que vinieras. Quería hablarte de un asunto personal. Quería invitarte a mi boda.

Said mostró sorpresa porque no quería mostrar envidia. Era lógico que los demás pensaran en el amor como algo vivo.

—¿Quién es ella?

—Se llama Iqbal. Nuestros caminos se han cruzado para bien de nuestras respectivas familias. Mi deseo es ser padre muy pronto.

—¡Que así sea!

—¿Vendrás a mi boda? ¿O sigues guardando luto?

Said respiró compungido, pues recuerdos muy oscuros habían vuelto a su

memoria.

—Seguiré toda la vida vestido de negro pero iré a tu boda y disfrutaré de ella.

—Entonces, emplazado estás para dentro de dos lunas.

* * *

Las últimas noticias de la guerra impacientaron a los granadinos. Decíase que plazas importantes de al-Ándalus habían caído en manos de los cristianos. Primero fue Alcalá la Real, luego, Priego, Carabuey, Rute… Cada vez más cerca se encontraban los demonios comedores de cerdo.

—¿Qué hace nuestro sultán luchando fuera de Granada? ¿Acaso no tiene que luchar en la ciudad por nuestro bienestar? ¿Por qué no abandona a los meriníes, que vienen a apoderarse de lo que no es suyo? —se decía en los zocos.

La opinión de Granada había cambiado. Ninguna madre alienta por mucho tiempo a un hijo si con ello se ausenta de él. Y eso mismo le pasaba a la ciudad de Granada, que no podía resistir separarse de su sultán a quien tenían por pieza indispensable de la Alhambra.

Viendo Yusuf que su pueblo se impacientaba, decidió hablar con Alfonso de Castilla para que respetara una tregua. Pero fuera o no fuera la proposición de Yusuf beneficiosa para el castellano, éste siempre le decía lo mismo, que rompiera con el poder de Fez, que tanto daño le estaba haciendo a él y a al-Ándalus.

Siendo ésta la posición del cristiano, a Yusuf no le quedaba otra cosa más que esperar o que Allah le diera la decisión suficiente para denegar a los marroquíes su apoyo, pues todo ello se traducía en intereses contrarios, que quien se opone a ayudar sabe muy bien que no podrá solicitar ayuda.

Entre tantas idas y venidas de noticias de la guerra, Ibn al-Jatib se casó. A su casa, bella mansión, acudió lo mejor de la corte y del poder intelectual.

Se recibieron presentes de muchas partes del mundo. Mohammad Abd Allah era un grato conversador y un amable amigo, que allá donde acudía hermanaba con cualquiera. Así conoció a otros de su misma condición, como Ibn Marzuq, predicador de la corte meriní, secretario e imán de la oración a quien conoció en el asedio a la plaza de Tarifa casi un año atrás.

Como al-Jatib era hombre polifacético, reunió a sabios de muchas ciencias, a médicos, matemáticos, astrónomos y, por supuesto, poetas y músicos.

Cuando Said, todo vestido de negro, irrumpió en la celebración, los comentarios insidiosos de los funcionarios brotaron esta vez mucho más ardientes, aumentados por el embriagador efecto del vino.

No faltó la protesta de Mohammad Yuyus, ni el tono jocoso de sus acompañantes.

—¡Ya está aquí el héroe de los mediocres! —comentó el funcionario con gran desaire—. Hombres como él nos ponen en entredicho. ¿A qué se debe que haya tomado tanta fama?

—No te lamentes, amigo mío —sentenciaba su fiel acompañante, el anciano Abu Ali Musa, funcionario de la Chancillería—. Tenemos que reconocerle cierta originalidad en sus maniobras, pues ningún protegido antes que él ha actuado independientemente, sin esperar a que su mecenas le brinde el favor de ordenarle.

—Si te refieres a la decisión de repartir dinero entre los pobres… ya sabes cuál es mi opinión. Mejor haría en favorecer las arcas del reino que no las particulares de estos holgazanes del campo. Todos los años ha habido nevadas y todos los años han comido. ¿A qué viene ahora reflexionar sobre el tema?

—Eres muy duro con los pobres —volvió a replicarle Musa con una irónica sonrisa en los labios—. A ti lo que te molesta es que no seas uno de ellos para recibir tu parte.

Yuyus omitió un crudo reproche; así debía hacerlo por separarles una amplia diferencia de edad.

—Yo he trabajado toda mi vida para reunir mi pequeña hacienda, que me ha dado lo suficiente para vivir holgadamente. Sin embargo, me intriga pensar cómo ha reunido tanto dinero ese favorecido.

—Creo que tú tienes métodos suficientes como para resolver esa duda.

—¿Me estás incitando a que lo espíe?

Ali Musa bebió de su copa de zumo de uva.

—Bueno, no es nada nuevo en tu ocupación. Tal vez si encuentras algo digno de mención llegarías a convencerte de que es un buen hombre y no un aprovechado.

Yuyus comprendió su juego de palabras.

—Sí, es una buena razón. Lo vigilaré en provecho suyo. Así, si sólo encuentro que ha sido un hombre honorable se lo haré ver a Ibn al-Jatib; ni el secretario ni el visir podrían reprobar mi acción pues yo sólo habría de emprenderla con el ánimo de valorarlo aún más.

—Y si, ¡el cielo no lo quiera!, encuentras alguna tacha en su honrada vida…, en fin, sería una pena que todos supieran lo vil hombre que es. Eso se recompensaría aún mejor y tal vez te ascenderían en la Chancillería.

Yuyus sonrió. El sopor del alcohol lo había confundido tanto como las insidiosas palabras del viejo funcionario.

El sueño de Shalma, la nodriza

Mohammad Yuyus seleccionó al mejor esclavo de su casa para espiar a Ibn Tammim. Lo relevó de sus faenas cotidianas y le ordenó severamente que siguiera a ese hombre, que no lo dejara un momento, que memorizara todo cuanto hacía y decían de él.

A pesar de toda esta insistencia, el esclavo apenas pudo recopilar más que hechos saludables de la vida cotidiana de Said, hombre dedicado, tras la muerte de su esposa, a la vida austera y recatada.

Yusuf I, el sultán de Granada, viendo que su participación en la guerra no le reportaba más que inseguridad y desgracia para con su pueblo, decidió, definitivamente, abandonar la causa de los marroquíes y pactar con el rey Alfonso de Castilla una paz duradera. Llegó a la ciudad el gran sultán, rodeado de su séquito real, el que le había acompañado a la batalla y siendo recibido por su pueblo con vivas y alabanzas, autorizó dos jornadas completas de fiesta para inaugurar el período de paz que les venía en el futuro, largos años previstos para engrandecer y embellecer Granada, tal y como Yusuf había deseado desde su subida al trono.

A las fiestas que se extendieron por toda la ciudad, con peleas de toros y perros, juegos de cañas y carreras de caballos, se les unió la celebración lúdica de cantos y bailes. Todas las calles de Granada se llenaron de poetas que cantaban las hazañas de los aguerridos combatientes vueltos de la guerra, de la grandeza de Allah y las bellezas que encerraba la Alhambra.

A los fastos acudieron Mohammad Abd Allah, acompañado de su esposa y su hijo mayor, que ya contaba la edad de dos años, queriendo el destino que se encontrara con Mohammad Yuyus en la explanada de la Alhambra. El funcionario hizo una reverencia y dijo:

—¡Que la paz sea contigo, llamado al-Jatib! Y sea también para tu esposa y tu honorable hijo, Abd Allah…

—In shaa Allah para ti también, Mohammad Yuyus —respondió el poeta—. No esperaba verte en estas celebraciones. Sé que eres más aficionado a la intimidad de las fiestas…

Mohammad parecía inquieto. Las perlas de sudor de su frente lo delataban.

—La casualidad ha hecho que nos encontremos; sin embargo, tengo algo importante que decir y no puedo esperar a que terminen los juegos. Es algo de tu incumbencia.

—Me temo que la casualidad no ha tenido nada que ver en esto —dijo al-Jatib con severidad—. ¿Permites que acompañe a mi familia hasta las gradas de los juegos de cañas? Volveré seguidamente a oír tu importante problema.

Por la actitud que tomó el secretario, Yuyus supo que lo habían descubierto. Aun así, pacientemente, esperó el regreso de Ibn al-Jatib y esto fue lo primero que le dijo:

—Lamento informarte de que tu protegido, Ibn Tammim, es un hombre deshonrado. Un hombre que desafía el honor sin mostrar respeto por él no es un buen musulmán. Te lo digo, humildemente, haciéndote un favor, porque un hombre así no merece relacionarse contigo.

El secretario sonrió con ingenuidad. Todo lo que oyó a continuación refrescó su alma de poeta.

* * *

Comoquiera que Yuyus no recibió respuesta negativa de al-Jatib, lleno de orgullo y de humillación, resolvió enfrentarse al propio Ibn Tammim, contándole lo que sabía.

Así, lo abordó en la segunda jornada de fiestas, cuando caminaba por la orilla del Haddarro, por donde paseaban muchos garnâtinos disfrutando de la humedad que proporcionaban los chopos y sauces. Tan pronto lo vio acercarse, adivinó Said que no era para buena causa, pues muy distintos eran sus ojos a los de los demás viandantes, que con agradecimiento y admiración lo saludaban.

—¡Que Allah sea contigo, Mohammad Yuyus! ¿A qué se debe este encuentro?

El funcionario con certero dramatismo puso la mano en su pecho y humilló la cabeza.

—En cuanto te vi supe que eras tú, el amigo del pueblo, el amigo de Mohammad Abd Allah. Quise venir a saludarte y a advertirte de unos rumores que han surgido en la ciudad.

—¿Rumores?

Unos chiquillos hicieron sonar una mizmar y la conversación entre ambos sufrió una pausa.

—Unos rumores sobre tu honor.

Said encogió los hombros.

—Yo no tengo honor, mi querido amigo. Nunca lo he tenido. Así que no debes tener cuidado de él.

Yuyus apretó sus mandíbulas de impotencia al ver fracasado su plan.

—Creo que no lo has entendido. Al pueblo de Granada no le gusta que uno de sus hombres más respetados sea un adúltero convencido. Los malikíes se rasgarían las vestiduras si supieran que tu mujer tuvo el hijo de otro hombre y no hiciste nada para restituir tu honor.

Una punzada de dolor atravesó las sienes de Said.

—Mi mujer está muerta. Y con ella cuanto haya hecho en vida.

Yuyus sonrió con la mezquindad de un raposo.

—No es así, según mis informaciones. El fruto de su pecado vive muy cerca de tu casa.

Said Ibn Tammim se tambaleó y tuvo que apoyarse en un sauce de tronco arrugado.

—¡Oh, creo haberte causado malestar! —continuó Yuyus sin que le preguntaran—. Lamento este…

—¿Puedes demostrarlo? —interrumpió Said.

—Desde luego. Puedo llevarte allí.

Ibn Tammim asintió.

—De acuerdo. Esta tarde después de la oración. Pero antes dime, ¿qué pretendes sacar con todo esto?

Yuyus sudaba ahora de satisfacción.

—Tal vez seas tan generoso con este humilde funcionario, como lo fuiste con el pueblo hace ya algunos años. En la Chancillería se han olvidado de mí. No tengo tanta suerte como tú, a mí no me protege nadie y en consecuencia mi economía familiar es muy precaria.

—Llévame a esa casa y te daré todo lo que tengo.

Yuyus asintió.

En el reloj de sol que mandó instalar en el patio de su casa las horas transcurrían muy lentamente. A Said se le inmovilizó el tiempo y su impaciencia le dañó el corazón hasta perder el aire.

Acelerado su pulso acudió al encuentro con Yuyus quien lo dirigió, sin pronunciar palabra, al centro mismo del Albayzín, el barrio que creía conocer tan firmemente. Y en una casa cercana a la puerta llamada Bab Qastar, conocida también por Hisn Roman por derivación de una mansión a la que se le dio el nombre de Hisn al-Rummam o fortaleza de los Granados, Mohammad Yuyus fue al encuentro con su criado quien le indicó con palabras sólo por él conocidas, pues era de otra raza, que allí se encontraba la prueba que había hallado después de pesquisas de varios años.

A su puerta llamó Said con nudillos temblorosos, pues no había en ella aldawa que sirviera de advertencia para sus moradores y al cabo de un tiempo, que a él le pareció indefinido, abrió una mujer joven y de semblante tierno que en nada conocía a Said y a la que Said tampoco conocía. No intercambiaron palabra alguna pues perdieron el tiempo en contemplarse, que ambos se parecieron hermosos, pero al momento, tras la mujer apareció otra, algo mayor y de ropas oscuras que señalaban su luto, que acaloradamente dijo:

—¿Quién llama a estas horas de la tarde con tanto brío, es que no saben que…?

La mujer calló en seco. No era de extrañar, pues se quedó sin habla y su mandíbula se desencajó al reconocer a Said Ibn Tammim sobre el umbral de su casa. Era Fátima.

—Mi señor, pero cómo…

—Desde luego no gracias a ti… —insinuó Said entendiendo que la criada le

preguntaba sobre la forma que había tenido de descubrir su secreto.

—¿Puedo entrar?

Fátima se lo pensó pero fue la otra mujer la que la miró con dulzura enterneciendo su carácter.

—Entra y acomódate, que habremos de hablar de muchas cosas.

Así lo hizo Ibn Tammim y tras él Yuyus, esponjado por su victoria. En el salón principal, humilde pero limpio, les hizo sentar Fátima ofreciéndoles una taza de té.

—No venimos de visita sino a resolver una duda… —intervino Said—. Este hombre, llamado por todos Mohammad Yuyus y funcionario de la Chancillería, asegura que en esta casa tenéis escondido al hijo de mi difunta esposa y vengo a cerciorarme de si eso es cierto.

Fátima dudó unos instantes. Miró sus manos ajadas, miró a la joven mujer que les observaba y luego exclamó con firmeza:

—No, no lo es.

Yuyus mostró rápida su cólera.

—Pero ¿qué significa esto? ¡Mi criado me ha asegurado que tenéis un niño en esta casa!

Fátima rasgó la mirada con arrogancia.

—Os aseguro, señor, que en esta casa no hay ningún niño. Y no lo hay porque lo que hemos cuidado íntimamente mi hermana y yo durante estos últimos años no es cosa alguna que una niña que tuvo mi señora antes de morir.

Los cielos parecieron clamar de alegría en aquella tarde de fiesta. El pecho de Said, que tanto se dolía horas antes, halló la cura de inmediato.

—¿Una niña? ¿Es entonces cierto?

—¡No entiendo vuestra postura, amigo mío! —dijo Yuyus con enojo—. Os muestro la prueba de vuestra deshonra y os mostráis más que enojado, conmovido…

Ibn Tammim, sordo a las insinuaciones del funcionario, se levantó de la jamuga que ocupaba y rogó a Fátima con estas palabras:

—Enséñame a esa niña, amiga y compañera, que su visión ha de compensar el oscuro color con el que he vestido mi corazón todos estos años.

Con ternura tomó la mano de Said la envejecida sirvienta, que no pudo reprimir el llanto al sentirse culpable de compartir tan gran mentira y allí llevó a su señor, hasta una cuna de madera que protegía el cuerpo somnoliento de una niña. Said la miró y, con sentimientos antes nunca conocidos, preguntó:

—¿Cómo se llama?

—La llamamos Susan por ser tan bella como la azucena.

—Quiera entonces Allah que a partir de ahora esta niña sea mi ‘aza’im, mi amuleto, y con su juventud recobre yo la mía, perdida hace unos años con la muerte de mi amada. Y tú, pobre amigo Mohammad Yuyus —continuó sacando de sus ropas un diamante que puso en la rugosa mano del funcionario—, ten mi única fortuna en pago a tus servicios, que recompenso mejor de lo que te mereces porque en vez de

agraviarme me has dado la felicidad completa. Esta niña, Susan, que tú sólo ves como causa de adulterio es, en realidad, mi hija y si no hubiera sido por tu ayuda tal vez jamás habría sabido de ella. Desde este momento me prometo nunca más mentir sobre mi vida, así que si deseas saber algo infame de mi persona no hace falta que mandes a criados a interesarse por ella, sino que tengas a bien preguntarme, que con mucho gusto te responderé.

Yuyus, atónito, no tuvo fuerzas para responder ni para preguntar como tal le indicaba Said, pero sí para cerrar la mano con el diamante dentro. Dio media vuelta y salió de la casa, mareado por el desaire del que había sido objeto.

—Te aseguro que indagaré sobre tu vida —prometió Yuyus con palabras de rencor—. Y a bien seguro que volveré a encontrar algo que desconoces de ella.

Said quedó contemplando a Susan, dormida placenteramente, con la respiración acompasada de la buena conciencia.

—¿Te has fijado, Fátima, que ha heredado su lunar?

La existencia de Said cambió radicalmente. Dejó de dar sus largos paseos por la medina y acudió regularmente a la fortaleza de los Granados para jugar con la pequeña Susan que ya lo reconocía y se abrazaba a él tan pronto aparecía.

Fátima disfrutaba, a su manera, del reencuentro, aliviada de no tener que llevar ella sola una carga tan pesada, y fue tanta su confianza ante la nueva situación que no llegó a advertir los sentimientos que afloraban a la cara de su hermana cada vez que Said Ibn Tammim les honraba con su presencia.

Shalma, que así se llamaba, solicitaba a menudo que le contara la historia de esos dos amantes y Fátima, bien por contentarla, bien por desahogarse, contábala sin omitir ningún detalle, así que la fantasía de su hermana pequeña brotaba como las margaritas en el campo, sin pudor y con alegría.

Pero llegó el día en que Shalma comenzó a hacer demasiadas preguntas.

—¡Qué hombre tan honesto debe de ser ese que por no perder el amor mantiene una mentira aun delante de la muerte! —murmuraba—. Ningún hombre es capaz de tal por una mujer.

—No lo creas todo de ese hombre, hermana —continuaba Fátima—, pues como hombre que es, es también soberbio y prefirió mil veces ver morir a su amada que caer en la humillación de reconocer su error.

—Pero ¿no has visto cómo mira a la pequeña Susan? Si parece que la come con los ojos. Es un padre solícito y ¡tan cariñoso!

—Solícito puede, pero es esa solicitud reflejo de su pesadumbre por el mal que hizo.

—A mí no me importaría querer así, pues el amor es visceral y por lo tanto loco y siempre ha sido así desde el principio del mundo.

Fátima, extrañada, todavía resentida de todo cuanto vio y oyó en su vida con los

Ibn Tammim, hacía ver que no había oído y se dedicaba a sus faenas. Pero llegó una mañana en que Shalma, atendiendo la higiene diaria de Susan, se encontró a solas con Said. El destino se había confabulado contra ellos.

—Mi señor, enseguida tendré a la niña preparada para vuestro paseo diario. La vestiré como una sultana, que porte va teniendo ya.

Said, que sólo vivía para Susan, no advirtió la amabilidad de Shalma, ni que se sonrojaba cuando irrumpía en la misma sala, ni que peinaba sus largos cabellos para encontrarse más bella, ni que su pecho se expandía como una rosa al recibir los rayos del sol. Todo ello lo ignoró Said.

—Señor, ¿queréis que vaya con ambos? Así podréis ir más holgado y no tan pendiente de la niña.

Said afirmaba; a todo decía que sí con tal de poder estar más tiempo con Susan.

Y Shalma, radiante, cogía a la niña de la mano y salía con ella, con el jimar bien apretado a su cara, cariñosa, atenta a cuanto hacían o decían, tal cual hubiera hecho una verdadera esposa.

—Señor, ¿no os sentís dichoso de cuanto habéis conseguido en la vida? Vuestra hija se os ha mostrado como premio a las bondades que habéis hecho por Granada…

Said, abstraído con los juegos de la pequeña, siempre alegre, se refugió en la reflexión. A fin de cuentas era hombre y, como tal, susceptible de entender los gestos ocultos del amor.

Elevó la mirada para observar a Shalma, como si mirara por primera vez a una mujer. No era osadía el pensarlo, pues Said, soberbio y vil para otras cosas mundanas, siempre había sido casto y fiel a los sentimientos de una sola mujer. La expresión de dulzura juvenil de aquella joven asaltó su corazón advirtiéndole de caer en un abismo.

—¿Por qué dices esas cosas de mí, muchacha? Ni mi padre espiritual me tiene en tanta estima.

—Sólo digo lo que dicen y lo que deduzco de lo que veo.

—No pienses que porque vengo todos los días a jugar con esta niña y de vez en cuando doy limosnas soy el mejor hombre del mundo. Los hombres santos, los verdaderos, son los que no conoce la gente porque su contacto les haría ser como ellos. Yo me he prodigado demasiado y me he mezclado entre viles acciones, así que de ellas me he contagiado. Júzgame por el mal que hice y no por el bien. Yo el bien lo hago con la cabeza y el mal con el corazón, que es lo único del cuerpo que no dominamos. El corazón actúa por sí mismo, sin preguntar a nadie el daño que hace; así pues, quien tiene el corazón bueno hará buenas acciones.

—¿Y vos… tenéis malo el corazón? —preguntaba temerosa.

A Said le alivió la risa infantil de Susan.

—No uses conmigo esa deferencia, háblame como a los otros. Volvamos a la

casa, que hace demasiado sol para la niña.

Shalma tomó a Susan entre sus brazos. Le besó la mejilla suave de terciopelo.

—Sí… —contestó, entonces, Said—. Mi corazón es malo. Si no quieres sufrir no te enamores nunca de un hombre como yo.

El sueño de Sahib Fanak, el contrabandista

El tiempo trató a Said con gratitud. Y al resto de los garnâtinos que vieron crecer la ciudad, abrirse calles en donde sólo había sendas embarradas, puertas de acceso a la ciudad, pues se reclamaba más capacidad para los visitantes.

Susan contaba ya con siete años. La dicha de verla crecer había amansado la ausencia de Asha, que ya casi era un recuerdo ideado, más que imaginado, de su fallecida esposa. Con Fátima regentando la casa y Shalma cuidando de la pequeña, Said Ibn Tammim se dedicaba a alimentar su espíritu y acudía con frecuencia a la colina del Aceituno a hablar con Qadam. Por aquel entonces, el viejo era ya una sombra de lo que fue. Su piel apergaminada y amarilla le daba el aspecto de un cadáver. Sólo sus ojos, vivos como los de un tigre, animaban a los creyentes a preguntarle, sin miedo a creer violar su letargo.

—Hoy he soñado —decía el santón a todo aquel que le visitaba—. He visto la nube de la enfermedad en los cielos de Garnâta. Tomad vuestros talismanes, colgadlos de vuestros cuellos y cuando la primera gota de lluvia empiece a caer cerrad las puertas de vuestros hogares y rezad al Más Grande.

—¿A qué te refieres, Qadam? —preguntaba Said—. ¿Va a haber una inundación? ¡Se desbordará el Haddarro otra vez!

Qadam, tiritando por el terror que le producían sus propias palabras, con dominio sobre su viejo y pálido cuerpo, respondía:

—Hablo de algo terrible que nos llegará de otras tierras, que diezmará al granadino y al andalusí. Es más poderoso que los ejércitos de Yusuf y del cristiano Alfonso, es más poderoso que cualquier ejército. Y vendrá y nos dominará hasta matarnos.

Said abandonó el santuario convencido de que Qadam había perdido la cabeza finalmente, lo cual no era extraño después de vivir tantos años en la entera soledad. Y olvidó los augurios del viejo, pues hacía muchas lunas que Granada no se levantaba con luz tan prodigiosa ni sol tan exquisito como el que salía tras el perfil de la Alhambra.

A ella se dirigió Said, pues fue llamado por Mohammad Abd Allah a través de una misiva atada a la pata de una paloma. Cuando esto sucedía, Ibn Tammim sabía que al-Jatib, *el Predicador*, deseaba hablarle de algo importante y decisivo. El Gobierno de Yusuf I se deslizaba por aguas mansas. Desde que firmara la paz con los castellanos nada había violentado el territorio granadino. La calma había hecho nido en todos y en cada uno de los corazones de los garnâtinos, lo que se expresaba en el progreso de

su economía.

—¿Tú también disfrutas de esta bonanza tan añorada? —le preguntó Ibn al-Jatib a su amigo—. Es como si hubiéramos descubierto cómo frotar la lámpara de Aladino.

—En eso dices verdad, al-Jatib, pues la lámpara ya la teníamos, sólo nos hacía falta saber cómo frotarla.

Mohammad Abd Allah miró con orgullo a Said, pues se sentía cómplice de su cambio espiritual.

—Bien, hay algo que hemos dejado en el olvido y deberíamos volver a recuperar.

—¿Qué es eso?

—Las fiestas.

Said sacudió los hombros con indiferencia.

—¿Y qué hay que celebrar?

—Los andalusíes nunca hemos necesitado excusas para el festejo. Sin embargo, esta vez seré condescendiente con tu espíritu material y te adelantaré que quedas invitado a la zambra que tendrá lugar en mi casa dentro de dos semanas. Será mi despedida, pues estaré ausente de Granada algún tiempo. El sultán quiere que lo acompañe a inspeccionar las fronteras del reino. La paz no durará siempre y es preciso hacer balance de nuestras defensas.

—Bien, no faltaré.

—¿Cómo está la pequeña Susan?

Said se henchía de satisfacción al recordar que su sangre fluía vivamente en las venas de una niña. Y, orgulloso, decía:

—Tan bella como la flor que le dio nombre.

Los balcones que daban al patio de la alberca ordenó Ibn al-Jatib abrirlos de par en par. Su casa fue una mansión abierta a todas las proposiciones, salvo el ala reservada a las mujeres, que quedó cercenada como era la costumbre, aliviando el peso del comedimiento a los invitados, que sólo pensaban en extralimitarse bebiendo vino rojo o, si éste faltaba, embriagarse con el dulzor del nabid, cuyas uvas pasas no eran comparables a los dátiles de Oriente pero emponzoñaban la cabeza y el estómago de igual manera.

Así, el hogar de Mohammad Abd Allah se convirtió en una plaza pública. Sólo imaginada en la magnificencia de la que hacían uso los califas de Córdoba, Ibn al Jatib se propuso despedirse espléndidamente y con doble propósito, pues sus fiestas, como otras muchas en la Granada que lo amparaba, buscaban el cometido de divertir y servir de encuentros.

Alrededor de la birka central, cuyas aguas mansas reflejaban los colores de las túnicas de seda de los asistentes, se reunían éstos, asombrados de los colores de los azulejos, combinados con los vidrios de las ventanas, semejantes a los tragaluces decorados de los hammams y nunca vistos antes en hogar particular.

A cada invitado se le obsequió con unas madahin, dentro de las cuales se había depositado la esencia delicada del mirto y del ámbar, todo ello ejemplo de refinamiento y cortesía para quien era alabado en Granada por su originalidad y sapiencia.

Como fuera que invitó a un grupo muy disperso de hombres, provenientes de lugares inhóspitos y muy distintos entre sí, éstos íbanse acomodando por estancias, por círculos pequeños a veces y otros más grandes, en donde su poder de convocatoria era notable y cómodo para el resto de los asistentes. Así vino a formarse el grupo de los intelectuales, de los viajeros, de los comerciantes, de los funcionarios, de los poetas…, grupos todos indiferentes a Said, que por no tener ocupación definida, terminaron por rechazarlo de sus conversaciones, hasta obligarle a permanecer solo, pero disfrutando de tan bella mansión.

Los acostumbrados a los juegos de azar vieron en el kurray una forma de pasar la velada. Aunque no se apostó dinero alguno, los participantes mostraron tanto entusiasmo moviendo las piezas con forma de caballo, que muy pronto se formó un acalorado círculo que aplaudía y animaba a los jugadores, bullicio espontáneo que molestó a los ancianos que jugaban al ajedrez en la sala contigua y eran incapaces de oír si su contrincante exclamaba ¡Sahmat!, que significaba jaque mate.

—Yo detesto los juegos sedentarios —decía un hombre de extraño turbante, extravagancia perdonable entre la aristocracia granadina—. Prefiero mil veces mil salir con mis galgos africanos por las colinas o acompañado de mi maestro halconero, que hace maravillas con un halcón y una paloma.

Otros, dominados por los placeres, se dejaban seducir por el canto medinés de una joven criada, cuyo trémolo gorjeo recordaba, efectivamente, el canto de los ruiseñores.

—¡Ven, joven saqi! —llamaban ansiosos al copero los invitados embriagados de vino—. Escancia ese manantial de sangre sobre esta copa de vidrio tallado, que con el vino se oyen mejor los arrullos del ruiseñor.

Y el copero, un saqi inocente, suave como la amapola de primavera, se contoneaba al andar, sabiendo que con su movimiento excitaba la libido de aquellos señores, y éstos, al alargar la copa para ser llenada, rozaban con su anillo real las blancas carnes del joven.

Viendo el juego de pasiones controladas, Zakur al-Hulla, amur de los ejércitos, tenía que morderse la lengua para no juzgar detalles tan viles y a su acompañante, versado en batallas, le decía:

—Para un soldado esta vida de total holganza es un insulto. No hay canto medinés que se compare a un buen sonido de tambores incitando a la contienda.

—O el de un alfanje batiéndose con una espada cristiana.

—Aún mejor se me parece el que una espada produce al desprenderse de su funda. Es el sonido de la esperanza en la victoria.

Las velas de cera, de gran prestigio por su valía en el mercado, fueron dando vida

a la caída de la noche. Jóvenes esclavas se encargaban de mantener iluminado el patio de la alberca, cuyos reflejos en el agua mansa simulaban la cúpula celestial.

De las escaleras, que comunicaban con el piso superior, bajó elegantemente Mohammad Abd Allah. Vestía un riquísimo traje de seda marina, tejido que se realizaba con los filamentos de la madreperla marina de las costas de Egipto. A Said se dirigió viéndolo tan solo.

—¿No encuentras ningún círculo donde integrarte?

—He venido por cortesía. Después de haber estado en el campo de batalla, las fiestas de Granada me parecen aún más peligrosas. El naft no es nada comparable a la malicia que despiden algunos ojos mientras critican y vejan a cuantos no son como ellos.

Ibn al-Jatib aplaudió la ocurrencia.

—Cada vez eres más hábil con las palabras. En eso he debido tener yo parte de culpa. Pero esta noche he querido prepararte una sorpresa. Ve a la sala de los Tapices, encontrarás a alguien que desea saludarte.

Said, movido por la curiosidad, se dirigió a la sala y allí, entre los bellos tapices de seda que adornaban y refrescaban las paredes de ladrillo, fue recibido con dos palabras castellanas:

—¡Bendito seas!

Era Rodiq el Majriti, que no había olvidado cuanto había hecho por él y regresaba a Garnâta a saldar su deuda.

—¡Que la paz sea contigo! —se reverenció Said reflejando en su cara la felicidad que le había producido el placentero encuentro—. Siempre serás bien recibido en Garnâta.

La sonrisa de Rodiq Ibn Rodiq se congeló en sus labios.

—Ojalá fueran verdad tus palabras. No hay hogar para un hijo de doble sangre. Las cosas en Castilla siguen presentándose peligrosas para un hombre de tez morena y ojos aceitunados.

El silencio explicó, sencillamente, el dolor que Rodiq al-Majriti sentía en su corazón.

—Creo poder entenderte. Yo tampoco tuve la suerte de disfrutar del calor de un hogar. E incluso ahora me siento un poco extranjero en Garnâta, tal vez en la Alhambra, cuyo poder aún me pesa como una losa, pues yo siempre seré un hombre del Albayzín.

Los dos hombres tomaron asiento resguardados por la luz de un candelabro. Era una pieza de corte califal, compuesta de dos partes, una inferior con base circular y un cuerpo troncocónico invertido. De entre sus enredados dibujos florales se distinguía una palabra. Ésta era baraka, que significa bendición. Su llama temblaba al contacto con la ligera brisa de la noche. Era el momento en que los jazmines

emanaban su aroma dulzón y penetrante.

—¿Qué tal va tu vida? ¿Has encontrado la respuesta a tus preguntas en la corte del sultán?

Said inundó los pulmones de la noche.

—No sé si mis preguntas han tenido respuesta en la corte, si bien las he tenido de otra muy distinta manera. Al volver de la guerra recibí la noticia de mi paternidad.

—¡Oh, eso es una señal divina! La paternidad engrandece y necio es quien la desprestigia o ataca. No hay nada más provechoso en este mundo que sentirse con la capacidad de poder enseñarlo todo a un ser que todo lo desconoce. En eso radica, realmente, el verdadero poder.

Said reflexionó sobre sus palabras.

—Ya no soy el hombre ambicioso que llegó a la Alhambra. No me interesa el poder.

—¿Qué es entonces lo que te interesa, amigo Said?

—Todo cuanto me interesa se llama Susan y tiene un gracioso lunar en el labio, como lo tuvo su madre.

Rodiq se puso la mano en el pecho en señal de respeto.

—Entonces, no le falles nunca. Deja que te devuelva el favor que me hiciste en la guerra. Deja que te lo compense con dinero, con mi poco conocimiento, con mis pocas relaciones, con mi verdadera amistad.

Ibn Tammim cogió la mano de su amigo, que aún reposaba sobre su corazón.

—Si alguna vez te necesito, bien sabe Dios que te lo haré saber.

Entre el círculo de los altos funcionarios, Mohammad Yuyus había iniciado conversación con Pietro Ghinassi, el comerciante genovés cuyos negocios se habían incrementado con el término de la guerra. De la sala de los Tapices vio salir el inquietante Yuyus a Said Ibn Tammim y a Rodiq, *el Madrileño*, y con malevolencia levantó su copa de transparente cristal iraquí y exclamó:

—¡Ahí va el protegido! El hijo que toda madre de Granada quisiera tener, el marido que toda mujer desearía. Repudiado por funcionarios y aristócratas, por gente toda de bien, se resguarda en los brazos de un renegado…

Las palabras de rencor de Yuyus se veían afectadas por el embriagador efecto de la uva macerada. Ghinassi miró extrañado al extranjero.

—¿Cómo sabéis que ese hombre es un renegado?

—¿No le llaman «el Madrileño»? ¿A qué viene ese castellano a Granada? ¿A humillarnos recordándonos nuestra derrota en la guerra?

—Más bien me parece un maestro, por sus vestiduras.

—Maestro de traidores, diría yo —continuaba Yuyus con los ojos hinchados de sangre acumulada—. Y consecuentemente, se acerca a los traidores del sultán, ¿o mejor habría que decir el traidor del pueblo?

—Mi buen amigo Yuyus, creo que habéis digerido mal el vino. O eso, o que tenéis un odio acérrimo a Ibn Tammim.

El funcionario rio a mandíbula batiente, lo que se consideró de un mal efecto entre los círculos próximos, algunos de ellos dedicados a leer en alto poesías amorosas.

—¿Qué os ha hecho Ibn Tammim, si puede saberse?

—Detesto a los monos trepadores. Desde que llegó a la Alhambra no ha hecho más que buscar su puesto entre la gente de bien. Pero no me cansaré de abrumarlo, de perseguirlo hasta desenmascarar a ese holgazán e invertido. Es el único hombre que camina por la calle con los cuernos del adulterio sobre su cabeza y nada de ello le aflige, sino que, muy al contrario, los luce como si fueran de oro macizo.

—Tal vez lo que os interesa a vos es el oro de sus cuernos… Quiero decir que… más vale el oro de un traidor que la miseria de un noble.

La copa de Mohammad Yuyus terminó por resbalársele de las manos. Por fortuna, un copero pasaba muy cerca y pudo rescatarla del encontronazo con el suelo.

El Genovés guardó un prudente silencio. Comprendió que había hablado de más, acusándolo de interesado.

—Ya tengo el oro del traidor. Quiero decir que…, y esto te lo cuento en secreto, recibí de Ibn Tammim una compensación a mi silencio. Desde que aquello sucedió no he podido cruzarme con él ni en la plaza pública. Ahora, sólo deseo vengarme ciegamente.

—¿Me estáis diciendo que os dio dinero? —Me dio una piedra que he guardado todo este tiempo en un pequeño cofre. Supongo que tiene gran valor, pues no osaría humillarme entregándome una joya vulgar y corriente. No me atrevo a tasarla en Granada y no encuentro quien lo haga fuera de la ciudad.

El Genovés sonrió con picardía y decidió hablar familiarmente a Yuyus.

—Déjame ayudarte, amigo Yuyus. Es lo menos que puedo hacer por un funcionario que llegará a ser muy respetado en la corte. Tus intrigas te encaminan a un futuro prometedor. No, que no te extrañen mis palabras. En la ciudad de la que procedo se asciende idénticamente. No hay otro camino para el que busca el poder. Pero yo, como te digo, tengo un amigo. Hay que tener amigos hasta en el infierno de Dante. Y yo puedo hacerte tasar la joya por un conocido. Claro que, llegar a contactar con él me supondría unos gastos adicionales que…

—¿Me estás regateando el valor de la joya? —preguntó Yuyus con claro desagrado.

—Bueno, si tiene tanto valor como crees, ¿qué te supone entregarme el cinco por ciento?

Yuyus respiró con irritación.

—Bien. Todo sea por Ibn Tammim. Cuando acabe con él pensaré que he hecho un buen negocio.

—Y lo has hecho, te lo aseguro. Muy pronto sabrás de mí y de mi amigo, que

vuelve de Florencia y desembarcará en Hins al-Monacar. Mientras, disfruta de la fiesta.

La expedición de Yusuf I a lo largo de la frontera garnâtina duró más tiempo que el previsto. Volvió a quedarse Granada huérfana de padre, de fiestas y celebraciones públicas, que rápidamente se retomaron cuando el sultán volvió a la Alhambra, renovado por todo cuanto había aprendido en la inspección de terrenos, detalles desconocidos para cualquier sultán que dirige su reino desde una colina.

Con su secretario particular, Mohammad Abd Allah Ibn al-Jatib, ordenaron y catalogaron cuantos detalles eran dignos de mención, censaron a la población para saber de su densidad siendo ésta susceptible de luchar en cualquier guerra, vieron los lugares estratégicos desaprovechados o ya edificados pero derruidos por los ataques cristianos, vieron todo cuanto suponía el punto débil de todo un reino y Yusuf decidió que no había que caer en la desidia, pues ahora había paz pero en cualquier momento el cristiano podía romperla o incluso él mismo, viendo que tenía posibilidades de recuperar territorios antes suyos y ahora en manos de otro hombre.

Así pues, se dio órdenes de levantar atalayas, castillos y defensas varias a lo largo de toda la frontera. La promesa de embellecer y fortificar Garnâta se estaba cumpliendo.

En esto, Mohammad Yuyus, el envidioso, había conseguido contactar con el tasador del genovés, para lo cual había tenido que acudir a Hins al-Monacar. Y en aquel lugar se encontró con Sahib Fanak, que así se hacía llamar en referencia a su cara de comadreja, en el puerto de la ciudad, donde atracaban barcos de distintos sitios y lugares provistos de toda clase de mercancías y de esclavos, muchos de los cuales vendían en mercados destinados a tal misión en las cercanías. Yuyus preguntó por Fanak y le indicaron un barco. Subió a la quilla y desde allí, manteniéndose sujeto para no caer incitado por el vaivén de la embarcación, encontró a Fanak sobre una caja de gritones animales, que reclamaban su libertad con aullidos y zarpazos.

—No os acerquéis mucho, hermano…, los cachorros de tigre parecen gatos pero no lo son. Se muestran excitados porque han olido a las ratas. No os extrañe que hayan viajado con nosotros todo el tiempo; se meten en las embarcaciones atravesando el agua por los cabos que las amarran en los puertos o nadando bajo el agua. Estos cachorros han sido un encargo de un príncipe del norte y me dará un buen dinero por ello, así que si quieren cenar ratas, les cazaré algunas para esta noche. Bien, vayamos al grano, no tengo mucho tiempo. —Sahib Fanak se limpió el sudor de la cara con un pañuelo. A Yuyus le asqueó aquel hombre sudoroso, pues se acercaba el final del otoño y la brisa del mar atenazaba los músculos. Comprendió que el voluminoso cuerpo de Fanak se encontraba ausente a todas esas circunstancias, pues debía necesitar activar sus poros de cualquier manera.

—Necesito que me tasen una piedra —inquirió Yuyus—. Es una piedra muy rara

y quiero darle su auténtico valor.

El funcionario alargó su mano hacia la del grueso Fanak, que sacó de los bolsillos interiores de su túnica un cristal comprado en la lejana India, pulido de tal manera que aumentaba el volumen de los objetos.

—No os extrañéis, es sólo un vidrio muy bien pulido. ¡Es increíble las cosas que saben hacer esos pequeños hombrecillos descalzos!

Sahib Fanak puso el diamante en una esquina del vidrio. Lo miró atentamente. Lo giró y le cambió varias veces de posición.

—¡Encended una vela! ¡Rápido!

Yuyus, poco acostumbrado a cumplir órdenes, dudó sólo un momento y, tras una leve búsqueda infructuosa, decidió encender un qandil.

—¿De dónde habéis sacado este diamante?

A la pregunta inquisitorial de Fanak, Yuyus no pretendía darle respuesta. Calló hasta que Sahib, *el Comadreja*, se levantó sudoroso y algo mareado y le increpó:

—¡Os burláis de mí, sin duda! O es que queréis violentarme. Este diamante, junto a otros tantos como él, fueron robados en Granada hace ya… ¿nueve años…? Tal vez menos. Mi tratante de joyas era entonces muy inexperto y… ¡Pero qué digo! ¡Este catarro me bloquea la mente! ¡Por Allah que las habéis robado y pretendéis que ahora os las compre!

—¡Juro por Allah que no las robé!

—Entonces… ¿cómo las tenéis en vuestro poder?

—Tal vez no sea la misma piedra… Después de tantos años…

—Reconocería una cosa así con los ojos cerrados. No hay piedras como éstas en ninguna parte de al-Ándalus. Yo mismo me encargué de traerlas y…

—Entiendo —se envalentonó Yuyus—. Sois un contrabandista.

—Un contrabandista que os va a hacer un favor. Tomad vuestro diamante y volved a Granada antes de que recupere la cordura o… la salud. Si os veo aquí por la mañana juro que sabré cómo compensar la pérdida que tuve hace tantos años. Y ahora dejadme. ¿No veis que nos están preparando un addiafaya?

Mohammad Yuyus recapacitó y creyó que era el momento de volver sobre sus pasos y dejar al contrabandista disfrutar del refresco con que les obsequiaría la ciudad de Hins al-Monacar. Dejó al gordo Señor Comadreja sentado, abanicándose el sudoroso cuello y emprendió la vuelta a Granada.

Con todo, su viaje no había sido en balde, pues aun sin haber conseguido tasar y vender la joya, ahora sabía que Ibn Tammim era un ladrón y contra él podría llegar a utilizar su descubrimiento.

Cuando atravesó Bab Ilbira, alguien le gritó:

—¡Vienes en el momento justo, loado sea Allah! Todos vamos a ver inaugurar la nueva puerta de la Alhambra. Ven con nosotros, que el sultán y su séquito estarán allí poniendo la última piedra.

El funcionario se apeó de su caballo. El penetrante sol le había traspasado la

cabeza hasta confundirlo.

«¿Una puerta nueva en la Alhambra? ¿Y estará el sultán? Entonces estará también su secretario, el cronista de la ciudad, Ibn al-Jatib. Y si éste presenciaba la ceremonia, junto a él se encontraría su protegido». Así que, con celos desbocados, montó de nuevo en su caballo y se dirigió a la Alhambra.

El sueño de Barzaj, el hakim

Entrado ya el verano para los cristianos, en el año que ellos llamarían de 1348 se inauguró la Bab al-Shari'a. Ésta quiso Yusuf I que fuera la puerta más bella y grande que diera acceso a la Alhambra y así fue como se congregaron todos los garnâtinos para verla, por vez primera terminada, al lado de su alarife, de sus ayudantes, de los funcionarios que, habitualmente, la traspasarían para encaminarse a sus labores palaciegas, al jefe de la guardia, que debería permanecer en su piso alto para controlar el posible ataque exterior, y, por supuesto, al sultán, puerta en cuya fachada habían cincelado por orden de él la leyenda: «Allah es grande. No hay otro Dios que Allah y Mohammad es su Profeta. No existe fuerza sino en Dios».

Con esta inscripción se diferenciaba la Bab al-Shari'a de todas las otras puertas defensivas, pues no eran corrientes adornos destacados en las que hubieran de servir sólo y exclusivamente para la protección de una fortaleza. A la Bab al-Shari'a algunos la llamaban puerta de la Explanada, por encontrarse frente al gran espacio del lado suroeste que se abría hacia el recinto, y otros, en cambio, la denominaban de la Justicia y la Ley, por encontrar en ella un símbolo del poder del sultán. Tenía un leve color rojizo de la argamasa compuesta por la arcilla roja de la Alhambra y como tal color, de sangre antigua, resaltaba bajo la luz del sol encuadrada entre setos de arrayán, cipreses y laureles. Tal armonía aliviaba los ojos de la luz solar de aquel verano, gratificando, con mucho, el sentido del olfato, pues todas las flores y árboles por allí plantados eran de gran olor.

Los alarifes del sultán podían, si querían, combinar la ruda resistencia de una puerta defensiva, libre de adornos y de colores, con una construcción bellísima y de fragilidad inquietante. Con esto se describía, al fin, la perfección de la técnica andalusí, por aquel entonces ya totalmente asimilada.

Tenía la puerta un gran pórtico de entrada, tal vez quisieran los mandatarios que fuera lugar de celebraciones, que conducía a tres tipos distintos de bóveda, siendo la primera de arista alargada, la segunda de cúpula y la última de aristas tradicionales. La fachada, de gran arco de ladrillo y herradura aguda, se había decorado con graciosas dovelas en cuya clave central de mármol se esculpió una mano, talismán contra la mala suerte de quien ya creía ver simbología en sus cinco dedos, como cinco eran los preceptos fundamentales del musulmán, tales como la unidad de Dios, oración, ayuno, limosna y obligación de peregrinar a los santos lugares.

Pasada esta puerta, un espacio abierto permitía hostigar a los enemigos que osaran atacarla. Así, los alarifes quisieron engañar al visitante y tras la primera puerta, como bien sabían hacer los maestros musulmanes, fue abierta otra más, en cuyo dintel se labró una llave con un cordón y una borla, emblema reiterado en otras edificaciones,

que no tiene más sentido que el de dotar a las fortalezas de simbología.

«Quiera Allah que nunca llegue la mano de su arco exterior a coger la llave de la puerta interna, pues si así fuera la Alhambra vería su ruina», se presagiaba.

Los garnâtinos quedaron, ciertamente, fascinados por la dualidad que presentaba la construcción, una puerta de gran fragilidad, pero también de gran fortaleza. Se vio en ella la magnificencia del poder de Yusuf, tan sensible y osado a la vez. Y después de abrirla a los viandantes e introducirse en ella los soldados que la guardarían, algunos curiosos quedaron rezagados aún mirándola, admirándola, observando aquella inquietante mano que parecía detener a los que de la Alhambra huían e invitar a los que fuera se hallaban, alardeando con ello de que todos cuantos entraran en tan bello recinto, finalmente, desearían vivir en él para la posteridad.

Entre el tumulto que empezaba a disgregarse, Mohammad Yuyus buscó a su rival y con ojos enrojecidos de fiebre halló a Said Ibn Tammim, quien había acudido, como cualquier otro garnâtino, al acto de inauguración junto a su criada Fátima, su pequeña Susan y la nodriza de ésta, Shalma, muchacha que en verdad iba ganando en gracia y lozanía.

Fue Yuyus empujando a todo el que se ponía a su paso, sin control de sus actos por la fiebre que le aquejaba, y tuvo la suerte de darse de lleno con Pietro Ghinassi, *el Genovés*, quien recordando sus negocios conjuntos pretendió hacerse el encontradizo.

—¡Bienvenido seas, Mohammad Yuyus! Has llegado a tiempo de ver edificada tan magna obra. ¿Cómo te fue en Hins al-Monacar? —Pietro Ghinassi le hablaba ya como a un amigo.

Yuyus miró sin ver al genovés. Sus ojos parecían de cristal tallado.

—Si he de serte sincero… —continuó Ghinassi— me he preocupado en exceso por ti, amigo. Unos mercaderes que han llegado de Malaka han dicho que han visto casos de peste en la costa. ¡Por suerte has salido indemne del peligro!

Sin prestar atención a las palabras del genovés, Yuyus continuó su camino. Abriéndose paso llegó a la altura de Ibn Tammim, quien, con sorpresa, recibió la mirada del funcionario, erguido, dominando un cuerpo que actuaba con propia independencia de sus actos.

—¿Deseas algo de mí, Mohammad Yuyus? —preguntó inocentemente Tammim.

El funcionario se mantenía en silencio. Las perlas de sudor brillaban bajo sus ojos, gravemente marcados por surcos violáceos. Parecía recapacitar sobre sí mismo, sobre su suerte y sobre las últimas palabras de Pietro Ghinassi. Su pupila, que celosamente había abarcado a Tammim, recayó en Fátima y luego en la bella Shalma y luego en la tierna y joven Susan. A ella se acercó, con los brazos abiertos, sabedor de un poder interno que todos desconocían, y al punto estuvo de tomarla entre sus brazos y desear besarla, transmitirle su total desgracia, cuando un viejo, de vestidura humilde, de ojos casi ciegos, protegió a la niña interponiendo su huesudo cuerpo ante el funcionario.

—Tú has traído la lluvia de la enfermedad a Garnâta. Tus venas son cauces de

agua emponzoñada. Ve a purificarte ante Allah y deja en paz a las aguas mansas.

Yuyus, el funcionario, miró incrédulo a Qadam. Un instante después se desplomaba en el suelo.

Por respeto a su compañero, Ibn al-Jatib ordenó que trasladaran a Yuyus a las dependencias reales y que lo tumbaran en un lecho para poder examinarlo. Por aquel entonces, Mohammad Abd Allah era ya médico personal del sultán. Sus conocimientos en medicina superaban, con mucho, los de cualquier médico de Granada, por lo cual nadie pudo extrañarse de haberse tomado un especial interés en la salud de un funcionario.

Desnudaron al enfermo, dejando sobre él las ropas mismas de la prudencia y a su habitación sólo entró al-Jatib, quien dedicó gran parte de su ocupado tiempo a observar y anotar los síntomas que Yuyus expresaba.

Cuando salió de la habitación, junto a la puerta esperaban, aglomerados, algunos funcionarios y amigos personales del enfermo, incluso el propio Tammim que, por curiosidad, había acudido tras su maestro.

Al-Jatib, con semblante sereno pero adusto, miró a los allí reunidos, pareció sopesar una grave decisión y luego, hallando a Tammim entre los presentes, lo llamó.

Cerró la puerta tras ellos, dejando el cuerpo de Yuyus en el fondo de la estancia, sudoroso y temblando sobre las sábanas de seda y sin quitarle la atención dijo esto a Said:

—Lo que voy a decirte ha de quedar entre nosotros por unos días. Y tal vez sea un gran peso para ti, como lo es para mí, en estos momentos. Voy a ser traidor a mi pueblo y tal vez a mi sultán, pero antes que ellos y que él están mi esposa y mis hijos, y sabiendo lo que quieres a Susan con ello pretendo, por un lado, advertirte, y por otro suplicarte que también me ayudes. Te estoy rogando, Said, amigo, rogando encarecidamente que vayas a mi casa y que digas a mi esposa que salgan de Granada y, consecuentemente, entenderé que tú también hagas lo similar con tu hija, pues has de saber que ha llegado la peste a Garnâta.

Said Ibn Tammim titubeó y luego miró de reojo el cuerpo temblón de Mohammad Yuyus.

—Pero… hay que avisar a la población, decirles que…

—¿Que vamos a morir todos? ¿Que desde mañana mismo se cerrarán todas las puertas y quedaremos encerrados, confinados en una cuarentena que sólo nos llevará a la muerte? Escucha, Said. No es momento de ser justo, lamento tener que decirlo. El padre que se siente padre nunca podrá ser justo con los hijos de los demás si con ello daña a los suyos propios. Mañana, Garnâta será un caos. El pánico habrá entrado en todas las casas.

Ibn Tammim respiraba entrecortadamente, parecía evitar respirar el mismo aire que aliviaba los pulmones del funcionario enfermo.

—Ve cuanto antes. Yo todavía podré entretener algún tiempo a los que afuera esperan. Y al volver, entra en la biblioteca del sultán, di que vas de mi parte. Y tráeme todos los tratados que encuentres sobre la enfermedad, los de los antiguos Dioscórides y Esculapio, los de Galeno, al-Razi y Maimónides, también los de Avicena. Todos cuantos halles nos ayudarán. Y luego, prepárate para escribir algunas cartas, que será buena cosa contarle nuestro problema a otros amigos que también cultivan la medicina, como Ibn Jaldun.

Said afirmó con una reverencia que más pareció de soldado que de ayudante de cámara.

—¡Ah, y manda llamar a Ibn Ali Ibn Jatima, que ahora más que nunca lo necesito!

A todo asintió Ibn Tammim porque sabía que el Predicador había predicado con prudencia. Salió de la sala y se encaminó a la casa de los Jatib; allí avisó a Iqbal de la desgracia que aquejaba Granada y más tarde, con piernas temblorosas atravesó el Haddarro para acudir a su casa. La veleta de la casa del Gallo del Viento giraba sobre sí misma como si no supiera identificar al enemigo que la acechaba. Mientras atravesaba el zaguán de entrada oía en su cabeza las palabras de Qadam:

«He visto la nube de la enfermedad en los cielos de Garnâta. Tomad vuestros talismanes, colgadlos de vuestros cuellos y cuando la primera gota de lluvia empiece a caer cerrad las puertas de vuestros hogares y rezad al Más Grande».

Con sólo mirarlo la bella Shalma supo que Said soportaba una gran duda. Se dirigió a la pequeña Susan que alegremente le tendió los brazos para abrazarlo y presionada sobre su pecho la mantuvo Tammim algún tiempo como queriendo traspasar su carne y sus huesos con el cariño que emanaba de ellos.

—¿Qué tienes, mi señor? —preguntó la joven nodriza. Vio que Said tenía los ojos anegados de lágrimas que resbalaban por su tez morena como un cauce surtido por el deshielo.

—Vengo a despedirme de mi querida hija, a quien he conocido tarde y de la cual me despido pronto. Has de irte con ella, Shalma, tan lejos como puedas. Y a ella te encadeno de por vida.

—¿Qué dices? —preguntaba la muchacha con los ojos enrojecidos de pavor—. ¿Marcharme yo? ¿De Granada?

El llanto también contagió a Shalma que lloraba por tener que ausentarse de su bella ciudad y de la compañía de su señor, al que cada vez amaba más y más encarecidamente. Y mientras ambos se lamentaban de tal manera llegó Fátima.

—¿Qué es esto que sucede? ¿Aqueja algún mal a la pequeña? ¿A qué viene tanto lloro en esta casa?

Y lo preguntaba con severa disposición, pues no era amiga de gazmoñerías.

—Amiga Fátima —comenzó diciendo Said Ibn Tammim—, Granada no tiene

tiempo que perder. Muy pronto las bellas calles de la Alhambra y las otras tan queridas del Albayzín se cubrirán de cadáveres. Así lo ha querido Allah que nos ha enviado la peste para que comprendamos que nada es perenne en su reino, ni existe ciudad distinta de las otras por mucha Alhambra y maravilla que tenga.

Fátima tuvo que sentarse para no caer. Con su respiración entrecortada, supo reaccionar más rápidamente que ellos, pues a resolver los graves problemas de los otros estaba muy acostumbrada.

—Tenemos que irnos cuanto antes. Con una muda y algo de comida. Pero no podemos viajar dos mujeres solas con una niña, sería una gran excusa para los salteadores. Has de venir con nosotras, Ibn Tammim, para defendernos.

Said, con lágrimas cristalinas en los ojos, denegó.

—No puedo decepcionar a quien tanto ha confiado en mí. Si al-Jatib se queda, yo me quedo. Me quedaré al lado de los que ignoran su suerte, al lado de Qadam, que lejos de ignorarlo lo adivinó antes que nadie. Me quedaré en Granada.

—Entonces, búscanos a un hombre que nos acompañe.

La rapidez que acuciaba a Said impedía su reflexión. Fue la sonrisa de Susan la que le decidió.

—¡Preparad unos bultos ligeros que no despierten sospecha! Voy a buscaros a ese hombre pues creo que sé quién es.

Said salió a grandes zancadas de la casa del Gallo del Viento. Se dirigió a una pequeña almunia, más allá de la confluencia entre los dos ríos de Granada, zona de huertas y de acequias en donde la llamada acequia Mayor surtía de abundante agua a la fértil vega. A ella llegó Said jadeante, con los labios blanquecinos por falta de humedad, y mientras le ofrecían un poco de agua solicitó ver a Rodiq Ibn Rodiq, *el Madrileño,* que se alojaba allí siempre que regresaba a la ciudad de sus antepasados.

El dueño de la almunia era un judío. Había cambiado su nombre para ser aceptado entre los musulmanes, pues aunque era bien cierto que cristianos y judíos se aceptaban habitualmente sin demasiados prejuicios, cada vez se discriminaba más a los que por motivos de raza o religión eran distintos al pueblo dominante.

No hubo tiempo de circunloquios ni de respetuosos saludos, la peste no espera ni considera de mejor familia a quien es educado. Así pues, cuando Said nombró la fatídica palabra no sólo fue Rodiq Ibn Rodiq quien, compungido, se sentó, víctima de una indecisión. También su amigo y dueño de la casa, el judío Yusef Barzaj, como médico y hakim, entendió la gravedad del problema.

—En una ocasión solicitaste compensar lo que una vez, sin interés, me vi obligado a hacer en plena batalla. Y aunque antes te hice ver que no quería recompensas ahora te la solicito con todo mi corazón, pues si yo salvé tu vida ahora tú salvarías la mía, que es la de mi hija. Llévatela fuera de la peste y ahora mismo, pues muy pronto será de dominio público y nadie podrá salir de la ciudad.

Rodiq miró con tristeza la cara arrugada del hakim.

—No es la primera vez que luchamos contra ese enemigo —aclaró el médico—. Tú ya sabes cómo tiene su cara.

Rodiq asintió finalmente. Se levantó y dijo:

—¡Házmela llegar hasta aquí! Que mi cuerpo y mi mente estén a partir de ahora unidas a esa pequeña como si fuera la sexta de mis hijas. La educaré fielmente y en el Islam, si es tu convenir, como si yo fuera tú mismo. Y mientras, puedes estar bien tranquilo porque soy hombre honrado y cabal.

—¡Lo es, puedo asegurarlo! —aseveró el hakim.

Mientras Said volvía, cabizbajo, vencido ante la adversidad, el viejo médico tuvo a bien acompañarlo para prestar sus servicios. Y con estas palabras le fue diciendo a Said que no debía desalentarse sino todo lo contrario, que debía elevar su espíritu pues algo grande, demasiado grande, les había enviado el cielo, así que nadie debía desfallecer en los días venideros, pues la lucha contra la muerte es ardua y constante.

—He viajado por muchos países cristianos, por reinos cuyos regentes comen y beben en platos de oro. Pero todos y cada uno de ellos se han visto apestados igual que el más humilde de los campesinos. Cerraban sus puertas para que la peste no entrara en sus casas, pero la muerte se camufla como bien quiere y desea, y tan pronto es tan fina como un cabello y pasa por la rendija de una puerta del más humilde pino, que se ensancha como un camello de tres jorobas y entra holgado por el vano de la más grande arcada palaciega. He visto cuerpos arrojados desde las ventanas de las casas por temor a que al depositarlos en el suelo les contagiara a ellos también, dejando los cuerpos de hermanos e hijos, de padres y padres de los padres, entre montañas de muerte. Los cristianos, que no se lavan, viven entre pulgas y ratas, y cerrando sus puertas hacen que esas pulgas y esas ratas se hagan aún más familiares. Se han devastado familias enteras, pueblos enteros, hasta ciudades enteras. Dicen que la mitad de la población de los reinos del norte ha perecido ante tanta maldad. Sin embargo, no debes desanimarte. También es bien cierto que en al-Ándalus hemos retado a la muerte y eso es lo que vamos a hacer a partir de ahora.

Yusef Barzaj había tenido ese sueño, el de vencer a la enfermedad. Y era el momento de emprender el largo camino de la verdadera batalla.

—Di adiós a tu hija que yo diré bienvenida a la peste.

El sueño de Ibn Battuta, el viajero

Fue éste el segundo gran sacrificio hecho por el cada vez más honorable Said Ibn Tammim. Lejos, muy lejos, había quedado su vida pasada, su infancia convertido en ladronzuelo, su adolescencia convertido en interesado amante, su juventud como protegido sin ocupación alguna.

Se vistió con las ropas de un santón y fue de casa en casa inspeccionando todo cuanto tenían y preguntando, a cada paso, qué quieres, qué necesitas, infundiéndoles una fuerza que había surgido de él como manantial de primavera, libre e imparable.

Qadam, que todo lo veía, se sentía orgulloso de su hijo adoptivo y ya fuera porque sus piernas no le sostenían o porque vio que en su vástago había relegado todo su pobre poder, decidió no bajar a la medina ni mezclarse con la gente, hecho que criticaron, pues algunos vieron soberbia y otros miedo al contagio.

Yusef Barzaj se ofreció a colaborar con al-Jatib. Juntos conformaron el mejor equipo nunca hasta ahora encontrado en ciudad apestada. Jatib preguntaba y Barzaj respondía, pues gracias a sus extensos viajes por todo el mundo había observado la enfermedad en grados muy distintos.

—Alguien dijo una vez que en China una gran bola de fuego cayó del cielo. Fue así como enraizó en la tierra y de ella abrasó a todos cuantos enfermaron pues sus llagas son las señales de las quemaduras del infierno. Otros que conocen la historia dicen que ya los romanos conocían esta plaga y de ella hablaron algunos doctos galenos…

—Hipócrates —decía al-Jatib, erudito en todas las ciencias— consideraba la peste de estación cálida y húmeda. Puede ser una explicación a que lunas atrás hayamos tenido unas veces meses extremadamente secos y otros extremadamente húmedos.

»También hablaba de ella Galeno considerando que es en la atmósfera donde se condensa la peste, una atmósfera putrefacta. Y yo me pregunto, ¿no es putrefacto ese condimento que preparan en Hins al-Monacar al estilo de los romanos, que llamaron garum, y que a nosotros nos empieza a gustar para aliñar los productos de baja calidad?

Al-Jatib suspiraba descorazonado.

—Hace dos años —según Barzaj—, mientras preparaba mi iyata en la India, pude ver ciudades despobladas. En El Cairo murieron entre diez mil y quince mil personas diariamente. En China, de donde se dice empezó a propagarse, acabaron por morir trece millones de seres humanos. ¿Será que Allah quiere despoblar la tierra para dar una segunda oportunidad a la nueva población?

—¿Tan mal lo hemos hecho? —se lamentaba y preguntaba a la vez al-Jatib.

Todas estas conversaciones se mantenían activamente. Nunca antes habían tenido tanto movimiento las calles de Granada, cerradas las puertas para que nadie pudiera entrar o salir, cerrada la qaysariyya y el suq al-qarraquin, prohibida la venta de comida, sólo inspeccionada por un eficiente almotacén nombrado expresamente por al-Jatib, que era el guardián de la sanidad. Se intentaba con ello no propagar la enfermedad, pues si de algo estaba seguro el Predicador es de que la enfermedad era como un mal que saltaba de cuerpo a cuerpo, como una idea transparente e imposible de doblegar.

—Es como el gusano que aparece entre las manzanas de un cesto cuando se corrompen. Pasa de una a otra y sólo de vez en cuando se salva alguna de entre un cesto de más de diez.

—Como Mohammad Yuyus —decía Tammim con curiosidad.

—¡Ah, Yuyus! ¡Quién iba a decir que se salvaría después de todo! Pero ésta es la excepción que me desconcierta. ¿Por qué la peste afecta a unos y a otros no?

Estas dudas provocaban en Mohammad Abd Allah un permanente insomnio. Normalmente, con sólo cuatro o cinco horas su cuerpo respondía como el más joven de los soldados, pero en esa ardua batalla al-Jatib rechazaba el descanso, pasando días enteros sin dormir, a pesar de lo cual agotaba a muchos de los que con él trabajaban, ya fueran jóvenes o estuvieran bien descansados.

Gracias a esta particularidad de su cuerpo tuvo la posibilidad el Predicador de escribir múltiples tratados. A todos ellos se unió el de la peste, consecuencia de las observaciones de todos los apestados de Granada. Con el tiempo sería el tratado más acertado que médico alguno hubiera podido consultar respecto a la enfermedad.

Ordenó que se quemaran casas enteras, si se tenía duda de haber entrado en ellas la peste, de quemar todo el ajuar, hasta los adornos más bellos. Nunca se sabía dónde podría estar el gusano de la manzana podrida. Granada pareció sufrir la devastación de un ejército superior y más poderoso que el de los castellanos, pero en eso tenían una cierta ventaja, y es que ya se decía que en Castilla también había entrado la peste.

Esta noticia conmocionó a Tammim, que creía a su querida hija a salvo. Pero Rodiq Ibn Rodiq le escribía diciendo que ellos se adelantaban a la enfermedad como si la conocieran, y que Allah no podría dejar que se contagiaran si habían puesto tantas medidas para salvarse.

Con esto llegó el más lamentable dolor para al-Jatib. Su maestro, el hasta entonces secretario real y visir, Yayyab, murió en el invierno de 1349. No como consecuencia de la peste sino por su avanzada edad de setenta y cinco años largos de vida y tras las espaldas ninguna mihna o tacha destacada en su gobierno, que supo desempeñar hábilmente bajo las órdenes de seis soberanos, los tres Mohammad, II, III y IV, Nasr, Ismail I y Yusuf, su último sultán. Se acababa de quedar totalmente huérfano frente a las discordias políticas, que empezaban a asomarle al Gobierno de Yusuf I y las decisiones como médico de la corte.

Se enterró a Ibn al-Yayyab en el cementerio de Bab Ilbira, al que acudió un extensísimo séquito de amigos y pupilos que quisieron darle el último adiós, incluido el propio sultán, sin que por ello hubiera temor alguno al contagio, allí donde tantos garnâtinos se encontraban y rozaban. Al-Jatib, como poeta, leyó un epitafio tan sutil y bello como eran, a menudo, sus palabras, a pesar de que las lágrimas le asomaban a sus ojos enrojecidos por la vigilia de tantos días sin descanso.

—Ya lo ves, amigo Ibn Tammim, ahora soy visir —le dijo al-Jatib a Said en la soledad de su casa. Mirando por la ventana se veía el resplandor de las teas de los soldados haciendo permanente guardia en las calles—. Me han dado el anillo y la espada del sultán, el tesoro de la corte, soy dueño de la Casa de la Moneda, custodio a todas sus esposas y su fortaleza inaccesible de la Alhambra, escribo su código, el que se llamará *Código de Yusuf*, que reglamentará la vida religiosa, política, militar, administrativa y judicial del reino. Tengo todo el poder reunido en estas manos. Pero míralas. ¿Pueden ellas, acaso, curar la peste?

La llegada del viajero Ibn Battuta y amigo de Ibn al-Jatib supuso un cierto alivio en la aburrida y sólo sobresaltada por las nuevas muertes ciudad de Granada. Con él departió y aquél hubo de contarle muchas cosas vistas en Alepo, ciudad de Siria, en donde se enteró de la plaga que diezmaba toda la urbe mundial; también le contó a al-Jatib cómo luchaban contra ella los cristianos, que lejos de saber que el baño era un bien para enfermos y sanos habían prohibido el uso del agua y que el Papa había ordenado que para que los males no se salieran del cuerpo infectando a los demás creyentes, que cada vez que uno estornudara o hiciera ruido similar, se dijera «¡Jesús!», como suplicando a su Dios que les ayudara en ese trance.

De todas estas desgracias vino sólo una a recompensar todas las desdichas que Granada estaba padeciendo. Y fue la inauguración de la deseada madrasa, tan cerca de la mezquita y de la que, en definitiva, dependía, pues por ser centro de saber teológico nunca debería divorciarse de la palabra de Allah.

La madrasa había sido muy bien recibida entre todos los estudiosos y sabios, teólogos y jueces y se enorgullecían de ver en su fachada el nombre de quien la había inaugurado y su año de fundación, el mes de muharram del año 750. Ya empezaban a llamarla Madrasa Yusufiyya, por Yusuf I o Madrasa Nasriyya, por ser del clan de los Nasr, pero fuera cual fuera su nombre la madrasa ya abría sus puertas a lo más excelso de las ciencias de Granada.

Que su construcción fuera de las más tardías de las grandes ciudades musulmanas no era de extrañar, pues la mezquita había proporcionado los parámetros necesarios para el crecimiento de la sabiduría en todas sus áreas. La peste no había hecho más que alargar un deseo de los granadinos y ahora, cuando los casos de peste parecían disminuir, abría sus puertas y por ella entraban a consultar los extensos volúmenes de su biblioteca, a que los maestros y sufíes discutieran su palabra con la de los otros, a

que enseñaran a quien no sabía o empezaba a saber y así, poco a poco, se fue engrandeciendo mientras la peste desaparecía de los cuerpos, luego de las casas, luego de los barrios y finalmente, de Granada. Y llegó el día en que el almuédano dijo: «Allah akbahr, Allah akbahr. Dios es el más grande. Y así lo testifico porque ha consentido en acabar con la peste de Granada».

El sueño de Susan, la pequeña

La flor que se abría en la vida de Granada no era otra que la flor del almendro, tan delicada, pero deseosa de dar fruto saludable.

La vida en Granada fue desarrollándose con normalidad y gracias a este ímpetu hasta ahora desconocido o por lo menos olvidado los mercados se acapararon de viandas, de frutas y de hortalizas; el almuédano cantaba con más ardor en el alminar de la Gran Mezquita y las calles, vivas, aunque despobladas por la gran pérdida contraída por la peste, se arremolinaban en los alrededores de la madrasa, símbolo de la felicidad y del saber.

A ella fue a enseñar Ibn al-Jatib sus ciencias ya consagradas, como la de la medicina. Había reflexionado sobre la negra enfermedad escribiendo su tratado *Muqni'at al-sa'il 'an al-marad al-ha'il*. Por ella pasaron otros maestros del maestro, como Abu-l-Barakat o Ibn Marzuq, exiliado meriní en Granada, o el otro embajador en la ciudad, Abd Allah al-Maqqari, asiduos de la recién creada madrasa.

Por su parte, al-Jatib, como la ardilla laboriosa que nunca descansa, terminó el *Arrayán de secretarios*, primer escrito sobre las fórmulas y acciones administrativas, labores todas ellas en las que hubo de poner al-Jatib su espíritu poético y dejó plasmadas en pluma para sus generaciones venideras.

El florecimiento que parecía alcanzar Granada se enfrentó de lleno con los corazones de los afligidos castellanos, pues su Dios mandó que Alfonso, el undécimo, se contagiara de la peste cuando insistía en conquistar Gibraltar. Así pues, lo que en un principio podía suponer alborozo para Granada no lo fue tanto para al-Jatib y su gobierno, que vieron que, nuevamente, habrían de estudiar y pactar nuevas alianzas con el futuro rey, tal vez no tan caballeresco ni tan comprensivo como el anterior.

Y así comenzó la etapa de prosperidad de Granada, con el miedo de no perpetuarla, pues la guerra volvía a llamar a sus puertas.

Quisieron los castellanos pedir permiso a los musulmanes para levantar un cerco a la ciudad que tenían por entonces sitiada con el fin de llevar el cadáver de su líder hacia Sevilla, la antigua Ishbiliya de los hijos de Allah. Así lo vio pasar el gran río, que llamaron los castellanos primero Betis y luego al-Wâdî al-Kabir, y esa torre que decían de reflejos de oro que, a su vera, defendía cuantos barcos pasaban por su cauce.

Los líderes musulmanes, viendo el amor que a su rey le tenían los cristianos y dándole por guerrero fiel y valeroso, pusiéronse brazaletes en señal de luto.

Con el nuevo rey, no sufrió Granada cambio ninguno. Los pactos continuaron y

los deseos de vencerse uno al otro también.

Y así vinieron nuevos tiempos cada vez más espléndidos para la Granada de Yusuf que fue creciendo en contorno, por la Sabika y más allá de las murallas, pues en la ciudad habían encontrado los musulmanes el último reducto de su religión, siendo que los cristianos hostigaban cada vez más sus territorios y los meriníes doblegaban sus fuerzas viendo que sus deseos de victoria no tenían ya sentido.

Mientras Granada y Castilla alargaban sus buenas relaciones, Yusuf guardaba reticencias con los marroquíes. Y es por eso que vino al-Jatib a decir que no era algo bueno que los dejaran de ayudar ni dejarse ayudar tampoco por ellos, pues en las buenas relaciones está siempre el futuro de un reino.

Así, agradándole el hecho de viajar, Mohammad Abd Allah al-Jatib, viendo el pretexto de la muerte del sultán meriní Abu-l-Hasan en la primavera de 1351, se decidió que acudiera como embajador a la corte magrebí para ofrecer sus condolencias al nuevo sultán Abu Inan.

Quedose Granada y Said Ibn Tammim sin amigo ni supervisor de la vida agradable y sana que todos habían llevado desde finales de la peste. Pero hubo un hecho que a Ibn Tammim le rompió su monótona existencia y fue la inminente llegada de Susan.

Said, con ímpetu olvidado en la casa del Gallo del Viento, ordenó limpiar con lejía cada rincón, perfumar con pétalos de rosa, ambientar con ámbar y arrayán y ahuecar las camas, que a bien seguro no habría dormido en ninguna tan blanda y pulcra entre tanto cristiano.

Cuando Susan llegó a las mismas puertas de la casa del Gallo del Viento la veleta se había paralizado. Sería que no había enemigo en Granada al verse la ciudad, nuevamente, depositaria de tanta belleza y serenidad en la mirada de la pequeña Susan.

Pero Susan no era ya tan niña. Acababa de cumplir las once primaveras. Era niña y no lo era, pues la luna ya había hecho de las suyas y le había impregnado en su diminuto cuerpo los ciclos propios de las mujeres. Por eso, mientras jugaba con muñecas, que también las había y muy bonitas entre los musulmanes, a pesar de que la tradición decía que no debían representarse figuras humanas, se divertía embelleciéndose el rostro con kuhl o peinándose con alheña, pues había comprendido que su cuerpo no era sólo un contener sino también un experimentar.

—Padre, padre mío —le dijo Susan tomando sus manos ya maduras. Se habían envejecido entre unos súbitos once años. Súbitos porque a Said le habían parecido rápidos y fugaces como una estrella sin rumbo, aun siendo tantos y tan largos—, he sido muy feliz con Abu Rodiq. Déjame que lo llame abu, pues también es padre mío, en parte. Me ha tratado como una de sus mismas hijas y a él le debo tanto como a ti.

—Seguramente, más —dijo humildemente Said; observó los dumluy tintineantes

en el brazo de Susan. No era extraño ver brazaletes en las mujeres de entonces, aunque fueran vestidas a la cristiana, pues la moda pasaba y se añadía a todo cuanto interesaba a otras comunidades—. Y digo seguramente más porque cuando yo decidí salvarte de la peste, Rodiq lo hizo llevándote en sus brazos y cuidando de que no te rozaran sus alas negras día tras día, año tras año.

—¡Las cosas en Castilla son tan distintas! Yo me llamo Susana y no Susan. Y mi pelo no es negro por la alheña en la Castilla de don Pedro, sino negro como el azabache. Mi piel, por suerte, es blanca como el mármol, en eso me parezco a ti, que Fátima me ha dicho que madre era atezada como correspondía a la casta de otras tierras de Oriente.

Y entonces comenzó a contarle cómo era Madrid, cosas anodinas de su vida, de su existencia en tierra tan diferente.

—Cuando Madrid era Mayrit se decidió construir una alta muralla. Y esta muralla se quedó pequeña, como un cinturón en el vientre de una embarazada, pues Madrid es ante todo caudal y río y fertilidad. Los cristianos se apoderaron de la ciudad como se apoderaron de Córdoba o de Sevilla y allí donde pisaron construyeron iglesias destruyendo mezquitas, levantaron casas y cerraron hammams. Creían que conservando su suciedad conservaban también sus raíces. Y en eso puede que tengan razón porque yo, a veces, les veo sucios por sus pensamientos. Allí nos llaman mudajjan, que somos los musulmanes que bajo el poder cristiano continúan con sus creencias y modo de vida. Has de saber que Madrid tiene dos grandes colinas, una para los cristianos y otra para los mudéjares. Y entre medias un arroyo, el de San Pedro.

—Como el Haddarro entre el Albayzín y la Alhambra…

—Asimismo, padre, porque el agua, que es cauce de vida, también es separación y muerte a veces. Así se nos separa de la clase poderosa. Y es esta zona de Madrid tan fértil, tan verde, llena de huertas y de arroyos, de fuentes y manantiales, que nos parece que no nos hemos ido de Granada. Llaman a esta parte El Pozacho cuya agua se surte de la fuente de los Caños Viejos. Muy cerca de allí se encuentra una torre albarrana, que ellos llaman de Narigües, que en otros tiempos debió de defender a los musulmanes cuando allí vivían. Ahora es sólo un fantasma de lo que debió de ser, ruinas ilustres de un poder pasado, pero a ella acudo cuando deseo estar sola y me siento mejor y más cerca de ti.

—Entre ruinas yo también jugaba cuando era niño —recordaba Said.

—La aljama a la que pertenezco está dirigida por un alcalde. Él nos representa ante la jurisdicción cristiana. Don Mohamad es un buen hombre, aunque a veces sirva a intereses muy distintos. Si hay algún pleito entre mudéjares, don Mohamad lo resuelve, siempre y cuando ninguno de los litigantes sea cristiano, ya que si fuera así, el caso pasaría a manos de la justicia cristiana. Tenemos también nuestros doctos alfaquíes y nuestra mezquita, que se levantó después de que derruyeran la Gran Mezquita de la ciudad al pasar a manos castellanas y que ahora llaman iglesia de

Santa María, por ser ésta santa y madre de Jesús. Cada viernes, nuestro alcalde dirige la oración en la mezquita, a veces lo sustituye algún experto alfaquí. Y esto que parece tan complicado es sencillísimo porque nuestras costumbres han sido reducidas al mínimo para no causar problemas. No nos dejan llamar a la oración desde el alminar pero sí nos obligan a participar en sus fiestas religiosas, como la del Corpus Christi. También tenemos nuestra carnicería, la casa de bodas y un cementerio.

—¿Y madrasa? ¿Tenéis madrasa?

A Susan se le iluminaron los ojos.

—No, padre. Los doctores y maestros dan clase en la mezquita y yo la frecuento porque me he vuelto muy instruida y me gusta saber la historia de nuestros reyes y de los que los tuvieron antes.

Susan mutó su rostro. Había respirado profundamente para expulsar de sus pensamientos aquellos que esponjaban su corazón.

—Pero dime, padre, ¿cómo está Granada? Yo te hablo de Madrid, del Mayrit que fue una vez como la Alhambra, con sus altas murallas, una fortaleza que protegía la verdad de Allah. Pero ahora las cosas han cambiado. Madrid es ya castellana. Y la Alhambra… temo tener que decirte que no pasarán muchos años en que también se convierta en parte de ese reino cristiano al que aborrecemos.

—¿Tú también puedes adivinar el futuro, como Qadam? —preguntó sarcástico Said.

Pero finalmente guardó silencio porque sabía que Susan hablaba con conocimiento de hecho.

—Mientras, nuestra Alhambra será cada vez más grande —aseveró Said Ibn Tammim sin darle importancia a las palabras de Susan—. La calle Real y la calle Real Baja son ahora mucho más largas, los comercios han crecido desde que la peste nos abandonó. Yusuf sigue dando trabajo a los alarifes en los palacios, que proliferan como un enjambre de abejas cuyos zánganos laboran para su reina, que es nuestro sultán. Y entre todo eso está mi amigo y protector, mi maestro, al-Jatib. No te figuras cuánta vitalidad puede haber en un hombre hasta que conoces a Mohammad. Apenas duerme y es tan prolífico que no me imagino que las flores se marchiten cuando están a su lado. Así es de fértil su imaginación.

—Siempre has hablado de él mil maravillas. Me gustaría conocerlo.

—Lo harás cuando regrese de su embajada en Marruecos. Tenemos mucho tiempo por delante. Y además, empezarás a relacionarte con la gente, con los poderosos, con la corte. El sultán quiere conocerte, pues le gustaría saber cosas de Castilla de primera mano. También ha permitido que entres en el harem y hables a las mujeres; convenientemente instruidas pueden hasta servir de un gran apoyo a la realeza. Conociendo los errores de los cristianos sabrán valorar mejor lo suyo.

—Entonces estaré muy ocupada, mi señor padre. Y yo quiero hablarte. Hablarte de algo muy importante.

—¿Más importante que el sultán?

Susan enrojeció.

—No hay nada más importante que el amor.

Así supo Said que su hija estaba enamorada. Su corazón se desmembró en mil pedazos, pues con la noticia no sólo la veía alejarse de él, definitivamente, sino que, además, le preocupaba el daño que pudiera provocarle. «Sería el amor lo más importante —pensó Said—, pero también lo más dañino que persona alguna pudiera conocer».

Los días venideros no pararon de hablar de Gonzalo Mansilla. Así se llamaba el enamorado de Susan. Era maestro de la mezquita aljama y estudiaba para convertirse en alfaquí. Abu Rodiq había dado la mitad de su consentimiento, actitud que sólo le suponía la mitad de esfuerzo por ser la mitad de padre. Pero ahora debería contestar Said Ibn Tammim como padre verdadero y de derecho.

—Doy mi consentimiento si Abu Rodiq lo conoce y lo avala. Iré a tu boda cuando tú me lo pidas.

—Padre, ¿algún consejo?

Said reflexionó brevemente.

—Sí, que nunca le mientas. La mentira hace más daño que cien espadas.

Granada resurgió con la esperanza de la paz. Yusuf I, incansable en su deseo de hacer de Garnâta un paraíso, puso a trabajar a sus alarifes de día y de noche y no hubo tiempo en la ciudad que no se oyeran los rítmicos cantos de los obreros amasando o secando ladrillos, cortando piedra de la sierra cercana, moldeando el yeso o pintándolo.

La residencia de recreo de Yusuf I[1] se llenó de casas y de calles y tuvo a bien ordenar levantar un oratorio cerca de la muralla, pues al pasear el sultán solía abandonarse en el rezo y éste le relajaba con la confirmación de estar a bien con Dios.

Los baños cercanos a la torre de Comarex tomaron forma. El apodyterium, el tepidarium y dos calderia, con hipocausto por debajo al estilo romano, como siempre los habían construido los musulmanes, sirvieron en lo sucesivo para la relajación de la corte, pues al no haber frigidarium o sala fría, el cuerpo del musulmán se siente en contacto directo con el paraíso.

Alrededor del recinto de la Alhambra se abrieron tres puertas más, muy del estilo de la de la Justicia. La llamada de las Armas comunicaba la Alhambra con el interior de la ciudad de Granada y desde entonces fue la que utilizaron los granadinos para adentrarse en el recinto o solicitar audiencia con el sultán.

La puerta de los Siete Suelos fue la principal de la medina y la del arrabal; comunicó la zona noroeste de la Alhambra bajo la majestuosidad de la gran torre que llamaron de los Picos por tener éstos sobre ella, abriéndose al foso natural que

separaba la Alhambra del Generalife, dejando este espacio de acceso único al recinto amurallado e independiente de la medina.

Mucho de lo que hizo su antecesor, Yusuf lo reformó y lo engrandeció. Así surgió la Alhambra, convirtiéndose en sí misma en una leyenda para todos los que la veían y para aquellos que, por su ceguera, no podían verla pero sí presentirla.

Pero a todas estas reformas maravillosas las amenazaba la vida disipada de algunos funcionarios. La peste no se había llevado todo lo maloliente. Mohammad Yuyus se recuperaba, lentamente, de las secuelas de la enfermedad. Después de la peste, su cuerpo se había visto propenso a contagiarse, y cuidando de no recaer pasaba la mayoría del tiempo recluido en su casa, aburrido y, peor aún, amargado, pues no sabía a qué dedicar su ociosidad salvo a emponzoñar el ambiente de la Alhambra.

Cuando era invitado a alguna fiesta Yuyus nunca declinaba la invitación. Exigía una sala cómoda y con ambiente fresco y sano y se comportaba como el único héroe que vuelve de una guerra. En todas las fiestas había quien le preguntaba y Yuyus se volvía el centro de atención contando las penurias y el sufrimiento afligido a su cuerpo cuando una enfermedad de tanta maldad agarrotaba los músculos. Y como buena muestra de ella eran las laceraciones y heridas purulentas que le habían quedado en la piel, Mohammad se levantaba la manga de su túnica y enseñaba sus sarnosos brazos, abrasados por las cicatrices, y los asistentes a su única clase se lamentaban o suspiraban o se desmayaban, los que menos, convirtiéndolo en mártir viviente.

Pero llegó el día en que en una de las fiestas de la corte coincidió con Said Ibn Tammim. El protegido de al-Jatib no esperaba de Yuyus ni que le dirigiera la palabra aunque el funcionario tenía, y mucho, que agradecer a Said después de haber contribuido a su curación. Sin embargo, el carácter de Yuyus era bien conocido y de él no se podía esperar más que lo que se espera de una serpiente.

Mohammad, que siempre se hacía acompañar de un criado después de la enfermedad, le dijo con íntima insinuación:

—¿Todavía sigue ese hombre codeándose con los poderosos? ¡Allah no es justo! Ni lo fue la peste. Me atacó a mí, con mi gran vocación y mi peso político, y sin embargo dejó libre a ese pestilente parásito que la chusma ha encumbrado porque se puso un pañal y visitó todas las camas de los enfermos.

El criado sonreía levemente. Le hacía gracia su maligna perspectiva.

—Dime, Ali, ¿cómo podría hacérsele daño a un hombre protegido por el sultán y el visir?

El criado elevó los hombros con indiferencia.

—Tal vez… volviéndole contra el sultán o contra el visir.

Mohammad Yuyus reflexionó y luego acarició con su ajada mano la mejilla de su joven criado.

—Has contestado bien. Pero has de saber que, en política, el rumor es ya, en sí mismo, una traición. Habrá que hacerles ver al sultán y al visir que Ibn Tammim no es sólo un traidor sino el más traidor de toda Granada. Así suele pasar con los que se alzan demasiado, pues las nubes son muy frágiles para sostener el peso de la fama; todos, finalmente, terminan estrellándose contra el suelo.

—¿Y cómo haremos para convertirle en un traidor?

—Déjamelo a mí. Una vez esperé varios años hasta vengarme. Tal vez sea necesario esperar otros años más. No tengo ninguna prisa. Si la peste no me llevó consigo tampoco lo hará ahora la impaciencia.

El sueño de la Alhambra

El sol salió muchas veces sobre la crecida colina de la Sabika. Dicen que los jardines son de época de paz, pues es cuando florecen pudiendo dedicarse a ellos los jardineros sin miedo a los ataques. Así floreció la Alhambra, floreció con el jardín de los Artistas, que en árabe es Jannat al-’Arîf. Un jardín que Susan, con su acento, en todo castellano, llamaba Generalife, pues así sonaba mejor a su tierno oído.

El sultán permitía que pasearan por albercas y fuentes, por sus caminos llenos de arrayanes, por sus parterres y majuelos aquellos a quien mejor consideraba entre la corte. Siendo éste su jardín de verano y acercándose el otoño, las flores y los árboles desprendían de sus ramas las hojas que morían, envolviendo el suelo con una alfombra de pétalos multicolores, sedosa a los pies y tan mullida, que era tan beneficiosa para el enfermo como para el más saludable de los humanos. Por estas razones vinieron a encontrarse en el Generalife la saludable y bella Susan, acompañada de su antigua nodriza y ahora ama Shalma, con el decadente Yuyus. Y viendo que, posiblemente, hubiera llegado el día fijado para su nueva venganza, saludó a Susan elegantemente, teniendo la confianza de que la niña no supiera de él ni de sus intenciones.

—¡Bello día de otoño, señora mía! ¿Deseáis dar compañía a un viejo enfermo como yo?

Susan, desconfiada, miró a Shalma de reojo, que con inquietud denegaba.

—Me gustaría, mi señor. Pero me espera mi padre, que trabaja en los palacios del sultán.

—¡Oh, sí…! El célebre Ibn Tammim…

—¿Lo conocéis? —preguntó intrigada la pequeña.

—¿Quién no conoce a ese dechado de virtudes? Preguntad en Granada al más humilde tendero y bien sabrá responder que Tammim es un buen hombre.

—Lo es, en efecto —sentenció categórica Susan—. Pero me parece que no le tenéis vos en el mismo aprecio.

Yuyus, sorprendido de su transparencia, rio con franqueza la respuesta de la joven.

—Veo que queréis mucho a vuestro padre. Así debe ser en una hija. Estoy seguro de que aun en el supuesto de que Ibn Tammim no fuera tan honorable como vos suponéis, seguiríais defendiéndolo. Es por demás vuestra obligación.

—Por suerte, no tengo nada que reprocharle, así que no me supone ningún esfuerzo adorar a mi padre.

—Desde luego, desde luego. Pero es que a veces la juventud y la ausencia…

opacan la visión. Vos, niña mía, no sabéis, ciertamente, quién puede ser vuestro padre.

Susan sintió que Shalma tiraba de su vestido haciéndole comprender que lo más sensato sería marcharse.

—¿Y vos? ¿Me vais a decir quién puede ser?

—Puede ser un traidor.

Susan y Shalma tuvieron que contener un suspiro de asombro. El jimar del ama y la cara descubierta de Susan, como castellana que vestía, no pudieron ocultar la indignación.

—Lo querría igualmente aunque fuera un vil asesino. Hay veces, mi señor, que es traidor el que quiere y no el que puede. ¿Queréis serlo vos?

Susan y Shalma dieron por terminada la conversación. Se alejaron entre los surtidores de agua mansa, preparados para no ofender el oído de los paseantes.

—Ciertamente, tiene razones esta joven —declaró Yuyus a su criado—. Sin embargo, a pesar de su prudencia ha cometido un error. Me ha dado una idea mejor que la de convertir en traidor a su padre. ¡La traición es tan mediocre! Convirtámosle en un asesino. ¿Te parece mejor así, mi fiel amigo Ali?

Desde aquella mañana, Yuyus decidió dar rienda suelta a su lengua. Por cada fiesta y encuentro fortuito comentaba, criticaba o alababa hipócritamente las acciones de Said Ibn Tammim, sólo con el fin de tenerlo en la mente fresca de todos los granadinos, pues al afortunado nunca se le perdona la verdadera fama.

Todas las casualidades que vinieron a darse en la ciudad fueron obra, para bien o para mal, del desgraciado Tammim. Si la lluvia inundaba las cosechas, se decía que Tammim había rezado en la mezquita una istisqa’ y si el viento llegaba demasiado seco la culpa la tenía, igualmente, Tammim por no haber rezado.

Ausente al-Jatib, pero conocedor de los rumores de Granada, le pidió a Said que cuidara del Diwam y así fue a suceder que el hijo de uno de los secretarios se puso tan enfermo que solicitaron la comparecencia del médico real. Al no hallarlo, preguntaron a Said si era conveniente mandar a un fasid para sangrarlo y fue tanta la presión que obtuvo por parte de todos los funcionarios que Tammim decidió que acudiera a la casa y se le practicara la sangría, si eso era lo que los padres querían. El pájaro negro de la mala suerte vino a hacer que la mibda’ o lanceta del sangrador estuviera infectada de algo desconocido. La muerte instantánea del pequeño echó más leña al fuego en la hoguera de las calumnias. Fue el principio de la caída de Said.

No había pasado mucho tiempo del regreso de su último viaje diplomático, y cercana ya la fiesta del Fitr, cuando Mohammad Abd Allah sufrió un desafortunado accidente. Paseando por el húmedo jardín de los Artistas, resbaló casualmente con el limo de un aljibe. Tuvo la pierna entablillada y no pudo moverla durante algunas semanas. Pero el accidente no fue sólo casual para al-Jatib, sino también para el

conspirador, Yuyus.

—Sólo Allah sabe cuántas veces ha paseado Mohammad Abd Allah al-Jatib por los jardines y nunca antes tuvo ningún tropiezo. Yo me inclino a pensar que alguien hay detrás de él con intención de asesinarlo, pues sería muy bueno para algunos quedarse sin este visir, acaparador y activo por doquier, que no deja nada para nadie, ni siquiera para los que ya llevan una larga carrera en la corte. Por eso no me extrañaría que alguien quisiera un mal para él, que alguien en la corte quisiera asesinarlo. ¿Y quién va siempre a su lado? ¿No es Ibn Tammim?

Estas palabras emponzoñadas envenenaron el ánimo de los garnâtinos.

—Ve, Ali. Ve adonde te he dicho —dijo finalmente Yuyus a su criado con la sonrisa del ganador en los labios—. Ahora que hemos convencido al pueblo de que Tammim es un ambicioso capaz de hacer cualquier cosa, habrá que convencer también a su líder espiritual. Sube al Aceituno y convence al viejo Qadam, que es su conciencia.

Y Ali fue y habló con el santón.

—¿A qué vienes a mi morada? —preguntó Qadam.

El criado, con ojos de rapaz y lengua de víbora, era transparente a los párpados ciegos del viejo. Se arrodilló frente a él y le dijo:

—Vengo a suplicarte que reces por Granada. Algo muy negro se cierne sobre nuestras cabezas.

—¿Has visto hacia dónde se dirige la veleta de la casa del Gallo del Viento? —preguntó sagazmente Qadam.

El criado, extrañado, contestó:

—Hacia la Alhambra.

—Entonces no hay que tener cuidado. No hay nada malo que provenga de la Alhambra.

—Yo no estaría tan seguro. Mi señor me manda para que te diga que teme por tu hijo Said Ibn Tammim.

—Muchas cosas se dicen que no son verdad.

—Pero tú lees en su corazón. ¿No fue una vez ambicioso? ¿No pretendió que salieras de tu santuario para enriquecerte?

Qadam pensaba.

—La serpiente no recupera su camisa una vez mudada.

—Pero muda otra nueva.

El viejo suspiró.

—¿Por qué vienes a sembrar cizaña?

—Vengo a prevenirte. Porque mi amo cree que en la fiesta de la Ruptura del Ayuno habrá una muerte. Y Said será el instigador.

—¿Me dices que Said se convertirá en un asesino?

—¿Se llama asesino a quien mata a su padre?

Qadam sudaba lágrimas de angustia.

—¿Crees que me matará?

—No hablo de su padre espiritual sino de su padre político.

Qadam juntó sus manos y rezó.

—Ahora vete. Ya no tienes más veneno que soltar.

Ali se humilló y descendió por la ladera de la colina del Aceituno.

Qadam se quedó inmóvil y miró al cielo.

—¡Oh, mi Señor! ¿Por qué cargas esto sobre mí? Una vez dije que si Said se hundía yo me hundiría con él. Y ahora dicen que va a matar, que va a asesinar a su padre político. ¿Por qué, mi Señor? ¿Por qué Said quiere matar al sultán?

* * *

El día que los cristianos llamaron de 19 del mes de octubre de 1354, se celebraba la fiesta de la Ruptura del Ayuno. El almuédano llamó a la sagrada oración y todos los fieles acudieron, incluidos los más reales, como el sultán y toda su familia, que con parihuelas y palanquines se trasladaron desde los palacios hasta la pequeña mezquita de la Alhambra.

Granada solemne rezaba. Paciente omitía el deseo de comer, que después de tantos días y noches había dejado sus estómagos anhelantes de la celebración. En las casas de los más humildes esperaba la harira y en las de los nobles, el cordero. Era un día de rezo y de alegría, de regalos y de bailes.

Yusuf y su familia descendieron de las parihuelas y atravesaron la explanada exterior de la mezquita. Los naranjos exhalaban su olor a azahar y toronja. La multitud exclamó un suspiro de admiración cuando vio llegar al sultán, vestido de azul celeste y acompañado de sus hijos Mohammad, el príncipe heredero, Ismail y Qays.

Entre la paciente multitud esperaban Mohammad Abd Allah Ibn al-Jatib, su esposa y sus hijos, todos los altos funcionarios, Said Ibn Tammim y su amada hija Susan, los médicos de la corte, los alarifes, los comerciantes, los usureros, los ladrones, todos cuantos dan cabida a una ciudad como Granada.

Los creyentes se lavaban en los aljibes, depositaban sus sandalias en las tacas de la entrada, otros comentaban la belleza del día. Todos supusieron que sería una fiesta más, un día más, pero no lo fue para todos.

Said distinguió a Qadam entre los asistentes. Tenía los ojos cegados por las cataratas. Aun así, tanteando con un bastón huesudo de tronco de olivo, llegó a la cercanía de Said. Said le besó la mano. Y el santón dijo:

—No dejaré que conozcas el infierno, hijo mío.

Fueron las últimas palabras que oyó a Qadam. Luego, lo vio desaparecer entre la muchedumbre, que se desmembraba hacia la puerta de la mezquita.

Al poco, el grito de una mujer alarmó a los creyentes.

—¡El sultán! —vociferó un niño—. ¡Han matado al sultán!

La muchedumbre se desplegó como obedeciendo una única orden. El griterío se hizo ensordecedor. Dejaron un camino abierto hacia la persona de Yusuf que se había desplomado en el suelo con una daga clavada en el corazón. Junto a él, Qadam, ciego, impasible e indefenso. Se paralizó la vida durante un instante y luego la muchedumbre, nuevamente actuando a un mismo tiempo, se dio a la violencia lanzándose al cuerpo del santón a quien, como un guiñapo, despedazaron con tanta rapidez y crueldad como lo hubiera hecho el más mísero de los predadores.

El cuerpo sin vida de Yusuf I fue depositado en su cámara real. Al-Jatib certificó su muerte entre lágrimas. La guardia personal se formó en la medina de la Alhambra y desde allí detuvo a todos cuantos parecían sospechosos. Unos instantes después del asesinato de Yusuf y del linchamiento de Qadam, la calle Real de la Alhambra se encontró vacía. El monstruo asesino del pueblo había descendido hacia la medina de la ciudad, hacia la Bab al-Ramla. Su amplia plaza se encontraba ahora desierta y cubierta de rastros de sangre, de miembros esparcidos del viejo santón, que habían llegado hasta allí con la histérica jauría. Sobre la recién inaugurada puerta de Bab al-Ramla pusieron sobre una lanza la cabeza de Qadam, sólo reconocida por Said, quien más le había querido y bajo ella lloraba su pérdida entre convulsiones de espanto.

Mohammad Yuyus, asombrado de su buena suerte, acudió a los palacios nazaríes y solicitó ser recibido por el príncipe heredero, un joven asustado y nervioso, que días después sería coronado como Mohammad V.

—Granada sabe quién mató al sultán pero yo sé quién instigó al que lo mató —dijo Yuyus.

Horas después detuvieron a Said Ibn Tammim en la casa del Gallo del Viento. Lo encerraron en las mazmorras de la Alhambra, el único lugar de la fortaleza que Said aún no conocía.

* * *

—Mi señor, ¡tenéis que ayudarme!

Susan se abalanzó sobre los pies de Ibn al-Jatib. Besó sus rugosos dedos, deformados por el cálamo de escritura.

—Sé a qué has venido, pequeña Susan —acertó a decir tristemente al-Jatib—. Pero es tiempo de llamar a la cautela. El nuevo sultán no me quiere entre sus elegidos. Dicen que ha vuelto a llamar al antiguo visir Ridwan.

Las lágrimas se cristalizaron en los ojos de Susan.

—Pero eso es terrible. Por vos, porque sois el más adecuado para dirigir la Alhambra y porque si esto sucede… mi padre morirá inevitablemente.

El silencio confirmó sus palabras.

—¿No creéis en lo que dice el pueblo, verdad? ¿No pensaréis que mi padre tuvo algo que ver?

Al-Jatib seguía guardando silencio.

—Déjame, ahora, muchacha. Que tengo que escribir un elogio fúnebre para el entierro del Gran Yusuf.

«Éste es el sepulcro del sultán mártir, el de estirpe y raza honradas, el que alcanzó la perfección en sus cualidades externas e internas, aquel de cuya excelencia y bondad hablaron la Siria del mundo habitado y el Iraq, hombre de sublimes hazañas y felices días, cualidades aceptadas por Dios y conducta intachable; imán excelso y lucero brillantísimo, espada de la religión, bandera de los reyes ilustres, aquel en quien fue patente la solicitud de su Señor y en cuyo favor trabajó Dios en paz y en guerra; polo de la inteligencia y de la modestia, descendiente del señor de los Ansares, defensor del territorio del Islam con su buen juicio y su bandera.

¡Oh, tumba! Que la satisfacción que Dios tiene de quien te habita te salude eternamente con suaves perfumes y delicado céfiro.

Tú no eres un sepulcro sino un jardín lozano con arrayanes de perfumado aroma.

Oculta nuestros pecados con el velo del perdón, porque no esperamos otro velo que el tuyo.

Cuán buena y duradera es ¡oh, Dios mío! la recompensa de estar a tu lado. En cambio, el mundo del hombre cuán vano y engañoso es».[2]

Esto es cuanto dijo Mohammad Abd Allah Ibn al-Jatib en el entierro del Gran Yusuf.

Dicen que después de este elogio, el quinto de los Mohammad reflexionó sobre la suerte de Ibn al-Jatib. Palabras tan bellas y deseo tan profundo no podían ser nocivos para Granada. Así que consultando a sus ayudantes más cercanos y viendo que ellos también se favorecían de su decisión, dio orden de restituir a Mohammad Abd Allah en la corte como visir añadiéndole funciones más destacadas y nombró a Abu-l-Nuaym Ridwan hayib o primer ministro.

A sus aposentos le mandó llamar Mohammad V y lo felicitó por la belleza de sus palabras.

—Yo no soy el que escribe, pues escribe mi corazón —dijo humildemente el poeta.

—Dime, al-Jatib, ¿qué vas a hacer ahora que vuelves a tener el poder?

—Suplicaros, mi señor.

—¿Suplicarme?

Al-Jatib se arrodilló frente al joven sultán de quince años. No podía ver su rostro imberbe pero supuso que sus pupilas temblaban.

—Os tengo que suplicar por la vida de un ajusticiado. Mohammad, como adolescente que era, montó en cólera con la rapidez de una ola elevada por el viento.

—¡No es discutible la vida de quien mató a mi padre!

—Said Ibn Tammim es inocente, mi señor. Lo puedo asegurar. Sólo fue utilizado y traicionado, como lo fue vuestro padre. Deberíais tener consideración con quien sufrió lo mismo que el Gran Yusuf.

—¿Te atreves a decirme lo que debo hacer?

—Señor, yo sólo digo que sería de una honradez propia de vuestra estirpe demostrar al pueblo, como primero de vuestros actos regios, que sabéis ser condescendiente y generoso. Perdonad públicamente a Said Ibn Tammim.

—Ningún sultán antes que yo ha perdonado públicamente a quien tuvo que ver con la muerte de su antecesor.

—Porque nadie, antes que vos, ha sido jamás tan magnánimo.

Mohammad suspiró aturdido. Al-Jatib observó su victoria sobre un niño indeciso y dúctil.

—Está bien. Pero quiero que me prometa que nunca más se dedicará a la vida política. Que dedicará lo que le resta de vida a rezar por mi padre.

«In shaa Allah!», pensó al-Jatib.

Y así se hizo. Por mandato de Mohammad V, Said fue liberado de las mazmorras. Se le dio a elegir sobre su vida nueva y Said, reflexionando sobre lo que tenía y lo que tuvo, eligió una estera de rezos y un pañal.

—Deseo vivir en la colina del Aceituno —dijo.

Hasta allí lo llevaron unos soldados y dejaron el cuerpo de Said, maltrecho por los días pasados en las mazmorras, frente a un plato lleno de dátiles y de pan ácimo. Era el plato que utilizaba Qadam cuando vivía, cuando pensaba, cuando le hablaba.

Poco tiempo después llegó Susan, compungida, creyendo que su padre sufría algo peor que el cautiverio. Se agarró a sus manos con espasmos de llanto.

—¿Es esto mejor que la cárcel de la Alhambra? ¡No pueden obligar a ser santo a quien no lo es!

Said sonrió complacido.

—En eso tienes razón, pequeña. Yo nunca podré ser santo. Pero recuerda que la santidad y la maldad andan cogidas de la mano. Hasta Qadam, el más santo hombre que yo conocí, se dejó doblegar por la violencia. Y violencia era aunque creyera salvar mi alma.

—¿Qué harás ahora, aquí solo, perdido?

—Esperar, reflexionar. Ver cómo crece Granada.

—¿Y qué haré yo, padre, sin ti?

Said besó las manos de su hija.

—Tú tienes otra vida. Cásate, obedece a Rodiq Ibn Rodiq como si fuera tu verdadero padre.

A Susan fue necesario arrancarle, literalmente, de los brazos de Said con la fuerza

que sólo poseía la vieja Fátima, acostumbrada a luchar ya con la locura de su madre.

Dejaron solo a Said vestido con su pañal y rezando hacia La Meca.

El corazón de Said se apaciguó como un cachorro amamantado por su madre. No creyó mala vida aquella que podía disfrutar, dominando el paisaje de su barrio natal y de la colina de la Sabika, majestuosa y hermosa.

Desde allí la veleta de la casa del Gallo del Viento parecía muy pequeña entre la inmensidad del Albayzín. Era una lágrima en el inmenso océano de casas blancas. Cuando Said volvió a la colina del Aceituno, la veleta se paralizó, quedándose firme e inhiesta hasta que la casa se derrumbó sola, abandonada, y sobre ella un sultán construyó la casa de una princesa.

Se acostumbró a la soledad, tanto que cuando vio ascender por la colina una pequeña comitiva abanderada por el propio visir, Ibn al-Jatib, se sorprendió y hasta se molestó de ver rota su paz de espíritu.

—¡Bendito seas Mohammad Abd Allah por venir a visitarme!

Al-Jatib, tan versado en otros momentos, no supo qué decir.

—No me mires como si fuera otro Said Ibn Tammim, amigo. Sigo siendo el mismo, sólo que con un pañal.

—No me acostumbro a verte en esta situación. Y parte de la culpa la tengo yo por haber intercedido ante el sultán.

—Era lo mejor para todos.

El Predicador se arrodilló frente a Said, en pleno suelo.

—El joven sultán Mohammad, no sé si mal aconsejado, piensa que si alguna vez tuvieras dinero podrías llegar a conseguir el mismo poder que adquiriste en la corte de su padre.

Said sonrió.

—Lo aconseja Yuyus, entonces.

—No sé por qué le parece más razonable que Ridwan o yo mismo.

Unas aceitunas cayeron del olivo mágico de la colina. Said tomó una y se la llevó a la boca, estaba agria pero a él le supuso un manjar indiscutible.

—¿Compartes conmigo mi tesoro? —preguntó ofreciéndole una.

—¿Qué tesoro es ése, amigo, si no tienes más que una estera y un pañal?

Y el santón contestaba preguntando, como hacen siempre los que saben la respuesta:

—¿Es que, acaso, no lo ves? Lo tengo todo.

Los dos amigos se miraron sabiendo de aquélla su despedida.

—Ve con tu nuevo protegido, al-Jatib. Ibn Zamrak necesita de tu ayuda, me han contado que es un poeta todavía en ciernes.

—Llegará a convertirse en poeta y tal vez hasta me busque la ruina —contestó el visir—. Adiós, Said Ibn Tammim, me gustaría poderte dar un tesoro, pero de oro

puro, para que te liberaras de este cautiverio impuesto.

—Sólo Allah podrá liberarme.

El visir, el poeta, el político, el médico, se marchó con lágrimas en los ojos. Para esta ocasión no tenía ningún epitafio aunque bien le parecía un funeral.

Un día, como cualquier otro, acostumbrado Said a la tranquilidad de la colina, vio brillar algo entre la tierra arrastrada por la lluvia. Rebuscó en el suelo, llenando sus uñas de barro rojizo y de entre el fango sacó una piedra. Una piedra que relumbró bajo los tímidos rayos del sol. La elevó hacia el cielo.

—¡El diamante que Qadam enterró!

La risa le convulsionó su cuerpo esquelético. Miró a la Alhambra. Miró al Albayzín. Creyó ver a Mohammad V junto a Yuyus, confiado éste de su victoria, teniéndolo cautivo en un santuario. Y Said creyó oír la voz de Qadam, diciéndole:

«Siémbralo, Said, que quien siembra recoge».

La verdad y la mentira de Sueños del Albayzín

La novela histórica es la novela más leída en España. Pero su género presenta ciertas controversias a los editores, ya que no todas las novelas históricas se han de llamar así.

Según me decía una excelente escritora de novela histórica, no es lo mismo una novela histórica que una historia novelada. Muchos de los escritores que a ella se dedican caen en el habitual engaño de mostrar una historia, con ciertos puntos históricos, que nada tiene de documentación histórica.

Mis dos novelas anteriores, *La luna sobre la Sabika* y *Mayrit,entre dos murallas*, se convirtieron en novelas históricas didácticas por su carga excesiva de documentación. Yo siempre he creído que al lector de novela histórica deberían interesarle los hechos verdaderos, los hechos históricos documentados, pues si eso no le interesa al lector de novela histórica no será más que un simple lector.

Con frecuencia, los autores de este género literario nos tratan de convencer de la carga real de la novela. Y es muy posible que el lector llegue, entonces, al convencimiento de que lo que ha pasado por sus manos es sólo una historia ficticia basada en la historia real. De esta manera caemos en el engaño de haber vivido-leído una historia que nos pareció real y no lo fue.

Así pues, para evitar este malentendido, he añadido varios anexos a esta historia. Uno nos habla de los personajes históricos reales y otro de las fechas históricas reales.

Por consiguiente, es ficción la existencia del protagonista Said Ibn Tammim y toda su vida amorosa. Es verdad todo lo demás. Siendo una fiel realidad la distribución de las calles del Albayzín y de la Alhambra, los hechos históricos y políticos destacados y el desarrollo de la vida del sultanato de Yusuf I y de sus visires más conocidos, Ridwan y al-Jatib.

En cuanto al asesinato de Yusuf I, tradicionalmente se ha dicho que fue asesinado en la mezquita por un loco, unos dicen que por un criado negro, sin existir causa aparente. Yo he preferido hacer mía esa causa y adaptarla al ritmo literario de la novela.

Queda así aclarada la duda.

Carolina Molina
Madrid, 2 de mayo de 2005

Referencias árabes

Abzan: bañera.
Adarve: calle que normalmente carece de salida.
Ahl al-Ándalus: habitantes de al-Ándalus.
Ahl al-ribat: literalmente, gentes del ribat. Voluntarios de la fe.
Al-balga: esparto.
Al-bayt al-sajun: sala caliente.
Al-Bayyazin: Albayzín.
Al-Hamra: la Alhambra.
Al-Jatib: el Predicador. Sobrenombre de Mohammad b. Abd Allah b. Mohammad b. Abd Alla b. Sa'id d. Ahmad al-Salmani, el que fuera visir de Yusuf I y gran poeta de su corte.
Al-karr wa-l-farr: ataque y huida. Táctica de ataque que los castellanos llamaban *tornafulle*.
Al-Mariya: Almería.
Al-qaysariyya: alcaicería.
Al-salamu alaykum: saludo árabe.
Albórbola: grito que se da en señal de lamento.
Alfoliero: el que alquila el hammam.
Almajaneque: máquina de guerra.
Amur: general.
Anafre: «Hornillo de barro con dos partes diferenciadas: la inferior que es cerrada y que sirve para depositar brasas, y la superior que es abierta, en donde se asienta la marmita o cazuela para calentar los alimentos». (*Granada arqueológica,* Ángel Rodríguez Aguilera).
Arif: oficial subalterno.
Azhar: flores.
Bab al-Ziyada: puerta de las Pesas.
Bab Ilbira: puerta de Elvira.
Bab al-Asad: puerta del León.
Bab al-Shari'a: puerta de la Justicia, también llamada puerta de la Explanada.
Bab al-Ramla: puerta Bibarrambla o puerta del Arenal.
Benimerines: ver meriníes.
Bib al-Ramla: plaza de Bibarrambla.
Birka: alberca.
Buruz: desfile militar.
Canto medinés: canto en honor a Medina, con trémulas que recordaban las del

ruiseñor. También se ha dado en llamar hiyazi o de Hiyaz porque ésta es la región donde se encuentran los lugares santos del Islam.

Dahab: oro.

Dar al-harb: territorio extranjero no musulmán.

Dar al-Islam: territorio musulmán.

Diwan: cancionero o colección de poemas de un autor ordenados, bien cronológica o temáticamente.

Diwan al-nafaqat: encargado de los gastos de palacio.

Diwan al-jarach: Ministerio de Hacienda.

Diwan al-jatam: encargado de la correspondencia del sultán.

Diwan al-azimma: revisar las cuentas de los demás departamentos ministeriales.

Diwan al-barid: responsable de la correspondencia oficial.

Dumluy: brazaletes.

Elches: cristianos renegados. Componían la mayoría de la guardia del sultán. En Andalucía se les denominaba *mamálik*.

Fanak: comadreja.

Fasid: sangrador.

Fasiq: pecado grave.

Fatas: esclavos, generalmente los eunucos de palacio. Podían llegar a ser ayudantes personales del propio sultán y tener, por ello, gran responsabilidad y poder en la corte. También se les llamaba *jisyan* (plural).

Funduq al-Yadida: Corral del Carbón.

Garnâta: su nombre proviene de Garnâta Alyehud, Granada de los Judíos, debido al pequeño reducto o aljama que tuvo su origen cerca de las Torres Bermejas en el barrio de Mauror.

Haddarro: río Darro. Al-Qazwini lo llama también Qalum: «La divide (a Granada) en dos el río Qalum, famoso porque va dejando a lo largo de su curso limaduras de oro puro».

Hakim: médico.

Hammam: baño.

Harira: «Papilla de trigo cocido con grasa a la que a veces se añadía un poco de carne picada». (*Córdoba de los Omeyas*, Antonio Muñoz Molina).

Haxix: hachís.

Hayba: respeto por el cual no se permite mirar directamente a la cara del sultán.

Hidad: vestido o ropa de luto. En los siglos XIII y XIV el color del luto era el negro o azul oscuro mientras que en épocas anteriores era el blanco. «Si el blanco es el traje del luto en al-Ándalus es porque responde a la realidad: ¿No veis que he revestido el blanco de mis canas porque llevo luto por mi juventud?», decía Abu-l-Hasan al-Husri.

Hisn al-Monacar: Almuñécar. Literalmente, «ciudad rodeada de montañas».

Horra: esclava libre.

Iblis: demonio.
Ifriquiya: correspondería en la actualidad a Túnez y la región oriental de la moderna Argelia.
In shaa Allah: que así sea. De esta palabra derivó la española *ojalá*.
Istisqa’: rogativa para lluvias.
Iyata: certificado expedido al finalizar un curso.
Jannat al-’Arîf: Generalife.
Jarayiyyat: prostituta.
Jihad: guerra santa.
Jimar: pañuelo de gasa que se ataba a la nuca y cubría el rostro por debajo de los ojos. (Rachel Arié).
Jitba: petición de matrimonio.
Jubba: casaca. De este término derivó el castellano *chupa*.
Kurray: juego de mesa con piezas talladas en forma de caballo. Se hizo muy popular pero se desconoce en qué consistía. Proviene del persa *kurrag*, que significa «potro».
Kuttab: funcionarios. La forma en singular es *katib*.
La Sabika: colina en donde se levantó la Alhambra.
Madahin: cajas para ungüentos. La forma en singular es *mudhun*.
Madrasa: universidad.
Mahr: dote nupcial que el novio se compromete a pagar a su esposa.
Maliki: escuela; proviene del nombre de Malik Ibn Anas, discípulo de Mahoma, fallecido en Medina en 795. Con él se observa el endurecimiento de la ortodoxia religiosa.
Mamálik: elches.
Maristán: hospital.
Masyid al-Ta’Ibin: mezquita de los Conversos; es la actual San Juan de los Reyes.
Maylis: reuniones literarias en donde se recitaba.
Meriníes: benimerines; bereberes que dominan el Magreb entre los siglos XIII-XIV.
Mezquita Mayor del Albayzín: actual iglesia de San Salvador.
Migfar: almófar.
mirqas o **mirkas**: salchicha que solía venderse en puestos callejeros.
Mizmar: flauta.
Muharran: mes del calendario andalusí.
Munayyim: astrólogo profesional.
Mu’ahdin o **muezzin**: almuédano.
Nabid: vino hecho en España con uvas pasas y en Oriente con dátiles. A veces sustituía al vino cuando éste se prohibía severamente.
Naft o **Nafta**: líquido incendiario. «Trueno» en árabe, según Rachel Arié. El plural de naft es *anfat*.
Naqib: capitán.

Naura: noria. Estando en Córdoba la Reina Católica, aturdida por el ruido de una noria cercana al alcázar donde ella se alojaba, mandó desmontarla. Muchas son las norias que relacionamos con grandes hombres de al-Ándalus, desde la que cita Ibn al-Jatib en su *Ihata* y que él considera la primera rueda hidráulica construida en Fez por un musulmán español, originario de Sevilla en el siglo XIII, hasta las construidas por al-Mamum en Toledo para regar los jardines a la orilla del Tajo. También Abderramán II y Abderramán III mandaron edificar distintas norias cerca de sus palacios. La noria más conocida de todas es la Albolafia de Córdoba. Se recomienda, para saber más, el interesante artículo de Torres Balbás *Las norias fluviales en España*.

Nayruz: fiesta del equinoccio de la primavera.

Nazir: sargento.

Na’s: parihuela.

Qabrat al-Rawda: cementerio de la Rauda.

Qantarat Hammam al-Tay: puente del Baño de la Corona.

Qantarat Ibn Rashiq: puente del Aljibillo.

Qantarat al-Qadi: puente del Cadí.

Qantarat al-Yadida: puente Nuevo.

Qa’id: oficial.

Qurtuba: Córdoba.

Rihla: género literario a partir de relatos de viajeros andalusíes y marroquíes.

Rubb: zumo de uva en forma de jarabe hervido. (Rachel Arié).

Sabay: azabache.

Sáhib al-medina: zalmedina.

Sahma: jaque mate.

Sallam: saludo que castellanizado viene a ser algo así como la paz sea contigo.

Saqi: copero.

Sinyil: río Genil.

Sufi: persona seguidora de la escuela teológica de carácter místico, cuyo nombre se ha dicho tradicionalmente que proviene de *suf* (lana) aunque lo más probable es que provenga de la palabra griega *sofos* (sabio).

Sulayr: Según al-Qazwini *Yabal al-Talch*. Sierra Nevada.

Sunna: en literatura «costumbre». Como tal se denomina no sólo a la norma de comportamiento emanada de Mahoma mediante su palabra, sus actos y su aprobación táctica, sino también a la mayor de las grandes divisiones del Islam. Sus partidarios, sunnitas o sunníes, mantienen la pretensión de ser los seguidores verdaderos del profeta así como su verdadera comunidad. (*Diccionario de las tres religiones monoteístas*, César Vidal Manzanares).

Suq al-qarraquin: zacatín.

Susan: azucena.

Tablegero: persona que alquila o regenta el local de los baños.

Taca: hornacina cercana a las puertas en donde se introducían jarrones con flores.

Tawasiya: medio castrados.

Taylasan: velo o capa pequeña que se recogía en uno o ambos hombros y que solía vestir el pueblo llano o igualmente los ricos musulmanes. (Rachel Arié).

Ta'bin: epitafio.

Tlemcen: Tremecén, ciudad de Argelia situada entre Orán y la frontera con Marruecos.

Umm walad o **ummahat awalad**: concubina convertida en madre de un varón.

Walima: convite de boda.

Xahada: llamada del almuédano para la oración y, por derivación de ésta, testimonio de todo musulmán en el campo de batalla, si muere haciendo valer su religión.

Yabal Al-Talch: Sierra Nevada.

Yannayr: fiesta con motivo del primer día del calendario juliano, es decir, enero (ianuarius) en donde los andalusíes intercambiaban regalos y preparaban pasteles.

Yinn: en general, genio.

Yubb al-Qadim: Aljibe Viejo.

Zambra o **zamra**: de esta palabra procede la voz castellana *zambra*. Sesiones musicales, en general, fiesta.

Zamila: acémila, mulo.

'Abir: perfume de azafrán.

'Ayib o **Aya'ib**: maravilloso. Bien, fenómeno de naturaleza, creación del hombre que causa maravilla a quien lo observa aunque desconozca la razón de cómo se produjo.

'Aza'im: amuleto.

'Udul: testigos instrumentales en el matrimonio. La forma en singular es *'adl*.

Personajes

Abd Allah Ibn Said: padre de Ibn al-Jatib, el poeta y visir.
Abu Ali Musa: funcionario de la Chancillería.
Abu-l-Nuaym Ridwan: visir. Háchib.
Ahmed: amigo del pequeño Said Ibn Tammim.
Ali: zapatero.
Amin Ibn Utman: zalmedina.
Asha Ben Ismail: Asha, esposa de Said Ibn Tammim.
Aslam Aziz: joyero.
Bibis: antiguo criado de Jamal al-Cencid.
Hasan Ibn Al-Muradi: el almotacén.
Hussein Ibn Hud: el meriní.
Ibrahim Abbas: viajero.
Ismail al-Nuwari: padre de Asha.
Jamal al-Cencid: arquitecto.
Mohammad Yuyus: funcionario de la Chancillería.
Mohammad V: hijo de Yusuf I.
Muley Abd Allah: el meriní.
Pietro Ghinassi: el Genovés.
Rodiq al-Majriti: Rodiq *el Madrileño,* cocinero.
Said Ibn Tammim: Said, protagonista de la novela.
Shib Fanak: el contrabandista.
Sudun Ibn Hud: hermano de Hussein, el meriní.
Suleyman: criado de Asha.
Tammim al-Hilali: padre de Said.
Umar al-Garnati: alarife.
Yusef Barzaj: el hakim.
Zakur al-Hulla: amur de los ejércitos.

Anexo de personajes históricos

Ibn Battuta: «Ibn Battuta representa para el mundo islámico lo que para el mundo occidental encarnan viajeros como Marco Polo (con el que Ibn Battuta coincidirá en muchas de sus descripciones)». «Ibn Battuta (1304 - 1377) abandona su ciudad natal cuando cuenta con 23 años, no volviendo a ella sino acercándose a la cincuentena». «Como testigo de su época, experimenta los destrozos de la peste negra de 1348, de la que le llega noticia durante su estancia en Alepo (Siria). El azote de la plaga le pisa los talones volviendo a Marruecos, hasta el punto de referirse a la muerte de Alfonso XI de Castilla en 1350, afectado por la epidemia durante el cerco de Gibraltar». «A su vuelta, visitará al-Ándalus declinante y la Granada del sultán Abu Yusuf». (*Ibn Battuta*, El viajero histórico, *El legado andalusí*, Sergio Cebrián Sanz).

Ibn al-Yayyab: ocupó el cargo de secretario real y visir con Yusuf I, entre otros sultanes. Fue poeta y parte de su poesía está grabada en la sala de la Barca y en el Generalife. Fue maestro de Ibn al-Jatib, quien le sucedió.

Ibn Zamrak: místico y poeta que fue protegido por Ibn al-Jatib y a quien le debió, tradicionalmente, su decadencia en la política. Fue primer ministro del sultán Mohammad V, hijo de Yusuf I. Alguno de sus poemas son parte de la Alhambra, como los de Ibn al-Yayyab e Ibn al-Jatib. **Ibn al-Jatib**: hombre polifacético, poeta, político, geógrafo y médico. Llegó a acaparar el visirato bajo los reinados de Yusuf I y su hijo Mohammad V.

Ibrahim Abd al-Barr: primer ministro de Yusuf I a comienzos de su sultanato.

Nazaríes: de la dinastía de los Nasr, quienes se establecieron en Granada siendo el primero de ellos Mohammad I, denominado Alhamar, por ser su nombre completo Mohammad Ibn Nasr Al-Ahmar (1237 - 1273).

Ridwan: visir de Yusuf I. Visir también bajo el sultanato del hermano fallecido de Yusuf I, Mohammad IV, hombre de gran inteligencia, pactó treguas con los cristianos que llevaron al Reino de Granada a sucesivos períodos de paz. Cayó en desgracia poco antes de la famosa batalla del Salado en 1340.

Yusuf I: «Recibió el poder después de la muerte de su hermano en el Guadiaro en los alrededores de Algeciras, el miércoles 13 de du l-hiyya del año 734 (1333), siendo entonces su edad de quince años y ocho meses». (*Historia de los reyes de la Alhambra*, Ibn al-Jatib).

Ziríes: sobre este período recomiendo *El siglo XI en primera persona. Las memorias de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090)*, versión de Lévi-Provençal y Emilio García Gómez. Para tener una idea de la vida

cotidiana en este período también recomiendo el excelente libro *Esplendor de al-Ándalus* de Henri Pérès.

Ziryab: sabio iraquí que se estableció en la corte de Abderramán II e innovó la cocina, los hábitos de higiene y la música.

Para conocer mejor la ciudad de Granada

Alcaicería: «Es palabra que tiene una cuna helenística. Proviene de *caesarea*, a través del bizantino *kaisareia*, que significa mercado imperial o cesáreo. La alcaicería pertenecía al sultán, que cobraba un tributo a los beneficiarios de tiendas y puestos; constituía un lugar vigilado, abierto sólo a ciertas horas, con acceso a través de diez puertas, en ella se vendían los productos más caros…» (*Granada de los nazaríes*, Antonio Gala). La alcaicería granadina estaba situada frente al muro de la alquibla de la Mezquita Mayor de Granada y su superficie se prolongaba hacia el suroeste. La que actualmente se encuentra en pie es una reconstrucción de la anterior, devastada por las llamas en un incendio en el año 1843. Un interesante trabajo sobre cómo se organizan los mercados es el *Señor del Zoco* de Pedro Chalmeta y su consecuente explicación y análisis en *Al-Ándalus frente a la conquista cristiana* de Pierre Guichard.

Alhóndiga Nueva: nos referimos al Corral del Carbón situado en la calle Mariana Pineda, pequeña calle paralela a Reyes Católicos y al que se accede por un pasadizo llamado Puente del Carbón. Cuando lo mandaron edificar, el funduq estaba en conexión con la alcaicería cercana a través del Puente Nuevo o Alcántara Yidida. Leopoldo Torres Balbás lo restauró y en la actualidad vuelve a restaurarse. Cuando se abra al público se ubicará en su interior la oficina de Turismo y la tienda de la prestigiosa revista granadina *El legado andalusí*. La denominación de Corral del Carbón fue dado por los cristianos por hospedarse en él los comerciantes del carbón. «En efecto, ya habíamos hablado de las alhóndigas que se habían distinguido por el producto que se vendía en ellas. Este tipo de alhóndigas podía corresponderse con una de las tres granadinas que conocíamos. En concreto, con la llamada Zaida o Zayda de las frutas, ubicada en el Zacatín, detrás de la madrasa. De ella sabíamos que despachaba paja, leña, queso, miel, aceite, patatas, castañas, bellotas, pasas y otros muchos productos». (*En busca de la Granada andalusí*, J. Castilla Brazales y A. Orihuela Uzal).

Aljibe Viejo: Se llama en la actualidad aljibe del Rey y se está restaurando para ubicar la Fundación Patrimonio del Albayzín. Según *En busca de la Granada andalusí*, este aljibe tiene cuatro naves paralelas con bóvedas de medio cañón. Sus tres arquerías centrales se forman cada una por cuatro arcos de medio punto sobre pilares cuadrados.

Arco de las Monjas: Muy cerca de la puerta de acceso al palacio de Daralhorra puede observarse un arco bajo; son los restos de un acueducto, el llamado arco de las Monjas; a través de él se llevaba el agua de Aynadamar, la Fuente Grande, hasta el corazón del Albayzín, por entonces y en tiempos de su construcción, al

alcázar de los reyes ziríes.

Barrios de Granada: «Existieron distintos barrios, algunos de los cuales han podido ser documentados arqueológicamente en mayor o menor extensión, destacando el rabd al-Bayyazin o Albaicín propiamente dicho, entre la plaza Larga y la calle Pagés aproximadamente; rabd al-Aqaba o barrio de la Cuesta que se identifica con la actual cuesta de Alhacaba; el rabd al-Rasif, entre el anterior y el camino de San Antonio; el rabd de la Bab Fayy al-Lawza que en época cristiana será conocido como San Luis, circundando la puerta del mismo nombre». (*Granada arqueológica*, Ángel Rodríguez Aguilera). Según Seco de Lucena había que distinguir, por un lado, la Colina Roja (la Alhambra), en la colina de la otra orilla del Darro, el barrio de Ajsaris, la al-Qasaba al-Qadima (Alcazaba Vieja) y rabad al-Bayyazin (Albayzín). Por otro, en las colinas situadas a poniente del barranco de la Sabika, otros tres arrabales, el de al-Ramla (la Rambla) al oeste y los de al-Fajjarin (los Alfareros) y al-Nayd (la Loma) al sur. A todos éstos habría que sumarles el de la Antequeruela, formado posteriormente después de la pérdida de las plazas musulmanas en 1410. «En Granada, la disposición de los zocos árabes persistió hasta el siglo XVIII: la cuchillería se vendía en la calle de Gomeres, y zapateros y tintoreros tenían sus propias calles. En las páginas de tratados de hisba aparece claramente la diferencia entre oficios nobles y oficios degradantes». (Rachel Arié). Para comprender la estructura de los barrios de Granada se recomienda el artículo *Estructura de las ciudades hispanomulsumanas: la medina, los arrabales y los barrios* de Leopoldo Torres Balbás.

Bosques de la Alhambra: según Ladero Quesada es muy posible que el bosque que rodea la Alhambra sea de época castellana, pues hubiera ido contra elementales principios defensivos. Así pues, habremos de imaginarnos una colina sin demasiados árboles e impedimentos visuales, mucho más defensiva y menos bella que en la actualidad.

Fuente Agrilla: «Otro grupo de leyendas de gran antigüedad son las relacionadas con fuentes y manantiales. Por ejemplo, las que se cuentan sobre las fuentes que estaban situadas en las márgenes del Darro, camino de Valparaíso. Según una leyenda recogida entre otros por el padre Villareal en su *Libro de las tradiciones granadinas*, existía en el citado lugar una cueva con una fuente de aguas medicinales. A este respecto, el propio Villareal se pregunta al comienzo de su narración si dicha fuente existía ya en tiempos de los árabes». (*Cómo nacieron las leyendas y tradiciones granadinas*, Miguel Ángel Cáliz).

Hammam al-Yawza: Bañuelo, literalmente Baño del Nogal. «Tenía en su ingreso un patio con las dependencias de las viviendas del cuidador del establecimiento. Por estrecha puerta se pasa a la sala de vestuario, ya abovedada como el resto del edificio y con las típicas lumbreras estrelladas y octogonales para facilitar la iluminación y ventilación. A continuación hay una sala alargada con atajos en los extremos que hacía de sala fría, se pasa por otra puerta a la sala templada y,

finalmente, a la caliente». (*Plano guía del Albayzín*, A. Almagro, A. Orihuela y C. Sánchez).

Casa del Gallo del Viento: La leyenda de la casa del Gallo del Viento se ha citado muchas veces. La referencia más destacada es la de Washington Irving en *Cuentos de la Alhambra* de donde recogemos esta cita, que completa sería: «El palacio de la bella Granada ofrece un talismán. El jinete, aunque un cuerpo sólido, gira a todos los vientos. Esto, para el sabio, revela un misterio. En breve tiempo, sobrevendrá una calamidad que destruya al palacio y a su dueño». Igualmente hace referencia a la leyenda Antonio Gala en *Granada de los nazaríes* y poniendo la historia en boca de su amada Granada dice así: «Esa leyenda de la veleta previsora expresa el estado de permanente vigilancia en que mi vida se desarrollaba cuando yo fui la capital del último reino islámico de España». Por la situación en que Irving ubica la casa en lo que fue un día palacio real de los ziríes, parece que pudo situarse, si es que existió alguna vez, en lo que es en la actualidad el palacio de Daralhorra.

La Sabika: mucho ha dado que hablar este término, que puede traducirse como lingote de oro o de plata, por ser ésta la denominación del término *sabika*. Algunos lo traducen como el Valle de la Plata. «Era el que hoy ocupa el bosque de la Alhambra. Comprendíase por Asabica —según el sabio orientalista don Leopoldo Equilaz— el campo que comenzaba en la Bib-Handac, hoy puerta de las Granadas, extendiéndose por el bosque —que en aquel tiempo no lo era— por las huertas del Generalife y lindando por el mediodía con Torres Bermejas y el Campo de los Mártires y por el norte con el Muro de la Alhambra». (*Plano árabe de Granada*, Luis Seco de Lucena).

Madrasa: escuela superior de jurisprudencia y teología. «Se trata de escuelas superiores públicas en las cuales en primera línea se enseñaba derecho islámico. Funcionaban sobre la base de donaciones piadosas, que aseguraban la manutención de profesores y estudiantes y le garantizaban al donante cierto control. A menudo se encontraba física y administrativamente en estrecha relación con la mezquita». (*Arquitectura islámica en Andalucía*, M. Barrucard y A. Bednorz). Mandada edificar en tiempo de Yusuf I, hacia el 1349 según la inscripción, hoy por hoy sólo se conserva el mihrab. Se sitúa en la calle Oficios, cerca de la catedral.

Maristán: Se situaba en la margen derecha del río Darro. Se deriva del vocablo persa *bimaristán*. Hace referencia al término hospicio u hospital. También tenían salas de psiquiatría. Se levantó en Granada por el hijo de Yusuf I, Mohammad V hacia junio de 1367, con la inscripción siguiente: «Mandó levantar este hospital, como muestra de su gran conmiseración, para los enfermos musulmanes pobres, Mohammad V, con esta construcción creó una buena obra… para la que asignó bienes procedentes de obras pías…». (Traducción incluida en *En Busca de la Granada andalusí*).

Mezquita del Albayzín: actual iglesia de San Salvador. Lo que sabemos de ella se lo debemos al viajero Jerónimo Münzer que describió su patio adornado con naranjos.

Mezquita Mayor: «La mezquita es donde los viernes obligatoriamente asistían los fieles a la oración del mediodía, era a la vez grande e íntima. Sus once naves, sostenidas sus techumbres a dos aguas por columnas de mármol, representaban el primer oratorio de Mahoma. En el nártex, el patio de entrada, existía la fuente de las Abluciones. La quibla es pues la dirección hacia La Meca». (*Granada de los Nazaríes*, Antonio Gala).

Mezquita de los Morabitos: «Esta mezquita se conoce como la de los Morabitos y debió de construirse por las mismas fechas que la muralla y la puerta de Hernán Román, de lo cual da fe su fábrica, construida con sillares de piedra arenisca dispuestos a soga y dos, tres o cuatro tizones, siendo por tanto una de las más antiguas de la ciudad». (*Granada arqueológica*, Ángel Rodríguez Aguilera).

Patio: «El patio árabe es la prolongación hacia la naturaleza de su peculiar concepción del espacio. En oposición al espacio fugado occidental, el espacio árabe es compartimentado: la vista se detiene en una serie de pantallas transversales que señalan un obstáculo pero, simultáneamente, pasa a través de ellas y progresa hacia un reclamo u objetivo final. En la Alhambra, esa sucesión de pantallas más o menos porosas alterna patios o estancias y termina en estrechos miradores que sugieren direcciones visuales hacia los jardines próximos o hacia los paisajes lejanos». («La Alhambra como lugar», Miguel Aguiló en *Ingeniería hispanomusulmana*).

Placeta de las Minas: Se dice que la placeta de las Minas sigue el curso del foro romano. Los hallazgos allí descubiertos, aunque escasos, así lo atestiguan.

Puentes de Granada: al parecer en la época de Yusuf I había cinco puentes en la ciudad: el de Ibn Rashiq (puente del Aljibillo) en la cuesta del Chapiz; el del Qadí en la actual iglesia de Santa Ana; el del baño de Jas, la Qantarat al-Yadida (puente Nuevo), en el Corral del Carbón; y la Qantarat al-Ud (puente del Álamo) en la calle Salamanca. Como curiosidad, el puente del Baño de la Corona, o Qantarat Hammam al-Tay, en la calle Elvira, se encuentra en la actualidad bajo la bóveda del río Darro, restos que han quedado inmutables frente a los intentos de modernizar la ciudad.

Puerta de las Pesas: (Bab al-Ziyada) la puerta de las Pesas se llamaba así «debido a que en ella se solían colgar las pesas defectuosas que las autoridades decomisaban a los comerciantes»… «era una construcción que databa de fines del siglo XI o primera mitad del siguiente. También se la había llamado Puerta Nueva. Tal denominación se basaba en el hecho de que hubiese permanecido cerrada durante largo tiempo debido, al parecer, a algún agorero vaticinio que había circulado entre la población». (*En busca de la Granada andalusí*).

Puerta de Hizna Román (Hisn Román): se abría entre dos gruesas torres de

argamasa y tenía acceso recto abovedado. Se construyó con piedra de La Malahá. Una parte del pasadizo lo ocupa una capillita. Está ubicada muy cerca de la puerta de las Pesas, casi irreconocible si no fuera por la capilla anteriormente citada.

Puerta Monaita: «Daba acceso al recinto conocido como alcazaba antigua, núcleo originario de la ciudad islámica de Granada, y está flanqueada por un torreón de mampostería encintada. Tras esta puerta había un patio encerrado entre murallas, a través de las cuales, girando a mano derecha y por otra puerta hoy desaparecida, se entraba a la alcazaba». (*Plano guía del Albayzín*).

Puerta Elvira: Se encuentra en la zona noroeste de la muralla, que ponía cerco a la medina. Muy cerca de la puerta Monaita y en la actualidad en un extremo de la Gran Vía de Colón. Su nombre parece que proviene de dar salida a la cercana ciudad de Ilbira (Elvira) y junto a ella se extendió el cementerio más grande de la ciudad.

Puerta del Arrabal: Servía para comunicar la ciudad palatina con el valle del río Darro, y sobre todo, para dirigirse al Generalife, cuyo acceso primitivo se encuentra muy próximo a esta puerta. (*En busca de la Granada andalusí*).

Puerta del León: Se encuentra en el número 33 de la calle Cruz de Quirós. Las ruinas a las que me refiero son las que se hallaron muy cerca de allí y tuvo a bien enseñarme Inmaculada de la Torre, que por aquel entonces pros-pectaba en la zona. Yo sólo distinguí unas basas y parte de las columnas pero quedarán sus restos para la posteridad como indicativo de que los romanos vivieron en esa zona del Albayzín.

Puerta de la Justicia (Bab al-Shari’a): también llamada puerta de la Explanada o de la Ley. «El carácter ceremonial de este monumento resulta aún más acentuado debido a varios detalles arquitectónicos y decorativos. Así por ejemplo el interior, con sus dos recodos, utiliza tres tipos distintos de bóveda, una bóveda de aristas alargada, una cúpula y después tres bóvedas de aristas tradicionales; es como si el arquitecto o el responsable de la construcción de la puerta quisiera hacer una exhibición de versatilidad técnica». «Finalmente si es correcto suponer que las murallas exteriores de la Alhambra pertenecen a la última parte del siglo XIII, esta puerta, con su inscripción ritual, con nombre y construcción poco frecuentes, y con su peculiar decoración, tiene que haber sido un añadido de Yusuf I en el siglo XIV con propósitos simbólicos y funcionales muy específicos al parecer. Mucha importancia se ha dado al nombre, la puerta de la Ley Islámica, y algunos han defendido que era el sitio donde se administraba justicia». (*La Alhambra: iconografía, formas y valores*, Oleg Grabar).

Puerta de Bib-rambla o Bibarrambla: Se levantó en época de Yusuf I en la parte sur de la plaza del mismo nombre. Se llamaba Bab al-Ramla o puerta del Arenal por la rambla que desde ese lugar y hasta el puente del Genil se extendía por el río Darro. Actualmente se encuentra en las inmediaciones de la Alhambra en un paraje bucólico rescatada de su abandono por el arquitecto Leopoldo Torres

Balbás. Existe un interesante artículo de este eminente arquitecto, al que tanto debemos, titulado *La Puerta de Bibarrambla de Granada*.

Qabrat al-Rawda: cementerio de la Rawda o de la Rauda o cruz de la Rauda, se encuentra en la ladera que sube a San Miguel Alto, en pleno Albayzín, y aunque se encuentra despoblado en la actualidad, en el siglo XIV debió de estar urbanizado en su totalidad. No confundir con la Rauda, cementerio de la Alhambra que restauró Leopoldo Torres Balbás en 1925, descubriendo más de setenta tumbas. En *Granada arqueológica*, se apostilla que la excavación de Torres Balbás fue en el año 1926 y que se extrajeron 42 sepulturas que se «encontraban ya vacías ya que tras la conquista de los cristianos Boabdil trasladó los restos de sus antepasados a otro cementerio, en este caso a Mondújar».

Restos de casas particulares en la Alhambra: frente a la fachada meridional del palacio de Carlos V se encuentran abiertos a los ojos de los visitantes los restos de una casa aparecida en 1922. También se excavaron otras casas en la plaza de Armas de la alcazaba pertenecientes a soldados y gente modesta. Según Torres Balbás en algunas «casas musulmanas —las más ricas—, verdaderos palacios en miniatura, el patio es rectangular, con arcos sobre columnas…». «Otras más modestas sólo tienen galería abierta, sobre columnas o pilares, en uno de los costados. En las más pobres, el patio se reduce a un pequeño rectángulo, sin arquería alguna, a la que dan las habitaciones». («Plantas de casas árabes en La Alhambra», *Crónica de la España musulmana, I*)

Sala de los Embajadores: «… si bien resulta obvio que esta sala cumplía una función oficial de algún tipo, su identificación como la sala de recepción del palacio, en la que el trono real estaría colocado en el nicho central del lado norte, se ha basado hasta ahora en un único documento del siglo XVI, la descripción hecha por el intérprete real Alonso del Castillo. En sí misma, la disposición interior de la sala no exige que se interprete su cometido como local de recepción, aunque tampoco excluye que ocasionalmente pudiera utilizarse como tal». (Oleg Grabar).

San Miguel Alto: cuenta la leyenda que en la zona de San Miguel Alto existió un olivo cuyos frutos maduraban en una jornada. En la actualidad, junto a la ermita, aparece una lápida que reza: «Bajo la dominación sarracénica hubo en este sitio una iglesia cristiana y en su recinto una fuente y un olivo maravilloso muy celebrado por los autores árabes; andando el tiempo los moros edificaron en su lugar una rábita que en memoria del maravilloso olivo se llamó la torre del Aceituno cuyo nombre ha subsistido hasta hoy…». Según al-Qazwini: «Abu Hamid al-Garnati contó que cerca de dicha ciudad hay una iglesia y junto a ella una fuente y un olivo al que se dirige la gente un día determinado del año. Al salir el sol brota con abundancia el agua de la fuente y florece el olivo, más tarde el fruto madura y se convierte en aceituna. Las aceitunas cuajan de un día para otro y las coge quien desea hacerlo, así como el agua de la fuente que se utiliza con

fines curativos. Y me contó el alfaquí Sa'id b. Abd al-Rahman al-Garnati que éste estaba en Segura, al-Udri lo situó en Lorca. Todos ellos son andalusíes y los lugares mencionados pertenecen al territorio andalusí, por lo tanto es posible que cada uno de ellos lo relacione con un lugar que les quede cerca».

Torre de Comarex: «El exterior de la torre puede remontarse al siglo XIII; el patio mismo y algunas de las unidades más pequeñas parecen ser de la época de Yusuf I; pero la mayor parte de la decoración, y puede que también de la arquitectura, de la sala de la Barca y de la de los Embajadores pertenece al período de Mohammad V». (Oleg Grabar).

Xenil: río Genil. Fernando Nicolás Velázquez Basanta, profesor titular de la Universidad de Cádiz, afirma en un artículo «los poetas de Granada han tenido siempre verdadera pasión por describir este río, hasta el punto de que algunos fueron en ello demasiado lejos, pues lo pusieron por encima del Nilo al tener su nombre una xîn de más, letra que vale tanto como mil si se emplea en su acepción de número; de esta manera el Genil (*Xinîl*) es como un Nilo (*Nîl*), multiplicado por mil».

Zacatín: Se deriva del vocablo árabe *saqqat* (trapero o ropavejero), indicando que el zoco instalado allí centraba su actividad en la ropa usada. Muy cerca de la alcaicería, aún hoy hallamos una calle con el nombre por donde discurría este zoco.

Hechos cronológicos en la vida de Ibn al-Jatib

15 de noviembre de 1313 (25 de rayab 713 h.): nace en Loja Mohammad b. Abd Allah b. Mohammad b. Abd Alla b. Sa'id d. Ahmad al-Salmani, conocido por Ibn al-Jatib, que viene a significar «hijo del predicador», por el sobrenombre que recibió su tatarabuelo cuyo oficio de jatib desempeñaba en la mezquita de Loja.

25 de agosto de 1333: coronación de Yusuf I.

verano de 1333: Ibrahim b. Abd al Barr es nombrado visir de Yusuf I.

octubre de 1333: Abu-l-Nuaym Ridwan es nombrado visir. Al-Jatib es nombrado secretario auxiliar (katib) del secretario del sultán Yusuf I (IbnYayyab) en la Chancillería.

primavera / verano 1340 (otras fuentes hablan de hasta el 23 de enero): meses antes de la batalla del Salado, Yusuf I ordena encarcelar a Ridwan y confiscar sus bienes. Se le ofrece el puesto a Ali b. Al-Mawl, que se excede en el cargo. A Ridwan se le confina en la prisión de la alcazaba de Almería. Pero meses después se le perdona y vuelve a ofrecerle el puesto, que éste rechaza, siendo nombrado Ibn al-Yayyab quien ostentará los dos ministerios, el visirato y la jefatura de la Chancillería (Diwan al-insa').

1340 / 1341: se casa con Iqbal.

octubre de 1340: Ibn al-Jatib conoce a Ibn Marzuq, al final de la batalla del Salado, cuando éste acude con el emir Abu-l-Hasan en calidad de predicador de la corte meriní, secretario e imán de la oración y participando en las operaciones militares de asedio a la plaza de Tarifa.

verano / otoño 1340: Al-Jatib es nombrado secretario particular del sultán o katib al-sirr.

julio de 1342: nace Abd Allah, su hijo mayor.

1344: los castellanos ocupan Algeciras. Se firma un tratado de paz por diez años.

1347 / 1348: Ibn Marzuq acude a Castilla para firmar un acuerdo de paz y el rescate del hijo del emir Abu-l-Hasan, caído prisionero en la batalla del río Salado. Es posible que se viera con Ibn al-Jatib en Granada.

19 de abril de 1347: realiza un viaje con Yusuf I a las fronteras del reino para inspeccionar las defensas.

junio de 1348: se levanta la puerta de la Justicia.

primavera 1349: se inaugura la madrasa.

1349: Alfonso XI intenta conquistar Gibraltar.

1349: muere Ibn al-Yayyab, maestro de Ibn al-Jatib y predecesor en el cargo de éste en la Secretaría de Estado o Diwan al-insa'. Se celebra de forma fastuosa en el cementerio de puerta de Elvira.

1349: se le nombra visir y jefe general del ejército.

1350: Alfonso XI muere de peste. Se ratifica el tratado de paz con el sucesor de Alfonso, Pedro I de Castilla. Este tratado no gusta a los meriníes, cuyo emir es ahora Abu Inan Faris, hijo de Abu-l-Hasan, quien reclama a Yusuf I los hermanos del sultán de Fez, Abu l-Fadl y Abu Salim, que será futuro sultán, que se habían refugiado en la Alhambra, como más tarde lo haría el propio Ibn Marzuq.

1351: viaje de Ibn al-Jatib al Magreb en misión diplomática.

1351: muere Abu-l-Hasan, entre julio y agosto. Yusuf envía a al-Jatib a dar las condolencias a su hijo Abu Inan.

1351 / 1352: llega a Granada Ibn Marzuq exiliándose porque cae en desgracia en la corte meriní en donde Ab-l-Hasan es sustituido por Abu Inan. En la corte de Granada encuentra amigos como el propio sultán Yusuf I y un hijo del antiguo sultán meriní, Abu Salim, protegido en la corte granadina.

1352: se nombra maestro en la madrasa a Ibn Marzuq.

1367: escribe *Historia de los Reyes de la Alhambra (Lamha al-badriyya)*; se conserva una edición de El Cairo de esa fecha. Se dice también que en septiembre de 1361 ya tenía escrita la mayor parte.

Hechos históricos cronológicos: batalla de Tarifa

Junio de 1340: después de perder en la batalla del Estrecho, los castellanos refuerzan su plaza en Tarifa. Obtienen ayuda de los genoveses (15 galeras), de Pedro IV de Aragón (12 galeras). Tendrán un conjunto de 42 galeras, 12 naves y la ayuda prestada por Portugal que se desconoce en cuántas galeras consistió.

4 de agosto de 1340 (9 de safar de 741): llega Abu-l-Hasan a la Península.

15 de agosto de 1340: Abu-l-Hasan busca la ayuda de Yusuf I de Granada con quien celebra la fiesta del nacimiento del Profeta, el 12 de rabi I de aquel año.

5 de septiembre de 1340: fiesta del nacimiento del Profeta. Es muy posible que a partir de esta fecha se estrechen las relaciones con los meriníes. Abu-l-Hasan se confía creyendo en su poder naval. Devuelve a los hafsíes las galeras prestadas, retira gran parte de la suya a Ceuta y deja tan sólo doce en Algeciras. Su estrategia es tomar Tarifa, asediar y tomar Jerez y enfrentarse con Alfonso XI en tierras de Sevilla. Para luchar contra él trae como arma defensiva almajaneques.

23 de septiembre de 1340: los meriníes empiezan el asedio. Separan Tarifa del mar con un muro y cavan un foso para proteger sus campamentos. Alfonso restablece la flota pero se convence de que si se separan serán más fuertes, así que los castellanos se dirigen a Tarifa y el ejército portugués al Algarve. Esta decisión les hace perder fuerza. Abu-l-Hasan, creyendo que los castellanos han remontado y siendo víctima de la falta de suministros durante tres meses, decide pactar una tregua. Pero una tormenta impide que los cristianos lleguen a territorio meriní.

29 de octubre de 1340: Yusuf I y Abu-l-Hasan deciden mover el campamento hacia una colina desde donde poder dominar el territorio. Alfonso IV y parte de las tropas de Alfonso XI marchan por el norte del río Salado contra Yusuf. El resto de los castellanos de Alfonso XI luchan contra Abu-l-Hasan.

30 de octubre de 1340: los castellanos cruzan el río Salado con dificultad. Los portugueses ponen en fuga al ejército de los granadinos. Los atacantes siembran el desconcierto entre los musulmanes. Yusuf vuelve hacia Marbella y Abu-l-Hasan hacia Ceuta. Los castellanos toman cautivos entre el ejército meriní. Muere Abd Allah, el padre de Ibn al-Jatib, y su hermano mayor, del mismo nombre.

1340: a la vuelta de la batalla del Salado y debido al fallecimiento de su padre, que ocupaba este puesto, le ofrecen a Ibn al-Jatib la secretaría de palacio en la Chancillería.

verano 1341: Alfonso XI ataca continuamente la frontera nazarí.

20 de agosto de 1341: cae Alcalá la Real. Después van Priego, Carabuey, Rute, Benamejí y Locubín. Yusuf quiere pactar con Alfonso XI pero éste le pone como condición la ruptura total con Fez.

septiembre de 1343: Yusuf se cansa de ayudar a los meriníes.
25 de marzo de 1344: rendición de Algeciras. Yusuf pacta una tregua con Alfonso XI de diez años. Empieza el período floreciente de Granada.
1348: se construye la madrasa y la puerta de la Justicia.
1348: llega la peste a Granada.
26 de marzo de 1350: muerte de Alfonso XI.
19 de octubre de 1354: muerte de Yusuf I.

Bibliografía

Abd Allah al-Ziri, *El siglo XI en primera persona. Las memorias de Abd Allah, último rey zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090)*, versión de Lévi-Provençal y Emilio García Gómez, Alianza Tres, Madrid, 1980.

Aguiló, Miguel (editor), *Ingeniería hispano musulmana, XII Curso de Verano de Ingeniería Civil, Toledo, 8 al 15 de julio de 2003*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

Al-Mudayna (Asociación cultural), *El Madrid Medieval. Sus tierras y sus hombres*, edición de Juan Carlos de Miguel Rodríguez, Asociación Cultural Al-Mudayna, Madrid, 1990.

Al-Nawari, *Dichos del profeta (Los cuarenta Hadices)*. Los pequeños libros de la sabiduría, José J. Olañeta Editor, Palma de Mallorca, 2002.

Alba, Ramón (dirección de la colección), *Leyendas moriscas*, Miraguano Ediciones, Madrid, 1984.

Almagro, A., **Orihuela, A**. y **Sánchez, C**., *Granada, plano guía del Albayzín andalusí*.

Álvarez Palenzuela, Vicente Ángel (coordinador), *Historia de España de la Edad Media*, Ariel, Barcelona, 2002.

Antaki, Ikram, *La cultura de los árabes*, Ediciones Siglo XXI, Madrid, 1989.

Arié, Rachel, *Historia de España, España musulmana siglos VIII-XV*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Labor, Barcelona, 1984.

Barrucard, Marianne y **Bednorz, Achim**, *Arquitectura islámica en Andalucía*, Taschen, Madrid, 2002.

Benavides-Barajas, L., *La Alhambra bajo la media luna, la historia y cocina siglos XIII-XV*, Editorial Dulcinea, Granada, 1999.

Cáliz Delgado, Miguel Ángel, *Cómo nacieron las leyendas y tradiciones granadinas*, Ediciones Siete Suelos, Colección Granada Histórica y Cultural, Granada, 2002.

Castilla Brazales, J. y Orihuela Uzal, A., *En busca de la Granada andalusí*, Editorial Comares, Granada, 2002.

Cebrián Sanz, Sergio, *Ibn Battuta*, El viajero histórico, El legado andalusí, Granada, 2003.

Cuenca Toribio, José Manuel, Andalucía, historia de un pueblo(… a. C.-1982), Espasa Calpe, Madrid, 1982.

De la Puente, Cristina, Médicos de al-Ándalus, perfumes, ungüentos y jarabes, Nivola Libros, Madrid, 2003.

Dufourq, Charles-Emmanuel, La vida cotidiana de los árabes en la Europa medieval, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1990.

Fletcher, Richard, La España mora, Nerea, Madrid, 2000.

Gea Ortigas, María Isabel, *El Madrid desaparecido*, Ediciones La Librería, Madrid, 2003.

—, *Las murallas de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid, 2002.

Grabar, Oleg, *La Alhambra: iconografía, formas y valores*, Alianza Editorial, Madrid, 1978.

Grau, Manuel, **Álvarez, Camilo** y **Vernet, Juan**, *Los Abbasíes, Cuadernos Historia 16, n.º 29*.

Guichard, Pierre, *Estudios sobre historia medieval*, Edicions Alfons El Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia, 1987.

Guichard, Pierre, *Al-Ándalus frente a la conquista cristiana*, Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Universitat de València, Madrid, 2001.

Ibn al-Atar, *Al wazaiq wa-l-Sagalat (Los documentos y los registros)*, edición de Pedro Chalmeta y F. Corriente, Instituto Hispano Árabe de Cultura, Madrid, 1983.

Ibn al-Jatib, *Historia de los reyes de La Alhambra*, edición de Emilio Molina y José María Casciaro, Universidad de Granada, El legado andalusí, Granada, 1998.

Ladero Quesada, M. A., *Granada: Historia de un país islámico (1232 - 1571)*, Gredos, Madrid, 1969.

Manzano Rodríguez, Miguel Ángel, *La intervención de los benimerines en la península Ibérica*, CSIC, Madrid, 1992.

Marín, Manuela y Waines, David, *La alimentación en las culturas islámicas*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 1994.

Molina, Carolina, *La luna sobre la Sabika*, Entrelíneas Editores, Madrid, 2003.

Molina López, Manuel, *Ibn al-Jatib*, Editorial Comares, Granada, 2001.

Muñoz Molina, Antonio, *Córdoba de los Omeyas*, Editorial Planeta, Barcelona, 2001.

Peláez Portales, David, *La administración de justicia en la España musulmana*, Ediciones El Almendro, Córdoba, 1999.

Pérès, Henri, *Esplendor en al-Ándalus*, Libros Hiperión, Madrid, 1990.

Puñal, Tomás y **Morales, Francisco**, *Madrid Cristiano, Cuaderno de visitas, N.º 2*, Asociación cultural Al-Mudayna, Madrid, 1989.

Roldán Castro, Fátima, *La geografía erudita de al-Qazwini*, El viajero histórico, El legado andalusí, Granada, 2003.

Samsó, J., **Vernet, J.**, **Cabanelas, D.** y **Vallvé, J.**, *Así nació el Islam, Cuadernos Historia 16, n.º 21*.

Torres Delgado, Cristóbal, *El antiguo reino nazarí de Granada (1232 - 1340)*, Ediciones Anel, Granada, 1974.

Torres Balbás, Leopoldo, *La Alhambra y el Generalife de Granada*, Editorial Plus

Ultra, Madrid, 1953.
—, *Crónica de la España Musulmana, Al-Ándalus I*, Instituto de España, Madrid, 1981.
—, *Crónica de la España Musulmana, Al-Ándalus V*, Instituto de España, Madrid, 1981.
Townson, Dunca, *La España musulmana*, Akal, Madrid, 1973.
Triki, Hamid, *Ibn al-Jatib, el hombre y sus dobles*, El viajero histórico, El legado andalusí, Granada, 2003.
Vallvé, J., **Viguera, M.ª J**., **Rubiera, M. J.** y **Villuendas, M. V.**, *Los Omeyas, Cuadernos Historia 16, n.º 25*.
Varela, María Isabel y **Llaneza, Ángeles**, *La expansión del Islam*, Anaya, Madrid, 1990.
Wer, Juan Pablo, *El reino nazarí de Granada*, Akal, Madrid, 1994.

Artículos

Velázquez Basanta, Fernando Nicolás, Dos nuevos monumentos de la antigüedad en Granada: un circo romano y una basílica visigoda, Cádiz, 12 de diciembre de 2003.

Catálogo de exposiciones

Al-Ándalus. Las artes islámicas en España. Catálogo de exposición. Edición al cuidado de Jerrilynn D. Dodds, Ediciones El Viso, Madrid, 1992.

C. D. Interactivo

Paseos interactivos por Granada, Caja General de Ahorros de Granada (obra social).



CAROLINA MOLINA (nacida en 1963, Madrid) es una periodista, documentalista y escritora Española de novela históricas. Sus últimas novelas e investigaciones la han orientado hacia la Historia de Granada. La figura de García Lorca influirá en su literatura y en su vida personal.

Desde muy niña empieza a escribir y ganar premios y accésit en distintos concursos literarios. Después de estudiar Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid se dedica, durante algún tiempo, al teatro y crea un grupo de teatro independiente junto a varios amigos. Ha tocado varios géneros literarios: La novela fantástica hasta el año 2000 dedicándose a los extensos volúmenes de El Reino de los Asturcones, ambientada en las raíces y folklore asturianos. Pero será a partir de 1995, cuando toma contacto con Granada y empieza a vincularse con la ciudad, fruto de ese encuentro es su primera novela histórica La luna sobre la Sabika (Entrelíneas Editores. Madrid. 2003), que tuvo buena acogida. Su segunda novela histórica, Mayrit entre dos murallas, ambientada en los orígenes musulmanes de Madrid (2004) ha resultado ser una novela de culto, original y comprometida. En 2006 publica con Roca Editorial su tercera novela Sueños del Albayzin, que la consagra como novelista y la une, definitivamente, a Granada. Colabora en distintas revistas de la ciudad, como El Legado Andalusí, una sociedad mediterránea y, algo más recientemente, la revista literaria EntreRíos. Su línea de investigación se centra en la Granada romana (Iliberri) y los cambios experimentados en el patrimonio artístico granadino durante el siglo XIX. Ha conferenciado sobre la cultura andalusí en bibliotecas de distintas partes de España y

fue invitada por el Instituto Cervantes de Utrecht (Holanda) para hablar del legado de al-Andalus. Sus últimas novelas, Las vidas de Iliberri y Guardianes de la Alhambra empiezan la saga de su último personaje, Max Cid. En la actualidad coordina la sección del periódico digital El Heraldo del Henares “Érase un cuento” y dirige la colección de narrativa de la editorial granadina Zumaya. Ha coordinado el monográfico dedicado al cuento “Los que cuentan” de la revista EntreRíos (2011). En la actualidad se centra en el género de la novela histórica y el cuento. Su última novela, Noches en Bib-Rambla ha sido publicada por Rocaeditorial en enero de 2012 y continúa con la saga de los Cid que comenzó con Guardianes de la Alhambra.

Notas

[1] El Partal. <<

[2] Párrafos escogidos de *Historia de los reyes de la Alhambra* de Ibn al-Jatib. <<